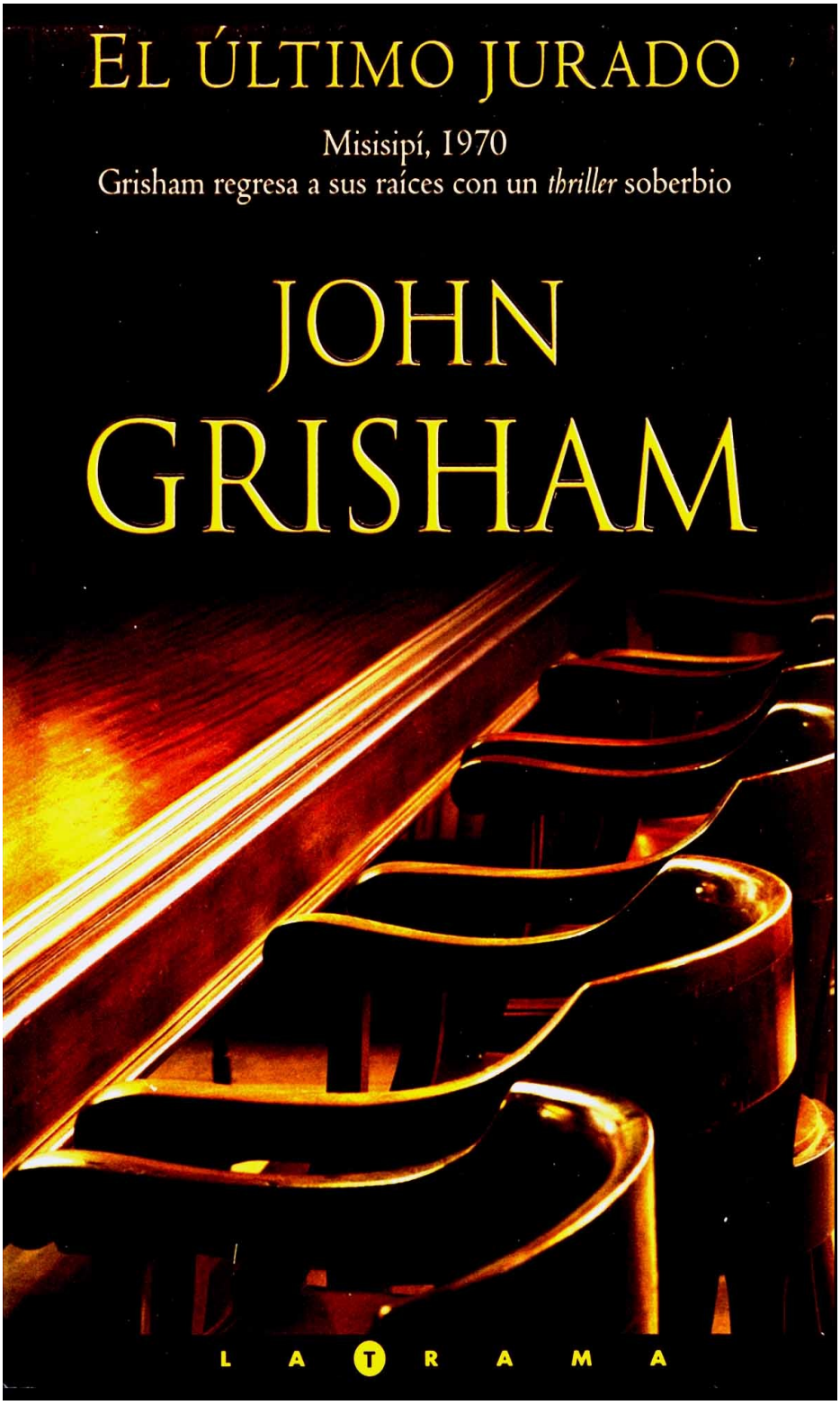

EL ÚLTIMO JURADO
Misisipí, 1970
Grisham regresa a sus raíces con un *thriller* soberbio
JOHN
GRISHAM
LA TRAMA

EL ÚLTIMO JURADO JOHN GRISHAM

EDICIONES B., S.A.
Marzo, 2004
Titulo original: The Last Juror
Traducción: María Antonia Menini
Impreso en Colombia

PRIMERA PARTE

1

En 1970, tras varias décadas de paciente desgobierno y amoroso abandono, *The Ford County Times* se declaró en quiebra. Su propietaria y editora, la señorita Emma Caudle, tenía noventa y tres años y permanecía confinada en una cama de un geriátrico de Tupelo. El editor, su hijo Wilson Caudle, tenía setenta y tantos años y llevaba una placa en la cabeza a causa de una herida de la Primera Guerra Mundial. Un perfecto círculo de oscura piel injertada cubría la placa de la parte superior de su alta e inclinada frente, por lo que a lo largo de su vida de adulto había tenido que soportar el apodo de Lunar. Lunar hizo tal cosa. Lunar hizo tal otra. Lunar por aquí, Lunar por allá.
Cuando era más joven, se encargaba de cubrir las asambleas municipales, los partidos de fútbol, las elecciones, los juicios, los acontecimientos sociales de la iglesia, toda suerte de actividades del condado de Ford. Era un buen reportero, concienzudo e intuitivo. Estaba claro que la herida en la cabeza no había mermado su capacidad de escribir. Pero, en algún momento posterior a la Segunda Guerra Mundial, la placa se debió de desplazar y el señor Caudle dejó de escribir acerca de cualquier otro tema que no fueran las notas necrológicas. Le encantaban las notas necrológicas. Les dedicaba horas y horas. Redactaba párrafos de elocuente prosa, relatando la vida incluso de los más humildes habitantes del condado de Ford. Y la muerte de un acaudalado o importante ciudadano se publicaba en la primera plana, pues el señor Caudle no desaprovechaba la oportunidad. Jamás se perdía un velatorio o un entierro, jamás escribía nada malo acerca de nadie. Al final, todos eran objeto de glorificación. El condado

de Ford era un lugar maravilloso donde morir. Y Lunar era un hombre muy popular, aunque estuviera más loco que un cencerro.
La única crisis auténtica de su carrera periodística se había producido en 1967, aproximadamente hacia el período en que el movimiento en favor de los derechos civiles llegó finalmente al condado de Ford. El periódico jamás había dado la menor muestra de tolerancia racial. En sus páginas no aparecían rostros negros, exceptuando los pertenecientes a conocidos criminales o a sospechosos de serlo. Ningún anuncio de boda entre personas de color. Ninguna mención a alumnos negros premiados con distinciones especiales al término de sus estudios. Sin embargo, en 1967 el señor Caudle hizo un descubrimiento sorprendente. Una mañana, al despertar, comprendió que en el condado de Ford los negros también se morían y que nadie informaba debidamente de ello. Allí fuera había todo un nuevo y fértil mundo de notas necrológicas esperando, y decidió lanzarse a navegar por unas peligrosas e inexploradas aguas. El miércoles 8 de marzo de 1967, el *Times* se convirtió en el primer semanario de propiedad blanca de Misisipí en publicar la nota necrológica de un negro. El hecho pasó bastante inadvertido.
A la semana siguiente, publicó tres notas necrológicas de negros y la gente empezó a hacer comentarios. A la cuarta semana, ya se había iniciado un boicot, los suscriptores empezaron a darse de baja y los anunciantes a guardarse el dinero. El señor Caudle supo lo que estaba ocurriendo pero había asumido hasta tal extremo su nueva condición de partidario de la integración racial que no se preocupaba por cuestiones tan triviales como las ventas y los beneficios. Seis semanas después de la publicación de la histórica nota necrológica, anunció en primera plana y en grandes caracteres en negrita su nueva política. Explicó a los lectores su intención de publicar lo que le viniera en gana y, si a los blancos no les gustaba, él procedería, sencillamente, a reducir el número de las notas necrológicas que solía dedicarles.
Cabe señalar que el hecho de morir como es debido constituye una parte importante de la vida en Misisipí, tanto para los blancos como para los negros, por lo que el hecho de ser enterrado sin la sanción de una de las soberbias despedidas de Lunar era algo que la mayoría de los blancos no habría podido soportar. Y sabían que Lunar estaba lo bastante chiflado como para cumplir su amenaza.
La siguiente edición estaba llena de toda clase de notas necrológicas de blancos y negros, cuidadosamente clasificadas por orden alfabético sin distinción de raza. La tirada se agotó y fue seguida por un breve período de prosperidad.
La quiebra se calificó de forzosa, como si hubiera alguna que se declarara gustosamente y de buen grado. La jauría estaba encabezada

por un taller gráfico de Memphis al que se adeudaban sesenta mil dólares. Varios acreedores llevaban seis meses sin cobrar. El viejo Security Bank estaba reclamando el pago de un préstamo.
Yo era nuevo en la plaza, pero había oído los rumores. Estaba sentado en un escritorio de la sala anterior de las oficinas del *Times* leyendo una revista cuando una miniatura de hombre calzado con unos puntiagudos zapatos cruzó pavoneándose la entrada principal y preguntó por Wilson Caudle.
-Está en la funeraria -contesté.
Era un enano presumido. Vi un arma de fuego junto a su cadera, por debajo de una arrugada chaqueta azul marino, exhibida con el decidido propósito de que la gente reparase en ella. Probablemente tuviera licencia, pero en 1970 semejante cosa no era necesaria en el condado de Ford. Es más, las licencias estaban mal vistas.
-Tengo que hacerle entrega de estos papeles -dijo agitando la mano en que sostenía un sobre.
Yo no tenía la menor intención de mostrarme servicial, pero resulta un poco difícil ser grosero con un enano. Aunque lleve pistola.
-Está en la funeraria -repetí.
-Pues entonces, se los dejaré a usted -señaló.
A pesar de que llevaba allí menos de dos meses y había cursado estudios universitarios en el Norte, ya había aprendido unas cuantas cosas. Sabía que a la gente no se le hacía entrega de papeles buenos. Estos se enviaban por correo, se expedían o se entregaban en mano, pero jamás se hacía entrega de ellos. Aquellos papeles significaban problemas y yo no quería mezclarme en ellos.
-No pienso aceptarlos -dije, mirándole desde arriba.
Las leyes de la naturaleza exigen que los enanos sean personas dóciles y poco agresivas, y aquel pequeñajo no era una excepción.
La pistola era un truco. Miró alrededor en el despacho anterior con una afectada sonrisa en los labios, pero sabía que la situación no tenia remedio. Con cierta tendencia a lo teatral, se volvió a guardar el sobre en el bolsillo y preguntó:
-¿Dónde está la funeraria?
Se lo indiqué señalando aquí y allá y el hombre se retiró. Al cabo de una hora, Lunar cruzó la puerta a trompicones, agitando los papeles en la mano y aullando como un histérico.
-¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! -berreaba mientras yo sostenía en la mano la declaración de quiebra forzosa.
Margaret Wright, la secretaria, y Hardy, el tipógrafo, salieron de la parte de atrás y trataron de consolarlo. Se sentó en una silla sosteniéndose el rostro entre las manos y empezó a sollozar en tono lastimero, con los

codos apoyados sobre las rodillas. Yo leí la declaración en voz alta para que los demás se enteraran.
Decía que el señor Caudle tenía que comparecer ante el tribunal en Oxford en cuestión de una semana para reunirse con los acreedores y el juez, y que allí se decidiría si el periódico podría seguir publicándose mientras un síndico aclaraba la situación. Adiviné que Margaret y Hardy estaban más preocupados por sus empleos que por el señor Caudle y su quiebra, pero ambos permanecieron solícitamente al lado de éste dándole palmadas en la espalda.
Cuando cesó el llanto, Caudle se levantó de repente, se mordió el labio inferior y anunció:
-Tengo que decírselo a mi madre.
Los tres nos miramos el uno al otro. La señorita Emma Caudle había abandonado esta vida varios años atrás, pero su frágil corazón seguía funcionando justo lo suficiente para aplazar un entierro. Ignoraba y no le importaba el color de la gelatina con que la alimentaban y estaba claro que le importaba un carajo el condado de Ford y su periódico. Estaba ciega y sorda y pesaba menos de treinta y cinco kilos, y de pronto Lunar tenía el propósito de discutir con ella la cuestión de la quiebra forzosa. Fue entonces cuando comprendí que él ya no estaba tampoco con nosotros.
Volvió a echarse a llorar y se fue. Seis meses más tarde yo escribiría su nota necrológica.
Puesto que yo había estudiado en la universidad y sostenía los papeles en la mano, Hardy y Margaret me miraron esperanzados en busca de consejo. Yo no era abogado sino periodista, pero les dije que llevaría los papeles al abogado de la familia Caudle. Seguiríamos su consejo. Esbozaron una leve sonrisa y regresaron a su trabajo.
Al mediodía compré un pack de seis latas de cerveza en el Quincys One Stop de Lowtown, el sector negro de Clanton, y me fui a dar un largo paseo en mi Spitfire. Estábamos a finales de febrero y hacía un calor impropio de la estación, por lo que bajé la capota y me dirigí al lago, preguntándome, no por primera vez, qué estaba haciendo exactamente en el condado de Ford, Misisipí.

Me había criado en Memphis y me había pasado cinco años estudiando periodismo en Syracuse cuando mi abuela se hartó de pagarme unos estudios que se estaban prolongando en demasía. Mis notas no eran gran cosa y me faltaba un año para conseguir el título. Puede que un año y medio. Ella, BeeBee, tenía un montón de dinero, le molestaba gastarlo y, al cabo de cinco años, pensó que ya había financiado lo suficiente mi oportunidad. Cuando me dejó sin blanca, sufrí una gran

decepción pero no me quejé, por lo menos ante ella. Yo era su único nieto y su herencia sería muy agradable.
Estudié periodismo con lo poco que me quedaba. En mis primeros días en Syracuse aspiraba a convertirme en un reportero de investigación para el *New York Times* o el *Washington Post*. Quería salvar el mundo dejando al descubierto la corrupción y el deterioro ambiental, el despilfarro del gobierno y la injusticia que sufrían los débiles y los oprimidos. Los premios Pulitzer me estaban esperando. Tras pasarme uno o dos años con tan elevados sueños, vi una película acerca de un corresponsal extranjero que recorría velozmente el mundo en busca de guerras, seduciendo a bellas mujeres y encontrando tiempo para escribir reportajes ganadores de premios. Hablaba ocho idiomas y llevaba barba, botas de combate y almidonados pantalones caqui que jamás se arrugaban. Entonces decidí convertirme en un periodista como él. Me dejé crecer la barba, me compré unas botas y unos caquis, intenté aprender alemán y traté de conquistar a las chicas más guapas. Durante mi penúltimo año de estudios, cuando mis notas empezaron a bajar progresivamente hasta dejarme en el último lugar de la clase, me cautivó la idea de trabajar para el periódico de una pequeña ciudad. No puedo explicar la causa de semejante atracción, sólo decir que fue aproximadamente por las fechas en que conocí y me hice amigo de Nick Diener. Procedía de la zona rural de Indiana y su familia era propietaria desde hacía varias décadas de un periódico del condado bastante rentable. Conducía un pequeño y lujoso Alfa Romeo y siempre tenía montones de dinero en el bolsillo. Nos hicimos íntimos amigos.
Nick era un alumno brillante que habría podido estudiar medicina, derecho o ingeniería. Sin embargo, su único objetivo era regresar a Indiana y ponerse al frente de la empresa familiar. Eso me desconcertaba, hasta que una noche ambos nos emborrachamos y él me reveló cuánto ganaba anualmente su padre con su pequeño semanario cuya tirada no superaba los seis mil ejemplares. Era una mina de oro, me dijo. Simplemente noticias de ámbito local, anuncios de bodas, acontecimientos sociales de la iglesia, lista de estudiantes premiados con distinciones especiales, acontecimientos deportivos, fotografías de equipos de baloncesto, unas cuantas recetas de cocina, unas cuantas notas necrológicas y varias páginas de anuncios. Puede que un poco de política, pero siempre procurando mantenerse al margen de las polémicas. Y a contar el dinero. Su padre era millonario. Se trataba de un tipo de periodismo moderado y de baja presión con el cual se ganaba el dinero a espuertas, según Nick.
Eso me atrajo. Al terminar mi cuarto año de estudios, que debería haber sido el último pero no lo fue ni de lejos, me pasé el verano haciendo prácticas en un pequeño semanario en las montañas Ozark, Arkansas.

La paga era una birria, pero a BeeBee le impresionó porque significaba que yo estaba trabajando. Cada semana le enviaba por correo la publicación, la mitad de la cual, como mínimo, estaba redactaba por mí. El propietario y editor era un maravilloso y anciano caballero encantado de contar con un reportero dispuesto a escribir. Era muy rico.

Después de cinco años en Syracuse mis calificaciones ya no tenían remedio y el pozo se secó. Regresé a Memphis, visité a BeeBee, le agradecí su esfuerzo y le dije que la quería. Ella me contestó que me buscara un trabajo.

Por aquel entonces la hermana de Wilson Caudle vivía en Memphis y, por una serie de casualidades, aquella señora trabó amistad con BeeBee en una de esas reuniones de aficionados al té caliente. Después de unas cuantas llamadas telefónicas en uno y otro sentido, me envolvieron como un paquete y me enviaron a Clanton, Misisipí, donde Lunar me esperaba con ansia. Tras una hora de instrucción, me dejó suelto por el condado de Ford.

En el siguiente número publicó un pequeño y simpático reportaje con una fotografía mía, anunciando mi período de «prácticas» en el *Times*. El reportaje apareció en primera plana. Las noticias escaseaban aquellos días.

El anuncio contenía un par de errores garrafales que me perseguirían durante varios años. El primero y menos importante era que ahora Syracuse se había incorporado al grupo de prestigiosas universidades de la Ivy League, por lo menos según Lunar. Éste informaba a sus cada vez menos numerosos lectores de que yo había recibido mi educación de la Ivy League en Syracuse.

Transcurrió un mes antes de que alguien me lo comentara. Estaba empezando a creer que nadie leía el periódico o, peor, que aquellos que lo hacían eran unos idiotas de campeonato.

La segunda información inexacta cambió mi vida. Yo me llamaba Joyner William Traynor. Hasta los doce años, machaqué a mis padres con preguntas acerca de por qué dos personas presuntamente inteligentes le habían endilgado el nombre de Joyner a un recién nacido. Al final se filtró la historia de que uno de mis progenitores, que negaban ser los responsables del desaguisado, había insistido en llamarme Joyner a modo de ramo de olivo para hacer las paces con un pariente que, por lo visto, tenía dinero. Jamás conocí a aquel hombre, mi tocayo. Por lo que a mí respecta, murió sin un centavo, pero yo me quedé con el nombre de Joyner para toda la vida. Cuando me matriculé en Syracuse, me llamaba J. William, un nombre bastante impresionante para un chico de dieciocho años. Pero Vietnam, los disturbios, la rebelión y las revueltas sociales me convencieron de que J. William sonaba demasiado empresarial, demasiado «sistema». Y me convertí en Will.

Lunar me llamaba indistintamente Will, William, Bill e incluso Billy y, puesto que yo respondía a todos ellos, jamás supe cuál sería el siguiente. En el anuncio, bajo mi sonriente rostro, figuraba mi nuevo nombre. Willie Traynor. Me quedé horrorizado. Jamás pensé que alguien pudiera llamarme Willie.
Había asistido a la escuela preuniversitaria en Memphis y después al centro universitario de Nueva York y jamás había conocido a nadie que se llamara Willie. Yo no era un chico formal. Conducía un Triumph Spitfire y llevaba melena.
¿Qué les diría a mis compañeros de la asociación estudiantil de Syracuse? ¿Qué le diría a BeeBee?
Tras permanecer un par de días escondido en mi apartamento, hice acopio de valor para presentarme ante Lunar y exigirle que hiciera algo. No sabía muy bien qué, pero él había cometido el error y lo tendría que arreglar. Entré con paso decidido en la redacción del *Times* y me tropecé con Davey Bigmouth Bass, el editor deportivo del periódico.
Hola, vaya nombre tan pijo que tienes -dijo.
Lo seguí a su despacho en busca de consejo.
-Yo no me llamo Willie -dije.
-Ahora sí.
-Me llamo Will.
Aquí te van a querer mucho. Un sabelotodo del Norte con el cabello largo y un cochecito deportivo de importación. Pero, hombre, si aquí la gente va a pensar que un nombre como Willie te cuadra muy bien. Piensa en Joe Willie.
-Quién es Joe Willie?
-Joe Willie Namath.
-Ah, ya.
-Pues sí, es un yanqui como tú, de Pensilvania o algún sitio así, pero cuando llegó a Alabama pasó de Joseph William a Joe Willie. Las chicas lo perseguían por todas partes.
Empecé a sentirme mejor. En 1970, Joe Namath era probablemente el deportista más famoso de todo el país. Salí a dar una vuelta repitiendo sin cesar el nombre de «Willie» . Al cabo de un par de semanas, empezó a cuajar. Todo el mundo me llamaba Willie y parecía sentirse más a gusto con aquel nombre tan prosaico.
Le dije a BeeBee que era sólo un seudónimo provisional.

El *Times* era un periódico muy delgado y comprendí de inmediato que estaba en apuros. Muchas notas necrológicas y pocos anuncios y noticias. Los empleados estaban descontentos pero se mostraban tranquilos y leales. Los empleos escaseaban en el condado de Ford en 1970. Al cabo de una semana, a pesar de ser un novato, me di cuenta

de que el periódico sufría pérdidas. Las notas necrológicas son gratuitas... los anuncios no. Lunar se pasaba casi todo el rato en su desordenado despacho, dando de vez en cuando alguna cabezadita y llamando a la funeraria. En ocasiones eran ellos quienes lo llamaban a él. A veces las familias se pasaban por allí pocas horas después de que tío Wilbur hubiera exhalado su último suspiro y entregaban un largo y florido relato que Lunar recibía y trasladaba cuidadosamente a su escritorio. Detrás de la puerta cerrada, redactaba, corregía, investigaba y reescribía hasta dejarlo todo impecable.

Me dijo que yo cubriría la información de todo el condado. El periódico contaba con otro reportero general, Baggy Suggs, un viejo chivo borrachín que se pasaba las horas en el edificio de los juzgados del otro lado de la calle husmeando en busca de chismes y bebiendo bourbon en compañía de un pequeño club de abogados fracasados, demasiado viejos y alcoholizados como para seguir ejerciendo la profesión. Tal como yo no tardaría en averiguar, Baggy era demasiado holgazán como para comprobar las fuentes y escarbar en busca de algo interesante, por lo que no debía sorprender que su reportaje de primera plana fuera un aburrido relato acerca de una disputa sobre unas lindes de tierras o la agresión de un marido a su mujer.

Margaret, la secretaria, era una virtuosa dama cristiana que lo gobernaba todo, aunque ponía la inteligencia necesaria como para permitir que Lunar pensara que el jefe era él. Tenía cincuenta y tantos años y llevaba veinte trabajando en la casa. Era la roca y el ancla del periódico; todo el *Times* giraba a su alrededor. Margaret era afable y casi tímida, y ya desde el primer día se sintió completamente intimidada por mi persona porque era de Memphis y había estudiado cinco años en el Norte. Yo me cuidaba mucho de no hacer ostentación de mi pertenencia al privilegiado grupo de ex alumnos de la Ivy League, pero al mismo tiempo quería que aquellos palurdos de Misisipí supieran que había recibido una educación esmerada.

Margaret y yo nos convertimos en compañeros de chismorreos y, al cabo de una semana, ésta me confirmó lo que yo ya sospechaba, que en efecto, el señor Caudle estaba loco y el periódico se encontraba en graves apuros económicos. Pero, me dijo, ¡los Caudle eran dueños de un importante patrimonio familiar!

Tardaría años en comprender aquel misterio.

En Misisipí, el patrimonio familiar no debía confundirse con la riqueza. No tenía nada que ver con el dinero en efectivo u otros bienes. El patrimonio familiar equivalía a una posición o a un rango social adquirido por alguien perteneciente a la raza blanca, con unos estudios en cierto modo superiores al simple bachillerato, nacido en una soberbia mansión con pórtico -preferiblemente rodeada por campos de

algodón o de soja, aunque eso no era imprescindible- y parcialmente criado por una apreciada sirvienta negra llamada Bessie o Pearl y unos abuelos a los que se les caía la baba con él y que habían sido los amos de los antepasados de Bessie o de Pearl, además de haber sido instruido desde la cuna en las severas cualidades sociales de un sector de la población por demás privilegiado. Las hectáreas de tierras y los depósitos bancarios ayudaban también en cierto modo, pero Misisipí estaba lleno de insolventes personajes de sangre azul que habían heredado el rango social propio de un patrimonio familiar. Se trataba de algo que no se podía adquirir. Se heredaba en el momento de nacer.
Cuando hablé con el abogado de la familia Caudle, éste me explicó un tanto someramente el verdadero valor de su patrimonio familiar.
-Son tan pobres como el pavo de Job -me dijo mientras yo permanecía repantigado en un gastado sillón de cuero y le miraba desde el otro lado de un antiguo escritorio de caoba.

Se llamaba Walter Sullivan y pertenecía al prestigioso bufete Sullivan & OHara (prestigioso en el condado de Ford... donde había siete abogados). Examinó la declaración de quiebra y me empezó a hablar de los Caudle y del dinero que antes tenían y de lo necios que habían sido al hundir un periódico otrora rentable. Se encargaba de sus intereses desde hacía treinta años. En la época en que la señorita Emma lo dirigía todo, el *Times* tenía cinco mil suscriptores y sus páginas estaban llenas de anuncios. Tenía el certificado de un depósito de quinientos mil dólares en el Security Bank en previsión de futuras dificultades.
Más tarde murió su marido y la señorita Emma se volvió a casar con un alcohólico del lugar veinte años más joven que ella. Cuando estaba sereno, era medianamente culto y se creía un poeta y ensayista torturado. La señorita Emma lo amaba con todo su corazón y lo instaló en el cargo de coeditor, una situación que él utilizaba para escribir largos editoriales atacando y criticando con dureza cualquier cosa que ocurriera en el condado de Ford. Fue el principio del final. Lunar odiaba a su nuevo padrastro, los sentimientos eran recíprocos, y, al final, la relación entre ambos culminó en una de las más pintorescas peleas de la historia del centro de Clanton. Tuvo lugar en la acera, delante de la redacción del *Times*, en la plaza del centro, en presencia de una asombrada muchedumbre. Los habitantes del lugar pensaban que aquel día el ya frágil cerebro de Lunar sufrió unos daños adicionales. Poco después de aquel episodio, a éste le dio por no escribir otra cosa que no fueran aquellas malditas notas necrológicas.
El padrastro se largó con el dinero de su mujer y la señorita Emma, con el corazón destrozado por la pena, se encerró en sí misma.

-Antes era un periódico estupendo -dijo el señor Sullivan-. Pero mire ahora. Menos de mil doscientas suscripciones y fuertemente endeudado. La quiebra.
-¿Y qué hará el tribunal? -pregunté.
-Intentar buscar un comprador.
-¿Un comprador?
-Sí, alguien lo comprará. El condado necesita un periódico.
De inmediato pensé en dos personas: Nick Diener y BeeBee. La familia de Nick se había hecho rica con el semanario de un condado. BeeBee estaba forrada y sólo tenía un amado nieto. Se me aceleraron los latidos del corazón al olfatear la oportunidad.
El señor Sullivan me miró fijamente y comprendí que había adivinado lo que estaba pensado.
-Se podría comprar por una miseria -dijo.
-¿Cuánto? -pregunté con toda la audacia de un novato reportero de veintitrés años cuya abuela era tan áspera y dura como una pastilla de jabón de lavar la ropa.
-Probablemente cincuenta mil. Veinticinco mil por el periódico y veinticinco mil para gestionarlo. Casi todas las deudas se pueden incluir en la quiebra y renegociar después con los acreedores que usted necesite. -Hizo una pausa y se inclinó hacia delante con los codos apoyados sobre la mesa y las pobladas y grises cejas moviéndose a sacudidas como si su cerebro estuviera funcionando a destajo-. Podría ser una auténtica mina de oro, ¿sabe?

BeeBee jamás había invertido en una mina de oro, pero tras pasarme tres días dándole la tabarra me fui de Memphis con un cheque de cincuenta mil dólares. Se lo entregué al señor Sullivan, quien lo ingresó en una cuenta fiduciaria y pidió autorización al tribunal para la venta del periódico. El juez, un carcamal que habría podido permanecer acostado al lado de la señorita Emma, asintió benignamente con la cabeza y garabateó su firma en una orden que me convirtió en el nuevo propietario de *The Ford County Times*.

Hacen falta por lo menos tres generaciones para que lo acepten a uno en el condado de Ford. Independientemente del dinero o de la educación, uno no puede afincarse allí sin más y ganarse la confianza de la gente. Una oscura nube de sospecha se cierne sobre cualquier recién llegado, y yo no fui una excepción. La gente de allí es extremadamente cordial, amable y cortés casi hasta el extremo de resultar entrometida con su empalagosa gentileza. Saludan a todo el mundo con una inclinación de la cabeza en las calles del centro. Te

preguntan por la salud y por el tiempo y te invitan a la iglesia. Se desviven por prestar ayuda a los desconocidos.
Pero nadie se fía realmente de ti a menos que ya confiara en tu abuelo.
En cuanto se corrió la voz de que yo, un joven e inexperto desconocido de Memphis, había comprado el periódico por cincuenta mil o quizá cien mil o tal vez incluso doscientos cincuenta mil dólares, una enorme oleada de chismorreos sacudió la comunidad. Margaret me tenía informado de todas las novedades. Por el hecho de ser soltero, cabía la posibilidad de que yo fuera homosexual. Por el hecho de haber estudiado en Syracuse, dondequiera que eso estuviese, lo más probable era que fuese comunista. O, peor, un liberal. Por el hecho de ser de Memphis, era un elemento subversivo dispuesto a poner en un aprieto al condado de Ford.
Así y todo, tal como todos ellos reconocían en voz baja entre sí, ¡yo controlaba ahora las notas necrológicas! ¡Era alguien!

El nuevo *Times* debutó el 18 de marzo de 1970, apenas tres semanas después de que se presentara el enano con los papeles. Tenía más de dos centímetros de grosor y ofrecía más fotografías que las que jamás hubiera ofrecido el semanario de un condado. Tropas de clubes de escultismo de niños de ocho a diez años, clubes de escultismo de niñas, equipos de béisbol de escuela secundaria, clubes de jardinería, clubes de lectores, clubes de té, grupos de estudios bíblicos, equipos de softball, asociaciones cívicas. Docenas de fotos. Traté de incluir a todo bicho viviente del condado. Y los muertos fueron ensalzados como jamás lo habían sido. Las notas necrológicas eran embarazosamente largas. Estoy seguro de que Lunar se sintió orgulloso, aunque yo jamás supe nada de él.
Las noticias eran ligeras e insustanciales. Ningún editorial en absoluto. A la gente le encanta leer noticias de sucesos y delitos, por lo que inauguré en el ángulo inferior izquierdo de la primera plana la sección de Notas de Sucesos. Afortunadamente, la semana anterior se había registrado el robo de dos camionetas y yo cubrí aquellos acontecimientos como si del saqueo de Fort Knox se tratara.
En el centro de la primera plana figuraba una fotografía de considerable tamaño del nuevo régimen: Margaret, Hardy, Baggy Suggs, yo, nuestro fotógrafo Wiley Meek, Davey Bigmouth Bass y Melanie Dogan, una estudiante de bachillerato que trabajaba con nosotros a tiempo parcial. Me sentía orgulloso de mi equipo de colaboradores. Nos habíamos pasado diez días trabajando las veinticuatro horas del día y nuestra primera edición fue todo un éxito. Imprimimos cinco mil ejemplares y los vendimos todos. Le envié una caja de ellos a BeeBee y ésta se mostró sumamente impresionada.

A lo largo del mes siguiente, el nuevo *Times* fue adquiriendo lentamente forma mientras yo trataba de establecer en qué pretendía convertirlo. Los cambios resultan muy dolorosos en el Misisipí rural, por cuyo motivo decidí introducirlos de manera paulatina. El viejo periódico estaba en quiebra, pero apenas había cambiado en cincuenta años. Publiqué más noticias, vendí más anuncios, incluí cada vez más fotografías de toda clase de grupos. Y trabajé duro con las notas necrológicas.
Jamás me había entusiasmado trabajar muchas horas, pero, puesto que era el dueño, me olvidé del reloj. Era demasiado joven y estaba demasiado ocupado como para sentir miedo. Tenía veintitrés años y, gracias a la suerte, la habilidad para la elección del momento oportuno y una abuela rica, me había convertido de repente en el dueño de un semanario. Si hubiera vacilado y estudiado la situación, si hubiera solicitado el consejo de los bancos y los contables, estoy seguro de que alguien habría conseguido hacerme entrar en razón, al menos un poco. Pero a los veintitrés años se es valiente. Como no tienes nada, no hay nada que perder.
Pensé que la publicación tardaría un año en resultar rentable. Y, al principio, los ingresos aumentaron muy lentamente. Pero, de pronto, se produjo el asesinato de Rhoda Kassellaw. Supongo que lo natural es que se vendan más periódicos cuando ha habido un brutal delito y la gente quiere conocer los detalles. Habíamos vendido dos mil cuatrocientos ejemplares la semana anterior a su muerte y vendimos casi cuatro mil la semana posterior.
No fue un asesinato corriente.

El condado de Ford era un lugar muy tranquilo, lleno de gente que, o bien era cristiana o bien afirmaba serlo. Las reyertas eran el pan de cada día, pero solían producirse entre las clases más bajas que frecuentaban las cervecerías y locales por el estilo. Una vez al mes, un patán de pueblo le pegaba un tiro a un vecino o puede que a su propia mujer, y cada fin de semana se registraba por lo menos un apuñalamiento en los barrios negros. Semejantes episodios raras veces culminaban en alguna muerte.
Fui propietario del periódico durante diez años, de 1970 a 1980, y durante ese tiempo informamos de muy pocos asesinatos en el condado de Ford. Pero ninguno de ellos fue tan brutal como el de Rhoda Kassellaw, ni tan premeditado. Treinta años después, sigo pensando en él a diario.

2

Rhoda Kassellaw vivía en la comunidad de Beech Hill, a quince kilómetros al norte de Clanton, en una modesta casa de ladrillos grises en un estrecho camino rural asfaltado. Los arriates de flores que había frente a la casa no tenían malas hierbas y eran objeto de cuidados cotidianos y, entre éstos y el camino asfaltado, la ancha y larga extensión de césped era muy tupida y estaba muy bien cortada. El camino de la entrada era de grava blanca. Diseminada a ambos lados del mismo se podía ver toda una colección de patinetes, balones y bicicletas.

Era una agradable casita rural, a un tiro de piedra de la del matrimonio Deece. El joven que la había comprado había resultado muerto en un accidente de camión en algún lugar de Tejas y, a la edad de veintiocho años, Rhoda se quedó viuda. El seguro de vida le permitió comprar la casa y el coche. El resto se invirtió de tal manera que le proporcionara unos modestos ingresos mensuales, gracias a los cuales pudo seguir ocupando la casa y ofrecer toda clase de caprichos a sus hijos. Se pasaba muchas horas fuera cuidando el huerto, plantando flores, arrancando malas hierbas y echando estiércol y paja en los arriates de la parte anterior de la casa.

Vivía muy retirada. Las ancianas de Beech Hill la consideraban una viuda modelo que se quedaba en su casa, se mostraba debidamente triste y limitaba sus salidas sociales a alguna que otra visita a la iglesia. Habría tenido que asistir a los oficios con más regularidad, murmuraban entre sí.

Poco después de la muerte de su marido, Rhoda decidió regresar a Misuri junto a su familia. Ni ella ni su difunto esposo eran naturales del condado de Lord. El trabajo los había llevado allí. Sin embargo, la casa ya estaba pagada, los niños eran felices, los vecinos amables y su familia estaba demasiado interesada en saber cuánto dinero había cobrado del seguro de vida. Así pues, se quedó, siempre con la idea de marcharse de allí pero sin llegar a hacerlo jamás.

Rhoda Kassellaw era una mujer guapa cuando quería, lo cual no ocurría con demasiada frecuencia. Solía camuflar su esbelta y bien proporcionada figura con un holgado vestido de algodón o un blusón de trabajo de batista, que era lo que acostumbraba a ponerse cuando trabajaba en el huerto. Apenas usaba maquillaje y se recogía el cabello color pajizo en la parte superior de la cabeza. Casi todo lo que comía procedía de su huerto ecológico y su tez presentaba un color saludable. Por regla general, una joven viuda tan atractiva hubiera sido algo muy codiciado en el condado, pero ella se mantenía siempre apartada.

Sin embargo, después de tres años de luto, Rhoda empezó a dar muestras de inquietud. La juventud se le estaba escapando de las manos y los años pasaban volando. Era demasiado joven y guapa para

permanecer sentada en casa todos los sábados, leyendo relatos de entretenimiento. Allí fuera tenía que haber alguna diversión, aunque desde luego no en Beech Hill.
Contrató a una chica negra de unas puertas más abajo para que le cuidara a los niños y se tiraba una hora de carretera hasta el límite de Tennessee donde le habían dicho que existían algunos respetables salones sociales y clubes de baile. Era probable que allí nadie la conociese. Le gustaba bailar y coquetear, pero jamás bebía y siempre regresaba a casa temprano. La cosa se convirtió en una costumbre, tres o cuatro veces al mes.
Después, los vaqueros se volvieron cada vez más ajustados, los bailes más rápidos y las horas más largas. Se estaba haciendo notar y se hablaba de ella en los bares y los clubes del límite del estado.
Él la siguió dos veces hasta su casa antes de matarla. Corría el mes de marzo y un frente cálido había llevado consigo una prematura esperanza de primavera. La noche era oscura y sin luna. Bear, el perro mestizo de la familia, fue el primero en olfatearlo cuando se ocultó subrepticiamente detrás de un árbol del patio de atrás. Bear gruñó y ladró tal como le habían enseñado a hacer antes de que lo hicieran enmudecer para siempre. Michael, el hijo de Rhoda, tenía cinco años y su hija Teresa tres. Llevaban unos pijamas a juego con motivos de dibujos animados de Disney impecablemente planchados y contemplaban los luminosos ojos de su madre cuando ésta les leía el relato de Jonás y la ballena. Rhoda los arropó en la cama y les dio un beso de buenas noches, por lo que, cuando apagó la luz del dormitorio de los niños, él ya se encontraba en el interior de la casa. Una hora más tarde apagó el televisor, cerró las puertas y esperó a Bear, que no apareció. No le extrañó, porque a menudo le daba por perseguir conejos y ardillas por el bosque y regresaba a casa tarde. Bear dormiría en el porche de atrás y la despertaría con sus ladridos al amanecer. En su dormitorio, se quitó el ligero vestido de algodón y abrió la puerta del armario. Él la estaba esperando allí, en la oscuridad.
La agarró por detrás, le cubrió la boca con una mano fuerte y sudorosa y le dijo:
-Tengo un cuchillo; os voy a pinchar a ti y a tus hijos. –Con la otra mano sostuvo en alto una fina hoja y la agitó delante de sus ojos-. ¿ Entendido? -le susurró al oído.
Ella se puso a temblar y consiguió menear la cabeza. No podía ver su aspecto. La arrojó boca abajo al suelo del armario lleno de ropa y le colocó las manos a la espalda. Tomó una bufanda de lana marrón que le había dado a Rhoda una anciana tía suya y se la anudó de cualquier manera alrededor de la cabeza.
-No hagas ruido -le gruñía una y otra vez- o pincharé a tus hijos.

Cuando terminó de vendarle los ojos, la agarró por el cabello, la levantó y la arrastró hasta su cama. Le acercó la punta de la hoja a la barbilla y le dijo:
-No opongas resistencia. El cuchillo está aquí mismo.
Le rasgó las bragas y se inició la violación.
Quería ver sus ojos, aquellos ojos tan bonitos que había visto en los clubes. Y el largo cabello. La había invitado a beber y había bailado un par de veces con ella, pero, cuando finalmente decidió insinuarse, ella le había parado los pies.
-Sigue haciendo lo mismo, nena -musitó él lo bastante alto para que ella lo oyera. Él y el Jack Daniels llevaban tres horas haciendo acopio de valor y el whisky acabó por atontarlo. Se movía lentamente encima de ella, disfrutando de cada segundo. Emitió los gruñidos de satisfacción que suele emitir un hombre de verdad cuando toma y recibe lo que quiere.
El olor a whisky de su sudor resultaba nauseabundo, pero Rhoda estaba demasiado asustada para vomitar. Quizás eso lo enfureciera y lo indujera a echar mano del cuchillo. Mientras empezaba a aceptar el horror del momento, Rhoda se puso a pensar. *No hagas ruido. No despiertes a los niños*. ¿Qué haría con el cuchillo cuando terminara?
Los movimientos de él se hicieron más rápidos y sus murmullos más fuertes.
-Tranquila, nena -murmuraba una y otra vez entre dientes-. De lo contrario, utilizaré el cuchillo.
La cama de hierro forjado estaba chirriando, señal de que no se usaba demasiado, se dijo él. Metía demasiado ruido, pero no le importaba.
Los chirridos de la cama despertaron a Michael, que a su vez despertó a Teresa. Ambos salieron de su habitación y bajaron por el oscuro pasillo para ver qué pasaba. Michael abrió la puerta del dormitorio de su madre, vio a un desconocido encima de ella y gritó:
-¡Mami!
Por un segundo, el hombre se detuvo y volvió la cabeza hacia los niños.
El sonido de la voz del niño horrorizó a Rhoda, que se incorporó repentinamente y extendió las manos hacia su agresor. Un pequeño puño le dio al hombre en el ojo izquierdo y lo dejó momentáneamente aturdido. Después ella se arrancó la bufanda que le cubría los ojos mientras lo pateaba con ambas piernas. El hombre la abofeteó y trató de inmovilizarla de nuevo sobre la cama.
-¡Danny Padgitt! -exclamó ella sin dejar de arañarlo. El la golpeó una vez más.
-¡Mami! -gritó Michael.
-¡Corred, niños! -gritó Rhoda, pero los golpes de su agresor la hicieron callar.

¡Cállate! -masculló Padgitt.
¡Corred! -volvió a gritar Rhoda, y entonces los niños se retiraron y bajaron corriendo por el pasillo para dirigirse a la cocina y salir en busca de protección.
En la décima de segundo que transcurrió después de que ella pronunciara su nombre, Padgitt comprendió que no tendría más remedio que hacerla callar. Sacó el cuchillo y la apuñaló dos veces, después se levantó precipitadamente de la cama y recogió su ropa.

El señor Aaron Deece y su mujer estaban mirando la televisión de Memphis cuando oyeron la voz de Michael gritando cada vez más cerca. El señor Deece abrió la puerta de la casa y vio al niño.
Tenía el pijama empapado de sudor y rocío y los dientes le castañeteaban tanto que apenas podía hablar.
-¡Le ha hecho daño a mi mamá! -repetía una y otra vez-.
-¡Le ha hecho daño a mi mamá!
En medio de la oscuridad que reinaba entre ambas casas, el señor Deece vio a Teresa corriendo detrás de su hermano. Corría casi sin moverse de sitio, como si quisiera llegar a un lugar sin abandonar el otro. Cuando la señora Deece la alcanzó finalmente junto al garaje, la niña se estaba chupando el pulgar y no podía hablar.
El señor Deece corrió a su estudio y agarró dos escopetas de caza, una para él y otra para su mujer. Los niños estaban en la cocina, aterrados hasta el extremo de haberse quedado petrificados.
-Le ha hecho daño a mamá -repetía Michael.
La señora Deece los abrazó amorosamente y les dijo que todo se arreglaría. Contempló la escopeta de caza cuando su marido la depositó sobre la mesa.
-Tú quédate aquí -dijo el señor Decce, saliendo a toda prisa de la casa.
No tuvo que alejarse demasiado. Rhoda ya estaba a punto de alcanzar la vivienda de los Deece cuando se desplomó sobre la húmeda hierba. Estaba completamente desnuda y cubierta de sangre del cuello para abajo. El la levantó en brazos, la llevó al porche anterior de la casa y le gritó a su mujer que condujese a los niños a la parte de atrás de la casa y los encerrara en un dormitorio. No podía permitir que vieran a su madre en sus últimos momentos. Mientras la depositaba en el columpio, Rhoda musitó:
-Danny Padgitt. Ha sido Danny Padgitt.
El la cubrió con una manta y después llamó a una ambulancia.

Danny Padgitt mantenía su furgoneta en el centro de la carretera y circulaba a ciento treinta por hora. Estaba medio borracho y muerto de miedo, pero no quería reconocerlo. Llegaría a casa en cuestión de diez

minutos, y allí en el pequeño reino familiar conocido como Padgitt Island, estaría a salvo.
Aquellos pequeños rostros lo habían echado todo a perder. Ya pensaría en ello al día siguiente. Bebió un buen trago de la botella de Jack Daniels y se sintió mejor.
Era un conejo o un perrito o algún otro bicho y, cuando éste salió corriendo del arcén, lo vislumbró fugazmente y reaccionó de la forma indebida. Pisó instintivamente el pedal del freno por una simple décima de segundo porque, en realidad, le importaba un bledo lo que hubiera golpeado y más bien le gustaba el deporte de matar en la carretera, pero había pisado con demasiada fuerza. Los neumáticos posteriores se bloquearon y la furgoneta experimentó una sacudida. Antes de darse cuenta, Danny se vio metido en un grave problema. Dio un volantazo hacia un lado, el equivocado, y la furgoneta se desplazó hacia el arcén de grava donde empezó a girar. Patinó hacia la zanja, dio dos vueltas de campana y fue a estrellarse contra una hilera de pinos. Si hubiera estado sereno, se habría matado, pero los borrachos siempre salen bien librados.
Se escabulló por una ventanilla rota y se pasó un buen rato apoyado contra la furgoneta, contando sus heridas y rasguños y analizando las alternativas que se le ofrecían. De repente, sintió que una pierna se le quedaba rígida, y, mientras subía por el terraplén hacia la carretera, se dio cuenta de que no podría llegar muy lejos andando. Ni falta que le haría.
Las luces azules se le echaron encima antes de que pudiese reaccionar. El ayudante del sheriff bajó del vehículo y examinó la escena con una larga linterna negra. Otras linternas aparecieron por la carretera.
El agente vio la sangre, percibió el olor de whisky y llevó la mano a las esposas.

3

El río Big Brown desciende indolentemente hacia el sur desde Tennessee y fluye tan recto como un canal excavado por manos humanas a lo largo de más de cuarenta y cinco kilómetros por el centro del condado de Tyler, Misisipí. A unos tres kilómetros del límite territorial del condado de Ford empieza a serpear y a describir vueltas, enroscándose desesperadamente sin llegar a ninguna parte. Sus aguas son espesas y pesadas, cenagosas y lentas, someras en casi todo su recorrido. El Big Brown es famoso por su belleza. Bajíos de arena, lodo y grava bordean sus innumerables curvas y meandros. Cien esteros y arroyos lo alimentan con unas inagotables existencias de lentas aguas.

Su viaje a través del condado de Ford es muy breve. Se hunde y forma un vasto círculo alrededor de unas mil hectáreas de tierras en el extremo más septentrional del condado y después regresa a Tennessee. El círculo es casi perfecto y forma prácticamente una isla, pero en el último momento el Big Brown se aparta de sí mismo y deja una estrecha franja de tierra entre sus orillas.

El círculo se conoce con el nombre de Padgitt Island, una espesa masa boscosa cubierta de pinos, árboles gomíferos, olmos, robles y una miríada de ciénagas y canalizos y fangales, algunos de ellos conectados entre sí, pero en su mayor parte aislados. Muy poco de aquel suelo fértil había sido desbrozado. Nada se cosechaba en la isla como no fuera madera y gran cantidad de maíz... para el whisky que se destilaba de manera clandestina. Y marihuana, pero eso fue más tarde.

En la estrecha franja de tierra entre las orillas del Big Brown entraba y salía, iba y venía un camino asfaltado, siempre bajo la vigilancia de alguien. El camino lo había construido el condado hacía mucho tiempo, pero muy pocos contribuyentes se atrevían a utilizarlo. Toda la isla llevaba en poder de la familia Padgitt desde la reorganización de los estados sececionistas después de la guerra civil, cuando Rudolph Padgitt, un aventurero del Norte, llegó poco después de la contienda y descubrió que las mejores tierras ya habían sido ocupadas. Buscó infructuosamente, no encontró nada interesante y, de repente, se tropezó con aquella isla infestada de serpientes. Sobre el mapa parecía prometedora. Reunió a un grupo de esclavos recién liberados y, con armas y machetes, se abrió camino hacia el interior de la isla. Nadie más la quería.

Rudolph se casó con una prostituta de la zona y empezó a talar árboles. Puesto que después de la guerra había una gran demanda de madera, no tardó en prosperar. La prostituta resultó ser muy fértil y muy pronto hubo toda una horda de pequeños Padgitt en la isla. Uno de sus antiguos esclavos había aprendido el arte de destilar. Rudolph se convirtió en un cultivador de maíz que no se comía ni vendía su cosecha sino que la utilizaba para la producción de lo que no tardó en ser conocido como uno de los mejores whiskys del Profundo Sur. Rudolph se pasó treinta años fabricando whisky ilegal hasta que murió de cirrosis en 1902. Para entonces, todo el clan de la familia Padgitt habitaba en la isla y era muy hábil en la producción no sólo de madera, sino también de whisky ilegal. Unas seis destilerías estaban repartidas por toda la isla, todas bien protegidas y escondidas y todas dotadas de la maquinaria más avanzada.

Aunque no aspiraban a la fama, los Padgitt eran famosos por su whisky. También sigilosos y reservados, profundamente cerrados y mortalmente temerosos de que alguien pudiera infiltrarse en su

pequeño reino y arruinar su próspero negocio. Decían que se dedicaban a la explotación forestal y era de sobras conocido que producían madera y se ganaban estupendamente la vida con ello. La Padgitt Lumber Company era bien visible en la carretera principal, cerca del río. Aseguraban que su negocio era legal, que pagaban sus impuestos como todo el mundo y sus hijos estudiaban en escuelas públicas.

Durante los años veinte y treinta, cuando las bebidas alcohólicas estaban prohibidas y el país sediento, las destilerías de los Padgitt no daban abasto. El whisky se enviaba en barrilles de roble por el Big Brown y se transportaba en camiones al Norte, nada menos que hasta Chicago. El patriarca, presidente y director de la producción y la comercialización, era un tacaño y viejo guerrero llamado Clovis Padgitt, el hijo mayor de Rudolph y de la prostituta. Clovis había aprendido a muy tierna edad que los mejores beneficios eran aquéllos por los que no se pagaba impuestos. Ésta constituía la lección número uno. La número dos predicaba el maravilloso mensaje de que los negocios debían hacerse exclusivamente con dinero en efectivo. Clovis era un inflexible partidario del dinero en efectivo y de no pagar impuestos, y corrían rumores de que los Padgitt tenían más dólares que todo el Tesoro Público del estado de Misisipí.

En 1938, tres inspectores de Hacienda cruzaron a escondidas el Big Brown en una barca de alquiler en busca del origen del Old Padgitt. Su invasión secreta de la isla tuvo muchos fallos, el más obvio de los cuales fue la propia idea original. Pero, por alguna razón, eligieron la medianoche para cruzar el río. Acabaron descuartizados y enterrados en unas profundas fosas.

En 1943 tuvo lugar un extraño acontecimiento en el condado de Ford: se eligió a un hombre honrado para el cargo de sheriff. O de sheriff mayor, como se lo llamaba habitualmente. Su nombre era Koonce Lantrip y quizá no fuera tan honrado, pero no cabía duda de que lo que decía en sus discursos políticos sonaba muy bien. Prometió acabar con la corrupción, limpiar la Administración del condado y dejar sin ingresos a los contrabandistas y fabricantes clandestinos de whisky, incluidos los Padgitt. Los discursos impresionaban, y Lantrip ganó por ocho votos.

Sus partidarios esperaron y esperaron y, al final, seis meses después de su toma de posesión, organizó a sus agentes y cruzó el Big Brown por el único puente que había, una vieja estructura de madera construida por el condado en 1915 a instancias de Clovis. Los Padgitt lo utilizaban a veces en primavera cuando el río bajaba crecido. Nadie más estaba autorizado a cruzarlo.

Dos agentes recibieron sendos disparos en la cabeza y el cadáver de Lantrip jamás se encontró. Tres negros de los Padgitt lo enterraron

cuidadosamente en las orillas de un pantano. Buford, el hijo mayor de Clovis, supervisó el entierro.

La matanza fue la noticia más destacada de Misisipí durante varías semanas y el gobernador amenazó con enviar a la Guardia Nacional. Pero la Segunda Guerra Mundial estaba en pleno apogeo y el Día D no tardó en acaparar la atención del país. De todos modos, apenas si quedaba algo de la Guardia Nacional, y los que estaban en condiciones de combatir no tenían demasiado interés en atacar Padgitt Island. Las playas de Normandía eran más atractivas.
Con el noble experimento de un sheriff honrado a sus espaldas, las buenas gentes del condado de Ford eligieron a uno de la vieja escuela. Se llamaba Mackey Don Coley y su padre había sido sheriff mayor allá por los años veinte cuando Clovis mandaba en Padgitt Island. Clovis y el padre de Coley tenían bastante amistad y era bien sabido que el sheriff era un hombre muy rico gracias a que el Old Padgitt tenía permiso para salir libremente del condado. Cuando Mackey Don anunció su candidatura, Buford le envió cincuenta mil dólares en efectivo. Mackey Don ganó por aplastante mayoría. Su oponente afirmaba ser honrado.
En Misisipí todo el mundo creía, pero no lo decía, que un buen sheriff tenía que ser un poco corrupto si pretendía mantener la ley y el orden. El whisky, la prostitución y los juegos de azar eran realidades de la vida, sencillamente, y un buen sheriff tenía que ser experto en tales cuestiones para regularlas debidamente y proteger a los cristianos. Eran vicios que no se podían eliminar, por cuyo motivo el sheriff mayor tenía que ser capaz de coordinarlos y sincronizar la ordenada corriente del pecado. A cambio de su labor de coordinación, los proveedores de semejantes maldades le pagaban unos pequeños suplementos. Y él los esperaba, al igual que casi todos los votantes. Ningún hombre honrado podía vivir con un sueldo tan miserable. Ningún hombre honrado podía moverse sigilosamente entre las sombras del hampa.
Durante buena parte de los cien años transcurridos desde la guerra civil, los Padgitt habían sido los amos de los sheriffs del condado de Ford. Los compraban directamente con sacos de dinero en efectivo. Mackey Don Coley cobraba cien mil dólares anuales (según los rumores) y en los años de elecciones conseguía todo lo que necesitaba. Y los Padgitt también eran generosos con otros políticos. Compraban y conservaban discretamente su influencia. Pedían muy poco; todo cuanto querían era que los dejasen en paz en su isla.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la demanda de whisky ilegal empezó a declinar de manera ininterrumpida. Puesto que varias generaciones de la familia Padgitt habían aprendido a actuar al margen

de la ley, Buford y la familia empezaron a diversificar en el campo del comercio ilegal. La venta de madera resultaba aburrida y dependía de demasiados factores de mercado y, por encima de todo, no generaba los montones de dinero en efectivo que esperaba la familia. Comerciaban con armas, robaban automóviles, falsificaban cosas, compraban e incendiaban edificios para cobrar el seguro. Durante veinte años habían regentado un burdel extremadamente próspero en el límite del condado, hasta que un misterioso incendio acabó con él en 1966.

Eran unas personas muy dinámicas y creativas, siempre tramando ardides y buscando ocasiones propicias, siempre a la espera de alguien a quien robar. Corrían rumores, a veces muy significativos, de que los Padgitt formaban parte de la llamada Mafia Dixie, una banda no muy bien coordinada de ladrones palurdos que desarrolló una provechosa actividad en todo el Profundo Sur en los años sesenta. Semejantes rumores jamás llegaron a confirmarse y, de hecho, muchos los rechazaban porque los Padgitt eran demasiado reservados como para compartir sus negocios con nadie. Pese a ello, los rumores persistieran varios años y los Padgitt se convirtieron en el origen de interminables chismorreos en los bares y cafeterías de la plaza de Clanton. Jamás fueron considerados unos héroes locales, pero no cabe duda de que eran una leyenda.

En 1967, un Padgitt más joven huyó a Canadá para librarse del reclutamiento. Desde allí se desplazó a California, donde probó con la marihuana y observó que la cosa se le daba bien. Tras pasarse unos cuantos meses disfrazado de pacifista, le entró añoranza y regresó a escondidas a Padgitt Island. Llevaba consigo dos kilos de hierba que compartió con todos sus primos, que también se aficionaron rápidamente a ella. Él les explicó que en el resto del país, y sobre todo en California, le estaban dando al porro a lo bestia. Como de costumbre, Misisipí llevaba por lo menos cinco años de retraso.

El cultivo resultaba muy barato y el producto se podía transportar a las ciudades para satisfacer la demanda. Su padre Gill Padgitt, nieto de Clovis, comprendió la oportunidad que se le ofrecía y muy pronto muchos maizales cedieron su lugar al Cannabis. Desbrozaron una franja de tierra de setecientos metros de longitud para construir una pista y se compraron un avión. En cuestión de un año consiguieron organizar vuelos diarios a las afueras de Memphis y Atlanta, donde habían establecido su red de distribución. Para gran alegría de los Padgitt y con su ayuda, la marihuana se impuso finalmente en el Profundo Sur.

La fabricación clandestina de whisky se redujo considerablemente. El burdel había desaparecido. Los Padgitt tenían contactos en Miami y en México y el dinero en efectivo les llegaba a carretadas. Durante muchos

años nadie en el condado de Ford tuvo la menor idea de que los Padgitt traficaban con droga. Y jamás los pillaron. Jamás un Padgitt fue condenado por ningún delito relacionado con la droga.
De hecho, jamás se había detenido a ningún Padgitt. Cien años de destilación clandestina de whisky, robos, comercio de armas, juegos de azar, falsificación, prostitución, sobornos, incluso asesinatos y, finalmente, producción de droga, y ni una sola detención. Eran listos, precavidos, cautos y pacientes con sus proyectos.
Pero, de pronto, Danny Padgitt, el hijo menor de Gill, fue detenido por la violación y el asesinato de Rhoda Kassellaw.

4

El señor Deece me dijo al día siguiente que, en cuanto estuvo seguro de que Rhoda había muerto, la dejó en el columpio del porche de la parte delantera de la casa. Se dirigió al cuarto de baño y allí se desnudó y se duchó, contemplando cómo la sangre de Rhoda desaparecía en un remolino por el desagüe. Se puso su ropa de trabajo y esperó la Llegada de la policía y la ambulancia. Después decidió vigilar la casa de su vecina empuñando una escopeta de caza cargada, con ganas de abrir fuego contra cualquier cosa que se moviera. Pero no hubo ningún movimiento ni ningún sonido, a excepción del ulular de una sirena en la distancia.
Su mujer mantenía a los niños encerrados en el dormitorio de la parte de atrás de la casa, donde se acurrucó con ellos en la cama, bajo una manta. Michael preguntaba incesantemente por su madre y quería saber quién era aquel hombre. Pero Teresa estaba demasiado trastornada para hablar. Sólo conseguía emitir una especie de leve gemido mientras se chupaba los dedos y temblaba como si estuviera muerta de frío.
Al cabo de un rato Benning Road se llenó de luces intermitentes rojas y azules. El cadáver de Rhoda fue repetidamente fotografiado antes de que se lo llevaran. Después su casa fue acordonada por una patrulla de agentes encabezada por el propio sheriff Coley.
El señor Deece, todavía con la escopeta de caza en la mano, hizo su declaración primero ante un investigador y después ante el sheriff.
Poco después de las dos de la mañana llegó un agente con la noticia de que se había contactado con un médico de la ciudad y éste había aconsejado que le llevaran a los niños para echarles un vistazo. Viajaron en el asiento de atrás de un coche patrulla, Michael agarrado al señor Deece y Teresa sentada sobre el regazo de su mujer. En el hospital les administraron un sedante suave y los colocaron juntos en una sala semiprivada donde las enfermeras les dieron galletas y leche hasta que

finalmente se durmieron. Entrado el día llegó una tía de Misuri y se los llevó.

Mi teléfono sonó unos segundos antes de la medianoche. Era Wiley Meek, el fotógrafo del periódico. Había captado la historia en la unidad exploradora de la policía y ya estaba montando guardia en los alrededores de la cárcel a la espera de que llegase el sospechoso. Había policías por todas partes, dijo sin apenas poder controlar su emoción. «Date prisa -me apremió-. Podría ser la gran primicia.»

Por aquel entonces yo vivía encima de un viejo garaje al lado de una ruinosa pero todavía impresionante mansión victoriana conocida como Hocutt House. Estaba ocupada por varios ancianos de la familia Hocutt, tres hermanas y un hermano, que se turnaban en la tarea de ser mis caseros. Su propiedad de dos hectáreas y media de superficie se encontraba a pocas manzanas de la plaza de Clanton y había sido construida un siglo antes con dinero de la familia. Estaba llena de árboles, descuidados parterres de flores, grandes espacios de malas hierbas crecidas y animales suficientes para repoblar una reserva de caza: conejos, ardillas, mofetas, zarigüayas, mapaches, un millón de pájaros, un temible surtido de serpientes verdes y negras -ninguna de ellas venenosa, me aseguraron- y docenas de gatos. Pero ningún perro. Los Hocutt odiaban a los perros. Cada gato tenía un nombre, y una importante cláusula de mi contrato verbal de arrendamiento especificaba que debería respetar a los gatos.

Y los respeté. El apartamento de cuatro habitaciones era un espacioso y pulcro por el que pagaba la ridícula suma de cincuenta dólares al mes. Si ellos querían que respetara sus gatos por aquel precio, por mí estupendo.

Su padre, Miles Hocutt, había sido durante décadas un excéntrico médico en Clanton. Su madre había muerto de parto y, según la tradición local, después de ello el doctor Hocutt se había vuelto extremadamente posesivo con sus hijos. Para protegerlos del mundo, se inventó una de las más grandes mentiras jamás contadas en el condado de Ford. Les explicó que la locura era un rasgo característico de la familia, por lo que jamás deberían casarse para no producir una espantosa progenie de idiotas. Sus hijos lo adoraban y creyeron en sus palabras, probablemente porque ya padecían un cierto desequilibrio mental. Jamás se casaron. El hijo, Max Hocutt, tenía ochenta y un años cuando me alquiló el apartamento. Las gemelas Wilma y Gilma tenían setenta y siete, y Melberta, la pequeña, tenía setenta y tres y había perdido el juicio por completo.

Fue Gilma, creo, la que estaba atisbando desde la ventana de la cocina cuando yo bajé por la escalera de madera a medianoche. Un gato

estaba dormido en el último peldaño, directamente en mi camino, pero yo pasé cuidadosamente por encima de él. Hubiera deseado arrojarlo de un puntapié a la calle.
Había dos vehículos aparcados en el garaje. Uno era mi Spitfire con la capota puesta para que no entraran los gatos, y el otro un largo y reluciente Mercedes negro con unos cuchillos de carnicero de color rojo y blanco pintados en las portezuelas. Bajo los cuchillos figuraban unos números de teléfono pintados con pintura verde. Alguien le había dicho una vez al señor Max Hocutt que podría amortizar por completo el precio de un automóvil nuevo, de la marca que fuera, si lo utilizaba para el trabajo y le pintaba algún logotipo en las portezuelas. Entonces él se compró un Mercedes de primera mano y se convirtió en afilador de cuchillos. Explicaba que sus herramientas estaban en el maletero.
El vehículo tenía diez años y había recorrido menos de trece mil kilómetros. El padre también les había predicado el carácter pecaminoso de las mujeres que conducían, por lo que el señor Max era el chofer de la familia.
Bajé con el Spitfire por el camino de grava y saludé con la mano a Gilma, que atistaba detrás de la cortina. Ella apartó bruscamente la cabeza y desapareció de la vista. La cárcel se encontraba a seis manzanas de distancia. Yo había dormido aproximadamente media hora.
Cuando llegué, estaban tomándole las huellas digitales a Danny Padgitt. El despacho del sheriff ocupaba la parte delantera de la cárcel y estaba atestado de agentes, reservistas, bomberos voluntarios y cualquier otra persona que tuviera acceso a un uniforme y un dispositivo explorador de la policía. Wiley Meek se reunió conmigo en la acera.
-¡Es Danny Padgitt! -exclamó sin disimular su emoción. Me detuve un instante y traté de reflexionar.
-¿Quién?
-Danny Padgitt, el de la isla.
Yo llevaba menos de tres meses en el condado de Ford y aún no había conocido ni a un solo Padgitt. Como siempre, éstos se mantenían apartados. Pero ya había oído varias entregas de su leyenda y me faltaban muchas más por oír. El relato de las andanzas de los Padgitt era una forma habitual de entretenimiento en el condado de Ford.
Wiley añadió:
-Tengo unas instantáneas fabulosas del momento en que lo han sacado del coche. Estaba completamente cubierto de sangre. ¡Unas imágenes sensacionales! ¡La chica ha muerto!
-¿Qué chica?
-La que él ha matado. Y también la ha violado, o eso se rumorea.

«Danny Padgitt», murmuré para mí mientras el sensacional reportaje empezaba a adquirir lentamente forma. Vislumbré el titular, sin duda el más destacado que jamás hubiera publicado el *Times* en muchos años. El pobre y viejo Lunar había huido temerosamente de los reportajes estremecedores y había acabado por declararse en quiebra. Yo tenía otros planes.

Nos abrimos paso hacia el interior y miramos alrededor en busca del sheriff Coley. Había hablado con él un par de veces durante mi breve período de prácticas en el Times y me había llamado la atención su cortés y cordial talante. Me llamaba «señor» y le decía «señor» y «señora» a todo el mundo, siempre con una sonrisa en los labios. Llevaba ocupando el cargo de sheriff desde la matanza de 1943, por lo que debía de estar a punto de cumplir los setenta años. Era alto y delgado y carecía de la obligatoria panza propia de casi todos los sheriffs sureños. A primera vista, parecía un caballero y, en las dos ocasiones en que me había reunido con él, más tarde me había preguntado cómo era posible que un hombre tan simpático fuese tan corrupto. Salió del despacho del fondo en compañía de un agente, y yo, poniendo en práctica mi natural agresividad, me acerqué corriendo.

-Sheriff, sólo un par de preguntas -le dije con la cara muy seria.

No había ningún otro reportero presente. Sus chicos -los verdaderos agentes, los que trabajaban por horas, los aspirantes, los policías aficionados con sus uniformes de confección casera- enmudecieron todos de golpe y me dedicaron unas burlonas y despectivas sonrisas. Yo seguía siendo en buena parte el audaz muchacho nuevo rico que había conseguido no se sabía muy bien cómo hacerse con el control de su periódico. Era un forastero sin el menor derecho a irrumpir allí en semejante momento y empezar a hacer preguntas.

El sheriff Coley esbozó su acostumbrada sonrisa, como si semejantes encuentros a medianoche tuvieran lugar constantemente.

-Sí, señor Traynor.

Su lenta manera de arrastrar las palabras ejercía un efecto muy tranquilizador. No era posible que aquel hombre dijese una mentira, ¿verdad?

-¿Qué puede informarnos acerca del asesinato?

Con los brazos cruzados, soltó unos cuantos datos esenciales, utilizando el consabido lenguaje policial.

-Una mujer blanca de treinta y un años fue atacada en su casa de Benning Road. La violaron, apuñalaron y asesinaron. No puedo darle su nombre hasta que hablemos con sus familiares.

-¿Y ha practicado usted alguna detención?

-Sí, señor, pero ahora no puedo facilitarle los detalles. Denos un par de horas. Estamos investigando. Eso es todo, señor Traynor.

-Corren rumores de que tiene usted bajo arresto a Danny Padgitt.
-Yo no comento los rumores, señor Traynor. No es propio de mi profesión. Ni de la suya, por cierto.
Wiley y yo nos dirigimos en mi automóvil al hospital, nos pasamos una hora husmeando, no oímos nada que pudiéramos publicar y después nos trasladamos a la escena del crimen en Benning Road. Los agentes habían acordonado la casa y unos cuantos vecinos permanecían agrupados en silencio detrás de una cinta amarilla, cerca del buzón de las cartas. Nos acercamos a ellos, prestamos atención, pero no nos enteramos de casi nada. Parecían demasiado aturdidos para hablar. Tras pasarnos unos cuantos minutos contemplando la casa, nos retiramos sigilosamente.
Wiley tenía un sobrino que trabajaba como agente por horas y lo encontramos vigilando la casa de los Deece, donde todavía estaban inspeccionando el porche delantero y el columpio en el que Rhoda había exhalado su último suspiro. Nos apartamos con él detrás de un seto de arrayanes de la casa del señor Deece y nos lo contó todo. *Off the record,* naturalmente, como si los espeluznantes detalles pudieran mantenerse en secreto en el condado de Ford.
Había tres pequeños bares alrededor de la plaza de Clanton, dos para los blancos y uno para los negros. Wiley me aconsejó que nos sentáramos temprano a una mesa y nos dedicáramos, sencillamente, a escuchar.
Yo no desayuno y no suelo estar despierto a las horas en que la gente lo hace. No me importa trabajar hasta medianoche, pero prefiero dormir hasta que el sol está muy alto en el cielo. Tal como rápidamente comprendí, una de las ventajas de ser el propietario de un pequeño periódico era que se podía trabajar y dormir hasta tarde. Los reportajes se podían escribir en cualquier momento con tal de que se cumplieran los plazos. Era bien sabido que Lunar no solía acudir a la redacción antes del mediodía, tras pasar, naturalmente, por la funeraria.
Me gustaba su horario.
Cuando llevaba dos días viviendo en mi apartamento encima del garaje de los Hocutt, Gilma aporreó mi puerta a las nueve y media de la mañana. Y siguió aporreándola hasta que finalmente crucé tambaleándome mi pequeña cocina en ropa interior y la vi atisbando a través de las persianas. Me anunció que estaba a punto de llamar a la policía. Los otros miembros de la familia Hocutt se hallaban abajo, en el garaje, contemplando mi automóvil, en la absoluta certeza de que se había cometido un crimen.
Me preguntó qué estaba haciendo. Le expliqué que dormía hasta que oí que alguien aporreaba la maldita puerta. Me preguntó por qué seguía durmiendo a las nueve y media de la mañana de un miércoles. Me

restregué los ojos en busca de una respuesta adecuada. De pronto, caí en la cuenta de que estaba casi desnudo en presencia de una virgen de setenta y siete años, que no paraba de mirarme los muslos.
Ellos llevaban levantados desde las cinco, me explicó. En Clanton nadie duerme hasta las nueve y media. ¿Acaso estaba borracho? Se sentían preocupados, eso era todo. Mientras cerraba la puerta, le dije que estaba sereno pero todavía medio dormido, que les agradecía su preocupación, pero que a menudo seguiría en la cama pasadas las nueve de la mañana.

Había estado un par de veces en el Tea Shoppe para tomarme un café bien entrada la mañana, y una vez para comer. En mi calidad de propietario del periódico, consideraba necesario pasearme y dejarme ver a una hora razonable. Era profundamente consciente de que me pasaría varios años escribiendo acerca del condado de Ford y sus gentes, lugares y acontecimientos.
Wiley dijo que los bares estarían abarrotados pese a lo temprano de la hora.
-Es lo que siempre sucede después de los partidos de fútbol y los accidentes de tráfico -explicó.
-¿Y qué me dices de los asesinatos?
-Eso hace mucho tiempo que no ocurre -contestó.
Tenía razón, el local estaba lleno a rebosar cuando entramos poco después de las seis de la mañana. Él saludó a unas cuantas personas, estrechó unas cuantas manos e intercambió un par de insultos. Era del condado de Ford y conocía a todo el mundo. Yo incliné la cabeza, sonreí y capté las miradas de extrañeza. Me llevaría muchos años. La gente de allí era amable, pero también muy recelosa con los forasteros.
Encontramos dos asientos junto a la barra y pedí un café. Nada más. A la camarera no le pareció muy bien. En cambio, se mostró encantada cuando Wiley lo pensó un poco y pidió huevos revueltos, jamón, bollos, un poco de maíz y unas cuantas croquetas de patata y cebolla, todo lo cual contenía suficiente colesterol para atragantar a una mula.
La gente sólo hablaba de la violación y el asesinato. Si el tiempo ya era motivo de conversación, no digamos lo que podía provocar un delito tan espeluznante como aquél. Los Padgitt llevaban cien años mangoneando en el condado; ya era hora de que los metieran en cintura. Y que la Guardia Nacional rodeara la isla de ser necesario. Mackey Don tenía que irse; llevaba demasiado tiempo viviendo a su costa. Sueltas a unos cuantos estafadores y se creen por encima de la ley. Y ahora eso.
Nadie hablaba demasiado de Rhoda porque se sabía muy poco acerca de ella. Alguien sabía que frecuentaba los salones del límite del estado.

Alguien dijo que se acostaba con un abogado del lugar. Se ignoraba su nombre. Un simple rumor.
Los rumores estaban a la orden del día en el Tea Shoppe. Un par de bocazas se turnaban en el uso de la palabra y me sorprendí de lo temerarios que eran con sus versiones de la verdad. Lástima que no pudiera publicar todos los maravillosos chismes que oímos.

5

Aun así, publicamos muchas cosas. El titular proclamaba que Rhoda Kassellaw había sido violada y asesinada y que Danny Padgitt había sido detenido en relación con los hechos. El titular habría podido leerse desde veinte metros de distancia en cualquier acera de la plaza de los juzgados.
Debajo del mismo figuraban dos fotografías; una de Rhoda en sus tiempos de estudiante de instituto y una de Padgitt en el momento de ingresar en la cárcel esposado. Wiley le había tendido una buena emboscada. Era una instantánea perfecta en la que Padgitt miraba a la cámara con una sonrisa desdeñosa. Tenía sangre en la frente a causa del accidente en la carretera y sangre en la camisa procedente del asesinato. Su aspecto resultaba desagradable, ruin e insolente y su cara era la propia de un borracho y la de alguien que se sabe absolutamente culpable, y yo sabía que la fotografía causaría sensación. Wiley consideraba oportuno no publicarla, pero yo tenía veintitrés años y era demasiado joven para que me refrenaran. Quería que mis lectores vieran y supieran la horrible verdad. Quería vender periódicos.
La fotografía de Rhoda nos la había facilitado una hermana de ella que vivía en Misuri. La primera vez que hablé con ella por teléfono, no tenía casi nada que decirme y colgó rápidamente. La segunda vez se ablandó un poco, dijo que enviarían a los niños a un médico y que el entierro tendría lugar el martes por la tarde en una pequeña localidad cerca de Springfield y que, por lo que a la familia respectaba, todo el estado de Misisipí podía arder en el infierno.
Le dije que la comprendía perfectamente, que era de Syracuse y que formaba parte de los buenos. Al final, accedió a enviarme una fotografía.
Utilizando una serie de fuentes anónimas, describí con todo detalle lo ocurrido el anterior sábado por la noche en Benning Road. Cuando estaba seguro de algo, lo describía en profundidad. Cuando no lo estaba tanto, me iba un poco por las ramas y lo aderezaba con insinuaciones capaces de transmitir al lector lo que a mi juicio había ocurrido. Baggy Suggs se mantuvo sereno el tiempo suficiente para releer y corregir los

reportajes. Probablemente nos salvó de que se querellaran con nosotros o nos pegaran un tiro.
En la segunda página se mostraba un plano de la escena del crimen junto con una fotografía de gran tamaño de la casa de Rhoda tomada a la mañana siguiente de su muerte, con los vehículos de la policía y cinta amarilla por todas partes. En la imagen aparecían también las bicicletas y los juguetes de Michael y Teresa desperdigados por el jardín delantero de la casa. Por varios conceptos la fotografía resultaba más siniestra de lo que habría resultado una del propio cadáver, que yo no tenía pero había tratado de obtener. La fotografía decía con toda claridad que unos niños vivían allí y que habían sido testigos de un crimen tan brutal que la mayoría de habitantes del condado de Ford aún no conseguía creer que hubiera ocurrido de verdad.
¿Cuánto habían visto los niños? Ésta era la pregunta más candente.
Yo no la contestaba en el *Times*, pero procuraba acercarme a la respuesta al máximo. Describía la casa y su disposición interior. Utilizando una fuente anónima, calculaba que las camas de los niños se encontraban a unos diez metros de la de su madre. Los niños habían huido de la casa antes que Rhoda, se encontraban en estado de conmoción al llegar a la casa de al lado, un médico de Clanton los había examinado y estaban siendo sometidos a alguna clase de terapia allá en Misuri. Habían visto demasiadas cosas.
¿Declararían en un juicio? Baggy dijo que sería imposible; eran demasiado pequeños. Pero yo dejaba la pregunta en el aire y la planteaba de todos modos para ofrecer a los lectores algo sobre lo que discutir y preocuparse. Tras explorarla posibilidad de exhibir a los niños en una sala de justicia, concluía diciendo que los «expertos» no lo consideraban probable. A Baggy le encantaba que lo consideraran un experto.
La nota necrológica de Rhoda fue todo lo extensa que pude, lo cual, dada la tradición del *Times*, no era nada insólito.
Lo enviamos a la rotativa hacia las diez de la noche del martes; el periódico ya estaba en los expositores de la plaza de Clanton a las siete de la mañana del miércoles. La circulación había bajado a menos de mil doscientos ejemplares en el momento de la quiebra, pero, al cabo de un mes de mi temerario liderazgo, ya teníamos casi dos mil quinientos suscriptores y cinco mil se podía considerar una meta realista.
En ocasión del asesinato de Rodha Kassellaw imprimimos ocho mil ejemplares y los repartimos por todas partes... a la entrada de los bares de la plaza, en los vestíbulos del edificio de los juzgados, en los escritorios de todos los funcionarios del condado, en los vestíbulos de los bancos. Como parte de una inesperada campaña especial de

promoción, enviamos tres mil ejemplares gratuitos por correo a posibles suscriptores.
Según Wiley, se trataba del primer asesinato en ocho años, ¡y el protagonista era un Padgitt! El reportaje era extremadamente sensacional y yo lo consideraba mi oportunidad de oro. Por supuesto que buscaba el sobresalto, la sensación y la sangre. Por supuesto que aquello era periodismo amarillo, pero ¿a mí qué me importaba?
No tenía ni idea de que la respuesta iba a ser tan rápida y desagradable.

A las nueve de la mañana del jueves, la sala principal del segundo piso del edificio de los juzgados del condado de Ford estaba llena a rebosar. Aquél era el dominio del honorable Reed Loopus, un anciano juez del tribunal superior competente en la demarcación del condado de Tyler que pasaba por Clanton ocho veces al año para administrar justicia. Era un viejo y legendario guerrero que gobernaba con mano de hierro y que, según Baggy -que se pasaba buena parte de su vida laboral en los tribunales para enterarse de los chismes o bien para difundirlos- se trataba de un juez absolutamente honrado que en cierto modo había conseguido escapar a los tentáculos del dinero de los Padgitt. Tal vez porque procedía de otro condado, el juez Loopus creía que los criminales tenían que cumplir largas condenas, a ser posible a trabajos forzados, aunque ya no podía dictar semejantes sentencias.
El lunes siguiente al asesinato, los abogados de los Padgitt desarrollaron una intensa actividad, tratando de sacar a Danny de la cárcel. El juez Loopus temía que se celebrara el juicio en otro condado -su distrito incluía seis- y se negó a aceptar una vista rápida para la fijación de una fianza. En su lugar, decidió iniciar el juicio a las nueve de la mañana del jueves, con lo que la ciudad contó con varios días para comentar y hacer conjeturas al respecto.
En mi calidad de representante de la prensa, más aún, de propietario del periódico local, consideré mi deber llegar temprano y conseguir un buen asiento. Sí, confieso que me sentía bastante orgulloso de mí mismo. Los demás espectadores estaban allí por simple curiosidad. Yo, en cambio, tenía una importante tarea que cumplir. Baggy y yo estábamos sentados en la segunda fila cuando la sala empezó a llenarse.
El principal abogado de Danny Padgitt era un personaje llamado Lucien Wilbanks, un hombre al que yo no tardaría en aborrecer. Era lo que quedaba de un otrora destacado clan de abogados, banqueros y sujetos por el estilo. La familia Wilbanks había trabajado duro en la construcción de Clanton, pero después había aparecido Lucien y prácticamente se había cargado el prestigio de la familia. Se creía un

abogado radical, lo cual en aquella parte del mundo, en 1970, era un tanto insólito. Llevaba barba, blasfemaba como un carretero, bebía mucho y prefería que sus clientes fueran violadores, asesinos y pederastas. Era el único socio blanco de la *Asociación Nacional para el Progreso y el Bienestar de la Gente de Color* del condado de Ford, lo cual en semejante lugar bastaba por sí solo para que a uno le pegaran un tiro. Pero a él le daba igual.

Lucien Wilbanks era agresivo, intrépido y decididamente ruin, y esperó a que todo el mundo estuviera acomodado en la sala -poco antes de que entrara el juez Loopus- para acercarse lentamente a mí. Sostenía en la mano un ejemplar del último número del *Times*, que empezó a agitar mientras soltaba una sarta de maldiciones.

-¡Miserable hijo de puta! -dijo, levantando la voz mientras la sala enmudecía de golpe-. ¿Quién demonios se ha creído que es?

Me sentía demasiado humillado para intentar responder. Noté que Baggy se apartaba. Todos los presentes en la sala estaban mirándome, y comprendí que no podía permanecer callado.

-Me limito a decir la verdad -conseguí articular con la mayor convicción que pude.

-¡Esto es periodismo amarillo! -rugió-. ¡Basura sensacionalista!

El periódico se encontraba a escasos centímetros de mi nariz.

Muchas gracias -dije, dándomelas de insolente.

En la sala había por lo menos cinco agentes de la Oficina del Sheriff, ninguno de los cuales parecía tener el menor interés en poner fin al altercado.

-¡Mañana presentaremos una denuncia! -exclamó con un brillo de furia en la mirada-. ¡Pediremos un millón de dólares de indemnización!

-Tengo abogados -dije, y de repente temí ir a la quiebra como la familia Caudle.

Lucien me arrojó el periódico sobre las rodillas, dio media vuelta y regresó a su mesa. Solté un suspiro de alivio; el corazón me latía con fuerza. Noté que me ardían las mejillas a causa de la vergüenza y el temor.

Pero conseguí mantener una estúpida sonrisa en los labios. No podía permitir que los habitantes del lugar vieran que yo, el editor / director de su periódico, tenía miedo de algo. ¡Pero un millón de dólares de indemnización! Pensé inmediatamente en mi abuela en Memphis. Ésa sí me sería una conversación difícil.

Se produjo un revuelo detrás del estrado y un alguacil abrió una puerta.

-Todo el mundo de pie -anunció.

El juez Loopus cruzó la puerta y se acercó a su asiento arrastrando a su espalda la desteñida toga negra. Una vez situado, miró a los presentes y dijo:

-Buenos días. Veo que hay una nutrida concurrencia para una simple vista de fijación de fianza.
Semejantes procedimientos de rutina no solían atraer a demasiado público, a excepción del acusado, de su abogado y, a veces, de su madre. Pero allí se habían congregado trescientas personas.
Sin embargo, no se trataba de una simple vista para la fijación de una fianza. Era el primer asalto de un juicio por violación y asesinato y pocos habitantes de Clanton se lo querían perder. Tal como yo sabía muy bien, la mayoría de la gente no podría asistir al juicio. Se fiaría de lo que dijera el *Times*, y yo estaba firmemente decidido a facilitarle todos los detalles.
Cada vez que miraba a Lucien Wilbanks, pensaba en la querella por un millón de dólares. Pero no creía que demandara a mi periódico, ¿verdad? ¿Por qué? No había habido ninguna calumnia ni difamación.
El juez Loopus inclinó la cabeza hacia otro alguacil y se abrió una puerta lateral. Danny Padgitt entró con las manos esposadas por delante, escoltado por unos agentes. Vestía camisa blanca impecablemente planchada y pantalones caqui, y calzaba mocasines. Su rostro estaba pulcramente afeitado y no se observaba en él la menor lesión. Tenía veinticuatro años, uno más que yo, pero parecía mucho más joven. Ofrecía un aspecto saludable, era bien parecido y no pude por menos que pensar que habría tenido que estar en algún centro universitario. Consiguió pavonearse ligeramente y esbozar una sonrisa de desprecio mientras el alguacil le quitaba las esposas. Miró alrededor y, por un instante, pareció alegrarse de haber despertado tanta expectación. Hacía gala de toda la confianza en sí mismo de alguien cuya familia tiene dinero en abundancia y está dispuesta a utilizarlo para sacarlo de su pequeño apuro.
Sentados directamente a su espalda, detrás de la barandilla de la primera fila, nos encontrábamos sus padres y varios miembros de la familia Padgitt. Su padre, Gill, nieto del infame Clovis Padgitt, tenía un título universitario y corrían rumores de que era la principal fuente de lavado de dinero negro de la banda. Su madre vestía muy bien y era bastante atractiva, lo cual me parecía insólito en una persona tan insensata como para casarse con un miembro del clan Padgitt y pasarse el resto de la vida recluida en la isla.
-Jamás la había visto -me dijo Baggy en voz baja.
-¿Cuántas veces has visto a Gill? -la pregunté.
-Puede que un par de veces en los últimos veinte años.
El estado estaba representado por el fiscal del condado, un colaborador a tiempo parcial llamado Rocky Childers. El juez Loopus se dirigió a él.
-Señor Childers, supongo que el estado se opone a la concesión de una fianza.

-Sí, señor-contestó Childers, levantándose.
¿Por qué motivo?
-Por la horrenda naturaleza de los delitos, señoría. Una atroz violación en el propio lecho de la víctima, en presencia de sus hijos pequeños. Un asesinato simultáneo causado por al menos dos heridas de arma blanca. El intento de huida del acusado señor Padgitt. -Las palabras de Childers traspasaron como un cuchillo la silenciosa sala. La alta probabilidad de que, si el señor Padgitt abandona la cárcel, jamás volvamos a verlo.
Lucien Wilbanks estaba deseando ponerse de pie y replicar.
-Protestamos, señoría -dijo saltando de su asiento-. Mi cliente carece de antecedentes penales, jamás ha sido detenido.
El juez Loopus miró serenamente por encima de sus gafas de lectura y dijo:
Señor Wilbanks, espero que sea la primera y última vez que interrumpa a alguien en este proceso. Ahora, le aconsejo que se siente. Cuando el tribunal esté preparado para escucharle, ya se le comunicará.
Sus palabras eran gélidas, casi amargas, y me pregunté cuántas veces aquellos dos habrían discutido en esa misma sala.
Nada podía alterar a Lucien Wilbanks; su piel era tan dura como la de un elefante.
A continuación, Childers nos facilitó unos cuantos datos históricos. Once años atrás, en 1959, un tal Gerald Padgitt había sido acusado del robo de dos automóviles en Tupelo. Tardaron un año en encontrar a un par de agentes de la Oficina del Sheriff dispuestos a adentrarse en Padgitt Island para hacer entrega de la correspondiente orden. A pesar de que sobrevivieron, fracasaron en su intento. Gerald Padgitt, o bien había huido del país o bien permanecía oculto en algún lugar de la isla.
-Dondequiera que esté -dijo Childers-, jamás ha sido detenido y jamás fue localizado.
-¿Has oído hablar alguna vez de Gerald Padgitt? -le pregunté a Baggy.
-No.
-Si el acusado es puesto en libertad bajo fianza, señoría, nunca volveremos a verlo. Así de sencillo.
Childers se sentó.
-Señor Wilbanks -dijo el juez.
Lucien se levantó muy despacio y señaló con la mano a Childers.
-Como de costumbre, el fiscal se equivoca -dijo afablemente-. Gerald Padgitt no está acusado de estos delitos. Yo no lo represento y la verdad es que me importa un bledo lo que le haya ocurrido.
-Cuide su lenguaje -le advirtió Loopus.
-Aquí no se le está juzgando. Aquí estamos hablando de Danny Padgitt, un joven sin ningún antecedente penal.

-¿Posee su cliente bienes inmuebles en este condado? -preguntó Loopus.
-No. Sólo tiene veinticuatro años.
-Vayamos al grano, señor Wilbanks. Sé que su familia es propietaria de muchas tierras. Sólo podré conceder una fianza en caso de que tenga suficientes garantías de que el acusado comparecerá en juicio.
-Eso es indignante -masculló Lucien.
-También lo son sus presuntos delitos.
Lucien arrojó su cuaderno de apuntes sobre la mesa.
-Concédame un minuto para consultar con la familia.
Semejante circunstancia provocó un gran revuelo entre los Padgitt. Todos los miembros de la familia se reunieron detrás de la mesa de la defensa con Wilbanks y hubo discrepancias ya desde el principio. Resultaba casi gracioso contemplar a todos aquellos acaudalados estafadores meneando la cabeza y enfadándose los unos con los otros. Las disputas familiares son rápidas y amargas, sobre todo cuando hay dinero en juego, y cada uno de los Padgitt presentes en la sala parecía tener su propia opinión acerca del camino que convenía seguir. Cualquiera imaginaba lo que debía de ocurrir a la hora de repartirse un botín.
Lucien comprendió que no sería posible llegar a un acuerdo y, para evitar una situación embarazosa, se volvió y se dirigió al tribunal.
-Eso es imposible, señoría -anunció-. Las tierras de los Padgitt pertenecen por lo menos a cuarenta personas, casi todas ellas ausentes de esta sala. Lo que exige el tribunal es arbitrario y extremadamente gravoso.
-Les concederé unos cuantos días para reunirlo -dijo Loopus, disfrutando visiblemente de la inquietud que estaba provocando.
-No, señor. Eso no es justo. Mi cliente tiene derecho a una fianza razonable, lo mismo que cualquier otro acusado.
-En tal caso, se deniega la fianza hasta la vista preliminar.
-Renunciamos a la vista preliminar.
-Como usted quiera -dijo Loopus, tomando unas notas.
-Y solicitamos que el caso sea presentado cuanto antes al jurado de acusación.
-A su debido tiempo, señor Wilbanks, como ocurre con todos los demás casos.
-Porque vamos a presentar cuanto antes una petición de cambio de tribunal -anunció Lucien en tono audaz, como si proclamarlo fuese de la mayor importancia.
-Es un poco pronto para eso, ¿no le parece? -dijo Loopus.
-Será imposible que mi cliente pueda tener un juicio imparcial en este condado. -Wilbanks miró alrededor mientras seguía hablando casi sin

prestar atención al juez, que pareció sentir momentáneamente una cierta curiosidad-. Ya se está intentando acusar, juzgar y condenar a mi cliente antes de ofrecerle la oportunidad de defenderse, y creo que el tribunal debería intervenir de inmediato con un mandato judicial de mordaza para impedir comentarios.
Lucien Wilbanks era el único que necesitaba una mordaza.
-¿Adónde quiere usted ir a parar con eso, señor Wilbanks? -preguntó Loopus.
-¿Ha leído usted el periódico local, señoría?
-Últimamente, no.
Todos los ojos parecieron posarse en mí, y sentí que mi corazón dejaba de latir.
Wilbanks me miró enfurecido mientras proseguía.
-Reportajes de primera plana, fotografías espeluznantes, fuentes anónimas, ¡una sarta de medias verdades e insinuaciones más que suficientes para condenar a cualquier hombre inocente!
Baggy volvió a apartarse de mí y me sentí muy solo.
Lucien cruzó la sala a grandes zancadas y arrojó un ejemplar al estrado del juez.
-Eche un vistazo a eso rezongó.
Loopus se puso las gafas de lectura, sostuvo en alto el *Times* y volvió a repantigarse en su mullido sillón de cuero. Después empezó a leer sin aparente prisa.
Era un lector muy lento. En determinado momento, mi corazón se volvió a poner en marcha y lo hizo con toda la furia de un martillo neumático. Noté que el cuello de mi camisa estaba húmedo en la parte correspondiente a la nuca. Loopus terminó de leer la primera plana y la desplegó muy despacio. La sala guardó silencio. ¿Me enviaría a la cárcel de inmediato? Yo no era abogado. Sencillamente había sido amenazado con una querella de un millón de dólares por parte de un hombre acostumbrado a presentarlas a cada dos por tres, y en ese momento el juez estaba leyendo mis espeluznantes relatos mientras toda la ciudad esperaba su veredicto.
Muchas miradas insistentes se estaban concentrando en mí, por lo que consideré más fácil dedicarme a garabatear en mi bloc de notas a pesar de que no podía leer nada de lo que estaba escribiendo. Entretanto, me esforzaba por aparentar indiferencia. Lo que de veras hubiera deseado hacer en aquel momento habría sido salir disparado de la sala y regresar corriendo a Memphis.
Las páginas crujieron y su señoría terminó finalmente su lectura. Se inclinó ligeramente hacia el micrófono y pronunció unas palabras que salvaron de inmediato mi carrera.

-Está todo muy bien escrito -dijo-. Ameno, puede que un poco macabro, pero no cabe duda de que no hay nada que resulte inconveniente.
Seguí garabateando como si no lo hubiera oído. En una repentina, imprevista y un tanto horripilante escaramuza, había conseguido alzarme con el triunfo sobre los Padgitt y Lucien Wilbanks.
-Enhorabuena -susurró Baggy a mi oído.
Loopus volvió a doblar el periódico y lo depositó sobre la mesa. Permitió que Wilbanks se pasara unos cuantos minutos despotricando y desvariando acerca de las filtraciones de la policía, las de la oficina del fiscal y las posibles filtraciones de la sala del jurado de acusación, todas ellas coordinadas, en cierto modo, por una conspiración de personas anónimas dispuestas a tratar injustamente a su cliente. Pero lo que estaba haciendo en realidad era interpretar un papel delante de los Padgitt. Había fracasado en su intento de conseguir la libertad bajo fianza y tenía que impresionarlos con su vehemencia.
Loopus no se tragó nada de lo que dijo.
Tal como no tardaríamos en averiguar, la representación teatral de Lucien no había sido más que una cortina de humo. No tenía la menor intención de trasladar el caso fuera del condado de Ford.

6

Cuando compré el *Times*, su prehistórico edificio se incluyó en el trato. Su valor era muy escaso. Estaba ubicado en el lado sur de la plaza de Clanton y era una de las cuatro ruinosas estructuras adosadas construidas a toda prisa por alguien; estrecho y alargado, de planta y dos pisos y con un sótano que todos los empleados temían y del cual procuraban mantenerse apartados. Había varios despachos en la parte anterior, todos con raídas y manchadas alfombras, paredes desconchadas y el olor a tabaco de pipa del siglo pasado pegado para siempre a los techos. En la parte de atrás, lo más lejos posible de todo lo demás, se encontraba el taller de imprenta. Todos los martes por la noche, Hardy, nuestro tipógrafo, conseguía en cierto modo que la vieja prensa cobrara vida y sacara a la luz una nueva edición de nuestro periódico. Su espacio estaba impregnado con el acre olor de la tinta de imprenta.
La estancia de la planta baja tenía las paredes cubiertas de estanterías combadas bajo el peso de unos polvorientos volúmenes que no se habían abierto en varias décadas; colecciones de historia, obras de Shakespeare, poesía irlandesa e innumerables tomos de la Enciclopedia Británica totalmente anticuados. Lunar pensaba que semejantes libros impresionarían a cualquiera que se atreviera a entrar allí.

Situado de pie delante de la ventana de la fachada, mirando a través de los empañados paneles de cristal sobre los cuales alguien había pintado hacía mucho tiempo la palabra TIMES, uno habría podido ver el edificio de los juzgados del condado de Ford y el centinela de bronce de la Confederación del Sur montando guardia. En una placa a sus pies constaba la lista de los nombres de los sesenta y un jóvenes del condado que habían muerto en la Gran Guerra, casi todos ellos en Shiloh.

El centinela también era visible desde mi despacho, situado en el primer piso, cuyas paredes estaban cubiertas asimismo de estanterías que albergaban la biblioteca personal de Lunar, una ecléctica colección de apariencia tan descuidada como la de la planta baja. Pasarían años antes de que yo tocara alguno de aquellos libros.

El espacioso y desordenado despacho se hallaba enteramente ocupado por inútiles artefactos e inservibles archivos y adornado con falsos retratos de generales de la Confederación. Me encantaba aquel lugar. Lunar no se había llevado nada al irse de allí, y al cabo de varios meses nadie pareció mostrar el menor interés por sus trastos. Por consiguiente, todo quedó tal como estaba, descuidado como siempre y prácticamente intacto hasta que, poco a poco, se fue convirtiendo en algo de mi propiedad. Coloqué sus objetos personales -cartas, extractos bancarios, notas, postales- en varias cajas y guardé éstas en una de las muchas estancias desocupadas que había al fondo del pasillo, donde siguieron acumulando polvo y pudriéndose lentamente.

Mi despacho tenía dos puertaventanas que se abrían a un pequeño balcón con una barandilla de hierro forjado con espacio suficiente para que cuatro personas se sentaran en sillas de mimbre y contemplaran la plaza. No es que hubiera mucho que ver, pero era una manera agradable de pasar el rato, sobre todo con una copa en la mano.

Baggy siempre estaba dispuesto a beber un trago. Después de comer se presentó con una botella de bourbon y ambos ocupamos nuestras posiciones en las mecedoras. La ciudad seguía comentando animadamente la vista de la fianza. Todo el mundo daba por sentado que Danny Padgitt sería puesto en libertad en cuanto Lucien Wilbanks y Mackey Don Coley consiguieran arreglar las cosas. Se harían promesas, se soltaría dinero, el sheriff Coley garantizaría personalmente la comparecencia en juicio del chico... Pero el juez Loopus tenía otros planes.

La mujer de Baggy era enfermera. Trabajaba en el turno de noche de la sala de urgencias del hospital. Él, en cambio, trabajaba de día, si es que su lánguida observación de los acontecimientos de la ciudad podía considerarse un trabajo. Raras veces se veían, lo cual era estupendo,

pues cuando lo hacían se lo pasaban discutiendo. Sus hijos eran mayores y se habían largado, dejando que siguieran librando ellos solos su pequeña batalla particular. Al cabo de un par de copas, Baggy siempre empezaba a hacer mordaces comentarios acerca de su mujer. Sólo tenía cincuenta y dos años, pero aparentaba por lo menos setenta, y yo sospechaba que la bebida era la causa principal de su prematuro envejecimiento y de sus peleas domésticas.

-Les hemos pegado una buena paliza -dijo con orgullo. Jamás un reportaje periodístico había sido tan ampliamente exculpado, y allí mismo, en la sala.

-¿Qué es un mandato de mordaza? -pregunté.

Yo era un novato escasamente informado y no constituía un secreto para nadie. De nada me hubiera servido fingir saber algo cuando lo ignoraba.

-Jamás he visto ninguno. He oído hablar de ellos y creo que los jueces los utilizan para callarles la boca a los abogados y los litigantes.

-¿Y eso también se aplica a la prensa?

-Jamás. Wilbanks hablaba de cara a la galería, eso es todo. El tío es miembro de la Asociación Americana de Defensa de las Libertades Civiles, el único en todo el condado de Ford. Por consiguiente, sabe muy bien lo que significa la Primera Enmienda. Es absolutamente imposible que un tribunal prohiba a un periódico publicar algo. Tenía un mal día, estaba claro que su cliente iba a seguir en la cárcel y debía hacer un poco de comedia. Es una maniobra típica de los abogados. La enseñan en las facultades de derecho.

-¿O sea que no crees que vayan a querellarse contra nosotros?

-Qué va. Mira, en primer lugar, no hay posibilidad de juicio. No hemos difamado ni calumniado a nadie. Es cierto que hemos cargado un poco la mano en algunos datos, pero eran cosas sin importancia y lo más probable es que sean verdad. En segundo lugar, si Wilbanks quisiera demandarnos, tendría que presentarla denuncia aquí, en el condado de Ford. Los mismos juzgados, la misma sala, el mismo juez. El honorable Reed Loopus que esta mañana ha leído nuestros reportajes y ha señalado que estaban muy bien. La querella fue rechazada antes de que Wilbank tecleara la primera palabra. Brillante.

Pero yo, a pesar de todo, no me sentía muy brillante. Estaba preocupado por la demanda de un millón de dólares y me preguntaba de dónde iba a sacar semejante suma. Al final, el bourbon me empezó a hacer efecto y me relajé. Era el jueves por la noche y en Clanton apenas había gente por la calle. Todas las tiendas, establecimientos y despachos de la plaza estaban cerrados a cal y canto.

Como de costumbre, Baggy llevaba largo rato relajado. Margaret me había comentado en voz baja que muchas veces desayunaba con

bourbon. Él y un abogado cojo llamado Major solían echarse un chorrito en el café. Se reunían en la galería exterior del despacho de Major, al otro lado de la plaza, y fumaban, bebían y hacían comentarios acerca de la ley y la política mientras el edificio de los juzgados iniciaba su actividad. Major había perdido una pierna en Guadalcanal, según su versión de la Segunda Guerra Mundial. Se había especializado tanto en el ejercicio de su profesión que prácticamente lo único que hacía era redactar testamentos para los ancianos. Él mismo los tecleaba, de modo que no necesitaba para nada una secretaria. Trabajaba casi tan duro como Baggy y a ambos se los solía ver en la sala, medio achispados, presenciando su enésimo juicio.
-Apuesto a que Mackey Don ha instalado al chico en la suite -dijo Baggy con voz ya un tanto pastosa.
-¿La suite? pregunté.
-Sí. ¿No has visto la cárcel?
-No.
-No es apta ni siquiera para los animales. No hay calefacción ni aire acondicionado y cortan el agua cada dos por tres. Las condiciones son deplorables. La comida, infame. Y eso es para los blancos. Los negros están al otro lado, todos en una sola celda alargada. Su único retrete es un agujero en el suelo.
-Prefiero no verlo.
-Es una vergüenza para el condado, pero, lamentándolo mucho, lo mismo ocurre en la mayor parte de lugares de por aquí. En cualquier caso, sólo hay una pequeña celda con aire acondicionado y una alfombra en el suelo, una cama limpia, televisor en color y buena comida. La llaman «la suite», y allí es donde Mackey Don coloca a sus preferidos.
Yo iba tomando notas mentalmente. Para Baggy, se trataba de su trabajo habitual. Para mí, recién salido de un centro universitario y antiguo estudiante de periodismo, era el germen de un sensacional reportaje de investigación sobre escándalos y corrupción.
-¿Crees que Padgitt ocupa la suite?
-Probablemente. se ha presentado en la sala vestido con su propia ropa.
-¿Y cómo habría tenido que presentarse?
-Con el mono carcelario de color anaranjado que lleva todo el mundo. -¿Nunca lo has visto?
-Sí, lo había visto. Había estado una vez en una sala del tribunal, aproximadamente un mes atrás, y, de repente, recordé haber visto a dos o tres acusados sentados a la espera del juez, todos vestidos con unos desteñidos monos anaranjados. «Prisión del Condado de Ford», rezaba en la pechera y la espalda.
Baggy bebió un trago y prosiguió:

-Mira, en las vistas preliminares y cosas por el estilo, los acusados, si todavía están en la cárcel, siempre comparecen vestidos con su ropa de reclusos. En otros tiempos, Mackey Don los obligaba a llevar el mono incluso durante el juicio. Lucien Wilbanks consiguió anular un veredicto de culpabilidad alegando que el jurado ya estaba predispuesto a condenar, puesto que su cliente, vestido con su mono carcelario anaranjado, tenía pinta de culpable ya de entrada. Y estaba en lo cierto. Cuesta mucho convencer a un jurado de que no eres culpable cuando te presentas vestido como un recluso y calzas chanclas.
Me sorprendí una vez más del atraso de Misisipí. Ya me imaginaba a un acusado de un delito, especialmente si era de raza negra, compareciendo ante un jurado a la espera de un juicio imparcial, enfundado en un atuendo carcelario diseñado a propósito para que a uno lo vieran desde un kilómetro de distancia. «Aún están combatiendo la Guerra», era el comentario que había oído más de una vez en el condado de Ford. Se observaba una descorazonadora resistencia al cambio, especialmente en lo tocante a los delitos y las penas.

Hacia el mediodía del día siguiente me dirigí a la cárcel para hablar con el sheriff Coley. Con el pretexto de formularle algunas preguntas acerca de la investigación Kassellaw, me proponía ver al mayor número de reclusos posible. Su secretaria me comunicó en tono bastante grosero que estaba reunido, lo que me pareció muy bien.
Dos reclusos estaban limpiando los despachos de la parte delantera del edificio. Fuera, otros dos arrancaban las malas hierbas de un arriate de flores. Rodeé la manzana y vi en la parte de atrás de la cárcel una pequeña zona con una canasta de baloncesto. Seis reclusos descansaban a la sombra de un pequeño roble. En el lado este del edificio vi a tres reclusos detrás de los barrotes de una ventana, mirándome.
Trece reclusos en total. Trece monos anaranjados.
Pregunté al sobrino de Wiley acerca de cuestiones relacionadas con la cárcel. Al principio, no quería hablar, pero odiaba profundamente al sheriff Coley y decidió que podía confiar en mí. Me confirmó lo que Baggy sospechaba: Danny Padgitt estaba alojado en la celda con aire acondicionado y comía lo que quería. Vestía como le daba la gana, jugaba a las damas con el propio sheriff y se pasaba el día hablando por teléfono.

La siguiente edición del *Times* contribuyó en gran medida a consolidar mi fama de agresivo, intrépido e insensato periodista de veintitrés años. En primera plana figuraba una fotografía de gran tamaño de Danny Padgitt entrando en los juzgados para la vista de la fianza. Iba esposado

y vestía ropa de calle. Miraba a la cámara con su habitual expresión de vete a la mierda. Justo por encima de ella, un titular de gran tamaño rezaba:

DENEGADA LA FIANZA PARA DANNY PADGITT

El reportaje era largo y detallado.
A su lado había otro artículo casi igual de largo y mucho más escandaloso. Citando fuentes anónimas, mencionaba el trato de favor que estaba recibiendo el recluso, incluidas sus partidas de damas con el sheriff Coley, además de su comida y su régimen alimenticio, el televisor en color y el uso ilimitado del teléfono, todo lo cual era comprobable. Después lo comparaba con la existencia de los otros veintiún reclusos.
En la segunda página, publicaba una vieja fotografía de archivo en blanco y negro de cuatro internos en el momento de entrar en el edificio de los juzgados. Cada uno de ellos vestía, naturalmente, el consabido mono. Todos iban esposados y despeinados. Había oscurecido sus rostros para que, quienesquiera que fuesen, no tuvieran que sufrir nuevas humillaciones. Sus casos llevaban mucho tiempo cerrados.
Al lado de la imagen de archivo había incluido otra fotografía de Danny Padgitt en el momento de entrar en el edificio de los juzgados. Dejando aparte las esposas, parecía a punto de dirigirse a una fiesta. El contraste resultaba sorprendente. El chico estaba recibiendo toda suerte de atenciones por parte del sheriff Coley, el cual se había negado hasta entonces a comentar conmigo el asunto. Grave error.
En el artículo comentaba mis infructuosos intentos de hablar con el sheriff. Este no devolvía mis llamadas. Me había presentado por dos veces en la cárcel y no había querido recibirme. Le había dejado una lista de preguntas, pero había optado por no contestar. Mostraba la imagen de un agresivo y joven reportero que buscaba con desesperación la verdad y era sistemáticamente eludido por un cargo oficial elegido por los ciudadanos.
Puesto que Lucien Wilbanks era uno de los hombres menos apreciados en Clanton, lo incluía también en el fregado. Utilizando el teléfono, -que, tal como yo estaba rápidamente aprendiendo era un gran igualador-, llamé cuatro veces a su despacho antes de que él me devolviera la llamada. Al principio, dijo que no tenía ningún comentario que hacer acerca de su cliente o de las acusaciones, pero cuando insistí con preguntas referidas al trato que se le estaba dispensando en la cárcel, estalló.

-¡Yo no dirijo la puta cárcel, muchacho! -exclamó, e imaginé la expresión de furia de sus ojos enrojecidos.
En el artículo citaba esta respuesta.
-¿Se ha entrevistado con su cliente en la cárcel? -le pregunté.
-Por supuesto que sí.
-¿Cómo iba vestido?
-¿No tiene usted otras cosas mejores sobre las que informar?
-No, señor. ¿Cómo iba vestido?
-Bueno, no iba desnudo, eso seguro.
La frase era demasiado buena para no aprovecharla, por lo que la publiqué en negrita en un aparte.

Con un violador y asesino, un sheriff corrupto y un abogado radical por un lado y yo solo por el otro, sabía que no podía perder la batalla. La reacción al reportaje fue impresionante. Baggy y Wiley informaron de que en los bares se hablaba con admiración del joven e intrépido director del semanario. Los Padgitt y Lucien eran despreciados desde hacía mucho tiempo. Al fin había llegado el momento de librarse de Coley.
Margaret dijo que estábamos colapsados con llamadas telefónicas de lectores furiosos por el trato de favor que estaban dispensando a Danny. El sobrino de Wiley señaló que la cárcel se había con vertido en un caos y que Mackey Don estaba en guerra con sus agentes. Estaba mimando a un asesino, y 1971 era año de elecciones. La gente de la calle estaba indignada y todos corrían el peligro de perder sus puestos.

Aquellas dos semanas en el *Times* fueron decisivas para la supervivencia del semanario. Los lectores estaban hambrientos de pormenores y, gracias a la elección del momento oportuno, la pura chiripa y un poco de audacia, yo les estaba dando justo lo que querían. El periódico había cobrado vida de repente; era una fuerza. Se había ganado la confianza de los lectores. La gente quería que informara con detalle y sin temor.
Baggy y Margaret me dijeron que Lunar jamás habría utilizado fotografías espeluznantes ni habría desafiado al sheriff. Pero seguían dominados por el miedo. Mi insolencia no había envalentonado a mi equipo de colaboradores. El *Times* era y seguiría siendo un espectáculo individual, apoyado en un personal muy pusilánime.
Pero a mí me importaba muy poco. Yo estaba contando la verdad sin pensar en las consecuencias. me había convertido en un héroe local. Las suscripciones aumentaron a casi tres mil, y los ingresos se duplicaron. No sólo estaba arrojando una nueva luz sobre el condado sino que, encima, ganaba dinero.

7

El artefacto era una bomba incendiaria muy simple que, de haber explotado, habría acabado rápidamente con nuestro taller de imprenta. Las distintas sustancias químicas allí almacenadas y los veinticinco litros de tinta habrían alimentado el fuego, que habría propagado rápidamente a los despachos de la parte delantera. A los pocos minutos, sin ningún sistema de extinción ni alarma, cualquiera sabe cuánto de los dos pisos de arriba se hubiera salvado. Probablemente muy poco. Lo más seguro era que el fuego del artefacto, en caso de que éste se hubiera hecho detonar debidamente a primera hora del jueves, se hubiera propagado a los cuatro edificios contiguos.

Lo descubrió el tonto del pueblo, todavía intacto y funestamente colocado junto a un montón de viejos periódicos en el taller de imprenta. O mejor sería decir uno de los tontos del pueblo. Clanton los tenía en abundancia.

Se llamaba Piston y, al igual que el edificio y la antigua imprenta y las intactas bibliotecas de la planta baja y del piso de arriba, estaba incluido en el lote. Piston no era empleado oficial del *Times*, pero a pesar de ello se presentaba todos los viernes para cobrar su paga de cincuenta dólares en efectivo. A cambio de ello, a veces barría los suelos y, de vez en cuando, desplazaba de sitio el polvo de las ventanas y sacaba la basura cuando alguien se quejaba. No tenía horario fijo, iba y venía cuando le daba la gana, entraba sin llamar a la puerta cuando se celebraba alguna reunión, gustaba de usar nuestros teléfonos y beberse nuestro café y, aunque a simple vista ofrecía un aspecto un tanto siniestro -ojos tremendamente separados, gafas de cristales gruesos, gorra de camionero encasquetada hasta las cejas, barba rala, horribles dientes salidos- era absolutamente inofensivo. Prestaba servicio de conserje en varios establecimientos de la plaza y así iba tirando. Nadie sabía dónde vivía ni con quién o cómo lograba ir a tantos sitios de la ciudad. En cualquier caso, cuanto menos supiéramos acerca de él, mejor.

Piston llegó a primera hora de la mañana del jueves -hacía décadas que tenía la llave- y dijo que, al principio, oyó una especie de tictac. Buscando con mayor detenimiento, descubrió tres bidones de plástico de veinticinco litros conectados a una caja de madera colocada en el suelo, a su lado. El tictac procedía de la caja. Piston conocía desde hacía muchos años el taller de imprenta y algunos jueves por la noche ayudaba a Hardy cuando éste imprimía el periódico.

En la mayoría de las personas, el pánico hubiera sucedido rápidamente a la curiosidad, pero en el caso de Piston tardó un poco más. Tras

empujar los bidones para cerciorarse de que estaban efectivamente llenos de gasolina, y tras comprobar que todo estaba unido por una serie de alambres de apariencia peligrosa, se dirigió al despacho de Margaret y llamo a Hardy. Dijo que el tictac era cada vez más fuerte.
Hardy llamó a la policía y sobre las nueve de la mañana me despertaron con la noticia.
Cuando llegué, casi todo el centro de la ciudad había sido evacuado. Piston estaba sentado en el capó de un automóvil, para entonces ya totalmente anonadado por el hecho de haber conseguido escapar por los pelos del peligro. Algunos conocidos y el chofer de una ambulancia estaban atendiéndolo, y parecía disfrutar de la situación.
Wiley Meek había fotografiado el artefacto antes de que la policía retirara los bidones de gasolina y los colocara en el callejón trasero de nuestro edificio.
-Habría hecho volar por los aires la mitad del centro de la ciudad -fue la ignorante evaluación que hizo Wiley de la bomba.
Iba nerviosamente de acá para allá captando todo el revuelo para su uso en el futuro.
El jefe de la policía me explicó que estaba prohibido el acceso a toda la zona porque la caja de madera aún no se había abierto y lo que había en su interior seguía haciendo tictac.
-Podría estallar -declaró en tono solemne, como si fuera la primera persona lo bastante lista para comprender el peligro.
Yo dudaba que tuviera mucha experiencia con los artefactos explosivos, pero le seguí la corriente. Llegó rápidamente un experto de la sección criminal del laboratorio del estado y se decidió que los cuatro edificios contiguos permanecieran desocupados hasta que el experto terminase su trabajo.

¡Una bomba en el centro de Clanton! La noticia se propagó más rápidamente de lo que lo hubiera hecho el fuego y todo el mundo dejó lo que estaba haciendo. Las oficinas se vaciaron al igual que los bancos, las tiendas y los cafés, y no tardaron en formarse grandes grupos de mirones al otro lado de la calle, bajo los grandes robles de la parte sur del edificio de los juzgados, a una distancia prudencial. Todos contemplaban nuestro pequeño edificio, visiblemente preocupados y atemorizados, pero también con cierto morboso interés. Jamás habían visto estallar una bomba.
A la policía municipal de Clanton se habían unido los agentes del sheriff, a los que se sumaron de inmediato los restantes agentes del condado, todos ellos agrupados en las aceras sin hacer absolutamente nada. El sheriff Coley y el jefe de policía evacuaron consultas contemplando a la muchedumbre que se apretujaba al otro lado de la calle y después

ladraron unas cuantas órdenes por aquí y por allá, pero, si alguna de ellas se cumplió, apenas se notó. Todo el mundo comprendió que ni la ciudad ni el condado tenían demasiada experiencia en cuestión de bombas.
Baggy necesitaba un trago. Para mí era demasiado temprano. Lo seguí a la parte de atrás del edificio de los juzgados, subí con él un angosto tramo de escalera en el cual no había reparado hasta entonces, cruzamos un estrecho pasillo y subimos otros veinte peldaños hasta llegar a una pequeña y sucia estancia de techo muy bajo.
-Antes era la vieja sala del jurado -dijo. Después, fue la biblioteca jurídica.
-¿Y ahora qué es? -pregunté, casi temiendo la respuesta.
-El bar. Lo entiendes, ¿verdad? El bar, los abogados. La bebida.
-Lo entiendo muy bien.
Había una mesa de jugar a las cartas de patas plegables cuyo desgastado aspecto denotaba muchos años de uso y, a su alrededor, media docena de sillas desparejadas de segunda mano que habían ido pasando de un despacho del condado a otro hasta acabar finalmente abandonadas en aquella sucia y pequeña sala.
En un rincón vi un pequeño frigorífico con un candado. Baggy, que por supuesto tenía la llave, sacó de él una botella de bourbon. Sirvió un buen chorro en un vaso de papel y me dijo:
-Coge una silla.
Acercamos dos de ellas a la ventana y vimos abajo la escena que acabábamos de abandonar.
-No está mal la vista, ¿eh? -añadió con orgullo.
-¿Vienes muy a menudo?
-Un par de veces a la semana, a veces más. Jugamos al póquer todos los martes y los jueves al mediodía.
-¿Quién pertenece al club?
-Es una sociedad secreta.
Bebió un sorbo y chasqueó los labios como si llevara un mes en el desierto. Una araña bajó por una espesa telaraña junto a la ventana. Las repisas estaban cubiertas por una capa de polvo de casi dos centímetros de grosor.
-Creo que están perdiendo facultades -comentó, contemplando el ajetreo de abajo.
-¿Quiénes? -pregunté casi con temor.
-Los Padgitt -respondió con cierta suficiencia, y dejó las palabras en el aire para que yo las asimilara.
-¿Estás seguro de que han sido los Padgitt? -pregunté.
Baggy creía saberlo todo y la mayoría de las veces tenía razón. Esbozó una sonrisa relamida, soltó un gruñido y bebió otro sorbo diciendo:

-Se pasan la vida incendiando edificios. Es uno de sus timos: fraude a las compañías de seguros. Han ganado una inmensa fortuna a su costa. -Otro rápido sorbo-. Pero es curioso que hayan utilizado gasolina. El pirómano inteligente evita la gasolina porque es fácil de detectar. ¿Lo sabías?
-No.
-Es cierto. Un buen bombero percibe el olor de la gasolina a los pocos minutos de producirse un incendio. Gasolina significa incendio intencionado. Incendio intencionado significa no cobrar la póliza del seguro. -Otro sorbo-. Pero en este caso seguramente querían que supieras que había sido intencionado. Tiene sentido, ¿verdad?
En ese momento nada tenía sentido. Me sentía demasiado aturdido para hablar.
Baggy se alegraba de llevar el peso de la conversación.
-Pensándolo bien -prosiguió-, éste es probablemente el motivo de que no lo hicieran estallar. Querían que lo vieras. Si hubiera estallado, el condado se habría quedado sin el *Times* y eso habría molestado a ciertas personas. Y alegrado a otras.
-Gracias.
-En todo caso, eso lo explica mejor. Ha sido un sutil acto de intimidación.
-¿Sutil?
-Sí, en comparación con lo que hubiera podido ocurrir. Créeme, esos tíos saben pegarle fuego a un edificio. Has tenido suerte.
Observé la rapidez con la que se había disociado del periódico. Era «yo» el que había tenido suerte, no «nosotros». El bourbon se había abierto camino hasta su cerebro y estaba soltándole la lengua.
-Hace unos tres años, puede que cuatro, se declaró un gran incendio en uno de sus aserraderos, el de la carretera 401, justo al lado de la isla. Jamás incendian nada en la isla porque no quieren que las autoridades fisgoneen por allí. Sea como fuere, la compañía de seguros se olió el fraude, se negó a pagar y entonces Lucien Wilbanks presentó una demanda. Se celebró el juicio, presidido por el honorable Reed Loopus. Lo escuché todo desde el principio hasta el final. -Bebió un largo y satisfactorio trago.
-¿Quién ganó?
Hizo caso omiso de mi pregunta porque el relato aún no estaba debidamente esbozado.
-Fue un incendio impresionante. Los chicos de Clanton salieron con todos sus camiones. Salieron también los voluntarios de Karaway, cualquier patán que tuviera una sirena se fue volando hacia Padgitt Island. No hay nada como un buen incendio para animar a los chicos de aquí. Eso y una bomba, creo, pero no recuerdo la última bomba.

-Y entonces...
-La carretera 401 atraviesa unas tierras bajas, de hecho unos auténticos pantanos, cerca de Padgitt Island. Hay un puente sobre el arroyo Massey, y cuando los vehículos de los bomberos llegaron al puente, encontraron una furgoneta volcada, como si hubiera dado un patinazo. La carretera estaba completamente bloqueada; no pudieron dar un rodeo porque no hay más que ciénagas y zanjas.
Baggy volvió a chasquear los labios y escanció más bourbon de la botella. Ya era hora de que yo dijera algo, aunque me constaba que cualquier cosa que dijera sería ignorada por completo. Este era el mejor estimulo para Baggy.
-¿De quién era la furgoneta? -pregunté.
Meneó la cabeza como si la pregunta estuviera completamente fuera de lugar.
-El incendio parecía un auténtico infierno –continuó- Los vehículos de los bomberos retrocedieron hacia la 401 porque un imbécil había volcado con su furgoneta. Jamás lo encontraron. Ni rastro del conductor. Ni rastro del propietario porque no tenía matrícula. Faltaban las placas. La identificación del vehículo se había borrado con lija. La furgoneta jamás fue reclamada. Tampoco había sufrido excesivos daños. Todo eso se expuso durante el juicio. Nadie dudaba de que los Padgitt eran los autores del incendio y que habían bloqueado la carretera con una de sus furgonetas robadas, pero la compañía de seguros no logró demostrarlo.
Abajo, el sheriff Coley había encontrado su megáfono. Estaba pidiendo a la gente que por favor se alejara de nuestro edificio. Su estridente voz subrayaba la urgencia de la situación.
-¿Y finalmente ganó la compañía de seguros? -pregunté, deseoso de llegar al final de la historia.
-Fue un juicio sensacional. Duró tres días. Por regla general, Wilbanks consigue cerrar un trato con uno o dos miembros del jurado. Lleva años haciéndolo y jamás lo han pillado. Además, conoce a todo el mundo en el condado. Los chicos del seguro eran de Jackson y no tenían ni idea. El jurado se pasó dos horas deliberando y después emitió un veredicto en favor de los demandantes: cien de los grandes y, para acabar de redondear la cosa, un millón de dólares en concepto de punitorio por los daños ocasionados.
-¡Un millón! -exclamé.
Exactamente. El primer veredicto de un millón de dólares del condado de Ford. El Tribunal Supremo tardó un año en anular el pago del punitorio.

La idea de que Lucien Wilbanks tuviera semejante influencia sobre los jurados no resultaba muy consoladora. Baggy olvidó su bourbon por un instante y miró hacia la calle.
-Eso es una mala señal, hijo -dijo finalmente. Pero que muy mala.
Yo era el jefe y no me gustaba que me llamaran “hijo”, pero lo dejé correr porque tenía otros asuntos más importantes entre manos.
-¿La intimidación? -pregunté.
-Sí. Los Padgitt raras veces abandonan la isla. El hecho de que hayan sacado a la calle su pequeño espectáculo significa que están dispuestos a presentar batalla. Si no consiguen intimidar al periódico, intentarán hacerlo con el jurado. Ya son los amos del sheriff.
-Pero Wilbanks dijo que quería un cambio de tribunal.
Baggy soltó un bufido y volvió a acordarse de su bebida.
-No cuentes mucho con ello, hijo.
-Por favor, llámame Willie.
Era curioso que de pronto sintiera apego por aquel nombre.
-No cuentes mucho con ello, Willie. El chico es culpable y la única oportunidad que se le ofrece es la de conseguir comprar o atemorizar al jurado. Hay diez, posibilidades contra una de que el juicio se celebre aquí mismo, en este edificio.

Tras haberse pasado dos horas esperando en vano que el suelo se pusiera a temblar, la ciudad se dispuso a comer. La muchedumbre se dispersó. Al final, llegó el experto de la sección criminal del laboratorio del estado y se puso a trabajar en el taller de imprenta. No me permitieron entrar en el edificio, lo que me pareció muy bien.
Margaret, Wiley y yo nos tomamos un bocadillo en el cenador del jardín del edificio de los juzgados. Comimos tranquilamente en silencio sin apartar la mirada de nuestros despachos del otro lado de la calle. De vez en cuando, alguien nos veía y se detenía a intercambiar unas torpes palabras con nosotros. ¿Qué se les puede decir a las víctimas de una bomba cuando la bomba no estalla? Por suerte, la gente de la ciudad tenía muy poca práctica en semejantes lides. Fuimos objeto de comprensión y recibimos algunos ofrecimientos de ayuda.
El sheriff Coley se acercó y nos facilitó un informe preliminar acerca de nuestra bomba. El reloj era un despertador de cuerda y se podía adquirir en cualquier tienda. A primera vista, el experto pensaba que había habido un problema con las conexiones. Todo había sido obra de unos aficionados.
-¿Cómo piensan investigarlo? -pregunté con cierta irritación.
-Buscaremos huellas dactilares, intentaremos dar con algún testigo. Lo habitual.

-¿Hablará usted con los Padgitt? -pregunté con mayor irritación si cabe. A fin de cuentas, estaba en presencia de mis empleados y, aunque me moría de miedo, quería demostrarles lo tremendamente intrépido que era.
-¿Acaso sabe usted algo que yo ignoro? me replicó el sheriff.
-Son los sospechosos, ¿no?
-¿Ahora es usted el sheriff?
-Son los pirómanos más expertos del condado, llevan años incenciando impunemente edificios. La semana pasada su abogado me amenazó con demandarme. Hemos presentado dos veces a Danny Padgitt en primera plana. Si ellos no son los sospechosos, ya me dirá usted quiénes son.
-Pues siga adelante y publique el artículo, hijo. Denúncielos con nombres y apellidos. De todos modos, parece que se ha empeñado en que le pongan una demanda.
-Yo cuidaré del periódico -dije. Usted atrape a los criminales.
El sheriff se despidió de Margaret quitándose el sombrero y se alejó.
-El año que viene es el de la reelección -dijo Wiley mientras observábamos a Coley detenerse a conversar con dos señoras junto a un surtidor de agua-. Espero que tenga un adversario.

La intimidación prosiguió, esta vez a costa de Wiley. Vivía a un kilómetro y medio de la ciudad, en una granja de dos hectáreas y media de extensión que había adquirido por simple afición y en la que su mujer criaba patos y cultivaba sandías. Aquella noche, tras aparcar en el camino de la entrada, cuando se apeaba de su automóvil, dos matones saltaron desde los arbustos y lo atacaron. El más fornido de los dos lo derribó al suelo y le propinó varios puntapiés en el rostro mientras el otro sacaba dos cámaras fotográficas de la trasera del vehículo de Wiley. Este tenía cincuenta y ocho años y había servido en la Marina, por lo que, en determinado momento de la refriega, consiguió derribar de una patada al más alto de sus atacantes. En el suelo, ambos intercambiaron una tanda de golpes y, cuando Wiley estaba a punto de derrotar a su agresor, el otro matón le golpeó la cabeza con una de las cámaras. Wiley dijo que a partir de ese momento ya casi no recordaba nada.
Al final, su mujer oyó el alboroto. Encontró a Wiley en el suelo semiinconsciente con las dos cámaras destrozadas. Una vez en el interior de la casa, le aplicó compresas de hielo en la cara y comprobó que no tenía ningún hueso roto. El antiguo infante de Marina no quería ir al hospital.

Un agente acudió a la casa y redactó un informe. Wiley sólo había podido ver de refilón a sus atacantes y estaba seguro de que no los conocía de nada.
-A esta hora ya estarán de regreso en la isla -dijo-. No los encontrarán.
Su mujer consiguió imponer su criterio y una hora más tarde me llamaron desde el hospital. Le vi entre radiografía y radiografía. Tenía la cara hecha un desastre, pero consiguió sonreír. Me cogió de la mano y me atrajo hacia sí.
-La semana que viene, primera plana -me dijo a través de sus partidos e hinchados labios.
Unas cuantas horas después abandoné el hospital y me fui a dar un largo paseo en mi automóvil por la campiña. Miraba constantemente por el espejo retrovisor, esperando que otra jauría de los Padgitt apareciese en cualquier momento y abriera fuego contra mí.

El de Ford no era un condado sin ley de esos en que los delincuentes organizados maltrataban a los ciudadanos. Ocurría justo lo contrario: el crimen era algo insólito. La corrupción estaba generalmente mal vista. Yo tenía razón y ellos no, por cuyo motivo decidí que no me dejaría avasallar. Me compraría un arma de fuego; qué demonios, en el condado todo el mundo tenía dos o tres. Y, en caso necesario, contrataría un servicio de vigilancia. Mi periódico sería cada ver más atrevido conforme se acercara la fecha del comienzo del juicio.

8

Antes de la quiebra y de mi inesperado ascenso a un lugar de preeminencia en el condado de Lord, me habían contado una historia fascinante acerca de una familia de la zona.
Lunar jamás trató el asunto porque ello le habría exigido llevar a cabo una cierta labor de investigación y un viaje al otro lado de las vías del tren.
Ahora que el periódico me pertenecía, llegué a la conclusión de que la historia era demasiado buena para pasarla por alto.
Allá en Lowtown, el sector de los negros, vivía una pareja extraordinaria: Calia y Esau Ruffin. Llevaban más de treinta años casados y habían criado a ocho hijos, siete de los cuales habían obtenido un doctorado y eran profesores universitarios. Los detalles relativos al octavo eran algo más incompletos, aunque, según Margaret, se llamaba Sam y vivía en la clandestinidad para huir de la justicia.
Llamé a la casa y se puso al teléfono la señora Ruffin. Le expliqué quién era y qué quería, y me pareció que lo sabía todo acerca de mí. Dijo que llevaba cincuenta años leyendo el *Times* de la primera a la última

página, todo, desde las notas necrológicas hasta los anuncios de demandas, y, tras una breve pausa, señaló que, a su juicio, el periódico se encontraba ahora en mucho mejores manos. Los reportajes eran más largos. Había menos errores. Y más noticias. Hablaba muy despacio y con claridad, con aquella cuidadosa dicción que yo no oía desde que había dejado Syracuse.
Cuando al final tuve ocasión de abrir la boca, le di las gracias y le dije que me gustaría reunirme con ella para hablar de su extraordinaria familia. se mostró halagada e insistió en invitarme a comer. Así se inicio una insólita amistad que me abrió los ojos a muchas cosas, de las cuales la cocina sureña no fue la menor.

Mi madre murió cuando yo tenía trece años. Era anoréxica bastaron cuatro personas para portar a hombros su féretro. Pesaba menos de cuarenta kilos y parecía un fantasma. La anorexia constituía sólo uno de sus muchos problemas.
Como no comía, tampoco cocinaba. No recuerdo que jamás me preparara una comida caliente. El desayuno consistía en un cuenco de cereales; la comida, en un bocadillo frío; la cena, en algún plato precocinado que yo solía comer sentado en solitario delante del televisor.
Era hijo único y mi padre nunca estaba en casa, lo cual suponía un alivio, pues su presencia provocaba roces entre ambos. Él quería comer y ella no. Discutían por todo.
Yo nunca tenía apetito; la despensa siempre estaba llena de mantequilla de cacahuete, cereales y cosas por el estilo. De vez en cuando comía en casa de algún amigo, y siempre me sorprendía ver cómo cocinaban las familias de verdad y el tiempo que pasaban sentadas alrededor de la mesa. En nuestra casa, la comida sencillamente carecía de importancia.
En mi adolescencia subsistí a base de platos precocinados. En Syracuse mi comida habitual solía limitarse a una pizza y una cerveza. Me pasé mis primeros veintitrés años de vida comiendo sólo cuando tenía apetito. Lo cual era un error, tal como muy pronto descubrí en Clanton. En el Sur la comida tiene muy poco que ver con el apetito.

El hogar de los Ruffin se encontraba en una zona algo más agradable de Lowtown y formaba parte de una hilera de casas adosadas cuidadosamente conservadas y pintadas. Las direcciones constaban en los buzones y, al detenerme sin prisas junto al bordillo, no pude por menos que esbozar una sonrisa al ver la blanca valla de estacas y las flores -peonías e iris- que flanqueaban la acera. Estábamos a principios

de abril, había bajado la capota de mi Spitfire y, al apagar el motor, aspiré el aroma de algo delicioso. ¡Chuletas de cerdo!
Galia Ruffin me recibió junto a la cancela que se abría al inmaculado césped del jardín delantero. Era una mujer corpulenta de hombros poderosos que me dio un apretón de manos tan firme como el de un hombre. Tenía el cabello gris y se advertían en ella los efectos de la crianza de tantos hijos, pero cuando sonreía, lo cual hacía constantemente, iluminaba el mundo con dos hileras de blancos e impecables dientes. Jamás había visto unos dientes como los suyos.
-Cuánto me alegro de que haya venido -me dijo subiendo por el sendero de ladrillo.
Yo también me alegraba mucho. Era casi mediodía. Como de costumbre, no había probado bocado y los efluvios procedentes del porche me estaban provocando mareos.
-Bonita casa -dije, contemplando la fachada. Era de tablas de madera pintadas de un blanco deslumbrador y daba la impresión de que alguien anduviera constantemente por allí con una brocha y un cubo. Un porche verde con tejado de cinc recorría toda la fachada.
-Gracias. La tenemos desde hace treinta años.
Yo sabía que casi todas las humildes viviendas de Lowtown eran propiedad de los blancos del otro lado de las vías del tren. El hecho de que unos negros fueran propietarios de una casa constituía una hazaña insólita en 1970.
-¿Quién es su jardinero? -pregunté, deteniéndome para aspirar el perfume de una rosa amarilla.
Había flores por todas partes, bordeando el sendero de entrada, a lo largo de todo el porche y a los lados de los limites de la propiedad.
-Pues yo misma -contestó, soltando una carcajada que dejó al descubierto sus dientes resplandecientes.
Subimos tres peldaños y, al llegar al porche... ¡el gran banquetazo! Junto a la barandilla había una mesita dispuesta para dos personas: mantel de algodón blanco, servilletas blancas, flores en un pequeño jarrón, una gran jarra de té helado y por lo menos cuatro platos tapados.
¿Quién va a venir? -pregunté.
-Ah, sólo seremos nosotros dos. Puede que Esau se deje caer más tarde.
-Aquí hay comida suficiente para un ejército -comenté. Aspiré lo más hondo que pude y me dolió el estomago sólo de pensar en aquellas exquisiteces.
-Comamos antes de que se enfríe propuso.
Procurando reprimir mi impaciencia, me acerqué lentamente a la mesa y aparté una silla para ella. Le encantó mi caballerosidad. Me senté delante de Calia y estaba a punto de retirar las tapas y lanzarme de

cabeza a lo que hubiera debajo cuando ella me tomó ambas manos e inclinó la cabeza. Acto seguido, se puso a rezar.
La plegaria iba a ser muy larga. Le dio gracias al Señor por todas las cosas buenas, incluyéndome a mí, «su nuevo amigo». Rezó por los enfermos y por los que quizás enfermaran en el futuro. Rezó por la lluvia y el sol y por la salud, la humildad y la paciencia. A pesar de mi preocupación por la posibilidad de que se enfriara la comida, su voz me hipnotizaba. Su cadencia era lenta y no descuidaba ni una sola palabra. Tenía una dicción perfecta, cada consonante recibía el mismo trato, se respetaban todas las comas y todos los puntos. Tuve que mirarla a hurtadillas para cerciorarme de que aquello no era un sueño. Jamás había oído semejantes palabras en boca de un negro sureño, y tampoco en la de un blanco sureño, para qué engañarnos.
Volví a mirarla a hurtadillas. Estaba hablando con su Señor y la expresión de su rostro era de absoluta felicidad. Por unos instantes, llegué a olvidarme de la comida. Me apretó las manos mientras rezaba al Todopoderoso con una elocuencia que sólo podía ser el fruto de muchos años de práctica. Citaba las Sagradas Escrituras, en la versión del rey Jacobo del siglo XV, por supuesto, y resultaba un poco raro oírla utilizar palabras como «vos», «vuestro», »allende» o »fueres». Pero ella sabía muy bien lo que hacía. En presencia de aquella piadosísima mujer, jamás me sentí más cerca de Dios.
No acertaba a imaginarme una oración tan larga en una mesa a cuyo alrededor se sentaban ocho niños. Algo me decía, sin embargo, que, cuando Calia Ruffin rezaba, todo el mundo enmudecía.
Al final, terminó con un desbordamiento verbal, una prolongada expresión en la cual consiguió pedir perdón por sus pecados, que yo adiviné escasos y espaciados, y por los míos que, bueno, si ella hubiera sabido...
Me soltó las manos y procedió a retirar las tapas de los cuencos.

El primero contenía un montón de chuletas de cerdo en una salsa que incluía, entre otros muchos ingredientes, cebollas y pimientos. Un nuevo aroma me azotó el rostro y de inmediato me entraron deseos de ponerme a comer con los dedos. En el segundo había un montículo de maíz cubierto de pimientos verdes recién salidos del horno. Había quimbombó hervido que, según me explicó mientras lo servía, le gustaba más que el frito porque no quería que hubiera demasiada grasa en su dieta. Le habían enseñado a rebozarlo y freírlo todo, desde los tomates a los encurtidos, pero con el tiempo había comprendido que eso no era nada sano. Otro cuenco contenía habitas también sin freír ni rebozar, sino hervidas con virutas de jamón y tocino. Había también una bandeja de tomatitos aliñados con pimienta y aceite de oliva. Era una

de las pocas cocineras de la ciudad que utilizaba aceite de oliva, siguió explicando. Yo la escuchaba fascinado, sin perderme ni una sola palabra mientras ella me llenaba un gran plato.
Un hijo que tenía en Milwaukee le enviaba un excelente aceite de oliva, pues semejante producto era algo insólito en Clanton.
Me pidió disculpas porque los tomates los había comprado en la tienda; los de su huerto aún estaban verdes y no se podrían comer hasta el verano. El maíz, el quimbombó y las habitas eran de su huerto y los había preparado en conserva el pasado mes de agosto. En realidad, las únicas hortalizas auténticamente frescas eran las coles rizadas o «berzas de primavera», tal como ella las llamaba.
En el centro de la mesa había un recipiente negro de gran tamaño cubierto con una servilleta. Cuando retiró la servilleta apareció una torta de maíz de por lo menos dos kilos, recién salida del horno. Cortó un buen trozo y lo colocó en el centro de mi plato, diciendo:
-Aquí tiene. Eso, para empezar.
Jamás en mi vida me habían puesto tanta comida delante. Y así empezó el festín.
Yo procuraba comer despacio, pero me resulta imposible. Me había presentado con el estómago vacío y, en medio de todos aquellos efluvios que competían entre sí, de la belleza de la mesa, de la solemne bendición y de la detallada descripción de cada plato, me había entrado un hambre canina. Me puse a comer y ella pareció alegrarse de llevar el peso de la conversación.

Casi toda la comida procedía de su huerto. Ella y Esau cultivaban cuatro clases de tomates, además de habas, alubias, judías de carea, guisantes, pepinos, berenjenas, calabazas, cebollas moradas, amarillas y verdes, repollos, quimbombó, patatas rojas, patatas doradas, zanahorias, remolachas, maíz, pimientos rojos, melones franceses, dos variedades de sandía y unas cuantas otras cosas que no recordaba en aquel momento. Las chuletas de cerdo se las enviaba su hermano, que aún vivía en la vieja casa familiar, en el campo. Mataba dos cerdos para ellos cada invierno y lo guardaban todo en el congelador. A cambio, ellos lo abastecían de hortalizas.
-No usamos abonos químicos -dijo mirándome mientras me atiborraba-. Todo es natural.
Y se notaba en el sabor.
-Pero todo son conservas del invierno, ¿sabe? -continuó-. Sabrá mejor en verano cuando lo arranquemos del huerto y nos lo comamos a las pocas horas. ¿Volverá entonces, señor Traynor?

Solté un gruñido y asentí con la cabeza consiguiendo con ello transmitirle el mensaje de que volvería todas las veces que ella quisiera.
-¿Le gustaría ver mi huerto? -me preguntó.
Volví a asentir, con los carrillos a punto de estallar.
-Muy bien. Está en la parte de atrás. Le arrancaré unas lechugas y unas berzas. Están saliendo muy bien.
-Maravilloso -conseguí decir.
Supongo que, siendo soltero, necesita mucha ayuda.
-¿Y cómo sabe que soy soltero?
Bebí un sorbo de té. Estaba tan dulce que podría haber pasado por un postre.
-La gente habla de usted. Se corre la voz. No hay demasiados secretos en Clanton ni a uno ni a otro lado de las vías del tren.
-¿Qué más sabe?
-Vamos a ver. Los Hocutt le han alquilado un apartamento. Es del Norte.
-De Memphis.
-¿De tan lejos?
-Está a una hora de camino.
-Era una broma. Una de mis hijas estudió en un instituto de allí.
Quería preguntarle muchas cosas acerca de sus hijos, pero no estaba en condiciones de tomar apuntes. Tenía las manos muy ocupadas con la comida. En determinado momento la llamé «señorita Calia» en lugar de «señorita Ruffin».
-Es Callie -me corrigió-. Señorita Callie me parece bien.
Una de las primeras costumbres que adquirí en Clanton fue la de referirme a las damas, independientemente de su edad, anteponiendo la palabra «señorita» a sus nombres. Señorita Brown, señorita Webster, para las nuevas amistades de cierta edad. Señorita Martha, señorita Sara, para las más jóvenes. Era una muestra de caballerosidad y buena crianza y, puesto que yo carecía tanto de lo uno como de lo otro, me convenía adquirir la mayor cantidad de hábitos locales posible.
-¿De dónde procede el nombre de Calia? -pregunté.
-Es italiano -respondió, como si eso lo explicara todo.
Se comió unas cuantas habitas. Yo me trinché una chuleta de cerdo y después pregunté:
-¿Italiano?
-Sí, fue mi primera lengua. Es una larga historia, una de las muchas. ¿De veras intentaron incendiar la sede del periódico?
-Pues sí -contesté, preguntándome si de veras acababa de oírle decir a aquella dama negra del Misisipí rural que su primera lengua había sido el italiano.
-¿Y han atacado al señor Meek? -quiso saber.

-Lo han hecho, en efecto.
-¿Quiénes han sido?
-Aún no lo sabemos. El sheriff Coley lo está investigando.
Deseaba preguntarle qué opinión le merecía nuestro sheriff. Mientras esperaba, me serví otro trozo de pan de maíz. La mantequilla no tardó en chorrearme por el mentón.
-Lleva mucho tiempo en el cargo de sheriff, ¿verdad? -preguntó ella.
Estaba seguro de que sabía exactamente en qué año Mackey Don Coley se había comprado por primera vez el cargo.
-¿Qué opina de él? -pregunté.
Bebió unos cuantos sorbos de té en actitud reflexiva. La señorita Callie no se apresuraba a contestar, sobre todo cuando hablaba de otras personas.
-A este lado de las vías del tren -dijo por fin-, un buen sheriff es el que aparta a los jugadores, a los contrabandistas de bebidas alcohólicas y a los rufianes del resto de nosotros. En este sentido, el señor Coley ha hecho un buen trabajo.
-¿Puedo hacerle una pregunta?
-¿Por supuesto. Es usted reportero, al fin y al cabo.
-Su manera de hablar es insólitamente clara y precisa. ¿Qué clase de educación recibió?
Se trataba de una pregunta delicada en una sociedad en la que, a lo largo de muchas décadas, no se había concedido demasiada importancia a la educación. Estábamos en 1970 y en Misisipí aún no había guarderías infantiles públicas ni leyes que obligaran a ir a la escuela.
Se echó a reír, ofreciéndome una vez más la oportunidad de admirar sus dientes.
-Dejé la escuela cuando me faltaban tres cursos para terminar el bachillerato, señor Traynor.
-¿Tres cursos?
-Sí, pero mi situación era un tanto peculiar. Tuve un profesor extraordinario. Es otra larga historia.
Empecé a comprender que todas aquellas maravillosas historias que la señorita Callie prometía contarme tardarían varios meses y quizá varios años en desarrollarse. Tal vez me las contara en el porche a lo largo de una larga serie de banquetes semanales.
-Lo dejaremos para más tarde dijo. ¿Cómo está el señor Caudle?
-No muy bien. Se niega a salir de casa.
-Un hombre excelente. Siempre tendrá un lugar muy especial en el corazón de la comunidad negra. Era muy valiente.
Pensé que la «valentía» de Lunar tenía más que ver con la ampliación del alcance de sus notas necrológicas que con un compromiso con un

trato justo para todo el mundo. Había descubierto lo importante que era la muerte para los negros, cuyos ritos funerarios duraban a menudo una semana; las maratonianas ceremonias conmemorativas con los féretros abiertos y los lamentos; los cortejos fúnebres de casi dos kilómetros de longitud y, finalmente, los últimos y emocionados adioses junto a las tumbas. En cuanto Lunar abrió radicalmente su página de notas necrológicas a los negros, se convirtió en un héroe en Lowtown.
-Un hombre excelente –dije-, tendiendo la mano hacia mi tercera chuleta de cerdo.
Estaba empezando a avergonzarme un poco, ¡pero quedaba todavía tanta comida sobre la mesa!
-Con sus notas necrológicas está haciendo que él se sienta orgulloso de usted -dijo, esbozando una cordial sonrisa.
-Gracias. Aún estoy aprendiendo.
-Usted también es muy valiente, señor Traynor.
Le importaría llamarme Willie? Sólo tengo veintitrés años.
-Prefiero llamarlo señor Traynor -repuso zanjando la cuestión. Tardaría cuatro años en ceder y llamarme por mi nombre de pila-. No teme a la familia Padgitt -sentenció.
Acababa de enterarme.
-Sencillamente forma parte de mi trabajo -dije.
-¿Cree que las intimidaciones continuarán?
-Es probable. Están acostumbrados a conseguir lo que quieren. Son gente violenta y despiadada, pero la prensa libre tiene que resistir.
¿A quién quería engañar? Una bomba o una agresión más bastarían para inducirme a regresar a Memphis antes del amanecer.
Dejó de comer y desvió la mirada hacia la calle, sin contemplar nada en particular. Estaba profundamente sumida en sus pensamientos. Y yo, naturalmente, me seguía atiborrando.
-Aquellos pobres niños... -dijo finalmente-. Haber visto a su madre de aquella manera.
La imagen hizo que dejara de comer. Me acerqué la servilleta a la boca y respiré hondo. El horror del delito quedaba para la imaginación de cada cual, y Clanton se había pasado varios días sin hablar de otra cosa. Tal como siempre ocurre, circulaban y se repetían distintas versiones que se ampliaban cada vez más. Sentía curiosidad por saber cómo se contaba la historia en Lowtown.
-Me ha dicho usted por teléfono que lleva cincuenta años leyendo el *Times* -dije, conteniendo un eructo.
-En efecto.
-¿Recuerda un crimen más brutal que éste?
Hizo una pausa de un segundo para revisar cinco décadas y, tras menear muy despacio la cabeza, respondió:

-No, no lo recuerdo.
-¿Ha conocido alguna vez a algún Padgitt?
-No. Llevan en esa isla desde siempre. Hasta sus negros se quedan allí, destilando whisky, practicando vudú y toda clase de tonterías.
-¿Vudú?
-Sí. todo el mundo lo sabe a este lado de las vías del tren. Aquí nadie mantiene tratos, ni jamás los han mantenido, con los negros de los Padgitt.
-¿Cree la gente que vive a este lado de las vías del tren que Danny Padgitt la violó y asesinó?
-Las personas que leen su periódico, señor Traynor, por supuesto que sí. Sus palabras me impresionaron mucho más de lo que ella hubiera podido imaginar.
-Nos limitamos a informar acerca de los hechos -dije, incapaz de disimular mi satisfacción-. El chico ha sido detenido, acusado de un delito. Está en la cárcel a la espera de juicio.
-¿Hay presunción de inocencia?
Volví a removerme en mi asiento.
-Naturalmente.
-¿Le parece justo haber publicado una fotografía suya esposado y con la camisa cubierta de sangre?
Me llamó la atención su sentido de la imparcialidad. ¿Por qué razón habría tenido ella, o cualquier otro negro del condado de Ford, que preocuparse por el hecho de que Danny Padgitt fuera tratado con imparcialidad? Pocas personas se preocupaban por que la policía o la prensa trataran debidamente a los acusados negros.
-Cuando llegó a la cárcel ya llevaba la camisa manchada de sangre. Nosotros no la pusimos ahí.
A ninguno de los dos nos gustaba aquel pequeño debate. Bebí un sorbo de te y me costó tragarlo. Estaba a punto de reventar.
Ella me miró con una de aquellas sonrisas suyas tan seductoras y tuvo la desvergüenza de preguntarme:
-¿Qué tal un poco de postre? He preparado pastel de plátano. No pude decir que no. Pero ya no me cabía ni un solo bocado más. Tenía que encontrar una solución de compromiso.
-Vamos a esperar un poco; demos a las cosas la oportunidad de asentarse.
Pues entonces tome un poco más de té -propuso, llenándome nuevamente la taza.
Me costaba respirar, por lo que me eché hacia atrás todo lo que pude apoyándome contra el respaldo de mi asiento y decidí conportarme como un periodista. La señorita Callie, que había comido mucho menos que yo, se estaba terminando otra ración de quimbombó.

Según Baggy, Sam Ruffin había sido el primer alumno negro en matricularse en las escuelas blancas de Clanton. Ocurrió en 1964 cuando Sam estudiaba séptimo y tenía doce años, y la experiencia había sido difícil para todo el mundo. Sobre todo para Sam. Baggy me había advertido de que probablemente la señorita Gallie no quisiera hablar de su hijo menor. Se había dictado una orden de detención contra él y el muchacho había huido.

Al principio, se mostró reacia. En 1963, los tribunales decretaron que un distrito escolar blanco no podía rechazar a un alumno negro. Aún faltaban muchos años para la integración obligatoria. Sam era su hijo menor y, cuando ella y Esau decidieron llevarlo a la escuela para blancos, esperaban que otras familias negras siguieran su ejemplo. Pero no fue así, y durante dos años Sam fue el único alumno negro del colegio de Clanton. Lo sometían a vejaciones y le pegaban, pero él aprendió rápidamente a utilizar los puños y, con el tiempo, lo dejaron en paz. El chico suplicaba a sus padres que volvieran a llevarlo a la escuela para negros, pero ellos se mantuvieron firmes, incluso cuando pasó al instituto. Los refuerzos estaban a punto de llegar, se repetían una y otra vez. La lucha contra la segregación se hallaba en pleno apogeo en todo el Sur y los negros recibían constantes promesas de que la orden del caso Brown contra el Consejo de Educación se cumpliría.

-Cuesta creer que estemos en 1970 y en las escuelas se siga practicando la segregación racial -dijo ella.

Los juicios federales y las decisiones de los tribunales seguían machacando a la resistencia blanca en todo el Sur, pero, tal como era de esperar, Misisipí seguía resistiéndose. Casi todos los blancos que yo conocía en Clanton estaban convencidos de que sus escuelas jamás se integrarían. Yo, que era un norteño de Memphis, veía lo evidente.

-¿Se arrepiente de haber enviado a Sam a una escuela para blancos?

-Sí y no. Alguien debía tener el valor de hacerlo. Resultó doloroso saber que el niño se sentía muy desgraciado, pero habíamos asumido un compromiso. Y no íbamos a echarnos atrás.

¿Cómo está hoy?

-Sam es otra historia, señor Traynor; hablemos de ello más tarde, o no. ¿Le apetece ver mi huerto?

Era más una orden que una invitación. La seguí y crucé la casa bajando por un estrecho pasillo cuyas paredes aparecían cubiertas por docenas de fotografías enmarcadas de hijos y nietos. El interior de la casa presentaba un aspecto tan cuidado como el exterior. La cocina se abría a un porche trasero y, desde allí, el Jardín del Edén se extendía hasta la valla posterior. No había ni un solo metro cuadrado desaprovechado.

Era una postal de espléndidos colores con pulcras hileras de plantas y parras y estrechos senderos de tierra para que Callie y Esau pudieran cuidar de su espectacular tesoro.
-¿Qué hacen con toda esta comida? -pregunté con asombro.
-Comemos una parte, vendemos un poquito y casi todo el resto lo regalamos. Nadie pasa hambre alrededor de nosotros.
En aquellos momentos me dolía el estómago como jamás me había dolido. El concepto del hambre me resultaba incomprensible. La seguí al interior del huerto, avanzando lentamente por los senderos mientras me señalaba el cuadrado de las hierbas aromáticas, el de los melones y los de todas las demás frutas y hortalizas que ella y Esau cultivaban con esmero. Me hizo comentarios sobre cada una de las plantas, incluyendo las ocasionales malas hierbas que arrancaba casi con furia y arrojaba contra las parras. Le resultaba imposible recorrer el huerto sin prestar atención a los detalles. Buscaba insectos, eliminaba algún que otro gusano de las matas de tomates, buscaba malas hierbas y tomaba mentalmente nota de las futuras tareas de las que debería encargarse Esau. El agradable paseo estaba obrando maravillas en mi sistema digestivo.
«O sea que de aquí sale la comida», pensé. ¿Acaso esperaba que fuese de otra forma? Yo era un chico de ciudad. Jamás había visto un huerto. Tenía muchas preguntas que formular, todas ellas triviales, pero refrené la lengua.
Ella examinó una espiga de maíz y no le gustó lo que vio. Arrancó una judía, la partió por la mitad, la analizó como si fuera un científico y expresó la cauta opinión de que necesitaban mucho más sol. Vio una zona de malas hierbas y me informó de que enviaría a Esau a arrancarlas en cuanto éste llegara a casa. No envidié a Esau.
Tres horas más tarde abandoné el hogar de los Ruffin atiborrado de pastel de plátano. Me fui también con una bolsa de «berzas de primavera» con las que no sabía qué iba a hacer y unas cuantas valiosas notas que me servirían para un artículo. Contaba también con una invitación para regresar el jueves de la siguiente semana para otro almuerzo. Por último, la señorita Callie me entregó una lista manuscrita de todos los errores que había descubierto en la edición de aquella semana del *Times*. Se trataba en general de errores tipográficos y faltas ortográficas...; doce en total. Bajo la dirección de Lunar, el porcentaje era de unos veinte. Ahora rondábamos los diez. Era una costumbre suya de toda la vida.
-Algunas personas se entretienen con los crucigramas -dijo-. A mí me gusta buscar errores.

Resultaba un poco difícil no ofenderse. Sin embargo, ella no pretendía criticar a nadie. Me juré a mí mismo que corregiría las pruebas de las ediciones con mayor detenimiento.
Me fui también con la sensación de haber entablado una nueva y provechosa amistad.

9

Publicamos otra fotografía de gran tamaño en primera plana. Era la instantánea que había tornado Wiley de la bomba antes de que la policía la desactivara. El titular rezaba:

COLOCACIÓN DE UN ARTEFACTO EXPLOSIVO EN LA REDACCIÓN DEL TIMES.

Mi artículo empezaba con Piston y su proverbial descubrimiento. Incluía todos los detalles que había podido comprobar y algunos que no. Ningún comentario del jefe de la policía y algunas frases intrascendentes del sheriff Coley. Terminaba con un resumen de los hallazgos de la sección criminal del laboratorio del estado y la predicción de que, de haber estallado, el artefacto habría causado «graves» daños a los edificios del lado sur de la plaza.
Wiley no me permitió utilizar una fotografía de su magullado rostro, por más que se lo supliqué. En la mitad inferior de la primera plana coloqué un titular que decía:

EL FOTÓGRAFO DEL TIMES AGREDIDO EN SU CASA.

Una vez más, mi artículo no ahorraba ningún detalle, aunque Wiley insistió en revisarlo.
En los dos reportajes, y sin el menor intento de suavizar las cosas, yo establecía un nexo entre ambos delitos y daba a entender con toda claridad que las autoridades, y especialmente el sheriff Coley, estaban haciendo muy poco para impedir ulteriores actos de intimidación. No mencionaba a los Padgitt, ni falta que hacía. Todo el mundo en el condado sabía que nos estaban avasallando a mí y a mi periódico.

Lunar era demasiado perezoso para escribir editoriales. De hecho, durante mi breve período como empleado sólo había escrito uno. Un congresista de Oregón había presentado una estúpida propuesta que afectaría en cierto modo a la tala de secoyas, aumentándola o reduciéndola, la cosa no estaba muy clara. Ello había irritado a Lunar, que se pasó dos semanas trabajando en la redacción del editorial y,

finalmente, publicó una andanada de dos mil palabras. Cualquiera que hubiese asistido al instituto se habría dado cuenta de que había escrito con una pluma en una mano y un diccionario en la otra. El primer párrafo contenía tantas frases enrevesadas que resultaba prácticamente ilegible. Lunar quedó estupefacto al no recibir ninguna respuesta de la comunidad. Esperaba una oleada de cartas de solidaridad.
Pocos de sus lectores habrían logrado sobrevivir a semejante inundación del diccionario enciclopédico Websters.
Al final, tres semanas más tarde, deslizaron una nota manuscrita por debajo de la puerta principal de su despacho. Decía lo siguiente:

«*Querido director: Lamento que se haya preocupado tanto por las secoyas que no tenemos en Misisipí. Si el Congreso empieza a meterse con la pulpa de madera, ¿será usted tan amable de informarnos*?»

Iba sin firmar, pero Lunar la publicó de todos modos. Se alegraba de que hubiera alguien que le prestaba atención. Baggy me dijo más tarde que la nota la había escrito uno de sus compañeros de parranda del edificio de los juzgados.
Mi editorial empezaba con la siguiente frase: «Una prensa libre y sin ataduras es esencial para un sólido gobierno democrático.» Evitando el tono ampuloso propio de un predicador, dedicaba cuatro párrafos a ensalzar la importancia de una publicación dinámica e inquisitiva no sólo por el bien del país sino también de todas las pequeñas comunidades. Aseguraba que el *Times* no se acobardaría y seguiría informando acerca de los delitos locales tanto si se trataba de violaciones y asesinatos como si se trataba de actos de corrupción por parte de funcionarios públicos.
Era un escrito audaz, valiente y absolutamente brillante. Los habitantes de la ciudad se pusieron de mi parte. A fin de cuentas, se trataba del *Times* contra los Padgitt y el sheriff. Estábamos adoptando una postura firme contra unos malvados que, a pesar de su peligrosidad, no habían conseguido intimidarme. Me decía a mí mismo una y otra vez que fuera valiente, y la verdad era que no se me ofrecía otra alternativa. ¿Qué habría tenido que hacer mi periódico..., ignorar el asesinato Kassellaw? ¿Tratar con miramientos a Danny Padgitt?
Mi editorial animó a mi equipo de colaboradores. Margaret me dijo que estaba orgullosa de trabajar para el *Times*. Wiley, que aún se estaba recuperando de las heridas, comenzó a ir armado y a buscar pelea.
-Dales caña, novato -me dijo.
Sólo Baggy se mostraba escéptico.
-Ve con cuidado -me advirtió.

Y la señorita Callie volvió a calificarme de valiente. La comida del jueves siguiente sólo duró dos horas e incluyó a Esau. Empecé a tomar notas acerca de la familia y, lo que era más importante todavía, ella sólo descubrió tres erratas en la edición de aquella semana.

A primera hora de la tarde del viernes yo estaba solo en mi despacho cuando alguien hizo una ruidosa entrada en la planta baja y después subió al piso superior dando voces. Empujó la puerta de mi despacho sin decir «hola» siquiera y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Su cara me resultaba vagamente familiar; debíamos de habernos visto en algún lugar de la plaza.
-¿Tienes una de éstas, chico? -preguntó soltando un gruñido mientras sacaba bruscamente la mano derecha del bolsillo y hacía que me diese un vuelco el corazón.
Empujó un reluciente revólver sobre la superficie de mi escritorio como si fuera un manojo de llaves. El arma giró vertiginosamente sobre sí misma unos cuantos segundos antes de detenerse directamente delante de mí con el cañón apuntando misericordiosamente hacia las ventanas.
Acto seguido, el recién llegado se inclinó sobre el escritorio y me tendió una poderosa mano diciendo:
-Harry Rex Vonner, encantado.
Yo estaba tan aturdido que no podía hablar ni moverme, pero al final le honré con un débil y embarazoso apretón de manos. Seguía sin poder apartar la mirada del revólver.
-Es un Smith & Wesson del treinta y ocho, de seis disparos, un arma de fuego estupenda. ¿Llevas una?
Meneé la cabeza. Sólo oír el nombre hizo que un escalofrío me llegara hasta los pies.
Harry Rex mantenía un desagradable cigarro negro colgando de la comisura izquierda de la boca. Daba la impresión de llevar todo el día allí, desintegrándose lentamente como una especie de tarugo de tabaco para mascar. No despedía humo porque no estaba encendido. Harry Rex hundió su corpulenta mole en un sillón de cuero como si tuviera intención de pasarse allí un par de horas.
-Eres un insensato hijo de puta, lo sabes, ¿no?
Más que hablar, rezongaba. De pronto, su nombre me sonó. Era un abogado local que Baggy me había descrito en cierta ocasión como el más implacable especialista en divorcios del condado. Tenía un rostro ancho y mofletudo y un cabello muy corto que se proyectaba en todas direcciones como paja agitada por el viento. Su viejo traje color marrón estaba arrugado y cubierto de manchas, proclamando así a los cuatro vientos que a Harry Rex le importaba todo un carajo.

-¿Y qué tengo yo que hacer con... eso? -pregunté, señalando el arma.
Primero lo cargas, ya te daré yo unas cuantas balas, y después te lo guardas en el bolsillo y lo llevas contigo dondequiera que vayas, y cuando uno de los matones de los Padgitt se te eche encima desde detrás de los arbustos, le pegas inmediatamente un tiro entre los ojos.
Para transmitir mejor su mensaje, agitó el dedo índice en el aire como si fuera una bala y se tocó con él el entrecejo.
-¿No está cargado?
-No, hombre, no. ¿Es que no sabes nada de armas?
-Me temo que no.
-Pues bueno, al paso que vas, será mejor que aprendas, chico.
-¿Tan mal está la cosa?
-Yo llevé una vez un caso de divorcio, hace diez años, creo, en representación de un hombre cuya joven esposa tenía el capricho de ganarse unos cuantos dólares en la casa de putas. El tipo trabajaba fuera, estaba constantemente de viaje, y no tenía ni idea de lo que ella hacía. Al final, se enteró. Los Padgitt eran los propietarios de la casa de putas, y uno de ellos se encaprichó de la chica. -El cigarro seguía asombrosamente en su sitio, moviéndose arriba y abajo al compás del relato-. Mi cliente tenía el corazón destrozado por la pena y quería sangre. La tuvo. Lo sorprendieron una noche y le propinaron una paliza que lo dejó sin sentido.
-¿Quiénes?
-Los Padgitt, estoy seguro, o uno de sus esbirros.
-¿Esbirros?
-Si, tienen toda clase de matones que trabajan para ellos. Rompen piernas, ponen bombas, roban automóviles; son pistoleros asesinos.
Puso el énfasis en la palabra «asesinos», con lo que consiguió que me echara involuntariamente hacia atrás. Daba la impresión de ser capaz de contar constantemente historias sin preocuparse demasiado de su veracidad. La maliciosa sonrisa y el perverso brillo que se encendió en sus ojos me indujeron a sospechar la inminencia de un relato convenientemente amañado.
-Y, como es natural, jamás los atraparon -dije.
-A los Padgitt nunca los atrapan.
-¿Qué le ocurrió a su cliente?
-Se pasó unos cuantos meses en el hospital. Los daños cerebrales habían sido muy graves. Tuvo que pasar por varios centros sanitarios. Fue una verdadera pena. Su familia quedó destrozada. Al final, se fue a la costa del Golfo donde lo eligieron senador del estado.
Sonreí asintiendo con la cabeza, convencido de que todo era una trola, pero no insistí en el tema. Harry Rex movió la lengua, ladeó la cabeza y el cigarro se deslizó a la comisura derecha de la boca.

-¿Tú comes cabra?
-¿Cómo dice?
-Cabra.
-No. Ni siquiera sabía que fuera comestible.
-Pues esta tarde asaremos una. El primer viernes de cada mes organizo una fiesta de la cabra en mi cabaña del bosque. Un poco de música, cerveza fría, diversión y juegos, unas cincuenta personas, todas cuidadosamente elegidas por mí, la flor y nata de la sociedad. Nada de médicos, banqueros ni cabrones de club campestre. Gente con mucha clase. ¿Por qué no te pasas por allí? Tengo un campo de tiro detrás del estanque. Llevaré el revólver y te enseñaré a usar el puto cacharro.

El trayecto de diez minutos, según Harry Rex, me llevó casi una hora, y eso que circulaba por la carretera asfaltada del condado. Cuando crucé el «tercer arroyo pasada la vieja gasolinera Union 76 de Heck», dejé el asfalto y empecé a avanzar por un camino de grava. Durante un buen trecho, fue un camino muy bonito flanqueado por buzones de cartas que permitían albergar cierta esperanza de civilización, pero al cabo de unos cinco kilómetros terminó el camino de los buzones y lo mismo ocurrió con la grava. Cuando vi un «viejo tractor Massey Ferguson sin llantas», giré a la izquierda y enfilé un camino sin asfaltar. En el tosco mapa se lo calificaba de «sendero de puercos», aunque yo jamás había visto ninguno. Cuando vi que el sendero de puercos desaparecía en un espeso bosque, pensé muy seriamente en la posibilidad de dar media vuelta.
Mi Spitfire no había sido concebido para semejante terreno. Cuando finalmente vislumbré el tejado de la cabaña, ya llevaba más de cuarenta y cinco minutos al volante.
Había una valla de alambre de púas con una verja metálica y allí me detuve, porque así lo quiso un muchacho armado con una escopeta. Se la llevó al hombro mientras contemplaba mi automóvil con una mueca de desprecio.
-¿Qué clase de coche es ése? -masculló.
-Un Triumph Spitfire. Es británico.
Esbocé una sonrisa, procurando no ofenderle. ¿Para qué necesitaba una fiesta de la cabra un servicio de seguridad armado? El chico tenía la rústica expresión propia de alguien que jamás ha visto un vehículo fabricado en otro país.
-¿Cómo se llama?
-Willie Traynor.
Creo que lo de «Willie» hizo que se sintiese mejor, pues me señaló la verja con la cabeza.
-Bonito automóvil -dijo mientras yo cruzaba la entrada.

El número de furgonetas superaba el de coches. Estacionar resultaba complicado en un campo situado delante de la cabaña. Merle Haggard vociferaba por dos altavoces instalados en las ventanas. Un grupo de invitados se apretujaba junto a una pequeña depresión del terreno donde, en medio de una nube de humo, se asaba la cabra. Tres damas muy bien vestidas se hallaban de pie en el porche, bebiendo algo que no era precisamente cerveza. Harry Rex salió y me saludó cordialmente.
-¿Quién es el chico de la escopeta? -le pregunté.
-Ah, bueno, es Duffy, el sobrino de mi primera mujer.
-¿Y por qué está allí fuera?
Si la fiesta de la cabra implicaba alguna actividad ilegal, por lo menos quería saberlo.
-No te preocupes, Duffy no hace nada y la escopeta no está cargada. Lleva años vigilando cosas inexistentes.
Sonreí como si la explicación fuera perfectamente lógica. Me guió hacia la hondonada, donde vi por primera vez en mi vida una cabra, viva o muerta. Exceptuando la cabeza y el pellejo, el animal parecía intacto. Me presentaron a los distintos chefs. Cada nombre pertenecía a una profesión distinta: un abogado, un garante de fianzas, el dueño de un concesionario de automóviles, un agricultor. Mientras contemplaba cómo la cabra giraba lentamente en un asador, no tardé en aprender que había muchas teorías acerca de la mejor manera de asarla. Harry Rex me ofreció una cerveza y nos dirigirnos a la cabaña, deteniéndonos a conversar con todas las personas con que nos tropezamos. Una secretaria, un corredor de fincas «un poco estafador», la actual esposa de Harry Rex. Todas ellas parecieron encantadas de conocer al nuevo propietario del *Times*.
La cabaña se levantaba al borde de un estanque cenagoso, de esos que tanto les gustan a las serpientes. Una plataforma se proyectaba sobre el agua, y allí nos abrimos paso entre la gente. Harry Rex me presentó, con visible complacencia, a sus amigos.
-Es un buen chico, no es el típico cabrón que ha ido a una universidad -explicaba.
No me gustaba que me llamaran “chico”, pero ya empezaba a acostumbrarme.
Opté por incorporarme a un grupito en el cual figuraban dos señoras que daban la impresión de haber pasado los últimos años en las tabernas de mala muerte de la zona. Iban muy maquilladas, llevaban el cabello cardado y la ropa muy ajustada, e inmediatamente les llamé la atención. La conversación empezó con la bomba y siguió con el ataque a Wiley Meek y la universal nube de temor que los Padgitt habían difundido sobre el condado. Yo actué como si todo aquello no fuera más

que un episodio habitual en mi larga y pintoresca carrera de periodista. Me acribillaron a preguntas y yo hable más de la cuenta.
Harry Rex volvió a reunirse con nosotros y me ofreció una botella de un líquido de color claro de aspecto un tanto sospechoso.
Bébelo despacito -me aconsejó en tono paternal.
-¿Qué es eso? -pregunté.
Me di cuenta de que los otros me estaban observando.
-Brandy de melocotón.
-¿Y por qué se presenta en una botella de zumo de frutas? -pregunté.
-Lo hacen de esta manera -contestó Harry.
-Es de fabricación ilegal -me explicó una de las pintarrajeadas damas.
La voz de la experiencia.
Aquellos habitantes de una zona rural no debían de tener muchas oportunidades de ver a un miembro de una universidad de prestigio tomando su primer trago de una bebida alcohólica de fabricación ilegal, por lo que todos se apretujaron a mi alrededor. Yo había consumido más alcohol en mis primeros cinco años en Syracuse que cualquiera de los presentes, por lo que olvidé todas las precauciones. Levanté la botella, dije «Salud» y tomé un sorbito.
Chasqueé los labios diciendo:
-No está mal.
Y procuré sonreír como un alumno de primer curso en una fiesta estudiantil.
La sensación de ardor empezó en los labios, el punto inicial de contacto, y se propagó rápidamente a la lengua y las encías. Cuando llegó a la parte posterior de la garganta, pensé que me quemaba. Todo el mundo me estaba observando. Harry Rex tomó un sorbo de su botella.
-¿De dónde viene eso? pregunté con toda la indiferencia de que fui capaz mientras me daba la sensación de que soltaba una llamarada por la boca.
-De no muy lejos de aquí -contestó alguien.
Abrasado y medio aturdido, tomé otro sorbo, deseando que toda esa gente se olvidara un ratito de mí. Curiosamente, el tercer sorbo me permitió percibir un cierto regusto a melocotón, como si las papilas gustativas necesitaran llevarse un susto antes de empezar a funcionar. Cuando resultó evidente que yo no iba a escupir fuego, vomitar o ponerme a gritar, la conversación se reanudó. Harry Rex, siempre deseoso de acelerar mi educación, me ofreció una bandeja de no sé qué.
-Prueba uno de éstos -me dijo.
-¿Qué es? -pregunté con recelo.
Mis dos pintarrajeadas amigas fruncieron la nariz y apartaron el rostro como si el olor las mareara.

-Chitlins -dijo una de ellas.
-¿Y eso qué es?
Harry Rex se metió uno en la boca para demostrarme que no era venenoso y volvió a ofrecerme la bandeja.
-Adelante -dijo, masticando con fruición aquella exquisitez.
La gente me miraba de nuevo, por lo que tomé el trocito más pequeño que localicé y me lo metí en la boca. La textura era como de goma y el sabor, áspero y repugnante. Olía a esencia de corral. Lo mastiqué cuanto pude, lo engullí y lo acompañé con un sorbo de licor ilegal. Por un momento temí desmayarme.
-Tripas de cerdo, chico -dijo Harry Rex, asestándome una palmada en la espalda.
-¿Y dónde está la cabra? -conseguí preguntar.
Cualquier cosa habría sido mejor.
Pero ¿qué había sido de la cerveza y las pizzas? ¿Por qué comía y bebía aquella gente semejante asquerosidad?
Harry Rex se retiró mientras el pútrido olor de los chitlins lo acompañaba como una estela de humo. Dejé la botella de zumo de fruta en la barandilla, confiando en que se volcara y se derramara. Observé que los demás se pasaban los unos a los otros el licor ilegal, una sola botella para todo el grupo. Nadie se preocupaba por los gérmenes o menudencias por el estilo. Ninguna bacteria sobreviviría a un metro de distancia de un brebaje tan espantoso.
Me excusé y abandoné la plataforma, aduciendo que tenía que ir al servicio. Harry Rex salió por la puerta de atrás de la cabaña con dos pistolas y una caja de municiones.
Será mejor que practiquemos unos cuantos disparos antes de que oscurezca -me dijo-. Ven conmigo.
Nos detuvimos junto al asador de la cabra, donde un vaquero llamado Rafe se unió a nosotros.
-Rafe es mi corredor -explicó Harry Rex mientras los tres nos dirigíamos hacia el bosque.
-¿qué es un corredor? pregunté.
-El que corre en pos de los casos.
-Soy un buscador de clientes -explicó amablemente Rafe-. Aunque, por regla general, son los clientes los que acostumbran a ir detrás de mí.
Tenía muchas cosas que aprender, pero estaba haciendo grandes progresos. Los chitlins y los licores ilegales no eran moco de pavo. Recorrimos unos cien metros bajando por un viejo camino rural a través del bosque y llegamos a un claro. Entre dos preciosos robles Harry Rex había construido una especie de muralla semicircular de balas de heno de seis metros de altura. En el centro había una sábana blanca con la tosca silueta de un hombre. Un agresor. El enemigo. El blanco.

Como era de esperar; Rafe desenfundó su propia arma. Harry Rex sostenía la mía en su mano.
-Vamos a ver -dijo, iniciando la lección-. Esto es un revólver de doble acción, con seis cartuchos. Si aprietas aquí, sale el tambor.
Rafe alargó la mano y cargó hábilmente seis balas, cosa que había hecho obviamente muchísimas veces.
La empujas así hacia atrás y ya puedes disparar.
Nos encontrábamos a unos quince metros del blanco. Desde allí se oía la música de la cabaña. Qué pensarían los demás invitados cuando oyeran los disparos? Nada. Era algo habitual.
Rafe empuñó mi revólver y se situó de cara al blanco.
-Para empezar, separa las piernas a la misma anchura que los hombros, flexiona ligeramente las rodillas, utiliza las dos manos, así, y aprieta el gatillo con el índice de la mano derecha.
Me lo mostró mientras hablaba y todo me pareció muy fácil. Yo me encontraba a menos de un metro y medio de distancia cuando se produjo el disparo, y la aguda detonación me sobresaltó. ¿Por qué tenía que ser tan fuerte?
Jamás había oído directamente el sonido de un disparo.
El segundo disparo alcanzó el blanco justo en el centro del pecho y los otros cuatro impactaron en la zona abdominal. Se volvió hacia mí, abrió el tambor, sacó los cartuchos vacíos y me dijo:
-Ahora tú.
Me temblaban las manos cuando empuñé el arma. Estaba caliente y a nuestro alrededor se percibía el penetrante olor de la pólvora. Conseguí colocar los seis cartuchos y cerrar el tambor sin lastimar a nadie. Me situé de cara al blanco, levanté el revolver sosteniéndolo con ambas manos, me agaché como el protagonista de una película de serie B, cerré los ojos y apreté el gatillo. Se produjo un estampido que me pareció una especie de pequeña bomba.
-Tienes que mantener los ojos abiertos, maldita sea rezongó Harry Rex.
-¿Dónde he dado?
-En aquella loma, detrás de los robles.
-Inténtalo otra vez -dijo Rafe.
Procuré concentrarme en la mira del arma, pero temblaba tanto que no me sirvió de nada. Volví a apretar el gatillo, esta vez con los ojos abiertos, para ver dónde daba mi bala. No vi ningún orificio de entrada en la proximidad del blanco.
-Ha dado fuera de la sábana -murmuró Rafe a mi espalda.
-Dispara otra vez -dijo Harry Rex.
Así lo hice, pero no vi adónde iba a parar la hala. Rafe me sujetó amablemente el brazo izquierdo y me llevó unos tres metros hacia delante.

-Lo estás haciendo muy bien -me dijo-. Tenemos municiones de sobra.
En el cuarto disparo no di ni siquiera en las pacas de heno y entonces Harry Rex dijo:
-Me parece que los Padgitt ya pueden respirar tranquilos.
-Es por culpa de esa bebida ilegal -dije yo.
-Nada, cuestión de práctica dijo Rafe, empujándome un poco más hacia delante.
Me sudaban las manos, el corazón me galopaba a cien por hora y me silbaban los oídos.
En el quinto disparo alcancé la sábana por muy poco, justo en el ángulo superior derecho, casi a dos metros del blanco. En el sexto volví a fallar por completo y oí que la bala impactaba en una rama alta de uno de los robles.
-Buen disparo -dijo Harry Rex-. Has estado a punto de darle a una ardilla.
-Cállate -repliqué yo.
-Relájate -me aconsejó Rafe-. Estás demasiado nervioso. -Me ayudó a cargar nuevamente el arma y esta vez me apretó las manos alrededor del revólver-. Respira hondo -me dijo por en cima del hombro-. Suelta el aire justo antes de apretar el gatillo.
Modificó la posición del arma mientras yo apuntaba por la mira y, cuando disparé, la bala dio en la ingle del blanco.
-Eso ya está mejor -dijo Harry Rex.
Rafe me soltó y, como si estuviera solo ante el peligro, efectué los siguientes seis disparos. Todos dieron en la sábana y uno de ellos le hubiera arrancado la oreja al blanco. Rafe me dio su aprobación mientras volvíamos a cargar.
Harry Rex tenía una pistola automática Glock de nueve milimetros perteneciente a su vasta colección y, mientras el sol se ocultaba muy despacio, nos turnamos disparando. Harry era muy bueno y no tuvo la menor dificultad en colocar diez disparos seguidos en el tronco superior del blanco desde quince metros de distancia. Después de cuatro tandas, empecé a relajarme y a disfrutar del deporte. Rafe era un instructor excelente y, mientras yo hacía progresos, el me iba dando consejos.
-Es cuestión de práctica -repetía una y otra vez.
Cuando terminamos, Harry Rex me dijo:
-El arma es un regalo. Puedes venir a practicar aquí cuando quieras.
-Gracias -dije.
Me guardé el revólver en el bolsillo como un autentico palurdo del Sur. Me alegraba de que el ritual hubiera terminado y de haber logrado algo que cualquier varón del condado ya había experimentado a los doce años. Pero no me sentía más seguro. Cualquier Padgitt que se me echara encima desde unos arbustos disfrutaría de la ventaja del factor

sorpresa y de su experiencia de muchos años. Ya me imaginaba tratando de empuñar el arma en la oscuridad y disparando finalmente una bala que seguramente acabaría alcanzándome a mí y no a algún agresor.
Mientras regresábamos por el bosque, Harry Rex dijo a mi espalda:
-Aquella rubia de pega que has visto, Carleen.
-Sí -dije, repentinamente preocupado.
-Le gustas.
Carleen debía de haber vivido por lo menos cuarenta y tantos años muy duros. No se me ocurrió nada que decir.
-No está mal para un revolcón.
Estaba seguro de que Carleen se habría pegado muchos revolcones en el condado de Ford.
-No, gracias -dije-. Ya tengo una chica en Memphis.
-¿Y qué?
-Es Buena en la cama -dijo Rafe en voz baja.
Una chica aquí, una chica allá. ¿Qué más da?
-Voy a proponerte un trato, Harry Rex -dije-. Si alguna vez necesito que me eches una mano para buscar mujeres, ya te lo diré.
-Una canita al aire nunca está de más -murmuró Harry Rex.
No salía con ninguna chica en Memphis, aunque conocía a varias. Prefería echarme a la carretera que rebajarme con gente como Carleen.

La cabra tenía un sabor peculiar; aunque dejaba qué desear, después de los chitlins no me resultó tan desagradable como había temido. Era dura y estaba aderezada con una pegajosa salsa de barbacoa que, según mis sospechas, se aplicaba abundantemente para contrarrestar el sabor de la carne. Jugueteé con un trozo y al final me lo tragué con un poco de cerveza. Nos encontrábamos de nuevo en la plataforma, con Lorena Lynn sonando en segundo plano. El alcohol ilegal ya había surtido efecto y algunos invitados bailaban sobre el estanque. Carleen ya había desaparecido hacía un buen rato con otro, por lo que me sentía a salvo. Harry Rex se sentó allí cerca y empezó a alabar a diestro y siniestro mi habilidad disparando contra las ardillas y los conejos. Su talento narrativo era extraordinario.
Yo era una rareza, pero todos se esforzaban en incluirme en el grupo. Mientras circulaba por los oscuros caminos para regresar a casa, me hice una vez más la pregunta que me formulaba a diario. ¿Qué estaba haciendo yo en el condado de Ford, Misisipí?

10

El revólver era demasiado grande para mi bolsillo. Me pasé unas cuantas horas tratando de caminar con él, pero temía que el trasto se disparara en un lugar tan delicado de mi anatomía. Por consiguiente, prefería llevarlo en una vieja cartera de cuero que me había regalado mi padre. Durante tres días la cartera me acompañó a todas horas, incluso durante las comidas, pero al final también me cansé. Al cabo de una semana dejé el arma debajo del asiento de mi automóvil y pasadas tres semanas, prácticamente me olvidé de ella. No fui a la cabaña del bosque para hacer más prácticas de tiro, aunque asistí a otras fiestas de la cabra en las que evité los chitlins, el brandy ilegal y a la cada vez más osada Carleen.

El condado estaba tranquilo, una calma pasajera antes del revuelo del juicio. El *Times* no dijo nada acerca del caso porque no se había producido ninguna novedad. Los Padgitt seguían negándose a ofrecer sus tierras como fianza para Danny, por lo que éste siguió ocupando la celda especial del sheriff Coley, viendo la televisión, jugando a las cartas o a las damas, descansando mucho y comiendo mejor que el resto de los reclusos.

La primera semana de mayo, el juez Loopus regresó a la ciudad y mis pensamientos volvieron a centrarse en mi fiel Smith & Wesson.

Lucien Wilbanks había presentado una petición de cambio de tribunal y el juez había fijado la vista para las nueve de la mañana de un lunes. Por lo visto, medio condado estaba allí. Los habituales de la plaza sin la menor duda. Baggy y yo llegamos temprano a la sala para asegurarnos unos buenos asientos.

La presencia del acusado no era necesaria, pero por supuesto, el sheriff Coley quería exhibirlo. Lo introdujeron en la sala esposado y vestido con un mono naranja flamante. Todo el mundo me miró. El poder de la prensa había provocado el cambio.

-Es una trampa -me dijo Baggy en voz baja.

-¿Cómo?

-Nos están provocando para que publiquemos una fotografía de Danny con su atuendo carcelario nuevecito. Entonces Wilbanks, acudirá corriendo al juez y dirá que el jurado ha sido nuevamente, influenciado. No te dejes engañar.

Mi ingenuidad me sorprendió de nuevo. Wiley se había situado en el exterior de la cárcel en un intento de tenderle una emboscada a Padgitt cuando lo subieran a un vehículo para trasladarlo a la sala. Ya me imaginaba una fotografía suya a toda página en primera plana, vestido con su mono color naranja.

Lucien Wilbanks entró en la sala por una puerta situada detras del estrado del juez. Como de costumbre, daba la impresión de estar furioso y alterado, como si acabara de discutir con el juez. Se acercó a

la mesa de la defensa, depositó en ella su cuaderno de notas y contempló a los presentes. Me miró fijamente. Vi que entornaba los ojos y apretaba las mandíbulas, y temí que pegara un salto por encima de la barandilla y me atacara. Su cliente se volvió y también me observó. Alguien me señaló y entonces el señor Danny Padgitt me miró con rabia, como si yo pudiera ser su siguiente víctima. Noté que me costaba respirar, pero procuré conservar la calma. Baggy se apartó un poco de mí.
En primera fila, detrás del equipo de la defensa, se sentaban varios miembros de la familia Padgitt, todos ellos mayores que Danny. Ellos también me miraron y me hicieron sentir más vulnerable que nunca. Eran unos hombres violentos que no conocían más que el crimen, las agresiones físicas y los asesinatos, y allí estaba yo, en la misma sala mientras ellos pensaban en la manera de darme el finiquito.
Un alguacil pidió orden y todo el inundo se levantó cuando el juez entró en la sala.
-Siéntense, por favor -dijo éste.
Loopus examinó unos documentos mientras nosotros esperábamos. Después se puso las gafas de lectura y dijo:
-Ésta es una petición de cambio de tribunal, presentada por la defensa. Señor Wilbanks, ¿cuántos testigos tiene usted?
-Unos seis, más o menos. Ya veremos cómo van las cosas.
-¿Y la fiscalía?
Un hombre gordito, calvo y de baja estatura vestido de negro levantó de un salto.
-Aproximadamente el mismo número.
Se llamaba Ernie Caddis, era el fiscal de distrito que desde hacía mucho tiempo se trasladaba hasta allí desde el condado de Tyler para actuar en algunos casos.
-No quiero pasarme aquí todo el día -murmuró el juez Loopus como si tuviera previsto jugar un partido de golf por la tarde-. Llame a sus primeros testigos, señor Wilbanks.
-El señor Walter Pickard.
El nombre no me sonaba, cosa que no me extrañó, pero lo raro era que Baggy tampoco había oído hablar de él. Las preguntas preliminares nos permitieron averiguar que llevaba veinte años viviendo en Karawav, iba a la iglesia todos los domingos y al Rotary Club todos los jueves. Se ganaba la vida con una pequeña fábrica de muebles.
-Les debe de comprar la madera a los Padgitt -dijo Baggy en voz baja.
Su mujer era maestra de escuela. Él había entrenado a un equipo de béisbol de la liguilla infantil y también colaboraba con los Boy Scouts. Lucien insistió con sus preguntas y consiguió preparar magistralmente

el terreno para demostrar que el señor Pickard conocía muy bien su comunidad.
Karaway era una localidad más pequeña, situada a menos de treinta kilómetros al oeste de Clanton. Lunar siempre había descuidado aquella zona y por eso vendíamos muy pocos periódicos allí. Y todavía menos anuncios. Presa de mi ardor juvenil, yo ya estaba pensando en la expansión de mi imperio. Un pequeño semanario en Karaway podría vender mil ejemplares, calculé.
-Cuándo se enteró usted de que la señorita Kassellaw había sido asesinada? -preguntó Wilbanks.
-Dos días después del suceso -contestó el señor Pickard-. A veces las noticias tardan un poco en llegar a Karaway.
-¿Quién se lo dijo?
-Me lo contó una de mis empleadas. Su hermano vive cerca de Beech Hill, donde ocurrieron los hechos.
-Se enteró de que alguien había sido detenido en relación con el asesinato? -preguntó Lucien.
Se paseaba por la sala como un gato aburrido, limitándose cumplir las normas, aunque sin perderse el menor detalle.
-Sí, corrieron rumores de que uno de los jóvenes Padgitt había sido detenido.
-¿Pudo usted confirmar posteriormente este extremo?
-Sí.
¿Cómo?
-Vi el artículo de *The Ford County Times*. Publicaron una fotografía de gran tamaño de Danny Padgitt justo al lado de la de Rhoda Kassellaw.
-¿Leyó usted los artículos del *Times*?
-Sí.
-¿Y se formó una opinión acerca de la culpabilidad o la inocencia del señor Padgitt?
-Me pareció que era culpable. En la fotografía aparecía con toda la camisa manchada de sangre. Su cara estaba colocada justo al lado de la de la víctima, ¿comprende?, la una al lado de la otra. El titular era muy grande y decía algo así como

DANNY PADGITT DETENIDO POR ASESINATO.

-Y entonces, ¿pensó usted que era culpable?
-Era casi imposible pensar otra cosa.
-¿Cuál ha sido la reacción de los habitantes de Karaway ante el asesinato?
-De sobresalto e indignación. Este es un condado tranquilo. Los delitos graves son muy poco frecuentes.

-En su opinión, ¿la gente cree en general que Danny Padgitt violó y asesinó a Rhoda Kassellaw?
-Sí, sobre todo debido a la forma en que el periódico ha presentado el caso.
Noté miradas procedentes de todas direcciones, pero me repetí una y otra vez que no habíamos hecho nada malo. La gente sospechaba de Danny Padgitt porque el muy hijo de puta había cometido los delitos.
-En su opinión, ¿puede el señor Padgitt ser objeto de un juicio imparcial en el condado de Ford?
-No.
¿En qué basa su opinión?
-Ya ha sido juzgado y condenado por la prensa.
-¿Cree que su opinión es compartida por la mayoría de sus amigos y conocidos de Karawav?
-Sí, lo creo.
-Gracias.
El señor Ernie Gaddis se levantó sosteniendo en la mano un bloc cual si fuera un arma.
-¿Dice usted que se dedica a fabricar muebles, señor Pickard?
-Sí, en efecto.
-¿Compra la madera en esta zona?
-Sí.
-¿A quién? Pickard cambió de posición y lo pensó un momento antes de contestar.
-A los hermanos Gates, a Henderson, a Tiffee, a Voyles e Hijos y tal vez a un par de empresas más.
-Padgitt es propietario de Voyles -dijo Baggy en voz baja.
-¿Les compra usted madera a los Padgitt? –preguntó Gaddis.
-No, señor.
¿Ni ahora ni en el pasado?
-No, señor.
-¿Alguna de estas empresas madereras es propiedad de los Padgitt?
-Que yo sepa, no.
La verdad era que nadie sabía a ciencia cierta cuáles eran las propiedades de los Padgitt. Llevaban varias décadas extendiendo sus tentáculos a innumerables negocios, legales e ilegales. Puede que el señor Pickard no fuera muy conocido en Clanton, pero, en ese momento, era sospechoso de mantener algún tipo de relación con los Padgitt. De no ser así, ¿por qué hubiera accedido a declarar voluntariamente en favor de Danny?
Gaddis cambió de objetivo.
-Bien, ha dicho usted que la fotografía con las manchas de sangre influyó en su suposición de que el chico es culpable, ¿verdad?

-Tenía un aspecto muy sospechoso.
-¿Leyó usted todo el artículo?
-Creo que sí.
-¿Leyó la parte en la que se dice que el señor Danny Padgitt estuvo implicado en un accidente de tráfico, que resultó herido y que también fue acusado de conducir en estado de embriaguez?
-Creo que lo leí, sí.
-¿Quiere que se la muestre?
-No, ya la recuerdo.
-Muy bien; en ese caso, ¿por qué dedujo con tanta rapidez que la sangre pertenecía a la víctima y no al propio señor Padgitt?
Pickard volvió a cambiar de posición y pareció molesto.
-He dicho simplemente que las fotografías y los reportajes, tomados en su conjunto, le hacen parecer culpable.
-¿Ha formado usted parte alguna vez de un jurado, señor Pickard?
-No, señor.
-¿Sabe lo que significa «presunción de inocencia»?
-Sí.
-¿Sabe que el estado de Misisipí tiene que demostrar la culpabilidad del señor Padgitt más allá de cualquier duda razonable?
-Sí.
-¿Cree que cualquier persona acusada de un delito tiene derecho a un juicio imparcial?
-Sí, por supuesto.
-Bien. Supongamos que lo convocan para formar parte de un jurado en este caso. Ha leído los artículos de prensa, ha escuchado todos los chismes, todos los rumores y todo este barullo que se ha armado y llega a esta misma sala en la que ahora nos encontramos para el juicio. Ya ha declarado que cree en la culpabilidad del señor Padgitt. Supongamos que lo eligen para formar parte del jurado. Supongamos que el señor Wilbanks, un hábil y experto abogado, ataca los argumentos de la fiscalía y plantea serias dudas acerca de nuestras pruebas. Supongamos que usted tiene dudas en su fuero interno, señor Pickard. ¿Podría en ese momento votar en favor de un veredicto de inocencia?
Pickard asintió con la cabeza mientras escuchaba las palabras del fiscal y contestó:
-En tales circunstancias, sí.
-O sea que, independientemente de lo que ahora piensa acerca de la culpabilidad o la inocencia del acusado, ¿usted estaría dispuesto a escuchar las pruebas y sopesarlas de manera imparcial antes de tomar una decisión al respecto?
La respuesta era tan obvia que el señor Pickard no tuvo más remedio que contestar:

-Naturalmente -convino Gaddis-.
-¿Y qué me dice de su esposa? Usted la ha mencionado. Es maestra de escuela, ¿verdad? Sería tan imparcial como usted, ¿no es cierto?
-Así lo creo. Sí.
-¿Y qué me puede decir acerca de los socios del Rotary Club Karaway? ¿Son tan imparciales como usted?
-Supongo que sí.
-¿Y sus empleados, señor Pickard? Seguro que usted contrata a personas honradas y justas. Serían capaces de no prestar atención a lo que han leído y oído y juzgar a este chico de manera imparcial, ¿verdad?
-Supongo.
-No más preguntas, Señoría.
El señor Pickard se apresuró a retirarse del banquillo de los testigos y abandonar la sala. Lucien Wilbanks se puso de pie y dijo, levantando ligeramente la voz:
Señoría, la defensa llama a declarar al señor Willie Traynor.
Un ladrillazo en la nariz no habría golpeado con más fuerza al señor Willie Traynor. Me quedé sin respiración mientras Baggy decía más alto de lo conveniente:
-Oh, mierda.
Harry Rex estaba sentado en la tribuna del jurado junto con otros abogados, comentando el espectáculo. Mientras me levantaba dando traspiés le miré, pidiéndole desesperadamente ayuda. Pero él ya se estaba incorporando.
-Señoría -dijo-. Represento al señor Traynor y a este joven no se le ha notificado que iba a ser llamado a declarar como testigo. *«¡Adelante, Harry Rex! ¡Haz algo!»*
El juez se encogió de hombros.
-¿Y que? Está aquí. ¿Qué más da? dijo.
En su voz no se percibía el menor asomo de preocupación, por lo que yo comprendí que me habían atrapado.
-En primer lugar, necesita prepararse. Un testigo tiene derecho a presentarse debidamente preparado.
-Creo que es el director del periódico, ¿no?
-En efecto.
Lucien Withanks se acercó a la tribuna del jurado como si estuviera a punto de soltarle un puñetazo a Harry Rex.
-Señoría -dijo Wilbanks-, él no es un litigante ni intervendrá como testigo en este juicio. Él escribió los artículos. Permita que le oigamos.
-Es una encerrona, señor juez -dijo Harry Rex.
-Siéntese, señor Vonner -dijo Su Señoría mientras yo tomaba asiento en el banquillo de los testigos.

Le lancé una mirada a Harry Rex como diciendo: *«Buen trabajo, abogado.»*
Un alguacil se situó delante de mí y me preguntó:
-¿Va usted armado?
-¿Cómo?
Tenía los nervios de punta y todo me parecía absurdo.
-Un arma. ¿Lleva usted un arma?
-Sí.
-Me la puede entregar, ¿por favor?
-Pues, es que la he dejado en mi automóvil.
A la mayoría de los presentes mi respuesta les resultó graciosa. Al parecer, en Misisipí una persona no puede declarar como es debido si va armada. Otra norma estúpida. Claro que, poco después, me pareció que la norma tenía una lógica aplastante. De haber ido armado, hubiera empezado a disparar contra Lucien Wilbanks.
El alguacil me hizo jurar que diría la verdad y yo vi que Wilbanks empezaba a pasear. El número de espectadores situados a su espalda parecía haber aumentado. Empezó a formularme amablemente unas cuantas preguntas preliminares acerca de mi persona y de la adquisición del periódico. Conseguí dar las respuestas adecuadas, a pesar de que todas las preguntas me infundían sospechas. Él quería llegar a alguna parte y yo no tenía ni idea de adónde.
Observé que la gente empezaba a disfrutar de la situación. Mi repentina adquisición del *Times* seguía siendo objeto de interés y de conjeturas y, de repente, allí estaba yo, delante de todo el mundo, hablando de ello bajo juramento y para que constara en acta.
Tras varios minutos de puntualizaciones, el señor Gaddis, que yo supuse que estaba de mi parte ya que Lucien no lo estaba en modo alguno, se levantó diciendo:
-Señoría, todo eso tiene un carácter puramente informativo. ¿Adónde se pretende ir a parar exactamente?
-Buena pregunta. ¿Señor Wilbanks?
-Sólo un momento, señor juez.
Lucien presentó entonces unos ejemplares del *Times* y nos los pasó a Gaddis, a Loopus y a mí. Después me miró y preguntó:
-Simplemente para que conste en acta, señor Traynor, ¿cuantos suscriptores tiene en estos momentos el *Times*?
-Cuatro mil doscientos, creo recordar -contesté con cierto orgullo-. Cuando cayó la quiebra sobre Lunar, se habían perdido casi todos y apenas quedaban unos mil doscientos.
-¿Y cuántos ejemplares se venden en los quioscos?
-Aproximadamente unos mil.

Unos doce meses antes yo vivía en el tercer piso de una residencia universitaria de Syracuse, Nueva York, asistía a clase de vez en cuando, me esforzaba por llegar a convertirme en un buen soldado de la revolución sexual, bebía prodigiosas cantidades de alcohol, fumaba marihuana, dormía hasta las doce del mediodía siempre que me daba la gana y, para hacer un poco de ejercicio, me acercaba a cualquier manifestación antibélica e insultaba a la policía. Y encima me quejaba de mis problemas. De repente, no tuve nada claro cómo había llegado desde allí al banquillo de los testigos de una sala de justicia del condado de Ford.

No obstante, en aquel trascendental momento de mi nueva carrera, varios centenares de conciudadanos y suscriptores míos me estaban mirando fijamente. No podía mostrarme vulnerable delante de ellos.

-¿Qué porcentaje de su periódico se vende en el condado de Ford, señor Traynor? -preguntó como el que no quiere la cosa, como si ambos estuviéramos hablando de negocios sentados en torno a la mesita de un café.

Prácticamente el cien por cien. No dispongo de cifras exactas.

-Bien, ¿tiene usted algún quiosco fuera del condado de Ford?

-No.

El señor Gaddis hizo un nuevo e insatisfactorio intento de rescatarme:

-Por favor, Señoría, ¿adónde pretende ir a parar con todo eso? De repente, Wilbanks levantó la voz y apuntó al techo con un dedo.

-Me propongo demostrar, Señoría, que los hipotéticos miembros del jurado de este condado han sido influenciados negativamente por la sensacionalista cobertura que nos ha dedicado el *Ford County Times*. Por suerte, y gracias a Dios, no se ha visto ni leído en otras zonas del estado. Un cambio de tribunal no sólo sería justo, sino obligatorio.

La expresión «influenciados negativamente» introdujo un cambio radical en el tono de la vista. Me dolió y me aterrorizó, induciéndome a preguntarme una vez más si habría hecho algo malo. Miré a Baggy en busca de consuelo, pero se había agazapado detrás de la señora que tenía delante.

-Yo decidiré lo que es justo y obligatorio, señor Wilbanks. Prosiga -dijo secamente el juez Loopus.

El señor Wilbanks sostuvo en alto el periódico y señaló con el dedo la primera plana.

-Me refiero a la fotografía de mi cliente dijo-. ¿Quién tomó esta fotografía?

-El señor Wiley Meek, nuestro fotógrafo.

-Y quién decidió publicarla en primera plana?

-Yo.

-¿Y el tamaño? ¿Quién lo decidió?

-Yo.
-¿Se le ocurrió pensar que podría resultar un poco sensacionalista?
Vaya si se me ocurrió. El sensacionalismo era justamente lo que yo andaba buscando.
-No -contesté fríamente-. Era casualmente la única fotografía de Danny Padgitt de que disponíamos en ese momento. Y éste era casualmente el único detenido en relación con el delito. La publicamos. Y debo decir que volvería a hacerlo.
Mi arrogancia me sorprendió. Miré a Harry Rex y vi en su rostro una de sus típicas sonrisas maliciosas. Estaba asintiendo con la cabeza. A por ellos, chico.
-O sea que, en su opinión, ¿fue justo publicar esta fotografía?
-No considero que fuera injusto.
-Responda a mi pregunta. ¿Fue justo en su opinión?
-Sí, fue justo y obedecía fielmente a la verdad.
Wilbanks pareció anotar la respuesta y se la guardó para su uso en el futuro.
-Su reportaje ofrecía una descripción muy detallada del interior de la casa de Rhoda Kassellaw. ¿Cuándo inspeccionó usted la casa?
-No lo hice.
-¿Cuándo entró en ella?
-No he entrado jamás.
-O sea, que jamás ha visto usted el interior de la casa.
-Exactamente.
Wilbanks desplegó el periódico, le echó momentáneamente un vistazo y dijo:
-Señala usted en su artículo que el dormitorio de los dos hijitos de la señorita Kassellaw se encontraba al fondo de un corto pasillo, aproximadamente a unos cinco metros de la puerta de su alcoba, y calcula que sus camitas se encontraban a unos diez metros de la cama de su madre. ¿Cómo lo sabe?
-Tengo una fuente.
-Una fuente. ¿Y su fuente ha estado en el interior de la casa?
-Sí.
-¿Su fuente es un oficial de la policía o un ayudante del sheriff?
-Es de carácter confidencial y seguirá siéndolo.
-¿Cuántas fuentes confidenciales utilizó usted para los artículos?
-Varias.
De mis estudios de periodismo recordaba vagamente el caso de un reportero que, en una situación similar, se había basado en unas fuentes y se había negado posteriormente a revelar su identidad. Ello había molestado en cierto modo al juez, quien exigió al periodista que divulgara la identidad de sus fuentes. Ante su negativa, el juez lo acuso

de desacato, por lo que la policía se lo llevó a la cárcel, donde se pasó varias semanas protegiendo la identidad de sus confidentes. No recordaba cómo había terminado el asunto, pero, al final, el periodista había sido puesto en libertad y la prensa había resistido el embate.
Me imaginé de pronto esposado por el sheriff Cole, y pidiendo a gritos la presencia de Harry Rex mientras me llevaban a rastras y me arrojaban a la cárcel, donde me desnudaban y me entregaban uno de aquellos monos de color anaranjado.
Habría sido un negocio fabuloso para el *Times*. Madre mía, de reportajes que podría escribir desde allí dentro.
Wilbanks prosiguió:
-Señala usted que los niños se encontraban en estado de conmoción. ¿Cómo lo sabe?
-Hablé con el señor Deece, el vecino de la casa de al lado.
-¿Y éste utilizó la palabra «conmoción»?
-Sí.
-Dice también que los niños fueron examinados por un médico de aquí, de Clanton, la misma noche del delito. ¿Cómo lo sabe?
-Tenía una fuente y más tarde ese mismo médico me lo confirmó.
-Y dice que los niños se están sometiendo actualmente a una especie de terapia allá en Misuri. ¿Quién se lo ha dicho?
-Hablé con su tía.
Wilbanks arrojó el periódico sobre la mesa y se acercó un poco más a mí. Entornó los ojos inyectados en sangre y me miró con furia. Desde luego, en ese momento la pistola no me habría venido mal.
-Lo cierto es, señor Traynor, que trató usted de transmitir inequívocamente la idea de que esos dos niños inocentes vieron violar y asesinar a su madre en su propio lecho, ¿no es así?
Respiré hondo mientras sopesaba mi respuesta. La sala esperaba en silencio.
-He informado de los hechos con la mayor exactitud posible -contesté mirando directamente a Baggy, quien, a pesar de atisbar a hurtadillas por detrás de la señora que tenía delante, por lo menos estaba asintiendo con la cabeza.
-En su afán de vender periódicos, usted echó mano de fuentes anónimas, de medias verdades, habladurías y descabelladas conjeturas en un descarado intento de añadir sensacionalismo al relato.
-He procurado informar acerca de los hechos con la mayor exactitud posible -repetí, tratando de no perder la calma. Wilbanks soltó un bufido.
-¿De veras? -Volvió a tomar el periódico y dijo-:
-Cito textualmente: «¿Declararán los niños en el juicio?» ¿Escribió usted eso, señor Traynor?

No podía negarlo. Me hubiera dado de bofetadas por haberlo hecho. Baggy y yo habíamos estado discutiendo mucho sobre la última parte de los artículos. Ambos habíamos albergado ciertas dudas y, dado el curso de los acontecimientos, habríamos tenido que dejarnos guiar por nuestro instinto.
No podía negarlo.
-Sí -contesté.
-¿Sobre qué datos fidedignos basó usted esta pregunta?
-Es una pregunta que oí repetidas veces después del crimen -contesté.
Wilbanks volvió a arrojar el periódico sobre la mesa como si fuera una basura inmunda y meneó la cabeza con fingida expresión de asombro.
Son dos niños, ¿verdad, señor Traynor?
-Sí. Un niño y una niña.
-¿Qué edad tiene el niño?
-Cinco años.
-¿Y la niña?
-Tres.
-¿Y cuántos años tiene usted, señor Traynor?
-Veintitrés.
-Y, a lo largo de sus veintitrés años, ¿sobre cuántos juicios ha informado como periodista?
Sobre ninguno.
-¿A cuántos juicios ha asistido?
-A ninguno.
-Siendo tan vasta su ignorancia acerca de los juicios, ¿qué clase de investigación sobre el tema llevó usted a cabo a fin de prepararse debidamente para estos artículos?
Llegado a este punto, probablemente hubiera dirigido el arma contra mí mismo.
-¿Investigación? -repetí como si Wilbanks estuviera hablando en otro idioma.
-Sí, señor Traynor. ¿Cuántos casos encontró usted en los que se hubiera permitido declarar a unos niños de cinco años o menos en un procedimiento penal?
Miré a Baggy, que en ese momento debía de estar debajo del banco de madera.
-Ninguno -contesté.
-Una respuesta perfecta, señor Traynor. Ninguno. En toda la historia de este estado ningún niño de menos de once años ha declarado jamás en un procedimiento penal. Por favor, le ruego que tome nota de ello y lo recuerde la próxima vez que quiera soliviantar el ánimo de sus lectores practicando el periodismo amarillo.

-Es suficiente, señor Wilbanks -dijo el juez Loopus con una amabilidad un tanto excesiva para mi gusto.
Creo que él y los demás abogados, incluido probablemente Harry Rex, se lo estaban pasando en grande con aquel rápido linchamiento de un pardillo que se había entrometido en cuestiones jurídicas y la había cagado. Hasta creo que el señor Gaddis se alegraba de verme en semejante estado.
Lucien tuvo la prudencia de detenerse al ver el derramamiento de sangre. Y masculló algo así como:
-He terminado.
El señor Caddis no tenía ninguna pregunta. El alguacil me indicó por señas que bajara del banquillo de los testigos y yo traté desesperadamente de regresar con la cabeza muy alta al banco donde Baggy permanecía todavía encogido como un perro vagabundo bajo una granizada.
Garabateé unas cuantas notas durante el descanso de la vista, pero todo fue un fallido intento de darme importancia y aparentar que estaba muy ocupado. Sentía todas las miradas clavadas en mí. Estaba humillado y quería pasarme unos cuantos días encerrado en mi despacho.
Wilbanks terminó sus palabras con una apasionada petición de traslado del caso lejos de allí, puede que incluso a la costa del Golfo, donde tal vez algunas personas hubieran oído hablar del delito pero no habrían sido «influenciadas» con la cobertura que el *Times* le había dedicado. Se pasó de la raya despotricando contra mí y contra mi periódico. En sus comentarios finales, el señor Gaddis le recordó al juez el viejo dicho: «Cuanto más duras y amargas son las palabras, tanto más débiles los argumentos.»
Lo anoté en mi cuaderno. Y abandoné a toda prisa la sala como si se me estuviera agotando un plazo de entrega.

11.

Baggy entró en mi despacho a última hora de la mañana siguiente con la sensacional noticia de que Lucien Wilbanks acababa de retirar la petición de cambio de tribunal. Como de costumbre, tenía toda clase de explicaciones.
Su primera y aventurada conjetura era que los Padgitt no querían que el juicio se celebrara en otro condado. Sabían que Danny era culpable y que en cualquier otro sitio, con un jurado debidamente seleccionado, lo condenarían con toda probabilidad. Su única oportunidad era contar con un jurado al que poder comprar o intimidar. Puesto que todos los veredictos de culpabilidad tenían que ser por unanimidad, bastaba con

que consiguieran un solo voto favorable a Danny. Un solo voto y el jurado no podría votar por unanimidad; la ley obligaría al juez a declarar nulo el juicio. No cabía duda de que se volvería a celebrar otro, pero el resultado sería el mismo. Al cabo de tres o cuatro intentos, la fiscalía arrojaría la toalla.
Yo estaba seguro de que Baggy se había pasado toda la mañana en el edificio de los juzgados, revisando con los socios de su pequeño club la vista del cambio de tribunal y apropiándose de las conclusiones de los abogados. Explicó muy serio que Lucien Wilbanks había escenificado la vista de la víspera por dos motivos. Primero, Lucien le estaba echando un anzuelo al *Times* para que volviera a publicar otra fotografía de gran tamaño de Danny, esta vez vestido con el uniforme de la cárcel. Segundo, Wilbanks quería tenerme en el banquillo de los testigos para despellejarme vivo.
-Y vaya si lo ha hecho -dijo Baggy.
-Gracias, Baggy -repliqué.
Wilbanks estaba preparando el escenario del juicio que desde el principio había sabido que acabaría celebrándose en Clanton, quería que el *Times* moderara el tono de sus artículos.
El tercero o el cuarto motivo era que Lucien Wilbanks jamás desaprovechaba la oportunidad de montar un espectáculo de cara al público. Baggy se lo había visto hacer muchas veces y me contó unas cuantas historias al respecto.
No sé muy bien si yo compartía todo el vasto alcance de sus pensamientos, pero en aquel momento ninguna otra explicación me resultó lógica. Me parecía una tremenda pérdida de tiempo y de esfuerzo, montar una vista de dos horas de duración que era una comedia. Pensé que cosas peores debían de haber ocurrido en los tribunales.

El tercer festín fue a base de carne guisada en cazuela con su propia grasa. Nos la comimos en el porche porque no paraba de llover.
Como de costumbre, confesé que jamás había probado la carne guisada de aquella manera, por lo que la señorita Gallie me dio la receta y describió la preparación con todo detalle. Levantó la tapa de la gran cazuela de hierro colocada en el centro de la mesa y cerró los ojos mientras el denso aroma se elevaba en el aire. Yo acababa de levantarme hacía apenas una hora y, en ese momento, habría sido capaz de comerme el mantel.
Era su plato más sencillo, me dijo. Se toma un trozo de culata de buey, se le deja la grasa, se coloca en el fondo de la cazuela y después se cubre con patatas tempranas, cebollas, nabos, zanahorias remolacha; se añade un poco de sal, pimienta y agua, se introduce en el horno a

fuego lento y se deja cocer cinco horas. Me llenó el plato con carne y verdura que cubrió con una espesa salsa.
-Las remolachas son las que le dan este tono morado -me explicó.
Me preguntó si quería pronunciar la bendición, pero decliné el ofrecimiento. Llevaba mucho tiempo sin rezar. Ella estaba mucho mejor preparada que yo para eso. Me tomó las manos entre las suyas y los dos cerrarnos los ojos. Mientras ella le hablaba al cielo, la lluvia golpeaba el tejado de cinc encima de nuestras cabezas.
-¿Dónde está Esau? -pregunté, tras haberme zampado mis tres primeros bocados.
-En el trabajo. A veces se toma un poco de tiempo para comer, pero no es muy frecuente. -Estaba preocupada por algo y, al final, me dijo-: -¿Puedo hacerle una pregunta un poco personal?
-Supongo que sí.
-¿Es usted cristiano?
-Por supuesto que sí. Mi madre me llevaba a la iglesia por Pascua.
La respuesta no le pareció satisfactoria. No sé lo que estaría buscando, pero no era eso.
-¿Qué clase de iglesia?
-Episcopaliana. San Lucas, de Memphis.
-No sé muy bien si hay alguna en Clanton.
-Yo no he visto ninguna. -Tampoco es que me hubiera dedicado demasiado a buscar un lugar de oración-. ¿A qué clase de Iglesia pertenece usted?
-A la Iglesia de Dios en Cristo -se apresuró a contestar mientras el rostro se le iluminaba con un sereno resplandor-. Mi pastor es el reverendo Thurston Small, un excelente hombre de Dios. Y un predicador extraordinario. Tendría usted que oírle.

Había oído historias acerca de la manera de rezar de los negros, que se pasaban todo el día de descanso en la iglesia en las ceremonias que se prolongaban hasta bien entrada la noche y sólo se interrumpían cuando el espíritu quedaba finalmente exhausto. Recordaba con toda claridad mi tormento durante las ceremonias de la Pascua episcopaliana que, por disposición legal, no podían durar más de sesenta minutos.
-¿Los blancos asisten a las ceremonias con ustedes? -pregunté.
-Sólo en los años de consulta electoral. Algunos políticos se acercan husmeando como perros. Y hacen un montón de promesas.
-¿Asisten a toda la ceremonia?
-Qué va. Siempre están demasiado ocupados para eso.
-¿O sea, que se puede entrar y salir?
-Usted, señor Traynor, sí. Haremos una excepción.

A continuación me contó una larga historia acerca de su iglesia, que se encontraba a un tiro de piedra de su casa y que había sido destruida por un incendio hacia unos cuantos años. El servicio de bomberos, que, como es natural, se encontraba en el sector blanco de la ciudad, nunca se daba demasiada prisa en atender las llamadas de Lowtown. ¡Perdieron su iglesia, pero fue una bendición! El reverendo Small congregó a los feligreses. Durante tres años se reunieron en un almacén que les prestó el señor Virgil Mambry, un cristiano muy bondadoso. El edificio se encontraba a una manzana de Main Street y a muchos blancos no les gustaba la idea de que los negros se reunieran a rezar en su zona. Pero el señor Mambry se mantuvo firme. El reverendo Small reunió el dinero necesario y tres años después del incendio, pudieron cortar la cinta inaugural del nuevo santuario, el doble de grande que el antiguo. Ahora sí llenaba todos los domingos.
Me encantaba oírla hablar, pues ello me permitía comer sin interrupción, lo cual era mi máxima prioridad. Sin embargo, me seguía cautivando su dicción tan precisa, la cadencia de su voz y su vocabulario, que no podía más que ser de nivel universitario.
Cuando terminó la historia del nuevo santuario, me pregunto:
-¿Lee usted a menudo la Biblia?
-No -contesté, meneando la cabeza mientras masticaba un nabo caliente.
-¿Nunca?
Jamás se me hubiera pasado por la imaginación mentir. -Nunca.
Eso la volvió a decepcionar.
-¿Reza muy a menudo?
hice una pausa de un segundo y contesté:
-Una vez por semana, aquí mismo.
Dejó lentamente el cuchillo y el tenedor al lado de su plato y me miró frunciendo el ceño como si estuviera a punto de decirme algo muy profundo.
-Señor Traynor, si no va a al iglesia, si no lee la Biblia, si no reza, no estoy tan segura de que sea usted realmente cristiano. -Yo tampoco estaba muy seguro-. Después añadió:
-Jesús dijo: «No juzguéis y no seréis juzgados.» Yo no soy quien para juzgar el alma de nadie, pero debo confesarle que estoy preocupada por la suya.
Yo también lo estaba, pero no hasta el extremo de interrumpir el almuerzo.
-Sabe usted lo que les ocurre a los que viven al margen de la voluntad de Dios?
Nada bueno, eso por lo menos lo sabía. Pero tenía demasiada hambre y miedo para contestar.

Ahora ella me estaba soltando un sermón y había dejado de comer, por lo que yo no lo estaba pasando muy bien.
-Pablo escribió a los romanos: «El salario del pecado es la muerte, pero el don gratuito de Dios es la vida eterna en Jesucristo Nuestro Señor.» ¿Sabe lo que significa eso, señor Traynor?
Tenía cierta idea. Asentí con un gesto mientras me zampaba Otro bocado de carne. ¿Acaso se sabía de memoria toda la Biblia? ¿Y tendría yo que escucharla por entero?
-La muerte es siempre física, pero una muerte espiritual significa toda una eternidad lejos de Nuestro Señor Jesús. La muerte significa una eternidad en el infierno, señor Traynor. ¿Lo comprende usted?
Me lo estaba dejando todo muy claro.
-¿Podríamos cambiar de tema? pregunté.
La señorita Callie esbozó una súbita sonrisa diciendo:
Por supuesto que sí. Usted es mi invitado y mi obligación es asegurarme de que se sienta a gusto.
Volvió a tomar el tenedor y nos pasamos un buen rato comiendo y oyendo la lluvia.
-Ha sido una primavera muy lluviosa -comentó-. Eso es bueno para las judías, pero los tomates y los melones necesitan un poco de sol.
Me consoló saber que no descuidaba las futuras comidas. Mi artículo acerca de la señorita Callie, Esau y sus maravillosos hijos ya estaba casi terminado. De hecho, estaba demorando las investigaciones con la esperanza de poder disfrutar de las cenas en el porche durante unos cuantos jueves más. Al principio me sentía culpable por el hecho de que se preparara tanta comida sólo para mí, si sólo nos comíamos una parte. Sin embargo, ella me aseguraba que no tiraba nada. Ella y Esau y a veces algunos amigos se encargaban de dar buena cuenta de las sobras.
-En la actualidad, sólo cocino tres veces por semana -me confesó un poco avergonzada.
El postre consistió en un pastel de melocotón y un helado de vainilla. Acordamos esperar una hora antes de iniciar nuestro paseo. Llevó al porche dos tazas de café bien cargado y nos desplazamos a las mecedoras donde hacíamos nuestro trabajo. Saqué mi cuaderno de apuntes y mi pluma y empecé a hacer preguntas. A la señorita Callie le encantaba verme anotar lo que ella me contaba.
Sus primeros siete hijos tenían nombres italianos: Alberto (Alié. Leonardo (Leon), Massimo (Max), Roberto (Bobby), Gloria, Carlota y Mario. Sólo Sam, el menor, de quien se decía que era un fugitivo de la justicia, recibió un nombre americano. Durante mi segunda visita ella me explicó que se había criado en un hogar italiano, allí mismo, en el

condado de Ford, pero era una historia muy larga y se la guardaba para más adelante.
Los primeros siete habían sido los encargados de pronuncias los discursos de despedida en el instituto de la calle Burley, la escuela de los negros. Todos habían obtenido un doctorado y ahora eran profesores en centros universitarios. Los detalles biográficos ocupaban varias páginas y, como era lógico, la señorita Callie se podía pasar varias horas hablando de sus hijos.
Y vaya si habló. Yo garabateé unas notas, me balanceé suavemente en la mecedora, escuché el rumor de la lluvia y, finalmente, me quedé dormido.

12

Baggy albergaba ciertas dudas acerca de la historia de los Ruffin.
-Es que, en realidad, no es ninguna novedad -dijo mientras yo se la leía. Estoy seguro de que Hardy le había comentado que yo me proponía publicar en primera plana un largo reportaje acerca de una familia negra-. Estas cosas suelen colocarse en la quinta página -añadió.
A falta de un asesinato, la idea que tenía Baggy de un artículo de primera plana era la de un litigio territorial ante los tribunales sin la presencia de jurados, con un puñado de abogados medio adormilados y un juez de noventa y tantos años sacado de la tumba para dirimir la cuestión.
En 1967 el señor Caudle había tenido el valor de empezar a publicar notas necrológicas acerca de los negros, pero en los tres años transcurridos desde entonces el *Times* apenas había mostrado interés por nada de lo que ocurriera al otro lado de las vías del tren. Wiley Meek no era partidario de acompañarme allí y fotografiar a Callie y Esau delante de su casa. Conseguí programar la sesión fotográfica para un jueves al mediodía. Barbo frito, pastelitos de harina de maíz fritos en aceite y ensalada de col fresca picada. Wiley comió hasta que ya casi no pudo ni respirar.
Margaret también parecía un tanto preocupada por el reportaje, pero, como siempre, estaba a las órdenes del jefe. De hecho, todos los miembros de la redacción se mostraban escépticos ante la idea. No me importaba Hacía. lo que consideraba apropiado; además, teníamos un importante juicio a la vuelta de la esquina.
Así pues, el miércoles 20 de mayo de 1970, durante una semana en la que no hubo nada en absoluto que publicar acerca del asesinato Kassellaw, el *Times* dedicó más de la mitad de la primera plana a la familia Ruffin. Empezaba con un gran titular:

Debajo de él, una fotografía de gran tamaño de Callie y Esau sentados en los peldaños de la entrada de la casa, sonriendo orgullosamente a la cámara. Más abajo, las fotografías de los ocho hijos en la edad adulta... hasta llegar a Sam. Mi artículo empezaba de la siguiente manera:

Cuando Calia Harris se vio obligada a abandonar sus estudios de bachillerato a solo dos cursos del título, se hizo la promesa de que sus hijos no sólo terminarían el bachillerato, sino también los estudios universitarios. Corría el año 1926 y Calia, o Callie tal como ella prefiere que la llamen, era a sus quince años la mayor de cuatro hermanos. Los estudios se convirtieron en un lujo cuando su padre murió de tuberculosis. Callie estuvo trabajando para la familia de Jarnette hasta el año 1929, cuando se casó con Esau Ruffin, un carpintero y predicador a tiempo parcial. Alquilaron un pequeño apartamento en un edificio de dos pisos de Lowtown por quince dólares al mes y empezaron a ahorrar hasta el último céntimo. Buena falta les iba a hacer.
En 1931 nació Alberto.

En 1970, el doctor Alberto Ruffin era profesor de Sociología en la Universidad de Iowa. El doctor Leonardo Ruffin lo era de Biología en Purdue. El doctor Massimo Ruffin enseñaba Económicas en la Universidad de Toledo. El doctor Roberto Ruffin enseñaba Historia en Marquette. La doctora Gloria Ruffin Sanderford enseñaba Italiano en Duke. La doctora Carlota Ruffin era profesora de Estudios Urbanísticos en la Universidad de California en Los Ángeles. El doctor Mario Ruffin acababa de terminar su doctorado en Literatura Medieval y enseñaba en el Grinnell College de Iowa. Mencionaba también a Sam, pero no me demoraba demasiado en él.
Había hablado por teléfono con los siete profesores y en mi relato citaba ampliamente sus palabras. Los temas eran comunes: el amor, el sacrificio, la disciplina, el trabajo duro, el estímulo, la confianza en Dios y en la familia, la ambición y la tolerancia; no se admitían la pereza ni el fracaso. Cada uno de los siete hermanos tenía una historia de éxitos que habría podido llenar toda una edición del *Times*. Cada uno de ellos había desempeñado con entera dedicación una actividad laboral, compaginándola con sus estudios universitarios y sus estudios de posgrado. Casi todos ellos habían desempeñado dos actividades laborales. Los de más edad habían ayudado a los menores. Mario me comentó que cada mes recibía cinco o seis pequeños cheques de sus hermanos y sus padres.

Los cinco mayores habían sido tan tenaces en sus estudios que habían decidido esperar hasta los veintitantos o treinta y tantos años a contraer matrimonio. Carlota y Mario seguían solteros. La siguiente generación se estaba planificando tan cuidadosamente como la anterior. El mayor de los cinco nietos, hijo de León, tenía cinco años. Max y su mujer estaban esperando el segundo.

Los Ruffin ofrecían tanto material que aquella semana sólo publiqué la primera parte del reportaje. Cuando al día siguiente fui a comer a Lowtown, la señorita Callie me recibió con lágrimas en los ojos. Esau también me recibió con un firme apretón de manos y un desmañado aunque viril abrazo. Devoramos un estofado de cordero y nos intercambiamos notas acerca de la acogida que el público había dispensado al reportaje. Huelga decir que el artículo se había convertido en la comidilla de Lowtown y que, durante todo el miércoles por la tarde y el jueves por la mañana, se registró un incesante desfile de vecinos, todos ellos provistos de sus correspondientes ejemplares. Yo había enviado aproximadamente media docena por correo a cada hermano.

Mientras nos tomábamos el café con unos buñuelos de manzana, el reverendo Thurston Small, su predicador, aparcó en la calle y se acercó al porche. Me lo presentaron y creo que se alegró de conocerme. Aceptó rápidamente un postre y se lanzó a un prolijo resumen de lo importante que era el reportaje sobre los Ruffin para la comunidad negra de Clanton. Las notas necrológicas estaban muy bien, pues en casi todas las ciudades sureñas los negros seguían siendo ignorados. Gracias al señor Caudle se estaban haciendo progresos en aquel frente. Pero el hecho de publicar una semblanza tan impresionante de una destacada familia negra en la primera plana del periódico constituía un paso de gigante a favor de la tolerancia racial en la ciudad. Yo no compartía su opinión. Pensaba simplemente que era un buen reportaje de interés humano acerca de la señorita Callie Ruffin y de su extraordinaria familia.

El reverendo disfrutaba de la comida y mostraba cierta tendencia a la retórica florida. Cuando ya iba por el segundo buñuelo, empezó a ponerse pesado con sus elogios acerca del reportaje. Puesto que no daba la menor señal de querer marcharse en toda la tarde, al final me excusé y me fui.

Aparte del hecho de actuar como portero extraoficial y no muy digno de fiar para varios establecimientos, Piston desempeñaba otro trabajo: prestaba servicio como mensajero no autorizado. Aproximadamente cada hora se presentaba en los despachos de sus clientes -por regla general, bufetes de abogados, pero también los tres bancos, algunos agentes inmobiliarios y de seguros y el propio *Times*- y se quedaba

unos cuantos minutos a la espera de algo que entregar. Un simple gesto de una secretaria bastaba para enviarlo a su siguiente parada. Si había que entregar alguna carta o algún pequeño paquete, las secretarias esperaban a que apareciera Piston. Este agarraba lo que fuera y lo trasladaba a su destino. Si era algo que pesaba más de cinco kilos, mejor olvidarlo. Puesto que iba a pie, sus servicios se limitaban a la plaza y puede que a un radio de dos manzanas como máximo. Casi a cualquier hora de la jornada laboral se podía ver a Piston en el centro... caminando cuando no llevaba ningún paquete o marchando a paso ligero cuando llevaba algo.
Lo más habitual en su servicio de mensajería eran las cartas entre bufetes de abogados. Piston era mucho más rápido que el servicio postal y muchísimo más barato. No cobraba nada. Decía que era un servicio a la comunidad, aunque por Navidad esperaba un jamón o un pastel.
A última hora de la mañana del viernes entró corriendo con una carta manuscrita de Lucien Wilbanks. Casi me daba miedo abrirla. ¿Y si fuera la demanda por valor de un millón de dólares que había prometido interponer contra mí? La carta decía lo siguiente:

Estimado señor Traynor:
Me ha gustado su semblanza de la familia Ruffin, un clan verdaderamente extraordinario. Había oído hablar de sus proezas, pero su reportaje me ha permitido comprender mejor su alcance. Admiro su valentía.
Espero que siga por este camino más positivo. Sinceramente suyo,
LUCIEN WILBANKS

Aborrecía a aquel hombre, pero ¿quién no hubiera agradecido su nota? Tenía fama de radical y extremista defensor de las causas impopulares. Como tal, su apoyo en aquel momento constituía un consuelo muy limitado. Además, yo sabía que era pasajero.

No hubo más cartas, ni llamadas telefónicas anónimas, ni amenazas. Se habían terminado las clases y hacía calor. Los siniestros y tan temidos vientos de la integración racial iban adquiriendo impulso progresivamente. Las buenas gentes del condado de Ford tenían otras cosas más importantes en que pensar.
Tras una década de luchas y de tensión en torno a los derechos civiles, muchos habitantes blancos de Misisipí temían que el final estuviera muy cerca. Si los tribunales federales habían logrado imponer la integración en las escuelas, ¿cabía esperar que a continuación ocurriera lo mismo en las iglesias y en los edificios de viviendas?

Al día siguiente Baggy participó en una reunión en el sótano de una iglesia. Los organizadores pretendían establecer el alcance del apoyo con que podían contar para la construcción en Clanton de una escuela privada exclusivamente para blancos. Los asistentes eran muy numerosos y estaban asustados, furiosos y firmemente decididos a proteger a sus hijos. Un abogado resumió la situación de varios recursos federales y expresó su dolorosa opinión de que la orden definitiva se dictaría aquel verano. Predijo que los niños negros, desde los cursos décimo al duodécimo, serían enviados al instituto de Clanton, mientras que los niños blancos de los cursos séptimo al noveno serían enviados a la calle Burley, en Lowtown. Sus palabras dieron lugar a que los hombres menearan la cabeza y las mujeres se echaran a llorar. La idea de que los niños blancos fueran enviados al otro lado de las vías del tren era simplemente inaceptable.

Así pues se organizó una nueva escuela. Nos pidieron que no informáramos acerca de ello, por lo menos, de momento. Los organizadores querían asegurarse ciertas ayudas económicas antes de divulgar su proyecto. Accedimos a la petición. No me interesaba suscitar la polémica.

Un juez federal de Memphis decretó la instauración de un ambicioso plan de transporte escolar que dividiría la ciudad. Los niños negros de la parte interior serían trasladados a las zonas residenciales blancas y, por el camino, se cruzarían con los niños blancos que se dirigieran al otro lado. Allí la tensión era todavía más acusada, por lo que preferí evitar la ciudad durante algún tiempo.

Nos aguardaba un largo y caluroso verano. Era como si todos esperáramos que las cosas estallaran.

Me salté una semana y después publiqué la segunda parte del reportaje sobre la señorita Callie. Al pie de la primera plana figuraban las fotografías de los siete profesores Ruffin. El reportaje hablaba de dónde vivían en ese momento y a qué se dedicaban. Todos sin excepción manifestaban el gran cariño que sentían por Clanton y Misisipí, aunque ninguno tenía previsto volver a su ciudad natal para instalarse. Se negaban a emitir juicios sobre un lugar que los había obligado a estudiar en escuelas de inferior calidad, los había mantenido confinados a un lado de las vías del tren, les había impedido votar y comer en la mayoría de los restaurantes y beber agua de la fuente del jardín del edificio de los juzgados. No querían hacer comentarios negativos. En lugar de eso, daban gracias a Dios por su bondad, por la salud, por la familia, por sus padres y por todas las oportunidades que se les habían brindado.

Me sorprendió su humildad y amabilidad. Todos ellos prometieron reunirse conmigo durante las vacaciones navideñas, cuando nos sentaríamos en el porche de la señorita Callie a comer tarta de pacanas y a contar historias.
Terminaba mi amplia semblanza con un intrigante detalle acerca de la familia. A partir del día en que los hermanos Ruffin habían dejado el hogar, cada uno había recibido de Esau la orden de escribir a su madre al menos una carta por semana. Todos obedecieron y las cartas jamás se habían interrumpido. En determinado momento Esau decidió que Callie recibiera una carta diaria. Siete profesores. Siete días cada semana. Así pues, Alberto escribía su carta el domingo y la echaba al correo. Leonardo escribía la suya el !unes y la echaba al correo. Y así sucesivamente. Algunos días Callie recibía dos o tres cartas y algunos días no recibía ninguna. Pero el breve paseo hasta el buzón constituía siempre un motivo de emoción.
Y ella guardaba todas las misivas. En un armario del dormitorio de la parte anterior de la casa me mostró un montón de cajas de cartón llenas de cientos de cartas de sus hijos.
-Algún día se las voy a leer -dijo, pero no sé por qué no confié en ello. Tampoco deseaba que lo hiciera. Serían demasiado personales.

13

Ernie Gaddis, el fiscal de distrito, presentó una petición de ampliación del número de personas llamadas a formar parte del jurado. Según Baggy, que se estaba convirtiendo día a día en un experto, en un típico procedimiento penal, el secretario del Tribunal Superior convocaba a unas cuarenta personas para participar en un jurado. Se presentaban unas treinta y cinco, de las cuales al menos cinco resultaban ser demasiado viejas o estar demasiado enfermas para cumplir los requisitos exigidos. Gaddis señalaba en su petición que la creciente notoriedad del asesinato Kassellaw dificultaría la posibilidad de encontrar miembros imparciales del jurado. Pedía por ello al Tribunal que convocara por lo menos a cien posibles miembros del jurado.
Lo que no mencionaba en su escrito, aunque era bien sabido, era que a los Padgitt les costaría más intimidar a cien que a cuarenta. Lucien Wilbanks se opuso enérgicamente y exigió la celebración de una vista. El juez Loopus contestó que eso no era necesario y ordenó que se elaborara una lista más amplia. También adoptó la insólita decisión de sellar la lista de los posibles jurados. Baggy y sus compañeros de copas, al igual que toda la gente que frecuentaba el edificio de los juzgados, se quedaron estupefactos. Jamás se había hecho nada igual. Los abogados

y los querellantes siempre recibían una lista completa de los candidatos al jurado dos semanas antes del comienzo del juicio.
La orden constituyó un grave revés para los Padgitt. Si no sabían quiénes figuraban en la lista, ¿cómo podrían sobornarlos o intimidarlos?
Gaddis pidió después al Tribunal que la convocatoria a los posibles miembros del jurado se enviara por correo y no se entregara personalmente a través de la oficina del sheriff. A Loopus también le convino la idea. Debía de estar al corriente de las estrechas relaciones existentes entre los Padgitt y nuestro sheriff. Como era de esperar, Lucien Wilbanks también puso el grito en el cielo. En sus desesperadas respuestas señaló que el juez Loopus estaba dispensando a su cliente un trato extraordinario e injusto. Leyendo sus escritos, me sorprendió que se extendiera tantas páginas en sus desvaríos.
Estaba claro que el juez Loopus tenía el firme propósito de presidir un juicio seguro e imparcial. Había ocupado el cargo de fiscal de distrito en la década de los cincuenta, antes de acceder a la judicatura, y era famoso por sus preferencias por la acusación. Se veía bien a las claras que no estaba en modo alguno preocupado por los Padgitt y su legado de corrupción. Además, sobre el papel (y sin la menor duda en mi publicación), la acusación contra Danny Padgitt parecía absolutamente indiscutible.
El lunes 15 de junio, en medio de un gran sigilo, el secretario del Tribunal Superior envió por correo cien citaciones para prestar servicio en un jurado a cien votantes inscritos en el censo electoral en todo el condado de Ford. Una de ellas fue a parar al bastante repleto buzón de cartas de la señorita Callie Ruffin y, cuando yo llegué a su casa para la comida del jueves, ella me la mostró.

En 1970, el condado de Ford tenía un veintiséis por ciento de negros y un setenta y cuatro por ciento de blancos, sin espacio para otros o para los que no estaban seguros de a qué grupo pertenecían. Seis años después del tumultuoso verano de 1964 y su masivo movimiento en favor de la inscripción de los negros en el censo electoral, y cinco años antes de la Ley de Derecho al Voto de 1965, pocos se molestaron en inscribirse. Las campañas en favor de la inscripción en Lowtown eran acogidas con indiferencia general. Uno de los motivos era que en ese condado con predominio de población blanca ningún negro podría ser elegido jamás para un cargo local. Por consiguiente, ¿por qué molestarse?
Otro motivo era el de los abusos históricos cometidos desde siempre a la hora de inscribir a la gente. Los blancos se habían pasado cuatrocientos años utilizando toda clase de estratagemas para negarles

a los negros una inscripción como es debido. Impuestos municipales de capitación, exámenes de alfabetización, la lista era larga y vergonzosa.
Un motivo más era la reticencia de la mayoría de los negros a ser inscritos por las autoridades blancas. La inscripción podía significar más impuestos, más supervisión, más vigilancia, más intromisiones. La inscripción podía significar la obligación de formar parte de un jurado.
Según Harry Rex, que era una fuente del edificio de los juzgados ligeramente mas fidedigna que Baggy, jamás había habido un miembro de un jurado de raza negra en el condado de Ford. Puesto que los candidatos se elegían exclusivamente a partir del censo de votantes, pocos negros figuraban en la lista. Los que sobrevivían a las primeras tandas de preguntas eran sistemáticamente eliminados antes de la elección de los doce jurados definitivos. En los procedimientos penales, la fiscalía solía oponerse a la presencia de negros, alegando que éstos se mostrarían demasiado comprensivos con los acusados. En los procedimientos civiles, la defensa se oponía a su presencia temiendo que fueran demasiado generosos con el dinero ajeno.
Sin embargo, estas teorías jamás se habían puesto a prueba en el condado de Ford.

Callie y Esau Ruffin se inscribieron en el censo electoral en 1951. Juntos entraron en el despacho del secretario del Tribunal Superior y pidieron que los incluyeran en las listas de votantes. La secretaria adjunta, siguiendo órdenes, les entregó una tarjeta plastificada con las palabras «Declaración de Independencia» en la parte superior. El texto estaba escrito en alemán.
La secretaria adjunta, en la creencia de que los Ruffin eran tan analfabetos como la mayoría de los negros del condado de Ford, les preguntó:
¿Pueden leer esto?
-No está en inglés -contestó Callie-. Es alemán.
-¿Lo pueden leer? repitió la secretaria, comprendiendo que, a lo mejor, tendría algún problema con aquella pareja.
-Lo puedo leer tanto como usted -contestó amablemente Callie.
La secretaria tomó la tarjeta y le entregó otra.
-¿Puede leer esto? -preguntó.
-Sí, puedo -contestó Callie-. Es la Declaración de Derechos.
-¿Qué dice el número ocho?
Callie lo leyó muy despacio y después contestó:
-La Octava Enmienda prohibe las multas excesivas y los castigos crueles.
Justo en ese momento, según una de las versiones de los hechos, Esau se inclinó hacia delante diciendo:

-Somos propietarios.
Depositó la escritura de su casa sobre el mostrador y la secretaria adjunta la examinó.
La propiedad no era un requisito para votar, pero constituía una ventaja cuando la persona que pretendía inscribirse era negra. Sin saber qué más hacer, la secretaria dijo:
-Muy bien. El impuesto de capitación será de dos dólares por cada uno.
Esau entregó el dinero y con ello ambos pasaron a formar parte de las listas de votantes, junto con otros treinta y un negros, ninguno de los cuales era mujer.

Jamás se perdían ninguna elección. La señorita Callie siempre lamentaba que tan pocas amigas suyas se molestaran en inscribirse en el censo electoral, pero estaba demasiado ocupada criando a sus ocho hijos para hacer algo al respecto. El condado de Ford se libró de los disturbios raciales tan habituales en otras zonas del estado y, por consiguiente, jamás se habían llevado a cabo campañas organizadas en favor de la inscripción de los negros en el censo electoral.

Al principio, no supe si estaba nerviosa o emocionada. Tampoco estoy seguro de que ni ella misma lo supiera. La primera votante negra podía convertirse en el primer miembro de raza negra de un jurado. Jamás se había echado atrás ante los desafíos, pero albergaba grandes dudas morales acerca de la licitud de juzgar a otra persona. «No juzguéis y no seréis juzgados», repetía, citando a Jesús.
-Pero si todo el mundo cumpliera este versículo de las Sagradas Escrituras, todo nuestro sistema judicial se vendría abajo, ¿no cree? -le pregunté.
-No lo sé -contestó, apartando la mirada.
Jamás había visto a la señorita Callie tan preocupada. Estábamos comiendo pollo frito con puré de patatas y salsa. Esau no había podido ir a casa a comer.
-¿Cómo voy a juzgar a un hombre que me consta que es culpable? -preguntó.
En primer lugar, escuchando las pruebas -le dije-. Usted es muy abierta de miras. No le será difícil.
-Pero usted sabe que él la mató. Prácticamente así lo dijo en su periódico.
Su brutal honradez golpeaba siempre muy fuerte.
-Nosotros nos limitamos a informar de unos hechos, señorita Callie. Si los hechos le hacen parecer culpable, que así sea.
Los silencios fueron muchos y muy largos aquel día. La señorita Callie estaba sumida en sus pensamientos y apenas comió.

-¿Y qué me dice de la pena de muerte? -preguntó. ¿Querrán enviar a este chico a la cámara de gas?
-Si, señora. Es un caso de asesinato.
-¿Y quién decide su condena a muerte?
-El jurado.
-Oh, Dios mío.
A partir de ese momento, ya no pudo comer. Comentó que le había subido la tensión desde que recibió la citación para formar parte del jurado. Ya había ido al médico. La acompañé al sofá del estudio y le serví un vaso de agua fría. Insistió en que terminara de comer, cosa que yo hice gustosamente en silencio. Más tarde ella se recuperó un poco y nos sentamos en las mecedoras del porche, hablando de cualquier tema menos de Danny Padgitt y del juicio.
Al final acerté al preguntarle acerca de la influencia italiana en su vida. Durante nuestra primera comida me había dicho que había aprendido a hablar italiano antes que inglés. Siete de sus hijos habían sido bautizados con nombres italianos.
Necesitaba contarme una larga historia. Y yo no tenía absolutamente nada más que hacer.
En la década de 1890, el precio del algodón se puso por las nubes a causa del incremento de la demanda mundial. Las fértiles regiones del Sur tenían que producir más. Los propietarios de las grandes plantaciones del delta del Misisipí necesitaban desesperadamente aumentar sus cosechas, pero se enfrentaban con una grave escasez de mano de obra. Muchos de los negros físicamente aptos para el trabajo habían dejado la tierra en la que sus antepasados habían sido esclavos para ir al Norte en busca de mejores empleos y de una vida mejor. Y, como era de esperar, los que se habían quedado no sentían demasiado interés en recolectar algodón a cambio de unos salarios miserables.
Los terratenientes forjaron un plan para recurrir a diligentes trabajadores inmigrantes europeos para el cultivo del algodón. Por medio de contactos con agentes italianos de Nueva York y Nueva Orleans se establecieron conexiones, se intercambiaron promesas, se dijeron mentiras, se falsificaron contratos y, en 1895, llegaron al delta las primeras familias. Procedían del norte de Italia, de la región de Emilia Romagna, cercana a Verona. En general, eran gentes muy poco instruidas y apenas hablaban inglés, aunque enseguida se dieron cuenta de que habían sido objeto de un timo descomunal. Les facilitaron unos míseros alojamientos en un clima subtropical y, mientras luchaban contra la malaria, los mosquitos, las serpientes y el agua contaminada, les ordenaron que se dedicaran al cultivo del algodón a cambio de unos salarios con los que nadie habría sobrevivido. Se vieron obligados a pedir préstamos a los terratenientes con unos

intereses escandalosos. La comida y las demás provisiones procedían del economato de la empresa y eran muy caras.
Al ver que los italianos trabajaban con tanto ahínco, los terratenientes pidieron más. Disfrazaron sus manejos, hicieron nuevas promesas a otros agentes italianos y los inmigrantes siguieron llegando. Se inventaron un magnífico sistema laboral en el que los italianos eran peor tratados que casi todos los braceros negros.
Con el tiempo se hicieron algunos intentos de reparto de los beneficios y de cesión de la propiedad de la tierra, pero los mercados del algodón registraban unas fluctuaciones tan grandes que nunca se pudieron establecer acuerdos. Después de veinte años de abusos, los italianos finalmente se dispersaron y el experimento pasó a la historia.
Los que se quedaron en el delta fueron considerados durante varias décadas ciudadanos de segunda. Los excluían de las escuelas y, por su condición de católicos, no eran bien recibidos en las iglesias. Los clubes de campo tampoco estaban a su alcance. Eran los llamados dogos y ocupaban el último peldaño de la escala social. Pero, como trabajaban duro y eran muy ahorradores, poco a poco fueron acumulando tierras.
La familia Rossetti llegó a los alrededores de Leland, Misisipí, en 1902. Eran originarios de un pueblo de las cercanías de Bolonia y habían tenido la desgracia de escuchar las promesas de un desvergonzado agente de aquella ciudad. El matrimonio Rossetti iba acompañado de sus cuatro hijas, la mayor de las cuales era Nicola, de doce años. Aunque el primer año pasaron hambre muy a menudo, consiguieron no morirse de inanición. Llegaron sin un céntimo y, al cabo de tres años de trabajo, la familia había acumulado unas deudas de seis mil dólares a la plantación sin posibilidad de saldarlas. Huyeron del delta en mitad de la noche y llegaron en un vagón de carga a Memphis, donde un pariente los acogió en su casa.

A los quince años, Nicola era espectacularmente hermosa. Largo cabello oscuro y ojos castaños, una clásica belleza italiana. Aparentaba más edad y consiguió trabajo en un taller de confección diciéndole al dueño que tenía dieciocho. A los tres días, el dueño le hizo una proposición de matrimonio. Estaba dispuesto a divorciarse de su mujer con la que llevaba veinte años casado y a despedirse de sus hijos en caso de que Nicola accediera a fugarse con él. Ella lo rechazó. El hombre le ofreció al señor Rossetti cinco mil dólares como compensación. El señor Rossetti también lo rechazó.
Por aquel entonces, las acaudaladas familias rurales del norte de Misisipí efectuaban sus compras y alternaban en sociedad en Memphis, por regla general a un tiro de piedra del hotel Peabody. Allí fue donde el

señor Zachary DeJarnette, de Clanton, tuvo la suerte de tropezarse con Nicola Rossetti. Ambos se casaron dos semanas más tarde.
Él tenía treinta y un años, era viudo sin hijos y buscaba desesperadamente una esposa. Era también el terrateniente más importante del condado de Ford, una zona no tan fértil como el delta, pero que ofrecía una buena rentabilidad si se tenían muchas tierras. El señor DeJarnette había heredado más de dos mil hectáreas de su familia. Su abuelo había sido en otros tiempos el patrón del abuelo de Calia Harris Ruffin.
La boda fue un convenio de intereses. Nicola tenía una inteligencia superior a sus años y su principal preocupación era proteger a su familia. Todos habían sufrido mucho. Vio una oportunidad y la aprovechó. Antes de acceder a casarse con él, consiguió que el señor DeJarnette le prometiera no sólo emplear a su padre como capataz de su hacienda, sino también facilitar a su familia una vivienda extremadamente confortable. Accedió también a costear los estudios de sus tres hermanas menores y a pagar las deudas que la familia había contraído en el delta. El señor DeJarnette estaba tan enamorado que hubiera accedido a cualquier cosa.

Los primeros italianos del condado de Ford llegaron, no en un viejo carro de bueyes, sino con unos flamantes billetes de primera clase de la Illinois Central Line. Un comité de bienvenida descargó su equipaje nuevo a estrenar y los ayudó a subir a dos automóviles Ford Modelo T de 1904. Los Rossetti eran tratados como representantes de la realeza cuando acompañaban al señor DeJarnette de fiesta en fiesta en la ciudad de Clanton, donde muy pronto empezaron a circular comentarios acerca de la belleza de la novia. se habló de la posibilidad de celebrar una solemne ceremonia de boda oficial para contrarrestar la sencillez de la rápida ceremonia en Memphis, pero, puesto que en Clanton no había ninguna iglesia católica, la idea se descartó. El novio y la novia aún no se habían planteado la conflictiva cuestión de las preferencias religiosas. En aquellos momentos, si Nicola le hubiera pedido al señor DeJarnette que se convirtiera al hinduismo, éste lo habría hecho sin pensarlo siquiera.
Al final, llegaron a la gran mansión de las afueras de la ciudad. Cuando los vehículos enfilaron el camino de la entrada y los Rossetti vieron el majestuoso edificio de antes de la guerra de Secesión construido por el primer DeJarnette, se echaron a llorar.
Decidieron vivir allí hasta que se pudiera reformar y acondicionar la casa del capataz. Nicola asumió sus deberes de señora de la mansión e hizo todo lo posible por quedarse embarazada. A sus hermanas menores les facilitaron unos profesores privados y, en cuestión de unas

cuantas semanas, ya hablaban un inglés aceptable. El señor Rossetti se pasaba los días en compañía de su yerno, al que sólo llevaba tres años, aprendiendo a dirigir la plantación.
La señora Rossetti se quedaba en la cocina, donde había entablado amistad con India, la madre de Callie.
-Mi abuela y mi madre fueron cocineras de los DeJarnette -estaba diciendo la señorita Callie-. Yo pensaba que también acabaría siéndolo, pero las cosas siguieron otro rumbo.
Tuvieron hijos Zach y Nicola? -pregunté.
Ya iba por la tercera o la cuarta taza de té. Estaba caliente y el hielo se había fundido. La señorita Callie y yo llevábamos dos horas hablando y ella ya se había olvidado de la citación para el jurado y del juicio por asesinato.
-No. Y fue una pena, porque los deseaban con toda su alma. En 1911, cuando yo nací, Nicola prácticamente me arrebató a mi madre. Insistió en que me bautizaran con un nombre italiano y me tenía consigo en la casa grande. A mi madre no le importó, porque tenía un montón de hijos y, además, se pasaba todo el día en la casa.
-¿Qué hacía su padre?
-Trabajaba en la finca. Era un buen lugar donde trabajar y vivir. Tuvimos mucha suene porque los DeJarnette eran buena gente y cuidaron de nosotros. No todos los negros podían decir lo mismo. Por aquel entonces nuestra vida estaba controlada por el blanco que era el dueño de tu casa. En caso de que fuera un malvado, la vida era un infierno. Los DeJarnette eran personas extraordinarias. Mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo trabajaban en sus tierras y jamás fueron maltratados.
-¿Y Nicola?
Sonrió por primera vez en una hora.
-Dios me bendijo. Tuve dos madres. Me vestía con la ropa que compraba en Memphis. Cuando no levantaba dos palmos del suelo me enseñó a hablar italiano mientras yo aprendía inglés. Y, cuando tenía tres años, me enseñó a leer.
-¿Sigue usted hablando italiano?
-No. Ha pasado mucho tiempo. Le encantaba contarme historias de su infancia en Italia y me prometió que un día me llevaría allí para que viera los canales de Venecia y el Vaticano en Roma y la torre de Pisa. Le gustaba mucho cantar y me enseñó algo de ópera.
-¿Era una persona instruida?
La madre tenía cierta instrucción, y se ocupó de que Nicola y sus hermanas aprendieran a leer y escribir. Prometió enviarme a algún centro universitario del Norte, o incluso a Europa, donde la gente era más tolerante. La idea de una negra que estudiara en la universidad en los años veinte era una absoluta locura.

El relato estaba discurriendo en distintas direcciones. Yo hubiera deseado tomar algunos apuntes, pero no llevaba el cuaderno. La imagen de una joven negra que vivía en una mansión de antes de la guerra civil y hablaba italiano y escuchaba ópera en Misisipí cincuenta años atrás tenía que ser algo increíble.
-Trabajaba usted en la casa?
-Pues sí, cuando me hice mayor. Era ama de llaves, pero jamás tuve que trabajar tan duro como los demás sirvientes. Nicola me quería tener cerca. Por lo menos una hora al día nos sentábamos en su salón y hacíamos prácticas de idiomas. Ella estaba firmemente decidida a perder su acento italiano y con la misma firmeza deseaba que yo adquiriera una dicción perfecta. En la ciudad había una maestra de escuela jubilada, una tal señorita Tucker, una solterona, jamás la podré olvidar, y Nicola mandaba recogerla a diario en automóvil. Mientras tomábamos el té, pasábamos la lección y la señorita Tucker nos corregía todos los errores de pronunciación, por nimios que fueran. Estudiábamos gramática. Nos aprendíamos las palabras de memoria. Nicola se esforzó mucho y, al final, consiguió hablar inglés a la perfección.
-¿Qué pasó con la universidad?
De repente, me pareció que estaba muy cansada y comprendí que el tiempo de contar historias ya había terminado.
-Ah, senor Traynor, fue una pena. El señor DeJarnette lo perdió todo en los años veinte. Había hecho grandes inversiones en ferrocarriles, barcos, valores y cosas por el estilo, y se arruinó casi de la noche a la mañana. Se pegó un tiro, pero ésa ya es otra historia.
¿Qué fue de Nicola?
-Consiguió conservar la casa grande hasta la Segunda Guerra Mundial y después regresó a Memphis junto a los señores Rossetti. Durante muchos años nos escribimos todas las semanas, todavía las guardo. Murió hace cuatro años, a los setenta y seis. Me pasé un mes llorando y todavía lloro cuando pienso en ella. La quería muchísimo.
Sus palabras se perdieron en el aire y yo comprendí por experiencia que estaba a punto de echar una cabezadita.

A última hora de aquella noche me dediqué a los archivos del *Times*. El 12 de septiembre de 1930, un artículo de primera plana informaba acerca del suicidio de Zachary DeJarnette. Deprimido por el hundimiento de sus negocios, dejó un nuevo testamento y una nota de despedida para su mujer Nicola y, después, para facilitar las cosas a todo el mundo, se dirigió en su automóvil a la funeraria de Clanton. Entró por la puerta de atrás con una escopeta de caza de dos cañones, se dirigió a la sala de embalsamamientos, se sentó en una silla, se quitó

un zapato, se introdujo el cañón de la escopeta en la boca y apretó el gatillo con el dedo gordo del pie.

14

El lunes 22 de junio, todos los cien posibles miembros del jurado excepto ocho se presentaron para el juicio de Danny Padgitt. Tal como no tardamos en averiguar, cuatro habían muerto y cuatro, simplemente, habían desaparecido. Casi todos los demás estaban muy nerviosos. Baggy dijo que, por regla general, cuando se presentan los miembros del jurado, éstos no tienen ni idea de en qué tipo de caso tendrán que intervenir. No fue así en el juicio de Padgitt. Todo bicho viviente en el condado de Ford sabía muy bien que por fin había llegado el gran día.
Pocas cosas atraen a los habitantes de una pequeña localidad como un buen juicio por asesinato, por cuyo motivo la sala de justicia ya estaba llena hasta la bandera mucho antes de las nueve de la mañana. Los posibles miembros del jurado ocupaban una parte y el público la otra. La gente se apretujaba junto a las paredes. En una exhibición de fuerza, el sheriff Coley había dispuesto la presencia de todos sus hombres uniformados, los cuales paseaban dándose importancia sin hacer nada de provecho. Un momento ideal para atracar un banco, pensé.
Baggy y yo estábamos sentados en la primera fila. Había convencido al secretario del Tribunal Superior de que teníamos derecho a unas credenciales de prensa y, por consiguiente, a unos asientos especiales. A mi lado se sentaba un reportero del periódico de Tupelo, un caballero muy amable que apestaba a tabaco barato de pipa. Le informé con carácter confidencial acerca de los detalles del asesinato y me pareció que quedaba impresionado por mis conocimientos.
Muchos miembros de la familia Padgitt se hallaban presentes. Permanecían sentados en unas sillas cerca de la mesa de la defensa, rodeando a Danny y a Lucien Wilbanks como la banda de ladrones que realmente eran. Se mostraban arrogantes y amenazadores, y yo no pude por menos que aborrecerlos con toda mi alma. No los conocía por su nombre; muy pocos los conocían. Sin embargo, mientras los contemplaba, me pregunté cuál de ellos habría sido el incompetente pirómano que se había introducido a escondidas en nuestro taller de imprenta con varios litros de gasolina. Yo llevaba la pistola en la cartera de documentos. Y estoy seguro de que ellos tenían las suyas al alcance de la mano. El menor movimiento en falso bastaría para desencadenar un tiroteo. Añádase a ello al sheriff Coley y a sus mal adiestrados pero impulsivos e irresponsables muchachos a la hora de apretar el gatillo y, en cuestión de un momento, media ciudad sería barrida del mapa.

Observé que los Padgitt me miraban varias veces, aunque, en realidad, estaban mucho más preocupados por los miembros del jurado que por mí. Los estudiaron detenidamente cuando entraron en la sala y recibieron las correspondientes instrucciones por parte del secretario. Los Padgitt y sus abogados examinaron unas listas que habrían encontrado en alguna parte. Y cotejaron sus notas.
Danny iba elegante pero informalmente vestido con una camisa blanca de manga larga y unos pantalones caqui almidonados. Siguiendo los consejos de Wilbanks, sonreía constantemente como si fuera un buen chico cuya inocencia estuviera a punto de ser palmariamente demostrada.
Al otro lado del pasillo, Ernie Gaddis y un grupo algo más reducido de colaboradores también estaban estudiando a los posibles miembros del jurado. Gaddis contaba con dos ayudantes, un pasante y un fiscal a tiempo parcial llamado Hank Hooten. El pasante era el encargado de llevar las carpetas y las carteras de documentos. Hooten no parecía cumplir otra función que la de estar presente para que Ernie tuviera a alguien con quien consultar.
Baggy se inclinó hacia mí como si hubiera llegado el momento de hablar en voz baja.
-Ese tipo del traje marrón -susurró, señalando con la cabeza a Hooten-. Se tiraba a Rhoda Kassellaw.
Me molestó el comentario y se me notó en la cara. Me desplacé a la derecha y miré a Baggy. El inclinó la cabeza con aire de suficiencia y dijo lo que siempre decía cuando tenía una primicia o algo verdaderamente explosivo que contar:
-Te lo digo yo.
Eso significaba que no le cabía la menor duda. Baggy se equivocaba muy a menudo, pero jamás dudaba.
Hooten aparentaba unos cuarenta años, tenía el cabello prematuramente canoso, vestía con cierta elegancia y era bastante bien parecido.
-¿De dónde es? -pregunté.
Los presentes en la sala hablaban en ruidosos murmullos mientras aguardaban la entrada del juez Loopus.
-De aquí. Se dedica un poco al derecho inmobiliario, asuntos de poca monta. Es un auténtico cabrón. Se ha divorciado un par de veces y anda siempre en busca de nuevas presas.
-¿Sabe Gaddis que su ayudante se veía con la víctima?
-No, hombre, no. Ernie lo habría apartado del caso.
-¿Crees que Wilbanks está al corriente?
-Nadie lo sabe -contestó Baggy, más pomposo aún si cabe.

Era como si los hubiera sorprendido en la cama y se hubiera reservado la noticia hasta aquel preciso instante en la sala. No sabía muy bien si creerle.
La señorita Callie llegó unos minutos antes de las nueve. Esau la acompañó al interior de la sala y después tuvo que retirarse porque no encontró asiento. Ella se presentó al secretario y la ubicaron en la tercera fila, donde le facilitaron un cuestionario para rellenar. Miró alrededor tratando de localizarme, pero había demasiada gente interponiéndose entre nosotros. Conté otros cuatro negros entre los convocados.
Un alguacil de voz tonante nos ordenó que nos levantáramos y el ruido de nuestros pies sonó como una estampida. El juez Loopus nos pidió que nos sentáramos y el suelo de la sala se estremeció. Parecía de buen humor y se puso inmediatamente manos a la obra. La sala estaba llena de votantes y faltaban dos años para la reelección, aunque él jamás había tenido que enfrentarse con un adversario. Seis jurados fueron excusados por rebasar la edad de sesenta y cinco años. Cinco lo fueron por motivos médicos. La mañana empezaba a hacerse un poco larga. Yo no podía apartar la mirada de Hank Hoten. No cabía duda de que tenía cara de mujeriego.
Cuando terminaron las preguntas preliminares, el número de jurados que cumplían con los requisitos ya había bajado a setenta y nueve. La señorita Callie se sentaba ahora en la segunda fila, lo que no constituía una buena señal si pretendía evitar formar parte del jurado. El juez Loopus cedió la palabra a Ernie Gaddis, quien se volvió a presentar ante los jurados y explicó con gran detenimiento que estaba allí en representación del Estado de Misisipí, de los contribuyentes, de los ciudadanos que lo habían elegido para encausar a las personas que cometían delitos. Era el abogado del pueblo.
Estaba allí para encausar. El señor Danny Padgitt había sido incriminado formalmente por un jurado de acusación constituido por conciudadanos suyos, por la violación y el asesinato de Rhoda Kassellaw. Preguntó si era posible que alguien no hubiese oído decir algo acerca de ese crimen. Ni una sola mano se levantó.
Ernie llevaba treinta años dirigiendo la palabra a los jurados. Era amable y cordial y daba la impresión de ser alguien con quien se podía hablar prácticamente de cualquier cosa, incluso en una audiencia pública. Abordó muy despacio el tema de la intimidación. ¿Alguien que no forma parte de su familia ha establecido contacto con usted a propósito de este caso? ¿Un desconocido? ¿Ha tratado algún amigo de influir en su opinión? La citación le fue enviada por correo; la lista del jurado está sellada. Nadie debe saber que es usted un jurado en potencia. ¿Alguien le ha hecho algún comentario al respecto? ¿Alguien

lo ha amenazado? ¿Alguien le ha hecho algún ofrecimiento? La sala guardó un profundo silencio mientras Ernie formulaba las preguntas a los posibles jurados.
Nadie levantó la mano. No se esperaba que nadie lo hiciera, pero Ernie consiguió transmitir el mensaje de que aquellas personas, los Padgitt, habían estado moviéndose en la sombra por todo el condado de Ford. Arrojó una nube todavía más oscura sobre ellos y dejó flotando en el aire la impresión de que él, el fiscal de distrito y el abogado del pueblo, conocía la verdad.
Inició su conclusión con una pregunta que dejó a todos sin aliento.
-¿Tienen todos ustedes conocimiento de que el soborno al jurado es un delito? -Pareció que efectivamente lo tenían-. ¿Y de que yo, como fiscal, encausaré, acusaré, procesaré y haré todo lo posible por condenar a cualquier persona implicada en un soborno al jurado? ¿Lo saben?
Cuando Ernie terminó, todos tuvimos la sensación de haber sido sobornados. Cualquiera que hubiera hablado del caso, es decir, prácticamente la totalidad de los habitantes del condado, corría el peligro de que Ernie lo acusara y lo persiguiese hasta la tumba.
-Es muy eficaz -comentó en voz baja el reportero de Tupelo.

Lucien Wilbanks empezó con una larga y tediosa perorata acerca de la presunción de inocencia y de cómo ésta constituía el fundamento de la jurisprudencia de Estados Unidos. Independientemente de lo que hubieran leído en el periódico local, y en ese punto me dirigió una mirada de profundo desprecio, su cliente, que estaba sentado allí mismo en aquel momento, era un hombre inocente. Y, en caso de que alguno de los posibles jurados pensara lo contrario, tenía la obligación de levantar la mano y decirlo.
Nadie levantó la mano.
-Muy bien. Pues entonces, con su silencio le están diciendo al tribunal que todos ustedes pueden mirar a Danny Padgitt ahora mismo y decir que es inocente. ¿Pueden hacerlo?
Se pasó un buen rato machacándolos con estos argumentos y después procedió a tratarla cuestión del llamado peso de la prueba, es decir, la obligación de probar el delito, lo cual le permitió soltar otra perorata acerca del monumental desafío con que se enfrentaba el estado para demostrar la culpabilidad de su cliente más allá de cualquier duda razonable.
Estas dos sagradas protecciones -la presunción de inocencia y la prueba más allá de cualquier duda razonable- nos las habían garantizado a todos nosotros, incluidos los jurados, los sabios que habían redactado nuestra Constitución y la Declaración de Derechos.

Nos estábamos acercando al mediodía y todo el mundo necesitaba un descanso. Wilbanks pareció no darse cuenta y siguió hablando por los codos como si nada. Cuando finalmente se sentó ya eran las doce y cuarto, y el juez Loopus anunció que estaba hambriento. Ordenó un receso hasta las dos de la tarde.

Baggy y yo nos tomamos un bocadillo en el bar de arriba en compañía de varios compinches suyos, tres ancianos abogados fracasados que llevaban años sin perderse un solo juicio. Baggy se moría de ganas de beberse un whisky, pero, por alguna extraña razón, sintió la llamada del deber. A sus amigos no les ocurrió lo mismo. El secretario nos había facilitado una lista de los jurados tal y como éstos estaban sentados en aquel momento. La señorita Callie era la número veintidós, la primera negra y la tercera mujer.

La impresión general era que la defensa no se opondría a ella por el hecho de ser negra, y los negros, según la teoría más extendida, se mostraban favorablemente dispuestos hacia los acusados de haber cometido algún delito. Yo no estaba muy seguro de que un negro pudiera mostrarse favorablemente dispuesto hacia un blanco miserable como Danny Padgitt, pero los abogados tenían el absoluto convencimiento de que Lucien Wilbanks la aceptaría encantado.

Siguiendo la misma teoría, la acusación echaría mano de una de sus arbitrarias y perentorias impugnaciones y la eliminaría de la lista. Sin embargo, según sentenció Chick Elliot, el más viejo y borracho del grupo, tal cosa no ocurriría.

-Si yo fuera el fiscal, la aceptaría -dijo, echándose al coleto un generoso trago de bourbon.

-¿Por qué? -preguntó Baggy.

Porque ahora, gracias al *Times*, la conocemos muy bien. Nos la presentaron como a una patriota juiciosa, temerosa de Dios y aficionada a citar la Biblia, que crió a un montón de hijos con mano muy dura y un buen puntapié en el trasero en caso de que cometieran algún fallo.

-Estoy de acuerdo -dijo el más joven de los tres, Tackett, que tenía cierta tendencia a mostrarse de acuerdo con cualquier teoría que resultara ser la más universalmente aceptada-. Sería un jurado ideal para la acusación. Además, es una mujer, y se trata de un caso de violación. Yo incluiría a todas las mujeres que pudiera.

Se pasaron una hora discutiendo. Era la primera vez que me reunía con ellos y comprendí de repente la razón de que Baggy pudiera reunir tantas opiniones divergentes acerca de tantos temas. Aunque procuraba disimularlo, me preocupaba profundamente el que mis largos y generosos artículos relacionados con la señorita Callie acabaran en cierto modo por perjudicarla.

Después de comer, el juez Loopus pasó al tema más serio del interrogatorio: la cuestión de la pena de muerte. Explicó la naturaleza de lo que se entiende por un delito que lleva implícita la pena de muerte y los procedimientos que se seguirían, y a continuación le cedió una vez más la palabra a Ernie Gaddis.
El jurado número once pertenecía a una extraña Iglesia y dejó muy claro que jamás votaría en favor de enviar a una persona a la cámara de gas. El jurado número treinta y cuatro era un veterano de dos guerras y señaló que, en su opinión, la pena de muerte no se aplicaba lo suficiente. Como era de esperar, eso fue muy del gusto de Ernie, que fue llamando uno a uno a los jurados y los interrogó cortésmente acerca de la cuestión de los juicios contra otras personas y la imposición de la pena de muerte. Al final, le llegó el turno a la señorita Callie.
-Vamos a ver, señora Ruffin, he leído muchas cosas acerca de usted y me parece una persona muy religiosa. ¿Es así?
-Amo al Señor, en efecto -contestó ella con su habitual claridad.
-¿Le plantea algunas dudas el hecho de sentarse a juzgar a otro ser humano?
-Sí, señor.
-¿Quiere ser exonerada?
-No, señor. Mi deber como ciudadana es estar aquí, en situación de igualdad con todas estas personas.
-Y, si usted forma parte del jurado y éste considera al señor Padgitt culpable de todos los delitos de que se lo acusa, ¿podrá votar en favor de su condena a muerte?
-No quisiera tener que hacerlo, desde luego.
-Mi pregunta era, ¿podrá hacerlo?
-Puedo cumplir la ley al igual que todas estas personas. Si la ley dice que tenemos que considerar la conveniencia de la pena de muerte, entonces acataré la ley.

Cuatro horas más tarde, Calia H. Ruffin se convirtió en el último jurado elegido y la primera persona de raza negra que participaba como jurado en un juicio en el condado de Ford. Los borrachos del bar de arriba habían tenido razón: la defensa la quería porque era negra, y el estado porque la conocía muy bien. Además, Ernie Caddis tenía que guardarse la impugnación de los jurados para personalidades menos interesantes.
A última hora de la noche yo estaba sentado solo en mi despacho, trabajando en un artículo sobre la selección del jurado. De pronto oí un ruido familiar procedente de la planta baja. Harry Rex tenía una manera tan especial de abrir la puerta principal y caminar a grandes zancadas que todos en el *Times*, independientemente de la hora que fuese, sabíamos que él había llegado.

-¡Willie, muchacho! -me gritó desde abajo.
-Estoy aquí arriba -le indiqué a voz en cuello.
Subió ruidosamente la escalera y se dejó caer en su sillón preferido.
-¿Qué piensas del jurado? -preguntó. Daba la sensación de estar completamente sobrio.
-Yo sólo conozco a uno de sus miembros -contesté-. ¿A cuántos conoces tú?
-A siete.
-¿Crees que han elegido a la señorita Callie por mis artículos?
-Sí -respondió con su brutal honradez de siempre-. Todo el mundo ha estado hablando mucho de ella. Ambas partes creen conocerla. Estamos en 1970 y jamás ha habido un miembro del jurado de raza negra. Parecía tan idónea como los demás. ¿Te preocupa?
-Creo que sí.
-¿Por qué? ¿Qué tiene de malo actuar como miembro de un jurado? Ya es hora de que los negros empiecen a hacerlo. Ella y su marido siempre han estado dispuestos a derribar barreras. No es muy peligroso. Bueno, no suele serlo.
Yo no había hablado con la señorita Callie y ya no podría hacerlo hasta después del juicio. El juez Loopus había ordenado el confinamiento de los jurados durante toda la semana. A aquella hora, todos se hallaban escondidos en un motel de otra ciudad.
-¿Hay algún personaje sospechoso en el jurado? -pregunté.
-Es posible. Todo el mundo está preocupado por aquel chico lisiado de la zona de Dumas. Fargarson, se llama. Se lesionó la espalda en un aserradero de su tío, que hace muchos años les vendía madera a los Padgitt. El chico tiene una actitud un poco teatral. Gaddis lo habría echado, pero no podía hacer más impugnaciones.
El lisiado caminaba con bastón y tenía por lo menos veinticinco años. Harry Rex siempre calificaba a cualquiera que fuera más joven que él, y sobre todo a mí, de «chico».
-Pero con los Padgitt nunca se sabe -añadió-. Ahora mismo, podrían haber comprado a la mitad de los miembros del jurado.
-Pero tú no lo crees, ¿verdad?
-No, pero tampoco me sorprendería que se produjera un desacuerdo entre los jurados a la hora de emitir el veredicto. Quizá sean necesarios dos o tres intentos contra este chico antes de que Ernie consiga echarle el guante.
-Pero irá a la cárcel, ¿no?
La idea de que Danny Padgitt pudiera eludir el castigo me daba miedo. Yo había invertido mi persona en la ciudad de Clanton y, si la justicia era tan fácilmente corruptible, no quería quedarme allí.
-Lo pondrán a buen recaudo.

-Muy bien. ¿Y la pena de muerte?
-Apuesto a que finalmente se la impondrán. Estamos en la hebilla del Cinturón de la Biblia, Willie, la región donde imperan las creencias de los fundamentalistas protestantes, eso del ojo por ojo y demás bobadas. Loopus hará todo lo posible por ayudar a Ernie a conseguir un veredicto de pena capital.
Entonces cometí el error de preguntarle por qué trabajaba hasta tan tarde. Un cliente suyo de un caso de divorcio había abandonado la ciudad por un asunto de negocios y había regresado a escondidas para sorprender a su mujer con un amante. El cliente y Harry Rex se habían pasado las últimas dos horas en una furgoneta de alquiler aparcada en la parte de atrás de un motel del norte de la ciudad donde solían citarse parejas. Resultó que la mujer no tenía un amante sino dos. Le llevó media hora contarme la historia.

15

El martes por la mañana se perdieron casi dos horas porque los abogados se enzarzaron en el despacho oficial del juez en una acalorada disputa acerca de ciertas peticiones extremadamente discutibles.
-Seguramente habrá sido por la cuestión de las fotos -repetía Baggy una y otra vez-. Siempre discuten por las fotos.
Puesto que no estábamos al corriente de los pormenores de aquella pequeña guerra, esperamos impacientemente en la sala sin abandonar nuestros asientos. Yo escribí varias páginas de inútiles notas utilizando una caligrafía incomprensible que cualquier reportero veterano habría admirado. Las notas me mantuvieron ocupado y evitaron que mis ojos se cruzaran con las omnipresentes miradas de los Padgitt. En ausencia del jurado, éstos centraban su atención en los espectadores y, especialmente, en mí.
Los jurados estaban encerrados en la sala de deliberaciones, cuya puerta vigilaban unos agentes de la Oficina del Sheriff, como si alguien pudiera ganar algo atacándolos. La sala se encontraba situada en el piso de arriba y disponía de unos grandes ventanales que daban al lado este del jardín del edificio de los juzgados. Debajo de uno de los ventanales había un ruidoso aparato de aire acondicionado cuyo rugido era audible desde cualquier punto de la plaza cuando funcionaba a pleno rendimiento. Pensé en la señorita Callie y en su tensión arterial. Sabia que estaba leyendo la Biblia y confié en que eso la calmara. Yo había llamado a Esau a primera hora de aquella mañana. Estaba muy disgustado por el hecho de que la hubieran encerrado y se la hubiesen llevado lejos.

Esau ocupaba un asiento en la última fila, esperando como todos los demás.
Cuando finalmente el juez Loopus y los abogados salieron del despacho del primero, parecía que acabaran de pelearse a puñetazo limpio. El juez le hizo una seña con la cabeza al alguacil y éste hizo entrar a los miembros del jurado. El juez los saludó, les dio las gracias, les preguntó si se sentían a gusto con el alojamiento, les pidió disculpas por las molestias y por los retrasos de aquella mañana y les prometió que a partir de ese momento las cosas avanzarían más rápido.
Ernie Gaddis se situó detrás del estrado y dio comienzo a su exposición inicial ante el jurado. Tenía un cuaderno amarillo de notas de tamaño folio, pero no lo consultó. Con gran maestría, fue enumerando los necesarios elementos que el estado demostraría contra Danny Padgitt. Cuando se hubieran presentado todas las pruebas y todos los testigos hubieran declarado y los abogados hubieran enmudecido y el juez hubiera hablado, correspondería al jurado hacer justicia. Y él no abrigaba la menor duda de que los miembros de éste considerarían a Danny Padgitt culpable de violación y asesinato. No malgastó ni una sola palabra, y cada una de ellas dio en el blanco. Por suerte, fue breve. Su tono confiado y sus concisas observaciones transmitieron el claro mensaje de que en sus manos estaban los datos y los motivos y que por ello obtendría el veredicto que esperaba. No necesitó recurrir a largos y emotivos argumentos para convencer al jurado.
A Baggy le gustaba decir: «Cuando los abogados carecen de argumentos sólidos, se dedican a hablar más de la cuenta.»
Curiosamente, Lucien Wilbanks aplazó las observaciones iniciales hasta el momento en que la defensa expusiera sus razones, un derecho que raras veces se ejercía.
-Éste se trae algo entre manos -murmuró Baggy, como si él y Lucien pensaran al unísono-. Aquí no puede haber ninguna sorpresa.
El primer testigo de la acusación fue el propio sheriff Coley. Parte de su trabajo consistía en declarar en procesos penales, pero cabía dudar de que alguna vez hubiera imaginado tener que hacerlo contra un Padgitt. En cuestión de unos meses se presentaría a la reelección. Le convenía hacer un buen papel delante de los electores.
Con la ayuda de la meticulosa planificación y de los hábiles aguijones de Ernie, ambos efectuaron un recorrido por el delito. Se mostraron diagramas ampliados de la casa de Kassellaw, de la casa de los Deece, de las carreteras que rodeaban Beech Hill y del lugar exacto donde Danny Padgitt había sido detenido. Se presentaron fotografías de la zona. Y después del cadáver de Rhoda, varias de veinte por veinticinco centímetros que se entregaron a los miembros del jurado y que éstos se fueron pasando. Sus reacciones fueron asombrosas. Todos se mostraron

escandalizados. Algunos se sobresaltaron. Otros parecían perplejos. La señorita Callie cerró los ojos como si estuviera rezando. Otra mujer del jurado, la señora Barbara Baldwin, emitió inicialmente un jadeo y después apartó la vista. A continuación miró a Danny Padgitt como si deseara pegarle un tiro a quemarropa.
-Oh, Dios mío -musitó uno de los hombres.
Otro se cubrió la boca como si estuviera a punto de vomitar.
Los miembros del jurado permanecían sentados en unas sillas giratorias acolchadas que se balanceaban ligeramente. Mientras se iban pasando las horripilantes fotografías, no hubo ni una sola silla que no se moviera. Las imágenes eran incendiarias, altamente perjudiciales y, sin embargo, perfectamente admisibles. Provocaron tal conmoción en los jurados que pensé que Danny Padgitt ya podía darse por muerto. El juez Loopus sólo autorizó la presentación de seis de ellas como prueba. Una sola habría bastado.
Eran poco más de la una de la tarde y todo el mundo necesitaba una pausa. Dudaba que los jurados tuvieran mucho apetito.

El segundo testigo de la acusación fue una de las hermanas de Rhoda que vivía en Misuri. Se llamaba Ginger McClure y yo había hablado varias veces con ella después del asesinato. Cuando se enteró de que había estudiado en Syracuse y no era natural del condado de Ford se ablandó un poco. Me había enviado a regañadientes una fotografía para la nota necrológica. Más tarde me llamó y me preguntó si podía enviarle algunos de los ejemplares del *Times* en los que se hablaba del caso de Rhoda. Le molestaba que los detalles se los facilitara la oficina del fiscal de distrito.
Ginger era una esbelta pelirroja muy atractiva y elegante que llamó poderosamente la atención cuando se acomodó en el asiento de los testigos.
Según Baggy, siempre declaraba algún familiar de la víctima. La muerte se convertía en algo real cuando los seres queridos ocupaban su lugar en el banquillo de los testigos y miraban a los miembros del jurado.
Ernie quería que los miembros del jurado vieran a Ginger y se identificaran con ella. También quería recordarles que a dos niños pequeños les habían arrebatado la madre en un asesinato premeditado.
La declaración de Ginger fue muy breve. Haciendo gala de prudencia, Lucien Wilbanks se abstuvo de formularle preguntas. Cuando le permitieron retirarse, ella se dirigió a un asiento reservado detrás de la barandilla y cerca del de Ernie Gaddis y asumió el papel de representante de la familia. Todos sus movimientos fueron observados hasta que se llamó al siguiente testigo.

Después volvieron los detalles espeluznantes. Llamaron a declarar a un patólogo forense de la sección criminal del laboratorio del estado para que comentara la autopsia. Aunque disponía de numerosas fotografías, no utilizó ninguna. Ni falta que hacía. En términos profanos, la causa de su muerte era obvia: pérdida de sangre. El cadáver presentaba un corte de diez centímetros que se iniciaba justo por debajo de la oreja izquierda y bajaba casi en línea recta. Tenía unos seis centímetros de profundidad y, en su opinión -y él había visto muchas heridas de arma blanca-, había sido producida con una hoja de aproximadamente quince centímetros de longitud y dos centímetros y medio de anchura. La persona que había utilizado el arma era probablemente diestra, y había empleado todas las fuerzas. La herida había seccionado por completo la vena yugular izquierda y, a partir de aquel momento, a la víctima sólo le habían quedado unos cuantos minutos de vida. Un segundo corte medía dieciséis centímetros de longitud y discurría desde la punta de la barbilla hasta la oreja derecha que casi había cortado por la mitad. Probablemente esta segunda herida no hubiera sido mortal.
El patólogo describía las heridas como si se refiriera a la picadura de una garrapata. Nada especial. Nada insólito. En su trabajo veía semejantes carnicerías a diario y estaba acostumbrado a hablar de ellas ante los jurados. Pero a los demás presentes en la sala los detalles les causaron una profunda impresión. En determinado momento de su declaración, todos y cada uno de los miembros del jurado miraron a Danny Padgitt y, en silencio, lo declararon «culpable».

Lucien Wilbanks inició el interrogatorio con un tono bastante cordial. Ambos habían protagonizado discusiones en otros juicios. Obligó al patólogo a reconocer que algunas de sus opiniones quizá fuesen erróneas, como, por ejemplo, las relativas al tamaño del arma homicida y al hecho de que el agresor fuera diestro.
-He dicho que eran probabilidades -puntualizó pacientemente el médico.
Tuve la sensación de que llevaba tanto tiempo siendo objeto de esa clase de ataques que ya nada le hacía efecto. Wilbanks hurgó y tanteó un poco, pero se cuidó de mostrar de nuevo las comprometedoras pruebas. El jurado ya había oído hablar demasiado de cortes y heridas; habría sido una insensatez insistir en ello.
Llamaron a declarar a un segundo patólogo. Coincidiendo con la autopsia, había llevado a cabo un examen concienzudo del cadáver y había descubierto varias claves en relación con la identidad del asesino. En la vagina, y en torno a ella, había encontrado restos de semen que coincidían a la perfección con el grupo sanguíneo de Danny Padgitt. Bajo la uña del dedo índice derecho de Rhoda había encontrado un

trocito de piel humana. También coincidía con el grupo sanguíneo del acusado.
En la repregunta Lucien Wilbanks le preguntó si había examinado personalmente al señor Padgitt. No, no lo había examinado. ¿En qué parte del cuerpo había sido el señor Padgitt rascado, arañado o rasgado de aquella manera?
-No lo he examinado -contestó el patólogo.
-¿Ha examinado usted alguna fotografía suya?
-No.
-Por consiguiente, si perdió una parte de su piel, usted no puede decirle al jurado de dónde procedía, ¿verdad?
-Me temo que no.
Después de varias horas de testimonios gráficos, todos en la sala estaban agotados. El juez Loopus despidió al jurado no sin antes recordar seriamente a sus miembros la obligación de evitar cualquier contacto exterior. La advertencia parecía un tanto excesiva teniendo en cuenta que estaban escondidos en otra ciudad y vigilados por la policía.
Baggy y yo regresamos a coda prisa a la redacción y trabajamos desesperadamente hasta casi las diez. Estábamos a martes y a Hardy le gustaba que las rotativas empezaran a ponerse en marcha no más tarde de las once de la noche. En las insólitas semanas en que no se producía ningún problema mecánico, podía imprimir cinco mil ejemplares en menos de tres horas.
Hardy preparó la linotipia a toda velocidad. No había tiempo para corregir y leer las pruebas, pero a mí no me quitaba el sueño aquella edición porque la señorita Callie formaba parte del jurado y no tendría modo de descubrir los errores. Al finalizar, Baggy estaba dándole a la botella y se moría de ganas de largarse. Cuando me disponía a regresar a mi apartamento, se presentó Ginger McClure, que me saludó como si fuéramos viejos amigos. Vestía unos vaqueros muy ceñidos y una blusa roja. Me preguntó si tenía algo de beber. En la redacción, no, pero eso no sería ningún impedimento. La invité a subir a mi Spitfire y fuimos a Quincys, donde compré seis botellas de Schlitz. Ginger quería ver la casa de Rhoda por última vez, desde la carretera y sin acercarse demasiado. Mientras nos dirigíamos hacia allí, pregunté cautelosamente por los dos niños. La información que me facilitó fue un poco embarullada. Ambos vivían con otra hermana -Ginger se apresuró a aclararme que acababa de divorciarse- y estaban siendo sometidos a una intensa terapia de recuperación. El niño se comportaba casi con toda normalidad, aunque a veces caía en prolongados períodos de silencio. La niña estaba mucho peor. Sufría constantes pesadillas acerca de su madre y había perdido la capacidad de controlar la vejiga. A menudo la sorprendían acurrucada en posición fetal, chupándose el

pulgar y emitiendo gemidos lastimeros. Los médicos estaban tratándola con distintos medicamentos.
Ninguno de los dos quería decir a los médicos o a la familia lo que había visto aquella noche.
-Presenciaron cómo violaban y apuñalaban a su madre -dijo Ginger, terminándose su primera cerveza. Mi botella estaba todavía medio llena.
La casa de los Deece ofrecía el aspecto de un lugar cuyos ocupantes llevaran varios días durmiendo. Enfilamos el camino de entrada de lo que antaño fuera el pequeño y feliz hogar de los Kassellaw. Estaba desierto y oscuro y mostraba un cierto aire de abandono. En el jardín había un letrero que rezaba:

EN VENTA.

La casa era el único bien significativo de la exigua herencia de Rhoda. El producto de la venta iría a parar íntegramente a los niños.
A petición de Ginger, apagué las luces y el motor. No era una buena idea porque los vecinos estaban comprensiblemente nerviosos. Además, mi Triumph Spitfire era el único de su clase en el condado de Ford y, como tal, despertaba naturalmente sospechas.
Apoyando suavemente su mano en la mía, me preguntó:
-¿Cómo entró en la casa?
-Encontraron las huellas de unas pisadas junto a la puerta del patio. Probablemente no estaba cerrada con llave.
Durante un prolongado silencio, ambos volvimos a imaginarnos el ataque, la violación, el cuchillo, los niños huyendo en la oscuridad y pidiéndole a gritos al señor Deece que acudiera a salvar a su madre.
-¿Estaba usted muy unida a ella? -pregunte mientras oía acercarse de lejos un vehículo.
-De pequeña, sí, pero no últimamente. Se fue de casa hace diez años.
-¿Cuántas veces la visitó usted aquí?
-Un par de veces. Yo también me fui, a California. Perdimos un poco el contacto. Cuando murió su marido, le suplicamos que volviera a Springfield, pero ella dijo que le gustaba vivir aquí. La verdad es que ella y nuestra madre nunca se llevaron muy bien. Una furgoneta aminoró la marcha en la carretera justo a nuestra espalda. Procuré adoptar un aire despreocupado, pero sabía lo peligrosa que podía ser la situación en una zona tan oscura del condado. Ginger estaba contemplando la casa con la mente perdida en alguna horrible imagen y no pareció oír nada. Por suerte, la furgoneta pasó de largo.
-Vamos -dijo, apretándome la mano-. Tengo miedo.

Cuando nos alejamos, vi al señor Deece agachado en medio de las sombras de su garaje con una escopeta de caza. Estaba previsto que fuera el último testigo llamado por la acusación.
Ginger se alojaba en un motel de la zona, pero no quería ir allí.
Era pasada la medianoche y se nos ofrecían muy pocas alternativas, por lo que nos dirigimos a la casa de los Hocutt, donde subimos los escalones del porche sorteando gatos y entramos en mi apartamento.
-Mucho cuidado con las ideas que se le ocurren -me advirtió mien tras se quitaba los zapatos sacudiendo los pies y se sentaba en el sofá-. No estoy de humor para eso.
-Yo tampoco -mentí.
Su tono era casi impertinente, como si su estado de ánimo pudiera cambiar de un momento a otro y, cuando ello ocurriera, pudiéramos lanzarnos sin más. Yo estaba perfectamente dispuesto a esperar.
Encontré cerveza más fría en la cocina y ambos nos acomodamos, cada cual en su sitio, como si fuéramos a pasarnos el rato charlando hasta el amanecer.
-Háble me de su familia me dijo.
No era precisamente mi tema preferido, pero por aquella mujer estaba dispuesto a hablar de ello.
-Soy hijo único -comencé-. Mi madre murió cuando yo tenía trece años. Mi padre vive en Memphis en una vetusta casa familiar que nunca abandona porque tanto a él como a la casa les faltan unos cuantos tornillos. Tiene un despacho en la buhardilla y se pasa allí todo el día y toda la noche comprando y vendiendo acciones y bonos. No sé qué tal le van los negocios, pero sospecho que pierde más que gana. Hablamos por teléfono una vez al mes.
-¿Es usted rico?
No, la rica es mi abuela. La madre de mi madre, BeeBee. Ella me prestó el dinero para comprar el semanario.
Bebió un trago de cerveza con expresión pensativa.
-Nosotras éramos tres hermanas -dijo al fin-, ahora ya sólo dos. Nos criamos un poco a lo salvaje. Mi padre salió por huevos y leche una noche y jamás regresó. Mi madre lo ha intentado dos veces desde entonces, pero no le ha ido muy bien. Yo estoy divorciada. Mi hermana mayor también. Y Rhoda ha muerto. -Se inclinó hacia delante con la botella en la mano y la chocó con la mía-. Por dos familias destrozadas.
Brindamos.
Divorciada, sin hijos, alocada y encantadora. Me apetecía pasar un rato con ella.
Ginger quería averiguar detalles sobre el condado de Ford y sus perso-najes: Lucien Wilbanks, los Padgitt, el sheriffr Conley, etcétera.
Hablé por los codos a la espera de que cambiara de humor.

Pero no cambió. Hacia las tres de la mañana se tumbó en el sofá y yo me fui solo a la cama.

16

Tres de los Hocutt -Max, Wilma y Gama- estaban trajinando en el garaje situado debajo de mi apartamento cuando Ginger y yo salirnos unas cuantas horas más tarde. Creo que querían conocerla. La miraron con desprecio mientras yo hacía alegremente las presentaciones. Casi esperaba que Max dijera alguna ridiculez del estilo de «No estaba previsto el sexo ilícito cuando le alquilamos este apartamento», pero nadie hizo ningún comentario ofensivo y rápidamente nos dirigimos a la redacción. Ella subió a su automóvil y desapareció.
La última edición estaba apilada desde el suelo hasta el techo en la sala de la parte delantera. Cogí un ejemplar para echarle un rápido vistazo. El titular era muy comedido:

EMPIEZA EL JUICIO CONTRA DANNY PADGITT:
CONFINAMIENTO DEL JURADO.

No se publicaba ninguna fotografía del acusado. Ya habíamos utilizado muchas y yo quería guardarme una que resultara especialmente llamativa para la siguiente semana, pues confiaba en que pudiéramos captar al pequeño miserable en el momento de abandonar el edificio de los juzgados tras su condena a muerte. Baggy y yo habíamos llenado las columnas con codos los detalles que habíamos visto y oído durante los primeros dos días, y me sentía muy orgulloso de nuestras aptitudes como reporteros. Eran unos textos directos, objetivos, pormenorizados, bien escritos y para nada sensacionalistas. La misma naturaleza del juicio se bastaba y sobraba. Y la verdad es que yo había aprendido la lección sobre los peligros del sensacionalismo. A las ocho de la mañana, tanto el edificio de los juzgados como la plaza estaban cubiertos de ejemplares de cortesía del *Times*.

El miércoles por la mañana no se registró ninguna escaramuza preliminar. A las nueve en punto los miembros del jurado fueron acompañados a la sala y Ernie Gaddis llamó a su siguiente testigo. Se llamaba Chub Brooner y era un veterano investigador de la Oficina del Sheriff. Según Baggy y Harry Rex, Brooner era famoso por su incompetencia.
Para despertar al jurado y atraer la atención de los demás, Gaddis presentó la blanca camisa ensangrentada que llevaba Danny Padgitt la noche de su detención. No la habían lavado; las manchas desangre eran

de color marrón oscuro. Ernie la agitó suavemente en alto para que todos la viéramos mientras hablaba con Brooner. Se la había quitado a Danny Padgitt un agente llamado Grite en presencia de Brooner y del sheriff Coley. Los análisis habían permitido identificar dos grupos sanguíneos: O positivo y B positivo. Los análisis llevados a cabo con posterioridad por la sección criminal del laboratorio del estado habían permitido establecer que el grupo B positivo coincidía con el de la sangre de Rhoda Kassellaw.
Observé a Ginger mientras ésta contemplaba la camisa. A los pocos minutos, apartó la mirada y se puso a escribir. No me sorprendió que estuviera todavía más atractiva que el primer día del juicio. Me preocupaba mucho su estado de ánimo.
La pechera de la camisa estaba desgarrada. Danny se había hecho un corte al salir de su vehículo tras el accidente y habían tenido que aplicarle doce puntos. Brooner no lo hizo del todo mal en sus explicaciones al jurado. A continuación, Ernie sacó un atril y colocó en él dos fotografías ampliadas de las huellas encontradas en el patio de la casa de Rhoda. Cogió de la mesa de pruebas los zapatos que llevaba Padgitt en el momento de ingresar en la cárcel. Brooner se lió un poco en una declaración que debería haber sido mucho más sencilla, pero al final consiguió demostrar que todo coincidía.
Brooner le tenía un miedo atroz a Lucien Wilbanks y empezó a tartamudear al oír la primera pregunta. Lucien omitió hábilmente el hecho de que en la camisa de Danny se hubiera encontrado sangre de Rhoda y optó en su lugar por machacar a Brooner acerca del arte y la ciencia de comparar huellas. Al final, el investigador reconoció que sus conocimientos no eran muy amplios. Lucien se concentró en una serie de acanaladuras del talón del zapato derecho, que Brooner no logró identificar en la huella. Como consecuencia del peso y el movimiento, un talón suele dejar huellas mas claras que el resto de la suela, según la declaración de Brooner en el interrogatorio directo. Lucien le pegó tal rapapolvo que nos dejó a todos confusos, y hasta yo tuve que reconocer que era un poco escéptico en la cuestión de las huellas. Aunque, en realidad, no importaba. Había pruebas más que suficientes.
¿Llevaba guantes el señor Padgitt cuando fue detenido? -preguntó Lucien.
-No lo sé. Yo no lo detuve.
-Bien, ustedes le quitaron la camisa y los zapatos. ¿Le quitaron también algún guante?
-Que yo sepa, no.
-Usted ha revisado el expediente de las pruebas, ¿verdad, señor Brooner?
-En efecto.

-De hecho, como investigador jefe, conoce muy bien todos los aspectos de este caso, ¿no es cierto?
-Sí, señor.
-¿Ha visto alguna referencia a algún guante que llevara el señor Padgitt o que alguien le quitara?
-No.
-Bien. ¿Buscaron ustedes la existencia de huellas dactilares en la escena del crimen?
-Sí.
-Siguiendo el procedimiento habitual, imagino.
-Sí, como siempre.
-Y, como es natural, tomaron las huellas dactilares al señor Padgitt cuando fue detenido, ¿verdad?
-Sí.
-Bien. ¿Cuántas huellas dactilares del señor Padgitt encontraron en la escena del crimen?
-Ninguna.
-¿Ni una sola?
-Ninguna.
En ese momento Lucien aprovechó para sentarse. Resultaba difícil creer que el asesino hubiera podido entrar en la casa, ocultarse un rato dentro de ésta, violar y asesinar a su víctima y a continuación huir sin dejar ninguna huella dactilar. Pero Chub Brooner no inspiraba demasiada confianza. Siendo él el encargado de la investigación, había muchas posibilidades de que docenas de huellas dactilares se hubieran pasado por alto.
El juez Loopus ordenó el receso de la mañana y, mientras los miembros del jurado se levantaban para retirarse, mi mirada se cruzó con la de la señorita Callie. Se le iluminó el rostro y sonrió al tiempo que asentía con la cabeza como diciendo: «No se preocupe por mí.»
Estiramos un poco las piernas y comentamos en voz baja lo que acabábamos de oír. Me encantó comprobar que muchos de los presentes en la sala estaban leyendo el *Times*. Me acerqué a la barandilla y me incliné para hablar con Ginger.
-¿Se encuentra bien? -pregunté.
-Quiero irme a casa -respondió en voz baja.
-La invito a comer.
-Con mucho gusto.

El último testigo de la acusación fue el señor Aaron Deece. Se acercó al banquillo de los testigos poco antes de las once de la mañana y todos reunimos valor para escuchar sus recuerdos de aquella noche. Ernie

Gaddis le formuló una serie de preguntas encaminadas a describir a Rhoda y a sus dos hijos. Llevaban siete años viviendo en la casa de al lado, eran unos vecinos ideales, unas personas maravillosas. Los echaba mucho de menos, no podía creer que se hubieran ido. En determinado momento, el señor Deece se enjugó una lágrima.
Se trataba de algo sin la menor relación con el asunto que estaban tratando, pero Lucien permitió de buen grado que la cosa se prolongara unos cuantos minutos. Después se levantó y dijo amablemente:
-Señoría, todo eso es muy conmovedor, pero la verdad es que no es admisible.
-Pase a otra cuestión, señor Gaddis -dijo el juez Loopus.
El señor Deece describió la noche, la hora, la temperatura, el tiempo. Oyó la voz aterrorizada del pequeño Michael de cinco años llamándolo por su nombre y pidiendo socorro. Encontró a los niños fuera, en pijama, mojados de rocío y en estado de conmoción a causa del miedo. Los introdujo en su casa, donde su mujer los envolvió en unas mantas. Se puso los zapatos, cogió la escopeta de caza y estaba saliendo de la casa cuando vio a Rhoda tambaleándose en un intento de acercarse a él. Estaba desnuda y, a excepción del rostro, enteramente cubierta de sangre. El la tomó en sus brazos, la llevó al porche y la colocó en un columpio.
Lucien se levantó, dispuesto a intervenir.
-¿Dijo algo? -preguntó Ernie.
-Señoría, me opongo a que el testigo revele cualquier cosa que pudiera decir la víctima -dijo Lucien-. Está claro que son simples rumores.
-Su protesta ya ha sido presentada, señor Wilbanks. Ya lo hemos discutido en mi despacho y consta en acta. Puede contestar a la pregunta, señor Deece.
El señor Deece tragó saliva, respiró hondo, exhaló lentamente y miró a los miembros del jurado.
-Dos o tres veces dijo: «Ha sido Danny Padgitt. Ha sido Danny Padgitt.»
Para acentuar el efecto dramático, Ernie dejó que aquellas balas atravesaran el aire y rebotaran por toda la sala mientras fingía consultar unas notas.
-¿Usted conocía a Danny Padgitt, señor Deece?
-No, señor.
¿Había oído su nombre antes de aquella noche?
-No, señor.
-¿Dijo ella alguna otra cosa?
-Lo último que dijo fue: «Cuide de mis niños.»
Ginger se enjugaba los ojos con un pañuelo de papel. La señorita Callie rezaba. Varios miembros del jurado permanecían con la vista baja.

El señor Deece terminó su relato. Llamó al departamento del sheriff; su mujer mantenía a los niños encerrados en un dormitorio de la parte de atrás de la casa; él se duchó porque estaba cubierto de sangre; llegaron los agentes del sheriff; efectuaron las investigaciones pertinentes; llegó una ambulancia y se llevó el cadáver; él y su mujer se quedaron con los niños hasta aproximadamente las dos de la madrugada y después los acompañaron al hospital de Clanton. Se quedaron con ellos hasta que llegó un familiar de Misuri.
En su declaración no había nada que se pudiera rechazar o poner en tela de juicio, por lo que Lucien Wilbanks declinó interrogar al testigo. La acusación hizo un descanso y todos nos retiramos para comer. Llevé a Ginger a Karaway, al único restaurante mexicano que conocía, comimos enchiladas y hablamos de todo tipo de cosas menos el juicio. Ella estaba muy abatida y quería dejar el condado de Ford para siempre.
Yo, en cambio, deseaba con toda mi alma que se quedara.

Lucien Wilbanks dio comienzo a su defensa con una breve y animada charla sobre lo buen chico que era realmente Danny Padgitt. Había terminado el instituto con muy buenas notas, trabajaba largas horas en el negocio maderero de la familia y soñaba con ser algún día dueño de su propia empresa. No tenía el menor antecedente penal. Su único roce con la ley había sido una multa, una sola, por exceso de velocidad cuando tenía dieciséis años.
Lucien poseía unas dotes persuasivas aceptables, pero aun así se estaba hundiendo bajo el peso del esfuerzo. Resultaba imposible conseguir que un Padgitt pareciese una persona cordial y cautivadora. Se produjo un pequeño revuelo en la sala y hubo algunas sonrisas de desprecio aquí y allá. Pero no éramos nosotros quienes íbamos a sentenciar el caso. Lucien se estaba dirigiendo a los miembros del jurado, los miraba a los ojos y nadie sabía si el y su cliente ya se habían asegurado uno o dos votos.
Sin embargo, Danny distaba de ser un santo. Al igual que todos los jóvenes apuestos, había descubierto que disfrutaba con la compañía de las mujeres. Lástima que se hubiera tropezado con una que no le convenía, una mujer que casualmente era la esposa de otro. Danny estaba con ella la noche en que Rhoda Kassellaw había sido asesinada.
-¡Óiganme bien! -rugió dirigiéndose a los jurados-. ¡Mi cliente no mató a la señorita Kassellaw! En el momento de este horrible asesinato, él estaba con otra mujer, en la casa de ésta, no muy lejos de la de Kassellaw. Tiene una coartada a toda prueba.

El anuncio nos dejó a todos sin aliento, y nos pasamos un largo minuto esperando la siguiente sorpresa. Lucien estaba escenificando el drama a la perfección.
-Esta mujer, su amante, será nuestro primer testigo, -dijo.
La introdujeron en la sala momentos después de que Lucien terminara de hacer sus observaciones preliminares. Se llamaba Lydia Vince. Le pregunté en voz baja a Baggy si la conocía, y me contesto que jamás había oído hablar de ella; no conocía a ningún Vince en Beech Hill. Hubo muchos murmullos en la sala mientras la gente trataba de situarla y, a juzgar por los entrecejos fruncidos, las expresiones de perplejidad y los meneos de cabeza, parecía que la mujer era una perfecta desconocida. Las preguntas iniciales de Lucien permitieron averiguar que en marzo vivía en una casa de alquiler en Hurt Road pero ahora vivía en Tupelo, que ella y su marido estaban en trámites de divorcio, que tenía un hijo, que se había criado en el condado de Tyler y que, en aquellos momentos, estaba desempleada. Tenía unos treinta años, era en cierto modo atractiva aunque un poco vulgar -minifalda, blusa ajustada sobre un voluminoso pecho, cabello rubio de pote- y estaba terriblemente asustada por aquel juicio.
Ella y Danny mantenían unas relaciones adúlteras desde hacía aproximadamente un año. Miré a la señorita Callie y no me sorprendió observar que la cosa no le caía muy bien.
La noche en que Rhoda había sido asesinada, Danny estaba en su casa. Pensaba que Malcom Vince, su marido, se encontraba con los chicos en Memphis haciendo algo, ella no sabía exactamente el qué. Se ausentaba mucho últimamente. Ella y Danny hicieron dos veces el amor y, hacia la medianoche, cuando éste se disponía a marcharse, oyeron la furgoneta del marido en el camino de entrada de la casa. Danny salió disimuladamente por la puerta de atrás y se escabulló entre las sombras.
El escándalo que suponía el que una mujer casada reconociera en público que había cometido adulterio estaba destinado a convencer al jurado de que tenía que estar diciendo la verdad. Nadie, tanto si era una persona respetable como si no, lo hubiera reconocido. Sería perjudicial para su reputación, en caso de que ésta le importara. Influiría negativamente en su divorcio y puede que pusiera en peligro la custodia de su hijo. Hasta puede que permitiera a su marido presentar una demanda contra Danny Padgitt por privación de afecto, aunque cabía dudar de que los pensamientos de los jurados llegaran tan lejos.
Sus respuestas a las preguntas de Lucien fueron breves y habían sido muy bien ensayadas. Se negó a mirar a los miembros del jurado o a su presunto y antiguo amante. En su lugar, bajó los ojos como si le

llamasen la atención los zapatos de Lucien. Tanto el abogado como la testigo tuvieron mucho cuidado en no salirse del guión.
-Está mintiendo -murmuró Baggy levantando ligeramente la voz, y me mostré de acuerdo con él.
Cuando finalizó el interrogatorio directo, Ernie Gaddis se levantó y se acercó pausadamente al estrado, contemplando con expresión de sumo recelo a aquella autoproclamada adúltera. Mantuvo las gafas de lectura en la punta de la nariz y miró por encima de ellas con el entrecejo fruncido y los ojos entornados, como un profesor que acabara de sorprender a un mal alumno haciendo trampa.
-Señorita Vince, ¿quién era el propietario de la casa de Hurt Road?
-Jack Hagel.
-¿Cuánto tiempo vivió usted allí?
-Aproximadamente un año.
-¿Firmó un contrato de arrendamiento?
Ella vaciló una décima de segundo más de lo necesario y contestó:
-Puede que lo hiciera mi marido. La verdad es que no me acuerdo.
-¿A cuánto ascendía el alquiler mensual?
-Trescientos dólares.
Ernie anotó cada respuesta con aparente meticulosidad, como si tuviera el propósito de investigar cada detalle y descubrir las mentiras.
-¿Cuándo dejó esa casa?
-No lo sé, hace unos dos meses.
-Por consiguiente, ¿cuánto tiempo vivió en el condado de Ford?
-No lo sé, un par de años.
-¿Se inscribió en el censo electoral del condado de Ford?
-No.
-¿Y su marido?
-No.
-¿Cómo ha dicho que se llamaba?
-Malcom Vince.
-¿Dónde vive ahora?
-No lo sé muy bien. Cambia mucho de sitio. Lo último que he sabido es que se encontraba por la zona de Tupelo.
-Y ahora se van ustedes a divorciar, ¿verdad?
-Sí.
-¿Cuándo presentaron la petición?
Ella desvió instintivamente la vista hacia Lucien, que estaba escuchando con interés pero no quería mirarla.
-La verdad es que todavía no hemos presentado ninguna demanda -contestó.
-Perdone, creía que había dicho que estaban en trámites de divorcio.

-Nos hemos separado y ambos hemos contratado los servicios de unos abogados.
-¿Quién es su abogado?
-El señor Wilbanks.
Lucien se echó hacia atrás como si aquello fuera para él una primera noticia. Ernie dejó que las cosas surtieran el debido efecto y después preguntó:
-¿Quién es el abogado de su marido?
-No recuerdo cómo se llama.
-¿Es él quien le pide el divorcio a usted o al revés?
-Es por mutuo acuerdo.
-¿Con cuántos otros hombres se acostaba usted?
-Sólo con Danny.
-Ya. Y vive en Tupelo, ¿verdad?
-Exactamente.
-Dice que está desempleada, ¿verdad?
-Por ahora.
-¿Y se ha separado de su marido?
-Acabo de decir que nos hemos separado.
-¿Dónde vive en Tupelo?
-En un apartamento.
-¿Cuánto paga de alquiler?
-Doscientos al mes.
-¿Y vive allí con su hijo?
-Sí.
-¿Su hijo trabaja?
-Mi hijo tiene cinco años.
-Entonces, ¿cómo paga el alquiler y los servicios?
-Me las arreglo.
Habría sido imposible que alguien la creyera.
-¿Qué clase de automóvil conduce?
La testigo volvió a dudar. Era una clase de pregunta que exigía una respuesta que pudiera comprobarse mediante unas cuantas llamadas telefónicas.
-Un Mustang del 68.
-Bonito coche. ¿Cuándo lo compró?
Ahí también había un posible rastro de papeleo. Hasta Lydia, que no era muy inteligente, adivinó la trampa.
-Hace un par de meses -contestó ella en tono desafiante.
-¿Está a su nombre?
-Sí.
-¿El alquiler del apartamento está a su nombre?
-Sí.

Papeles, papeles. Lydia no podía mentir y estaba claro que tampoco podía permitírselo. Ernie tomó unas notas de Hank Hooten y las estudió con expresión recelosa.
-¿Cuándo tiempo duraba su relación con Danny Padgitt?
-Quince minutos, generalmente.
En una sala dominada por una fuerte tensión, la respuesta suscitó alguna que otra carcajada. Ernie se quitó las gafas, limpió los cristales con el extremo de la corbata, le dirigió una malévola sonrisa a la testigo y formuló la pregunta de otra manera.
-¿Cuánto tiempo hacía que se acostaba con Danny Padgitt?
-Casi un año.
-¿Dónde lo conoció?
-En los clubes de la frontera del estado.
-Alguien les presentó?
-Pues la verdad es que no me acuerdo. Él estaba allí, yo estaba allí. De una cosa pasamos a otra.
No cabía la menor duda de que Lydia se habría pasado muchas noches en muchas tabernas de mala muerte y que jamás habría rechazado a ningún nuevo compañero de baile. Ernie sólo necesitaba atraparla en unas cuantas mentiras más.
Le formuló una serie de preguntas sobre sus antecedentes los de su marido: nacimiento, educación, matrimonio, empleo, familia. Nombres, fechas y acontecimientos cuya veracidad o falsedad se pudiera comprobar. Estaba a la venta. Los Padgitt habían encontrado un testigo que se podía comprar.

Cuando abandonamos la sala a última hora de aquella tarde, me sentía inquieto y confuso. Desde hacía varios meses estaba convencido de que Danny Padgitt había matado a Rhoda Kassellaw y seguía sin tener la menor duda al respecto, pero de repente el jurado tenía algo que podía dar lugar a discrepancias. Un testigo que declaraba bajo juramento cometía un terrible acto de perjurio, pero cabía la posibilidad de que algún miembro del jurado albergara alguna duda razonable.

Ginger estaba más deprimida que yo, por lo que ambos decidimos emborracharnos. Nos compramos unas hamburguesas con patatas fritas y una caja de cervezas y nos fuimos a su pequeña habitación de motel, donde comimos y después ahogamos nuestros temores y nuestro odio hacia un sistema judicial corrupto. Me dijo más de una vez que su familia, a pesar de lo rota que estaba, no resistiría que Danny Padgitt resultase absuelto. Su madre ya no estaba muy equilibrada y un veredicto de inocencia la empujaría al abismo. ¿Qué les dirían a los hijos de Rhoda?

Intentamos mirar un poco la televisión, pero no hubo nada que despertara nuestro interés. Al final, nos cansamos de preocuparnos por el juicio. Cuando estaba a punto de quedarme dormido, Ginger salió desnuda del cuarto de baño y la noche adquirió un sesgo más placentero. Hicimos varias veces el amor, hasta que el alcohol se impuso y nos quedamos dormidos.

17

Sin que yo lo supiera -y no había ninguna razón para ello, pues era un recién llegado a la comunidad y no estaba en modo alguno implicado en asuntos judiciales, por no mencionar que me lo estaba pasando en grande con Ginger y, durante unas cuantas y maravillosas horas, ambos perdimos todo interés por el juicio-, se produjo una reunión secreta poco después del receso del miércoles. Ernie Gaddis acudió al despacho de Harry Rex para tomarse unas copas y los dos reconocieron que la declaración de Lydia era una auténtica vergüenza. Empezaron a efectuar llamadas telefónicas y en cuestión de una hora consiguieron reunir a un grupo de abogados de confianza y también a un par de políticos.

La opinión más extendida era la de que los Padgitt estaban a punto de librarse de lo que parecía ser una demoledora acusación contra ellos. Habían conseguido encontrar un testigo sobornable. Estaba claro que Lydia había cobrado para inventarse una historia y estaba demasiado arruinada o era demasiado tonta como para comprender los riesgos de cometer perjurio. Aun así, había ofrecido al jurado una razón, por muy débil que ésta fuera, para dudar de la acusación.

Una absolución en un caso tan claro y evidente suscitaría las iras de la ciudad y constituiría una burla para el sistema judicial. Una falta de acuerdo entre los miembros del jurado, con la consiguiente e inevitable anulación del juicio, transmitiría a la opinión pública un mensaje similar: el de que en el condado de Ford la justicia se podía comprar. Ernie, Harry Rex y los demás abogados trabajaban a diario manipulando el sistema en favor de sus clientes, pero las normas se aplicaban con imparcialidad. El sistema funcionaba porque los jueces y los miembros del jurado eran imparciales, neutrales. El hecho de permitir que Lucien Wilbanks y los Padgitt corrompieran ese proceso causaría un daño irreparable.

Todos coincidían en que una falta de acuerdo entre los miembros del jurado entraba dentro de lo posible. Como testigo creíble, Lydia Vince dejaba mucho que desear, pero los jurados no estaban tan familiarizados con la existencia de testimonios falsos y clientes deshonestos. Los abogados estaban de acuerdo en que Fargarson, el

«chico lisiado», se mostraba hostil a la acusación. Tras haberse pasado dos días enteros y casi quince horas observando a los miembros del jurado, los abogados creían saber lo que éstos pensaban.
El señor John Deere también les preocupaba mucho. Su verdadero nombre era Mo Teale y llevaba más de veinte años trabajando como mecánico en el taller de tractores de allí abajo. Se trataba de un hombre muy sencillo y de vestuario muy limitado. A última hora de la tarde del lunes, cuando finalmente se eligió a los miembros del jurado y el juez Loopus los envió a casa para que hicieran rápidamente las maletas a fin de trasladarse en autocar a su lugar de confinamiento, Mo se llevó únicamente su suministro semanal de uniformes de trabajo. Cada mañana ocupaba su lugar en la tribuna del jurado con una camisa de color amarillo canario ribeteada de verde y unos pantalones verdes ribeteados de amarillo, como si se dispusiera a pasar una nueva y vigorosa jornada manejando llaves inglesas.
Mo permanecía sentado con los brazos cruzados y fruncía el entrecejo cada vez que Ernie Caddis se levantaba. Su lenguaje corporal tenía aterrorizada a la acusación.
Harry Rex consideraba importante localizar al marido separado de Lydia. Si de veras estaban en trámites de divorcio, lo más probable era que éste no fuese de carácter amistoso. Costaba creer que la testigo hubiera mantenido una relación con Danny Padgitt, pero al mismo tiempo no parecía que las actividades extramatrimoniales le fueran ajenas. Cabía la posibilidad de que el marido ofreciera una declaración capaz de poner seriamente en tela de juicio la de Lydia. Ernie quería hurgar en la vida privada de ésta. Quería suscitar dudas acerca de su situación económica para poder decir a los miembros del jurado:
«¿Cómo hace para vivir con tantas comodidades si está desempleada y se encuentra en trámites de divorcio?»
-Porque los Padgitt le han pagado veinticinco mil Dólares –dijo- uno de los abogados.
Las conjeturas acerca de la cuantía del soborno fueron objeto de una acalorada discusión que se prolongó a lo largo de la noche.
La búsqueda de Malcom Vince empezó con las llamadas que Harry y otros dos abogados efectuaron a todos sus colegas de los cinco condados. Hacia las diez de la noche localizaron a un ahogado de Corinth, un pueblo situado a dos horas de camino, quien señaló que una vez había mantenido contactos con Malcom Vince, pero que éste no había contratado sus servicios. El señor Vince vivía en una caravana en el culo del mundo, cerca del límite del condado de Tishomingo. El abogado no recordaba dónde trabajaba, pero estaba seguro de que lo tenía anotado en el archivo de su despacho. El fiscal de distrito se puso

personalmente al aparato y convenció al abogado de que regresara a ese despacho cuanto antes.
A las ocho en punto de la mañana siguiente, aproximadamente a la misma hora en que yo estaba dejando a Ginger en su motel, el juez Loopus accedió de muy buen grado a enviar una citación a Malcom Vince. Veinte minutos más tarde, un policía municipal de Corinth ordenó paralizar un elevador de carga de un almacén y comunicó al operario que lo manejaba que se lo citaba para comparecer en un juicio por asesinato en el condado de Ford.
-¿Para qué coño tengo que ir? -preguntó el señor Vince.
-Yo me limito a cumplir órdenes contestó el agente.
-¿Y qué es lo que tengo que hacer?
-Tiene dos posibilidades, amigo -le explicó el policía-. Quedarse aquí conmigo hasta que vengan por usted o irnos los dos juntos ahora y resolver de una vez el asunto.
El jefe de Malcom le dijo que se fuera y regresase en cuanto pudiera.
Con un retraso de noventa minutos, el jurado entró en la sala. El señor Deere tenía un aspecto tan dinámico como de costumbre, pero los demás ya empezaban a mostrar signos de cansancio. Era como si llevasen un mes siguiendo el juicio.
La señorita Callie me buscó con la mirada y me dirigió una comedida sonrisa, no una de aquellas espectaculares sonrisas suyas capaces de alegrarle a uno la jornada. Seguía sosteniendo en la mano un pequeño volumen del Nuevo Testamento.

Ernie se levantó e informó al tribunal de que ya no tenía más preguntas para Lydia Vince. Lucien dijo que él también había terminado su interrogatorio de la testigo. Ernie anunció que tenía un nuevo testigo al que deseaba llamar. Lucien Wilbanks protestó y ambos discutieron junto al estrado del juez. Al enterarse de quién era el testigo, Lucien se alteró visiblemente. Buena señal.
Era evidente que el juez Loopus también estaba preocupado por la posibilidad de un mal veredicto. Rechazó la protesta de la defensa y, acto seguido, un desconcertado Malcom Vince fue acompañado al interior de la sala abarrotada de gente para declarar como testigo. Ernie se había pasado menos de diez minutos con él en una salita de atrás, por cuyo motivo el hombre estaba tan poco preparado como perplejo.
Ernie empezó muy despacio con los datos básicos: nombre, dirección, ocupación, historia familiar reciente. Malcom reconoció un poco a regañadientes que estaba casado con Lydia y compartía el deseo de ésta de dar por finalizada su unión. Dijo que llevaba aproximadamente un mes sin ver a su mujer y a su hijo. Su historial laboral más reciente

era un tanto irregular, pero aun así procuraba enviarle a su mujer cincuenta dólares todos los meses para la manutención del niño.
Sabía que ella estaba desempleada pero que vivía en un bonito apartamento.
-¿Usted no le paga el alquiler del apartamento? -preguntó Ernie en tono de sorpresa, mirando cautelosamente al jurado.
-No, señor.
-¿Acaso se lo paga su familia?
Su familia no podría pagarle ni una sola noche en un motel -contestó Malcom con mal disimulada satisfacción.
Tras haberse retirado del banquillo de los testigos, Lydia había abandonado la sala y lo más probable era que en aquel momento ya estuviera preparando su huida del país. Su intervención ya estaba cerrada, su representación había terminado y ella ya había cobrado el precio pactado. Jamás volvería a poner los pies en el condado de Ford. No era probable que su presencia hubiese influido demasiado en la declaración de Malcom, pero estaba claro que su ausencia le facilitaría a éste la tarea de lanzar contra ella todos los dardos envenenados que quisiera.
-¿No se relaciona usted con su familia? -preguntó Ernie como el que no quiere la cosa.
-Casi todos ellos están en la cárcel.
-Ya. Ella declaró ayer que hace un par de meses se compró un Ford Mustang del 68. ¿La ayudó usted en la compra?
-No.
¿Tiene usted alguna idea de cómo pudo esta mujer desempleada efectuar una compra de semejante calibre? -preguntó Ernie, mirando a Danny Padgitt.
-No.
-¿Sabe si últimamente hizo alguna otra compra insólita? Malcom miró al jurado, vio algunos rostros amistosos y contestó:
-Sí, compró un nuevo televisor en color y una motocicleta nueva para su hermano.
En torno a la mesa de la defensa fue como si todo el mundo hubiera quedado sin respiración. Su estrategia había sido la de introducir discretamente a Lydia, dejarle soltar sus mentiras, comprobar su coartada, sacarla del banquillo de los testigos y acelerar la emisión del veredicto antes de que alguien pudiera desacreditarla. Conocía a muy poca gente del condado y vivía a una hora de distancia de allí.
La estrategia estaba cosechando unos resultados desastrosos y todos los presentes en la sala podían ver e intuir la tensión entre Lucien y su cliente.
¿Conoce a un hombre llamado Danny Padgitt? -preguntó Ernie.

-Jamás he oído hablar de el -contestó Malcom.
-Su esposa declaró ayer que había mantenido una relación de casi un año con él.
No es frecuente ver comunicar públicamente semejante noticia a un marido engañado, pero Malcom pareció encajarlo bastante bien.
-Ah, ¿sí? -dijo.
-Sí, señor. Declaró que la relación terminó hace unos dos meses.
-Pues mire, señor, le voy a decir una cosa..., eso cuesta un poco creerlo.
-¿Por qué?
Malcom se agitó como si se sintiera un poco incómodo y, de repente, pareció experimentar un repentino interés por sus pies.
-Bueno, es que es un poco personal, ¿sabe? -dijo.
-Sí, señor Vince, no me cabe la menor duda. Pero a veces las cuestiones personales tienen que discutirse en público. Aquí se está juzgando a un hombre acusado de asesinato. Es un asunto muy serio y tenemos que conocer la verdad.
Malcom cruzó la pierna izquierda sobre la rodilla derecha y se rascó unos segundos la barbilla.
-Pues mire, señor. Dejamos de acostarnos juntos hace aproximadamente un par de años. Por eso vamos a divorciarnos, ¿comprende?
-¿Hubo alguna razón para que dejaran de acostarse juntos? -preguntó Ernie, conteniendo la respiración.
-Sí, señor. Me dijo que no soportaba acostarse conmigo, que se le revolvía el estómago. Dijo que prefería el sexo con otras mujeres, ¿sabe?
Aunque ya conocía la respuesta, Ernie fingió sorprenderse tanto como todos los demás presentes en la sala. Se apartó del podio y se reunió con Hank Hooten justo el tiempo suficiente para que los miembros del jurado asimilaran el golpe. Al final, dijo:
-No hay más preguntas, señoría.

Lucien Wilbanks se acercó a Malcom Vince como si estuviera contemplando un arma de fuego cargada. Se pasó unos cuantos minutos haciendo preguntas intrascendentes. Según Baggy, un buen abogado jamás formula preguntas a menos que conozca la respuesta, sobre todo con un testigo tan peligroso como Malcom Vince. Lucien era un buen abogado y no tenía ni idea de lo que podía soltar Malcom.
Éste reconoció que no amaba a Lydia, que estaba deseando obtener el divorcio, que los últimos años con ella no habían sido muy agradables y cosas por el estilo. Los típicos comentarios de la gente que se divorcia. Recordó haber oído hablar del asesinato de Kassellaw a la mañana siguiente. La víspera él había estado fuera y había regresado a casa

muy tarde. Lucien se apuntó un pequeño tanto, demostrando que aquella noche Lydia había estado efectivamente sola, tal como había declarado.
Pero poco importaba. Los miembros del jurado y todos los demás presentes en la sala aún estábamos tratando de asimilar la enormidad de los pecados de Lydia.

Después de un prolongado receso, Lucien se levantó muy despacio y se dirigió al tribunal.
-Señoría, la defensa no tiene más testigos. Sin embargo, mi cliente desea declarar. Quiero que conste claramente en acta que lo hará en contra de mis consejos.
-Se toma debida nota -dijo Loopus.
-Es un error muy estúpido. Increíble murmuró Baggy lo bastante alto para que media sala lo oyera.
Danny Padgitt se levantó de un salto y se acercó pavoneándose al banquillo de los testigos. Su intento de sonreír no fue más que una mueca de desprecio. Y su intento de aparentar confianza se tradujo en un simple gesto de arrogancia. Juró decir la verdad, pero nadie esperaba oírla.
-¿Por qué insiste en declarar? -fue la primera pregunta de Lucien mientras la sala guardaba un profundo silencio.
-Porque quiero que esta buena gente sepa lo que ocurrió realmente -contestó Danny, mirando a los miembros del jurado.
-Pues entonces, dígaselo -dijo Lucien, señalando con un gesto de la mano al jurado.
La versión que dio Danny de los hechos fue prodigiosamente imaginativa, porque no había nadie que pudiera refutarla. Lydia se había ido, Rhoda estaba muerta. Empezó diciendo que se había pasado unas cuantas horas con su amiga Lydia Vince, quien vivía a menos de un kilómetro de Rhoda Kassellaw. Sabía muy bien dónde vivía Rhoda porque la había visitado varias veces. Ella quería entablar una relación más seria con él, pero él estaba demasiado ocupado con Lydia. Sí, él y Rhoda habían mantenido relaciones íntimas un par de veces. Se habían conocido en los clubes de la frontera del condado y habían pasado muchas horas bebiendo y bailando. Era muy cachonda y de vida fácil, y todo el mundo sabía que no tenía remilgos a la hora de acostarse con un tipo.
Al ver que a los daños se añadían las injurias, Ginger inclinó la cabeza y se cubrió los oídos con las manos. El gesto no le pasó inadvertido al jurado.
No se creía las tonterías que había dicho el marido de Lydia a propósito de las tendencias homosexuales de ésta; aquella mujer disfrutaba

manteniendo relaciones íntimas con los hombres. Malcom mentía para que le concedieran la custodia de su hijo.
Padgitt no fue un mal testigo, porque estaba luchando por su vida. Todas sus respuestas fueron muy rápidas, hubo demasiadas falsas sonrisas en dirección a la tribuna del jurado, su relato fue muy directo y preciso y todo en él encajaba a la perfección. Lo escuché con atención, miré a los miembros del jurado y no advertí en ellos demasiada simpatía. Fargarson, el chico lisiado, daba la impresión de mostrarse tan escéptico como se había mostrado con todos los demás testigos. El señor John Deere seguía sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, frunciendo el entrecejo. La señorita Caille no sentía el menor aprecio por Padgitt, aunque probablemente lo habría enviado a la cárcel con tanta rapidez por el adulterio como por el asesinato.
Lucien fue muy breve. Su cliente tenía cuerda suficiente para ahorcarse él solito y habría sido absurdo facilitarle la tarea a la acusación. Cuando volvió a sentarse, miró con furia a los miembros más veteranos de la familia Padgitt, como si de veras los odiara. Después se preparó para lo que estaba a punto de ocurrir.
Someter a interrogatorio a un criminal tan claramente culpable es el sueño de todo fiscal. Ernie se acercó muy despacio a la mesa de las pruebas y cogió la camisa ensangrentada de Danny.
-Prueba número ocho -dijo al relator del tribunal, sosteniéndola en alto para que los miembros del jurado volvieran a verla.
-¿Dónde compró usted esta camisa, señor Padgitt?
Danny se quedó de piedra, sin saber si negar que era suya, reconocer que le pertenecía o intentar recordar dónde la había comprado.
-No la habrá robado, ¿verdad?
-No.
-Pues entonces responda a mi pregunta y procure recordar, por favor, que está declarando bajo juramento. ¿Dónde compró esta camisa?
Mientras hablaba, Ernie sujetaba la camisa a cierta distancia con las puntas de los dedos, como si todavía estuviera mojada y no quisiera mancharse el traje.
-En Túpelo, creo. La verdad es que no me acuerdo. Es sólo una camisa.
-¿Cuánto tiempo hace que la tiene?
Otra pausa. ¿Cuántos hombres recuerdan cuándo compraron una determinada camisa?
-Hace aproximadamente un año tal vez. No tomo notas sobre la ropa que llevo.
-Yo tampoco -dijo Ernie-. Cuando estaba en la cama con Lydia aquella noche, ¿se había quitado esta camisa?
-Sí -contesto muy cautelosamente Danny.

-¿Dónde se encontraba la camisa cuando ustedes estaban... rmmm... haciendo el amor?
-Creo que en el suelo.
Una vez que se había establecido con toda certeza que la camisa era suya, Ernie ya podía machacar al testigo. Este sacó el informe de la sección criminal del laboratorio del estado, se lo leyó a Danny y le preguntó cómo era posible que la camisa estuviese manchada con su propia sangre. Ello dio lugar a una discusión acerca de sus aptitudes como conductor, su tendencia al exceso de velocidad, la clase de vehículo que llevaba y el hecho de que estuviera circulando en estado de embriaguez cuando sufrió el accidente. Mientras Ernie lo vapuleaba, dudé de que alguna vez un caso de conducción en estado de embriaguez se hubiera podido presentar como algo tan espantoso. Danny era muy susceptible y empezó a enfurecerse con las certeras y sarcásticas preguntas de Ernie.
Y ahora las manchas de sangre de Rhoda. Si estaba en la cama con Lydia y la camisa se encontraba en el suelo, ¿cómo era posible que la sangre de Rhoda hubiera llegado hasta el dormitorio de Lydia, situado a un kilómetro de distancia?
Era una conspiración, contestó Danny, ofreciendo una nueva teoría y cavando un hoyo del que jamás conseguiría salir. Demasiado tiempo solo en la celda de una cárcel puede ser peligroso para un criminal culpable. Bueno, trató de explicar, o bien alguien le había manchado la camisa con la sangre de Rhoda -una teoría que animó considerablemente a los presentes, o bien lo más probable era que alguna misteriosa persona que había examinado la camisa estuviese mintiendo en un intento de conseguir que lo declararan culpable. Ernie tenía la victoria asegurada con cualquiera de las dos teorías, pero descargó sus golpes más duros con toda una serie de brutales preguntas acerca de la razón por la cual Danny, que sin duda tenía dinero para contratar a los mejores ahogados, no había contratado a su propio experto para que éste se presentara ante el Tribunal y explicara al jurado cómo se habían podido falsificar los análisis de sangre.
Tal vez no se había encontrado ningún experto porque ningún experto hubiera podido llegar a las ridículas conclusiones que Padgitt quería.
Lo mismo cabía decir del semen. Si Danny lo había derramado en casa de Lydia, ¿cómo había llegado a la casa de Rhoda? Muy fácil: todo formaba parte de una amplia conspiración para acusarlo del crimen. Los informes del laboratorio del estado estaban amañados; la labor de la policía había sido muy deficiente. Ernie fue machacándolo a conciencia, hasta dejarnos a todos agotados.
A las doce y media, Lucien se levantó y sugirió que se hiciera un receso para comer.

-¡No he terminado! -gritó Ernie desde el otro extremo de la sala.
Quería terminar de aniquilar al acusado antes de que Lucien pudiera intentar rehabilitar a su cliente, una tarea que ya parecía imposible. Padgitt estaba contra las cuerdas, medio grogui, y Ernie no quería retirarse al rincón neutral.
-Siga -dijo el juez Loopus, y entonces Ernie levantó repentinamente la voz y le preguntó a Padgitt:
-¿Qué hizo con el cuchillo?
La pregunta sorprendió a todo el mundo y, especialmente, al testigo, quien dio un respingo y tartamudeó:
-Yo... mmm...
Después se calló.
-Usted... ¿qué? Vamos, señor Padgitt, díganos qué hizo con el cuchillo, el arma con que se cometió el asesinato.
Danny meneó la cabeza, como si el temor le impidiera hablar.
-¿Qué cuchillo? -consiguió preguntar.
Si el cuchillo se le hubiera caído del bolsillo al suelo, su expresión no habría podido resultar más culpable.
-El cuchillo que utilizó para matar a Rhoda Kassellaw.
-Yo no lo hice.
Como un lento y cruel verdugo, Ernie hizo una prolongada
pausa y volvió a reunirse con Hank Hooten. Después tomo el informe de la autopsia y le preguntó a Danny si recordaba la declaración del primer patólogo. ¿Acaso aquel informe también formaba parte de la conspiración? Danny no sabía muy bien qué contestar. Todas las pruebas se estaban utilizando contra él, de modo que... si, pensaba que también debía de ser falso.
-¿Y el trozo de su piel que se había encontrado bajo la uña de Rhoda también formaba parte de la conspiración? ¿Y su propio semen? Y así, sin parar; Ernie seguía machacándolo sin compasi6n. De vez en cuando, Lucien se volvía hacia el padre de Danny como diciéndole: «Ya se lo dije.»
La presencia de Dannv en el banquillo de los testigos permitió a Ernie exhibir una vez más todas las pruebas, y el impacto fue devastador. Las débiles protestas del acusado en el sentido de que todo formaba parte de una conspiración sonaban ridículas. Verlo tan absolutamente hundido en presencia del jurado resultaba muy satisfactorio. Los chicos buenos estaban ganando. Los miembros del jurado parecían preparados para sacar los rifles y formar un pelotón de fusilamiento.
Ernie arrojó su cuaderno de notas sobre la mesa y, al final, pareció que ya estaba preparado para irse a comer. Se metió ambas manos en los bolsillos del pantalón, miró enfurecido al testigo y le dijo:

-¿Declara usted bajo juramento a este jurado que no violó y asesinó a Rhoda Kassellaw?
-Yo no lo hice -insistió Danny.
¿No la siguió aquella noche hasta su casa desde el límite del condado?
-No.
-¿No entró furtivamente por la puerta de su patio?
-No.
-¿Y tampoco se escondió en su armario hasta que ella acostó a los niños?
-No.
-¿Y no la atacó cuando ella entró en la habitación para ponerse el pijama?
-No.
Lucien se levantó y dijo en tono airado:
-Protesto, señoría, aquí el señor Caddis está haciendo una declaración.
-¡No hay lugar! -contestó Loopus a la mesa de la defensa.
El juez quería que se celebrara un juicio justo. Mientras repasaba todas las mentiras de la defensa, la acusación podía describir con considerable libertad el escenario del delito.
-¿No le vendó los ojos con una bufanda?
Padgitt seguía meneando la cabeza mientras el relato se iba acercando a su punto culminante.
-¿Y no le cortó las bragas con el cuchillo?
-No.
-¿Y no la violó en su propia cama mientras sus hijitos dormían ahí al lado?
-No lo hice.
-¿Y no los despertó usted con el ruido?
-No.
Ernie se acercó al testigo cuanto el juez le permitía y miró apenado al jurado. Después se volvió hacia Danny diciendo:
-Michael y Teresa corrieron a ver qué le ocurría a su madre, ¿no es cierto, señor Padgitt?
-No lo sé.
-Y lo encontraron a usted encima de ella, ¿verdad?
-Yo no estaba allí.
-Rhoda oyó sus voces, ¿verdad? ¿Y le gritaron a usted, le pidieron que la dejara?
-Yo no estaba allí.
-Y Rhoda hizo lo que cualquier madre hubiese hecho: les gritó que corrieran, ¿verdad, señor Padgitt?
-Yo no estaba allí.

-¿Que usted no estaba allí? -rugió Ernie en tono de indignación, haciendo temblar las paredes-. ¡Su camisa estaba allí, las huellas de sus pies estaban allí, usted dejó su semen allí! ¿Cree que este jurado es estúpido, señor Padgitt?
El testigo seguía meneando la cabeza. Ernie regresó con parsimonia a su silla y la apartó de la mesa. Cuando ya estaba a punto de sentarse, agregó:
-Es usted un violador. Es usted un asesino. Y es usted un mentiroso, ¿verdad, señor Padgitt?
Lucien se levantó, gritando:
Protesto, señoría. Creo que ya es suficiente.
-Se admite la protesta. ¿Alguna pregunta más, señor Caddis?
-No, señoría, el estado ya ha terminado con este testigo.
-¿Algo que añadir, señor Wilbanks?
-No, señoría.
-El testigo puede retirarse.
Danny se levantó muy despacio.
Lejos quedaban la sonrisa despectiva y el andar arrogante. Tenía el rostro congestionado por la cólera y bañado en sudor. Cuando estaba a punto de abandonar el banquillo de los testigos y regresar a la mesa de la defensa, se volvió súbitamente hacia el jurado y dijo algo que dejó a la sala estupefacta. Su rostro se contrajo en una expresión de odio reconcentrado mientras agitaba el dedo índice en el aire.
-Si me declaran culpable -dijo-, acabaré con todos y cada uno de ustedes.
-¡Alguacil! -exclamó el juez Loopus, blandiendo la maza-.
Ya basta, señor Padgitt.
-¡Con todos y cada uno de ustedes, maldita sea! –repitió Danny, levantando la voz.
Ernie se puso en pie de un salto, pero no se le ocurrió nada que decir. ¿Para qué? El acusado se estaba poniendo la soga al cuello él solito. Lucien se levantó sin saber qué hacer. Dos agentes de la Oficina del Sheriff se acercaron corriendo y empujaron a Padgitt hacia la mesa de la defensa. Mientras se alejaba, el acusado miró con rabia a los miembros del jurado como si estuviera a punto de arrojarles una granada de mano.
Cuando los ánimos se calmaron, noté que la tensión me había acelerado los latidos del corazón. Hasta Baggy se había quedado sin habla.
-Un receso para comer -anunció el juez, y todos abandonamos precipitadamente la sala.
Había perdido el apetito. Prefería regresar corriendo ami apartamento para darme una ducha.

18

El juicio se reanudó a las tres de la tarde. Todos los miembros del jurado estaban presentes; los Padgitt no se habían cargado a ninguno durante la comida. La señorita Callie me dedicó una sonrisa, pero sin excesivo entusiasmo.

El juez Loopus explicó al jurado que había llegado el momento de los alegatos finales, tras los cuales les leería las instrucciones formales y dispondrían de aproximadamente dos horas para tomar su decisión. Los miembros del jurado lo escucharon con mucha atención, pero estoy seguro de que seguían aturdidos por el sobresalto de tan descarada intimidación. Toda la ciudad estaba aturdida. Los miembros del jurado se hallaban allí en representación de todos nosotros, del resto de la comunidad, y el hecho de amenazarlos a ellos equivalía a hacer lo mismo con todos los demás.

Ernie intervino en primer lugar y, en cuestión de minutos, la camisa ensangrentada apareció de nuevo en escena. Sin embargo, procuró no excederse en sus comentarios. Los miembros del jurado lo comprendieron. Conocían muy bien las pruebas.

El fiscal de distrito fue muy minucioso, pero sorprendentemente breve. Mientras pedía por última vez un veredicto de culpabilidad, estudiamos los rostros de los jurados. No vi en ellos la menor simpatía hacia el acusado. Fargarson, el lisiado, incluso asintió con la cabeza mientras oía las palabras de Ernie. El señor John Deere había descruzado los brazos y escuchaba atentamente.

Lucien fue todavía más breve, sin duda a causa de que tenía menos elementos con los que trabajar. Empezó refiriéndose a las últimas palabras de su cliente al jurado. Pidió disculpas por su conducta, que atribuyó a la presión del momento. Les dijo que imaginaran lo que era tener veinticuatro años y enfrentarse a toda una vida en la cárcel o, peor aún, la cámara de gas. La tensión de su joven cliente -a quien él siempre llamaba «Danny», como si se tratara de un chiquillo inocente- era tan grande que temía por su equilibrio mental.

Puesto que no podía hacer suya la ridícula teoría de la conspiración planteada por su cliente, y puesto que no era tan tonto como para hablar de las pruebas, se pasó aproximadamente media hora elogiando a los héroes que habían redactado nuestra Constitución y la Declaración de Derechos. La interpretación que expuso Lucien acerca de la presunción de inocencia y la exigencia de que la fiscalía demostrara la culpabilidad más allá de cualquier duda razonable me indujo a preguntarme cómo era posible que alguna vez se condenara a un criminal.

El fiscal tenía la posibilidad de impugnar las pruebas de la parte contraria; la defensa, no. Por consiguiente, Ernie fue el último en tomar la palabra. No se refirió a las pruebas ni mencionó al acusado, sino que optó por hablar de Rhoda. De su juventud y su belleza, de su sencilla vida en Beech Hill, de la muerte de su marido y el desafio que significó para ella criar sola a dos hijos pequeños.
Su exposición fue muy eficaz, y todas y cada una de sus palabras calaron en los miembros del jurado. «No nos olvidemos de ella», era la muletilla constante de Ernie. Como experto orador que era, se guardó lo mejor para el final.
-Y no olvidemos a sus hijos -añadió, mirando a los jurados a los ojos-. Estaban presentes cuando ella murió. Lo que vieron fue tan espantoso que conservarán esa impresión para siempre, como una cicatriz. Ellos tienen una voz aquí, en esta sala, y esa voz les pertenece a ustedes.
El juez Loopus leyó las instrucciones al jurado y después mandó a éste retirarse para el inicio de las deliberaciones.
Eran pasadas las cinco de la tarde, una hora en que las tiendas de la plaza estaban cerradas y tanto los comerciantes como sus clientes hacía tiempo que se habían marchado. El tráfico era fluido y aparcar resultaba muy fácil.
¡Pero no cuando un jurado está deliberando!
Casi toda la gente se quedó en los jardines del edificio de los juzgados, fumando, contando chismes y haciendo predicciones acerca del tiempo que tardaría en emitirse el veredicto. Otros, se fueron a las cafeterías a tomar el último café del día o una cena temprana. Ginger me acompañó a mi despacho, en cuyo balcón nos sentamos a contemplar el bullicio. Ella estaba emocionalmente agotada y lo único que quería era abandonar cuanto antes el condado de Ford.
-¿Hasta qué punto conoces a Hank Hooten? -me preguntó en determinado momento.
-No lo conozco de nada. ¿Por qué?
-Me abordó durante el almuerzo, dijo que conocía bien a Rhoda y que le constaba que no andaba por ahí acostándose con cualquiera, y menos con Danny Padgitt. Le dije que ni por un instante había creído que se viera con ese cabrón.
-Te dijo que salía con ella? -pregunté.
-No me lo dijo, pero me dio la impresión de que así era. Cuando revisamos sus efectos personales, aproximadamente una semana después del entierro, encontré su nombre y su número de teléfono en su agenda.
-Ya has conocido a Baggy -dije.
-Si.

Bueno pues, Baggy lleva mucho tiempo aquí y cree saberlo todo. El lunes, cuando empezó el juicio, me dijo que Rhoda y Hank salían juntos. Dijo que Hank ha pasado por un par de esposas y que fomenta su fama de mujeriego.
-O sea, ¿que no está casado?
-No lo creo. Se lo preguntaré a Baggy.
-Supongo que debería sentirme mejor sabiendo que mi hermana se acostaba con un abogado.
-¿Y eso por qué tendría que hacerte sentir mejor?
-No lo sé.
Se había quitado los zapatos de tacón y la minifalda no le cubría ni la mitad de los muslos. Empecé a acariciárselos y mis pensamientos se alejaron del juicio. Pero sólo un instante, porque de pronto se armó un revuelo delante del edificio de los juzgados y oí que alguien gritaba algo acerca de un «veredicto».
Tras deliberar durante menos de una hora el jurado va estaba listo. Cuando el público y los abogados estuvieron en su sitio, el juez Loopus le dijo al alguacil:
Hágalos pasar.
-Es más culpable que el demonio -me susurró Baggy al oído mientras se abría la puerta y Fargarson entraba renqueando en primer lugar-.
-Los veredictos rápidos son siempre de culpabilidad.
Baggy había predicho una falta de unanimidad entre los miembros del jurado, pero no se lo recordé, por lo menos en aquel momento. El presidente del jurado le entregó una hoja de papel doblada al alguacil, que a su vez se la entregó al juez. Loopus la examinó largamente y después se inclinó hacia el micrófono:
-Póngase de pie el acusado -dijo.
Tanto Padgitt como Lucien se levantaron muy despacio, en actitud vacilante, como si se hallaran frente a un pelotón de fusilamiento.
El juez Loopus leyó:
-«En cuanto al primer cargo, la acusación de violación, este jurado declara al acusado Dannv Padgitt culpable. En cuanto al segundo cargo, la acusación de asesinato, este jurado declara al acusado Danny Padgitt culpable.»
Lucien no dio un respingo y Padgitt procuró no hacerlo. Miró a los miembros del jurado con todo el veneno que pudo transmitirles, pero, a cambio, recibió mucho más.
-Pueden sentarse dijo el juez. A continuación se volvió hacia el jurado y añadió-: Señoras y señores, gracias por sus servicios hasta este momento. Con ello se da por finalizada la fase de determinación de la culpabilidad o la inocencia. A hora pasaremos a la fase de la imposición de la pena, en la cual serán ustedes llamados a decidir si a este

acusado se le impone la pena de muerte o bien una sentencia de cadena perpetua. Ahora regresarán ustedes a su hotel y nosotros descansaremos hasta las nueve de la mañana. Gracias y buenas noches.
Todo terminó con tanta rapidez que la mayoría de los presentes permanecieron momentáneamente inmóviles. Acompañaron a Padgitt fuera de la sala, esta vez esposado, mientras su familia miraba alrededor, completamente desconcertada. Lucien no tuvo tiempo de conversar con ellos.
Baggy y yo regresamos a la redacción, donde nos pusimos a teclear como locos. Faltaban varios días para la salida de la edición, pero nosotros queríamos transmitir las impresiones del momento. Sin embargo, Baggy se largó, como siempre, al cabo de media hora, al sentir la llamada del whisky.
Ya era casi de noche cuando Ginger regresó vestida con unos vaqueros ajustados y una blusa ceñida, el cabello suelto y una cara que decía: «Llévame a algún sitio.»
Pasamos una vez más por Quincys, donde compré otras seis cervezas para el camino y, con la capota bajada y el cálido y húmedo aire soplando a nuestro alrededor, nos dirigimos a Memphis, a noventa minutos por carretera.
Ginger apenas abrió la boca y yo preferí no hurgar en su angustia. Su familia la había obligado a asistir al juicio. Ella no había pedido aquella pesadilla. Por suerte, me había encontrado a mí para tener un poco de diversión.
Jamás olvidaré aquella noche. Circulando a gran velocidad por unas oscuras y desiertas carreteras secundarias, bebiendo cerveza fría, tomado de la mano de una hermosa mujer que había ido a mi encuentro y con la cual ya me había acostado y estaba seguro de que volvería a hacerlo.
A nuestro dulce y pequeño idilio le quedaban horas. Casi podía contarlas. En opinión de Baggy, la fase de imposición de la pena duraría menos de una jornada, por lo que el juicio terminaría el día siguiente, viernes. Ginger estaba deseando abandonar Clanton y sacudirse el polvo de los zapatos, y, como es natural, yo no podía irme con ella. Había estudiado el mapa: Springfield, Misuri, estaba muy lejos, por lo menos a seis horas por carretera. Ir y venir era complicado aunque yo, por supuesto, lo hubiese intentado de quererlo ella.
Algo me decía, sin embargo, que Ginger desaparecería de mi vida con la misma rapidez con que había aparecido. Estaba seguro de que debía de tener uno o dos novios aguardándola, por cuyo motivo yo no sería muy bien recibido. Además, mi presencia en Springfield le haría evocar el condado de Ford y sus horribles recuerdos.

Apreté su mano y decidí aprovechar al máximo las pocas horas que nos quedaban.
Una vez en Memphis, nos dirigimos hacia los edificios que se alzaban a la orilla del río. El más famoso restaurante de la ciudad se especializaba en chuletas a la parrilla. El *Rendezvous* era un local memorable perteneciente a una familia griega. Casi toda la mejor comida de Memphis la preparaban o bien los griegos o bien los italianos.
El centro de Memphis, en 1970, no era un lugar seguro. Dejé el automóvil en un garaje y recorrimos a toda prisa una callejuela hasta llegar a la entrada del *Rendezvous*. El humo de sus parrillas se escapaba a través de una especie de respiraderos y permanecía en suspenso en el aire como una espesa niebla entre los edificios. Eran los efluvios más deliciosos que yo jamás hubiera aspirado y, como casi todos los clientes, ya estaba medio muerto de hambre cuando bajamos un tramo de escalera y entramos en el local.
Los jueves había un poco de cola. Esperamos cinco minutos y, cuando oí gritar mi nombre, seguimos a un camarero zigzagueando entre las mesas a través de salitas más pequeñas que se iban adentrando progresivamente en las profundidades del local. El camarero me guiñó el ojo y nos asignó una mesa para dos en un oscuro rincón. Pedimos chuletas y cerveza y nos buscamos a tientas mientras esperábamos.
El veredicto de culpabilidad había sido un gran alivio. Cualquier otra cosa hubiese sido un desastre cívico y Ginger hubiese huido de la ciudad sin volver la vista atrás. Al día siguiente también huiría, pero, de momento, yo disfrutaba de su compañía. Bebimos en honor del veredicto. Para Ginger significaba el triunfo de la justicia. Para mí también, pero era, además, una ocasión para pasar otra noche juntos.
Comió muy poco, lo cual me permitió dar cuenta de mi ración de chuletas y terminarme la suya. Le hablé de la señorita Callie y de las comidas en su porche, de sus extraordinarios hijos y sus antecedentes. Ginger dijo que adoraba a la señorita Callie tanto como a los otros once miembros del jurado.
Su admiración iba a durar muy poco.

Tal como esperaba, mi padre estaba encerrado en la buhardilla que siempre había considerado su despacho. En realidad, era el último piso de un torreón victoriano adosado a la esquina de la fachada de nuestra destartalada casa del centro de Memphis. Ginger quería verla, y reconozco que en la oscuridad resultaba mis impresionante que a plena luz del día. Estaba en un precioso y umbrío barrio lleno de edificios decadentes cuyos decadentes propietarios sobrevivían valerosamente en medio de una decorosa y discreta pobreza.
-¿Qué hace allí arriba? -preguntó Ginger.

Estábamos sentados en el interior de mi automóvil, aparcado junto al bordillo con el motor apagado. El viejo schnauzer de la señora Duckworth nos ladraba desde cuatro puertas más abajo.
-Ya te lo dije, vende y compra acciones y bonos.
-¿De noche?
-Hace investigaciones de mercado. No sale jamás.
-¿Y pierde dinero?
-Lo que puedo asegurarte es que no lo gana.
-¿Iremos a saludarlo?
-No. Se cabrearía.
-¿Cuándo fue la última vez que lo viste?
-Hace tres o cuatro meses.
Visitar a mi padre era lo que menos me apetecía en aquel momento. El ansia de sexo me consumía, y estaba deseando poner manos a la obra. Salimos de la ciudad en dirección al extrarradio y encontramos un Holyday Inn cerca de la carretera interestatal.

19

El viernes por la mañana, Esau Ruffin estaba esperándome en el vestíbulo de la sala de justicia con una agradable sorpresa. Lo acompañaban tres de sus hijos, Al, Max y Bobby (Alberto, Massimo y Roberto), quienes estaban deseando saludarme. Había hablado con los tres hacía apenas un mes, mientras escribía el reportaje acerca de la señorita Callie y su prole. Nos estrechamos la mano e intercambiamos unas cuantas bromas. Me agradecieron mi amistad con su madre y las amables palabras que había dedicado a su familia. Eran tan afables y cordiales y hablaban con tanta propiedad como la señorita Callie.
Habían llegado la víspera bien entrada la noche para prestar apoyo moral a su madre. Esau sólo había hablado con ella una vez en toda la semana -a cada jurado se le había concedido una llamada telefónica- y, al parecer, la señorita Callie estaba resistiendo muy bien el esfuerzo, pero le preocupaba su tensión arterial.
Charlamos un momento mientras el público nos empujaba hacia la sala, y entramos juntos. Se sentaron justo detrás de mí. Momentos después, la señorita Callie tomó asiento y, al mirarme, advirtió la presencia de sus tres hijos. Su sonrisa fue como un relámpago y las sombras de cansancio que rodeaban sus ojos se desvanecieron de inmediato.
Durante el juicio, yo había observado en su rostro una cierta expresión de orgullo. Estaba sentada donde ninguna persona de raza negra se había sentado jamás, hombro con hombro con unos conciudadanos suyos, juzgando a una persona de raza blanca por primera vez en el condado de Ford. Pero también había detectado en ella ciertas

muestras de la inquietud que suele experimentar quienquiera que se atreve a adentrarse en aguas desconocidas.
Ahora que sus hijos estaban allí para verla, el orgullo le iluminó el rostro y ya no quedó ni rastro del temor. Permanecía sentada un poco más erguida que de costumbre y, aunque hasta aquel momento no se le había pasado por alto nada de lo que ocurría en la sala, sus ojos miraban rápidamente en todas direcciones en su afán de descubrir lo que estaba a punto de suceder y terminar de una vez su misión.
El juez Loopus explicó a los jurados que, en la fase de imposición de la pena, el fiscal presentaría pruebas de las circunstancias agravantes en apoyo de su petición de pena de muerte. La defensa presentaría pruebas de circunstancias atenuantes. No creía que la cosa durara demasiado. Estábamos a viernes; el juicio había durado una eternidad; los miembros del jurado y toda la gente de Clanton esperaban que Padgitt fuera despachado cuanto antes para que su vida pudiera recuperar la normalidad.
Ernie Caddis calibró debidamente el estado de ánimo de la sala. Agradeció a los miembros del jurado su veredicto de culpabilidad y confesó que no consideraba necesario presentar más testimonios. El crimen era tan nefando que no cabía añadir ninguna otra circunstancia agravante. Pidió a los jurados que recordaran las dramáticas fotografías de Rhoda en el columpio del porche de la casa del señor Deece y la declaración del patólogo acerca de las terribles heridas sufridas por la víctima y la manera en que ésta había muerto. Y a sus hijos, que no olvidaran, por favor, a sus hijos.
Como si alguien hubiera podido olvidarlos.
Acto seguido, hizo una apasionada petición de pena de muerte para el acusado. Tras un breve repaso histórico del motivo por el cual nosotros, como buenos y sensatos norteamericanos, creíamos tan firmemente en ella, explicó por qué razón dicha pena no sólo era un castigo sino un factor disuasorio. Citó las Sagradas Escrituras.
En sus casi treinta años como representante de la acusación pública en seis condados, jamás había visto un caso que mereciera con tanta claridad la pena de muerte. Mientras contemplaba los rostros de los jurados, tuve el convencimiento de que el fiscal iba a conseguir lo que pedía.
Terminó recordando a los jurados que cada uno de ellos había sido elegido el lunes tras haber prometido que podría cumplir la ley. Les leyó los artículos que sancionaban la pena de muerte.
-El estado de Misisipí ha demostrado su culpabilidad cerrando el grueso volumen verde del código penal-. Ustedes han declarado a Danny Padgitt culpable de violación y asesinato. Ahora la ley exige la pena de muerte. Ustedes tienen la obligación de imponerla.

La impresionante actuación de Ernie duró cincuenta y un minutos -yo intentaba anotarlo todo- y, cuando terminó, comprendí que el jurado condenaría a Padgitt no una, sino dos veces.
Según Baggy, en los casos de delitos castigados con la pena de muerte, el acusado, tras haberse pasado todo el juicio proclamando su inocencia y haber sido finalmente condenado por el jurado, solía subir al banquillo de los testigos para decir que lamentaba mucho el crimen cuya comisión se había pasado toda la semana negando.«Suplican y lloran -había dicho Baggy-. Es todo un espectáculo.» Pero el desastre protagonizado la víspera por Padgitt impedía que éste se acercara al jurado. Lucien llamó al banquillo de los testigos a su madre, Lettie Padgitt, una mujer de unos cincuenta y tantos años, rasgos agradables y cabello corto entrecano, vestida de negro como si ya estuviera de luto por la muerte de su hijo. Guiada por Lucien, dio comienzo a una fluctuante declaración cuyo guión parecía haber sido redactado de tal forma que se adaptara a cada una de las pausas del ritmo de su voz. Habló del pequeño Danny que se iba a pescar todos los días después de la escuela, que se había roto una pierna al caer de una casita de madera construida entre las ramas altas de un árbol y que había ganado el concurso de ortografía en cuarto curso. Jamás daba problemas por aquel entonces, ninguno en absoluto. Es más, Danny jamás había causado problemas en su infancia, era un encanto de niño. Sus dos hermanos mayores siempre andaban tramando alguna travesura, pero él no.
La declaración fue tan tonta y elogiosa que rozó el ridículo. Pero en el jurado había tres madres -la señorita Callie, la señora Barbara Baldwin y Maxine Root, y Lucien apuntaba a una de ellas. Necesitaba sólo a una.
Como era de esperar, la señora Padgitt no tardó en echarse a llorar. Jamás podría creer que su hijo hubiera cometido un crimen tan terrible, pero, si el jurado así lo creía, ella intentaría aceptarlo. Sin embargo, ¿por qué acabar con él? ¿Por qué matar a su hijito? ¿Qué ganaría el mundo si lo condenaban a muerte?
Su dolor era auténtico. Costaba contemplar con semblante impasible la crudeza de sus emociones. Cualquier ser humano se compadecería de una madre a punto de perder a su hijo. Al final, se derrumbó, y Lucien la dejó sollozar en el banquillo de los testigos. Lo que había empezado como una ampulosa representación acabó convertido en una desgarradora súplica que obligó a casi todos los miembros del jurado a bajar los ojos al suelo.
Lucien anunció que no tenía más testigos. Él y Ernie hicieron unas breves recapitulaciones finales y, a las once de la mañana, el caso se dejó una vez más en manos del jurado.

Ginger se perdió entre la muchedumbre. Me fui a la redacción y esperé y, al ver que no aparecía, crucé la plaza camino del despacho de Harry Rex. Éste envió a su secretaria por unos bocadillos y ambos comimos en su desordenada sala de reuniones. Como casi todos los abogados de Clanton, se había pasado la semana en la sala de justicia asistiendo a un juicio que no le reportaba nada desde el punto de vista económico.
-¿Tu chica va a resistir? -me preguntó con la boca llena de pavo y queso suizo.
-¿La señorita Callie? -dije.
-Sí. ¿No le inspira ningún reparo la cámara de gas?
-No tengo ni idea. No hemos hablado de eso.
-Pues tanto ella como el maldito lisiado nos tienen a todos muy preocupados.
Harry Rex se había ido implicando de tal manera en el caso que cualquiera hubiese dicho que trabajaba por cuenta de Ernie Caddis y la fiscalía. Sin embargo, no era el único abogado de la ciudad que estaba secretamente a favor de la acusación.
-Tardaron menos de sesenta minutos en declararlo culpable -dije-. ¿No te parece una buena señal?
-Es posible, pero los jurados hacen cosas muy raras a la hora de firmar una condena a muerte.
-¿Y qué? En tal caso, será condenado a cadena perpetua. Por lo que he oído decir de Parchman, la vida allí es mucho peor que la cámara de gas.
-Pero una cadena perpetua no es para toda la vida, Willie -señaló Harry, secándose el rostro con una servilleta de papel.
Solté mi bocadillo mientras él se zampaba otro bocado del suyo.
-Pues, ¿qué es una cadena perpetua? -pregunté.
-Diez años, o puede que menos.
-¿Quieres decir que una condena a cadena perpetua en Misisipí equivale a diez años? -inquirí.
-Ni más ni menos. Al cabo de diez años, o menos si ha habido buena conducta, un asesino condenado a cadena perpetua puede conseguir la libertad condicional. Una locura, ¿no te parece?
-Pero ¿por qué...?
-No intentes comprenderlo, Willie, simplemente así es la ley. Figura en los libros desde hace cincuenta años, y lo peor de todo es que el jurado no lo sabe. No se le puede decir. ¿Quieres un poco de ensalada de col?
Meneé la cabeza.
-Nuestro ilustre Tribunal Supremo ha señalado que, si el jurado supiera lo ligera que es realmente una condena a cadena perpetua, podría mostrarse más inclinado a imponer la pena de muerte. Y eso sería cometer una injusticia con el acusado.

-O sea que la cadena perpetua son diez, años -murmuré para mis adentros.
En Misisipí las licorerías cierran el día de las elecciones, como si se temiera que los votantes se emborrachasen y votaran a quien no deben. Otra ley increíble.
-Así es dijo Harry Rex, terminándose el bocadillo de un solo bocado descomunal. Cogió un sobre de un estante, lo abrió y empujó hacia mí una fotografía de gran tamaño en blanco y negro-. Te han pillado, -añadió, soltando una carcajada.
Era una fotografía mía saliendo precipitadamente de la habitación de motel con Ginger el jueves por la mañana. Se me veía cansado, resacoso, con cara de culpabilidad, pero también curiosamente satisfecho.
¿Quién la tomó? -pregunté.
Uno de mis chicos. Estaba trabajando en un caso de divorcio, vio aparecer tu automóvil comunista aquella noche y decidió divertirse un poco.
-Pues no fue el único.
Intentó obtener una imagen a través de las cortinas, pero el ángulo no era el adecuado.
-Quieres que te firme un autógrafo?
-Guárdatela.

Tras pasarse tres horas deliberando, el jurado le pasó una nota al juez. Loopus. Estaban estancados y hacían muy pocos progresos. El juez decretó la reanudación de la sesión y todos cruzamos corriendo la calle.
En caso de que el jurado no consiguiera llegar por unanimidad a un veredicto de condena a muerte, el juez, de conformidad con la ley, impondría una condena a cadena perpetua.
El temor se apoderó de los presentes mientras esperábamos a los jurados. Algo no iba bien. ¿Habrían logrado los Padgitt dar finalmente en el blanco?
La señorita Callie miraba alrededor con cara de indiferencia, una expresión que yo jamás había observado en ella. La señora Barbara Baldwin había estado llorando. Varios hombres parecía que acabaran de interrumpir una pelea a puñetazo limpio y desearan reanudar la reyerta.
El presidente del jurado se levanto y le explicó muy nervioso al juez que el tribunal no llegaba a un acuerdo y no se había producido el menor progreso en el transcurso de la última hora. No era muy optimista en cuanto a la posibilidad de llegar a un veredicto por unanimidad y todos estaban deseando regresar a casa.
Entonces el juez Loopus preguntó a cada uno de los jurados si creía posible llegar a un veredicto por unanimidad. Todos contestaron

unánimemente que no. Percibí que la cólera de los presentes iba en aumento. La gente se removía en sus asientos y hablaba en voz baja, todo lo cual no ayudaba en modo alguno a los jurados.
Entonces el juez Loopus soltó lo que Baggy calificó más tarde de “carga de dinamita”, un improvisado sermón acerca del cumplimiento de la ley y de las promesas hechas durante la selección del jurado. Fue una larga y severa reprimenda, aderezada con una considerable dosis de desesperación.
No dio resultado. Dos horas más tarde, la sorprendida sala oyó cómo el juez Loopus volvía a interrogar a los miembros del jurado, con idéntico resultado. Entonces el juez les dio las gracias a regañadientes y los mandó a casa.
En cuanto los miembros del jurado se hubieron marchado, el juez llamó a Danny Padgitt y le soltó un rapapolvo que se hizo constar en acta y a mí me puso la piel de gallina. Lo llamó violador, asesino, cobarde, mentiroso y, lo peor de todo, ladrón por haberles robado a dos niños pequeños el único progenitor que tenían. Fue un duro y estremecedor ataque. Quise anotar cuanto dijo, pero era tan brutal que tuve que detenerme a escuchar. Un exaltado predicador callejero no habría arrojado una sarta mayor de improperios contra el pecado.
Si en su mano hubiese estado, añadió, lo hubiese condenado a muerte, pero a una muerte inmediata y dolorosa.
Sin embargo, la ley era la ley, y él tenía que cumplirla. Así pues, lo condenaba a cadena perpetua y ordenaba al sheriff Coley que lo trasladara de inmediato a la penitenciaría del estado, a Parchman. Coley le puso las esposas y se lo llevó.
Loopus dio un golpe de maza y abandonó precipitadamente la sala. Al fondo estalló una pelea cuando uno de los tíos de Danny se enzarzó en una discusión con Doc Crull, un exaltado barbero local. La discusión atrajo de inmediato a un numeroso grupo de personas y algunos insultaron a los Padgitt y les dijeron que volvieran a su isla.
-¡Volved a vuestro pantano! les gritó repetidamente alguien.
Los agentes del sheriff interrumpieron el altercado y los Padgitt abandonaron la sala.
El público se quedó un buen rato allí, como si el juicio aún no hubiera terminado, como si no se hubiera hecho plenamente justicia. Hubo manifestaciones de cólera y maldiciones, y entonces yo empecé a tener una ligera idea de cómo se crean los pelotones de linchamiento.

Ginger no apareció. Había dicho que, tras dejar el motel, pasaría por la redacción para despedirse, pero estaba claro que había cambiado de idea. Me la imaginé circulando a toda velocidad por las carreteras en plena noche, llorando, soltando maldiciones y contando los kilómetros

que le faltaban para dejar atrás Misisipí. ¿Quién se lo hubiese podido reprochar?
Nuestra aventura de tres días llegó aun brusco final que ambos esperábamos, aunque ninguno de los dos quisiera reconocerlo. No creía que nuestros caminos volvieran a cruzarse y, en caso de que lo hicieran, sólo sería para una o dos tandas más de revolcones antes de que la vida nos arrastrara con sus exigencias y nos obligara a seguir adelante. Ginger pasaría por muchos hombres antes de encontrar a uno que le durara. Me senté en el balcón de mi despacho esperando verla aparcar abajo, aunque sabía que lo más probable era que a aquellas horas ya estuviera en Arkansas. Habíamos iniciado el día juntos en la cama, deseando regresar a la sala para ver condenar a muerte al asesino de su hermana.
En el ardor del momento, me puse a escribir un editorial acerca del veredicto. Sería un despiadado ataque contra el código penal del estado. Sería un escrito sincero y sentido que los lectores acogerían con agrado.
La llamada de Esau me interrumpió. Estaba en el hospital con la señorita Callie y me pedía que acudiera allí a toda prisa.
Se había desmayado al subir al automóvil delante de los juzgados. Con muy buen criterio, Esau y sus tres hijos se la habían llevado corriendo al hospital. La tensión arterial le había subido peligrosamente y un médico temía que sufriera una embolia. Sin embargo, a las dos horas su situación se estabilizó y las perspectivas eran más optimistas. Tomé brevemente su mano en la mía, le dije que estaba muy orgulloso de ella y cosas por el estilo. Pero yo lo que de veras quería saber era lo que había ocurrido en la sala del jurado.
Fue una historia que jamás lograría conocer.
Estuve tomando café con Al, Max, Bobby y Esau hasta la medianoche en el bar del hospital. La señorita Callie no había dicho ni una sola palabra acerca de las deliberaciones.
Nos pasamos el rato hablando de los presentes y de sus hermanos y hermanas, sus hijos, sus profesiones y de cuando vivían en Clanton. Ellos me iban contando historias y yo estuve casi tentado de sacar una pluma y un cuaderno de apuntes.

20

Durante mis primeros seis meses en Clanton, solía abandonar el lugar los fines de semana. ¡Había tan poco que hacer allí! Aparte de asistir a alguna que otra fiesta de la cabra en casa de Harry Rex y a un espantoso cóctel que abandoné a los veinte minutos de llegar, apenas había alternado con nadie. Prácticamente todos los jóvenes de mi edad

estaban casados y su idea de una juerga era una «cena» consistente en helados el sábado por la noche en alguna de las numerosas iglesias de la ciudad. Casi todos los que se iban a estudiar a algún centro universitario jamás regresaban.
Por puro aburrimiento, pasaba de vez en cuando los fines de semana en Memphis, por regla general en el apartamento de un amigo, casi nunca en casa. Hice varios viajes a Nueva Orleans, donde vivía una antigua novia de mi época de estudiante de bachillerato que se dedicaba a ir de fiesta en fiesta. Sin embargo, el *Times* seguiría siendo mío en un futuro próximo y yo vivía en Clanton. Ya me había acostumbrado a la vida de una pequeña localidad, incluidos sus aburridos fines de semana. La redacción se convirtió en mi refugio.
Allí me fui el sábado siguiente al veredicto, hacia las doce del mediodía. Tenía el propósito de escribir varios artículos acerca del juicio y, además, me faltaba mucho para terminar mi editorial. Había siete cartas esparcidas por el suelo, justo detrás de la puerta principal. Era una tradición del *Times* desde hacía muchos años. En las pocas ocasiones en que Lunar escribía algo que suscitaba la reacción de algún lector, lo más normal era que la carta al director se entregara personalmente en la redacción y se deslizara por debajo de la puerta principal.
Cuatro iban firmadas y tres eran anónimas. Dos estaban escritas a máquina, las demás eran manuscritas, y una prácticamente ilegible. Todas expresaban indignación por el hecho de que Danny Padgitt hubiera logrado salvar la vida. Me sorprendió la sed de sangre de la ciudad. Y me dolió el hecho de que seis de las siete cartas hicieran alguna referencia a la señorita Callie. La primera estaba mecanografiada y era anónima. Decía lo siguiente:

Estimado señor director:
Nuestra comunidad ha caído a un nuevo abismo cuando un criminal como Danny Padgitt puede violar y asesinar y salir bien librado. La presencia de una negra en el jurado debería hacernos comprender que esta gente no piensa como los blancos observantes de la ley.

La señora Edith Caravelle de Beech Hill escribía con muy buena letra:

Estimado señor director:
Vivo a menos de dos kilómetros del lugar donde ocurrió el asesinato. Soy madre de dos adolescentes. ¿Cómo les explico el veredicto? La Biblia dice: «Ojo por ojo.» Creo que eso no tiene aplicación en el condado de Ford.

Otro autor anónimo escribía en papel de cartas perfumado de color rosa ribeteado de flores:

Estimado señor director:
Mire lo que ocurre cuando se coloca a los negros en puestos de responsabilidad. Un jurado integrado exclusivamente por blancos habría ahorcado a Padgitt allí mismo en la sala. Ahora el Tribunal Supremo nos está diciendo que los negros tendrían que impartir enseñanza a nuestros hijos, vigilar nuestras calles y presentarse candidatos a cargos públicos. Que Dios se apiade de nosotros.

Como director (y propietario y editor) yo controlaba por entero lo que se publicaba en el *Times*. Podía corregir las cartas, no prestarles atención y elegir las que me interesaba publicar. En relación a cuestiones y acontecimientos polémicos, las cartas al director enardecían los ánimos y alteraban a la gente. E incrementaban las ventas de periódicos, el único medio donde se podían publicar. Eran absolutamente libres y permitían que cualquiera expresara su opinión.
Mientras leía la primera remesa, decidí no publicar nada que pudiera perjudicar a la señorita Callie. Y me enfureció que la gente diera por sentado que ella había sido en cierto modo la culpable de la falta de unanimidad del jurado e impedido la imposición de la pena de muerte al acusado.
¿Por qué tenía la ciudad tanto empeño en culpar del impopular veredicto al único miembro de raza negra del jurado? A pesar de carecer de pruebas. Decidí averiguar lo que había ocurrido realmente en la sala de deliberaciones del jurado e inmediatamente pensé en Harry Rex. Como era de esperar, Baggy aparecería el lunes por la mañana dando traspiés a causa de su acostumbrada resaca y pretendería saber exactamente de qué manera se había dividido el jurado. Lo más probable era que se equivocara. Si alguien podía desentrañar la verdad, éste era Harry Rex.
Wiley Meek pasó por la redacción para contarme los chismes que circulaban por la ciudad. En las cafeterías la gente estaba indignada. El apellido Padgitt era una palabrota. Lucien Wilbanks era objeto de general desprecio, aunque eso no constituía ninguna novedad. Al sheriff Coley más le valdría retirarse; jamás conseguiría cincuenta votos. Dos de sus oponentes ya estaban armando jaleo y faltaban sólo seis meses para las elecciones.
Según una de las muchas versiones de los hechos, once habían votado por la cámara de gas y uno se había abstenido.
-Seguramente la negra -dijo alguien, haciéndose eco de la opinión predominante en el Tea Shoppe a las siete de aquella mañana.

Al parecer, un agente que montaba guardia en el exterior de la sala de deliberaciones del jurado le había revelado confidencialmente a un conocido de alguien que se había producido un empate de seis contra seis, pero semejante versión ya había sido ampliamente descartada en todas las cafeterías hacia las nueve de la mañana. Aquella mañana circularon por la plaza básicamente dos teorías: la primera, que la señorita Callie lo había estropeado todo por el simple hecho de ser negra; la segunda, que los Padgitt habían aflojado un poco de pasta a dos o tres jurados, tal como habían hecho con aquella «puta embustera» de Lydia Vince.
A juicio de Wiley, la segunda teoría contaba con más partidarios que la primera, aunque muchos parecían perfectamente dispuestos a creerse cualquier cosa. Yo empezaba a comprender que los chismes de las cafeterías no me servían para nada.

A última hora de la tarde del sábado crucé las vías del tren y atravesé Lowtown muy despacio. Las calles estaban llenas de niños en bicicleta, improvisados partidos de baloncesto, porches con gente, música que escapaba por las puertas abiertas de las tabernas de mala muerte, carcajadas de hombres que conversaban delante de las tiendas. Todo el mundo estaba en la calle, como si ya se estuviera preparando para la noche del sábado. La gente me saludaba con la mano y me miraba, más intrigada por mi pequeño automóvil que por la palidez de mi piel.
El porche de la señorita Callie estaba abarrotado. Allí estaban Al, Max y Bobby con el reverendo Thurston Small y otro diácono de la iglesia, muy bien vestido. Esau estaba dentro, cuidando de su mujer. La habían dado de alta aquella mañana con la severa advertencia de que guardara cama tres días y no levantara ni un dedo. Max me acompañó a su dormitorio.
Estaba recostada contra unas almohadas, leyendo la Biblia. Al verme, esbozó una sonrisa diciendo:
-Señor Traynor, qué amable de su parte venir a verme. Siéntese, por favor. Esau, sírvele al señor Traynor un poco de té.
Como siempre, Esau se levantó de un salto para cumplir la orden.
Me senté en una dura silla de madera junto a la cama. No me pareció demasiado enferma.
-Estoy muy preocupado por el almuerzo del jueves que viene -dije, y ambos nos echamos a reír.
-Guisaré yo -dijo ella.
-De eso, ni hablar. Se me ocurre otra idea mejor. Yo traeré la comida.
-No me fío demasiado.
-La compraré en algún sitio. Algo ligero, como un bocadillo, por ejemplo.

-Un bocadillo estará muy bien -dijo, dándome unas palmadas en la rodilla-, mis tomates no tardarán en madurar.
Dejó de darme palmadas y de sonreír y apartó la mirada un instante. -No hicimos un buen trabajo, ¿verdad, señor Traynor? Sus palabras estaban llenas de tristeza y desaliento.
-No ha sido un veredicto muy apreciado -dije.
-No es lo que yo quería -dijo ella.
Y eso fue lo único que me revelaría acerca de las deliberaciones a lo largo de muchos años. Esau me dijo más tarde que los otros once jurados habían jurado sobre la Biblia no hablar acerca de su decisión. La señorita Callie no quiso jurar sobre la Biblia, pero les dio su palabra de que guardaría el secreto.
La dejé descansar y salí al porche, donde me pasé varias horas oyendo hablar de la vida a sus hijos y a sus invitados. Yo permanecía sentado en un rincón tomando té y procurando mantenerme al margen de sus conversaciones. A ratos, mi mente se alejaba para absorber los sonidos de Lowtown un sábado por la noche.
El reverendo y el diácono se marcharon y dejaron solos a los Ruffin en el porche. Al final, la conversación se centró en el juicio, el veredicto y la manera en que éste habría sido recibido al otro lado de las vías del tren.
-¿Es cierto que amenazó al jurado? -me preguntó Max.
Le conté la historia con la ayuda de los comentarios de Esau cuando hizo falta. Se escandalizaron tanto como los que lo habíamos visto.
-Gracias a Dios, se pasará el resto de su vida entre rejas -dijo Bobby, y yo no tuve el valor de revelarle la verdad.
Estaban tremendamente orgullosos de su madre, tal como siempre lo habían estado. Yo estaba harto del juicio. Me fui cerca de las nueve, circulé muy despacio y sin rumbo a través de Lowtown, solo y echando de menos a Ginger.

Clanton se pasó varios días indignada y enfurecida por el veredicto. Recibimos dieciocho cartas al director, seis de las cuales fueron publicadas en la siguiente edición. La mitad de ellas se refería al juicio, lo cual contribuyó naturalmente a avivar más si cabe la polémica.
Mientras el verano seguía su lento curso, empecé a pensar que la ciudad jamás dejaría de hablar de Danny Padgitt y de Rhoda Kassellaw.
Pero, de pronto, ambos pasaron a la historia. De repente, en un abrir y cerrar de ojos, prácticamente en menos de veinticuatro horas, el juicio cayó en el olvido.
Clanton, a ambos lados de las vías del tren, tenía algo mucho más importante por lo que preocuparse.

SEGUNDA PARTE

21

Con una rápida decisión que no dejó espacio para titubeos o dilaciones, el Tribunal ordenó el cese del doble sistema escolar. Ya bastaba de obstruccionismos, procedimientos penales y promesas. La integración con carácter inmediato provocó en Clanton tanto revuelo como en cualquier otra ciudad del Sur.

Harry Rex me expuso la opinión del Tribunal y trató de explicarme sus intrincados detalles. En realidad, no era tan complicado. Todos los distritos escolares tenían que elaborar con carácter inmediato un plan de integración.

-Eso te hará vender bastantes periódicos -me predijo, con un cigarro apagado colgando de la boca.

En la ciudad se organizaron toda clase de reuniones y yo las cubrí sin excepción. En una sofocante noche de mediados de julio tuvo lugar una asamblea en el gimnasio del instituto, con las gradas llenas a rebosar y la pista enteramente ocupada por preocupados progenitores. El señor Walter Sullivan, el abogado del *Times*, era también el abogado del consejo escolar. Él fue quien más habló, pues nadie lo había propuesto para ningún cargo. Los políticos preferían esconderse detrás de él. Habló con mucha dureza y dijo que al cabo de seis semanas el sistema escolar del condado de Ford se abriría y quedaría totalmente integrado.

En la escuela negra de la calle Burley se celebró una reunión de carácter más íntimo. Baggy y yo asistimos a la misma en compañía de Wiley Meek, que se encargó de sacar fotografías. El señor Sullivan explicó una vez más a los asistentes lo que estaba a punto de ocurrir. Dos veces sus comentarios fueron interrumpidos por los aplausos.

La diferencia entre ambas reuniones era asombrosa. Los progenitores blancos estaban enfurecidos y asustados; vi llorar a varias mujeres. Al final, había llegado el fatídico día. En la escuela negra se respiraba una atmósfera de victoria. Los padres estaban preocupados, pero también alborozados por el hecho de que sus hijos pudieran asistir finalmente a mejores escuelas. Aunque le faltaba todavía mucho por recorrer en materia de vivienda, empleo y atención sanitaria, la integración en las escuelas públicas era un enorme paso adelante en su batalla por los derechos civiles.

La señorita Callie y Esau estaban presentes. Sus vecinos los trataron con gran respeto. Haría seis años que se habían acercado a la puerta principal de la escuela blanca con Sam y lo habían echado de pasto a los leones. Durante tres años, el chico había sido el único alumno negro

de su clase y la familia había pagado un duro precio por ello. Ahora parecía que todo había merecido la pena, por lo menos para ellos. A Sam no se lo podían preguntar porque no estaba.
También se celebró una reunión en el santuario de la Primera Iglesia Baptista. Sólo blancos de clase media alta en su mayoría. Sus organizadores habían estado recaudando fondos para la construcción de una academia privada pero, de pronto, disponer de fondos era más urgente. Había allí varios médicos y abogados y un considerable número de socios del Club Campestre. Al parecer, sus hijos tenían demasiada categoría para ir a clase con los niños negros.
Estaban elaborando a toda prisa un plan para iniciar las clases en una fábrica abandonada ubicada al sur de la ciudad. El edificio les sería arrendado por uno o dos años hasta que finalizara su campaña de recogida de fondos. Se habían apresurado a contratar profesores y pedir libros de texto, pero su preocupación más acuciante, aparte de su necesidad de huir de los negros, era la de qué hacer con el equipo de fútbol. En determinados momentos llegaban incluso a ponerse histéricos, como si un sistema escolar formado en un setenta y cinco por ciento por blancos representara un grave peligro para sus hijos.
Escribí largos artículos encabezados por grandes titulares, y Harry Rex tuvo razón. El semanario se vendía muy bien. De hecho, a mediados de julio de 1970 la tirada ya alcanzaba los cinco mil ejemplares, lo que constituía un incremento sensacional. Después de lo de Rhoda Kassellaw y la integración racial escolar, estaba empezando a comprender lo que mi amigo Nick Diener me había dicho en Syracuse acerca de que un buen semanario de una pequeña localidad lo que en realidad publicaba era dinero.
Necesitaba noticias, y en Clanton no siempre las había. Cuando una semana flojeaba, publicaba una nota un poco pretenciosa acerca del último archivo del recurso de Padgitt. Por regla general, la publicaba al fondo de la primera plana, dando a entender la posibilidad de que el chico pudiera abandonar Parchman de un momento a otro. Pero no estoy muy seguro de que a mis lectores les siguiera importando aquel asunto. Sin embargo, a principios de agosto el periódico recibió un nuevo empujón cuando Davey Bigmouth Bass me explicó los rituales del fútbol de instituto.
Wilson Caudle no mostraba el menor interés por el deporte, lo cual estaba muy bien, sólo que en Clanton todo el mundo vivía y moría con los Cougars el viernes por la noche. Había relegado a Bigmouth a la última página del periódico y raras veces publicaba fotografías. Yo olfateé dinero y los Cougars pasaron a convertirse en noticia de primera plana.

Mi carrera futbolística había terminado en noveno curso a manos de un sádico ex infante de Marina que no se por qué razón mi pequeño y amable instituto había contratado para entrenarnos. Memphis en agosto es el trópico. Yo estaba corriendo alrededor del campo de entrenamiento con todo el uniforme al completo, incluido el casco, a una temperatura de treinta y ocho grados y una elevada humedad y, por alguna razón, el entrenador se negó a darnos agua. Las canchas de tenis estaban al lado del campo y, cuando terminé de vomitar, las miré y vi a dos chicas peloteando con dos chicos. La contemplación de las chicas resultaba muy agradable, pero lo que de veras me llamó la atención fueron las grandes botellas de agua fría de las que éstas bebían siempre que querían.

Dejé el fútbol y me pasé al tenis y a las chicas y jamás en mi vida me arrepentí. Mi escuela jugaba los partidos los sábados por la tarde, por lo que yo no estaba bautizado en la religión del fútbol de los viernes por la noche.

Me transformé alegremente en un converso de última hora.

Cuando los Cougars se concentraron para su primera sesión de entrenamiento, allí estaban Bigmouth y Wiley para cubrir el acontecimiento. Publicamos en primera plana una fotografía de gran tamaño de cuatro jugadores, dos blancos y dos negros, y otra del equipo de entrenadores, en el cual figuraba un ayudante negro. Bigmouth escribió unas columnas sobre el equipo, sus jugadores y sus perspectivas, y eso fue sólo en la primera semana.

Cubrimos la apertura del curso escolar, incluyendo entrevistas con los alumnos, los profesores y los administradores, siempre con un enfoque claramente favorable. La verdad es que en Clanton no se habían registrado los disturbios raciales tan frecuentes en el Profundo Sur al comenzar el curso en agosto.

El *Times* publicó extensos artículos sobre las animadoras del equipo, la banda, los equipos de las escuelas secundarias... sobre cualquier cosa, en definitiva, que se nos ocurriera. Todos los artículos iban acompañados de abundante material gráfico. No sé cuántos muchachos se quedaron fuera de las páginas de nuestra publicación, pero creo que fueron muy pocos.

El primer partido de fútbol era el habitual evento anual contra Karaway, una localidad mucho más pequeña con un entrenador mucho mejor. Asistí al encuentro en compañía de Harry Rex y ambos nos pasamos el rato gritando hasta enronquecer. Se vendieron todas las entradas y el público era en buena medida blanco.

Sin embargo, aquel viernes por la noche, los blancos, que tan contrarios se mostraban a la aceptación de alumnos negros, experimentaron una

repentina transformación. En el primer cuarto del primer partido nació una estrella cuando Ricky Patterson, un diminuto muchacho negro que volaba más que corría, cubrió ochenta yardas la primera vez que el balón cayó en sus manos. La segunda vez corrió cuarenta y cinco y, a partir de aquel momento, cada vez que le lanzaban el balón todos los espectadores se levantaban de sus asientos y se ponían a gritar como locos. Seis semanas después de que la orden de integración llegara a la ciudad, vi a unos intolerantes palurdos del Sur desgañitándose y pegando brincos cada vez que Ricky se hacía con el control del balón.
Clanton ganó por 34 a 30 en un reñido encuentro, y nosotros lo cubrimos con el mayor descaro. En toda la primera plana no se hablaba más que de fútbol. Inmediatamente nos sacamos de la manga el «Jugador de la Semana» con una beca de cien dólares que iría a parar a una especie de incierto fondo cuyos detalles tardamos varios meses en concretar. Ricky fue nuestro primer galardonado, lo cual nos dio el pretexto para una nueva entrevista con su correspondiente fotografía.
Cuando Clanton ganó sus primeros cuatro partidos seguidos, allí estaba el *Times* para agitar los ánimos. Nuestra tirada alcanzó los cinco mil quinientos ejemplares.

Un sofocante día de principios de septiembre estaba yo cruzando tranquilamente la plaza desde la redacción al banco. Vestía mi atuendo de costumbre: vaqueros desteñidos, arrugada camisa de algodón remangada, mocasines sin calcetines. Había cumplido veinticuatro años. Era propietario de un negocio y había ido apartando poquito a poco mi mente de la universidad para centrarme en mi profesión. Pero muy poquito a poco. Llevaba el cabello largo y seguía vistiendo como un estudiante. Por regla general, apenas me preocupaba por mi atuendo o mi imagen.
Pero no todo el mundo compartía mi despreocupación.
El señor Mitlo me cogió en la acera y me empujó al interior de su pequeño establecimiento de artículos para caballero.
-Le estaba esperando -me dijo, hablando con marcado acento extranjero, algo inusual en Clanton.
Era húngaro y había huido de Europa dejando tras de sí a su espalda a uno o dos hijos. Figuraba en mi lista de candidatos a reportajes de interés humano, a los que pensaba dedicarme en cuanto terminara la temporada futbolística.
-¡Pero mire qué pinta! -me dijo en tono despectivo mientras yo permanecía de pie en la puerta junto a un expositor de cinturones.
Sin embargo, me lo dijo sonriendo, y a los extranjeros es fácil perdonarles una franqueza debida a sus dificultades con la lengua. ¿Cuál era exactamente el problema?

Al parecer, había varios.
-Usted es un profesional -me informó-. Un hombre muy importante en esta ciudad, y va vestido como..., Hmmm..., bueno... -Se rascó la barbilla, buscando el insulto más apropiado.
Trate de echarle una mano:
-Un estudiante.
-No. -dijo, señalándome con un dedo admonitorio, como si jamás un estudiante hubiera tenido una pinta tan horrenda. Dejó de humillarme y reanudó su sermón-. Es usted un personaje singular... ¿Cuántas personas son propietarias de un periódico? Es usted instruido, cosa insólita por aquí. ¡Y es del Norte! Es joven, pero no tendría que parecer tan..., tan inmaduro. Hay que mejorar su imagen.
Pusimos manos a la obra, aunque, en realidad, no me quedaba otra alternativa. Era uno de los mejores anunciantes del *Times* y estaba claro que no podía mandarlo sencillamente a la mierda. Además, tenía razón. La época de estudiante había quedado atrás, la revolución había terminado. Había escapado de Vietnam, de los años sesenta y de la universidad, y, aunque no estaba preparado para el matrimonio y la paternidad, empezaba a sentir el peso de los años.
-Tiene que llevar traje -decidió Mitlo mientras rebuscaba entre los colgadores de ropa.
Mitlo era capaz de acercarse al presidente de un banco y comentar en público el carácter inadecuado de una camisa y de un conjunto o bien la vulgaridad de una corbata. Él y Harry Rex no se llevaban nada bien.
No me apetecía para nada empezar a ponerme trajes grises y zapatos de puntera perforada. Sacó un traje azul claro de algodón a rayas, buscó una camisa blanca y después se fue directamente al colgador de corbatas y eligió una preciosa pajarita a rayas rojas y doradas.
-Vamos a probar con esto -anunció, una vez finalizada su selección-. Por allí -añadió, señalándome un probador.
Gracias a Dios, en la tienda no había nadie. No tenía más remedio que seguirle la corriente.
No lograba atarme la pajarita. Mitlo alargó la mano y con un hábil movimiento me la colocó en un segundo.
-Mucho mejor -dijo, examinando el resultado.
Me miré largamente en el espejo. Tenía mis dudas, pero la transformación me intrigaba. Me confería carácter y personalidad.
Tanto si quería como si no, estaba a punto de convertirme en propietario de aquellas prendas. Me las tendría que poner por lo menos una vez.
Como toque final, sacó un sombrero blanco de paja que encajaba a la perfección con mi cabeza de alborotado cabello. Mientras me lo

ajustaba aquí y allá, me alisó un mechón de cabello sobre la oreja diciendo:
-Demasiado pelo. Es usted un profesional. Córteselo.
Hizo unos retoques a los pantalones y la chaqueta y planchó la camisa y, al día siguiente, me presenté para recoger mi nuevo atuendo. Tenía previsto llevármelo a casa y esperar a un día un poco flojo en la ciudad para ponérmelo. Pasaría por delante de la tienda de Mitlo para que me viera con su creación.
Pero, naturalmente, él tenía otros planes. Insistió en que me lo probara y, en cuanto me lo hube puesto, se empeñó en que diese un paseo por la plaza para que la gente me felicitara.
-Es que tengo mucha prisa -dije.
El Tribunal de Equidad estaba reunido y en el centro reinaba mucho ajetreo.
-Insisto -dijo en tono teatral, agitando el dedo como si no estuviera dispuesto a discutir ni tan solo segundo.
Volvió a ajustarme el sombrero y el toque final fue un largo cigarro negro que me colocó entre los labios y encendió con una cerilla.
-Una imagen poderosa -dijo con orgullo-. El único editor de la ciudad. Y ahora, a la calle.
A lo largo de la primera media manzana, nadie me reconoció. Dos campesinos que había delante de la tienda de piensos me dirigieron una mirada muy rara, pero a mí tampoco me gustaba su manera de vestir. Me sentía un poco como Harry Rex con su cigarro. Pero el mío estaba encendido y era muy fuerte, por cierto. Apuré el paso al pasar por delante de su despacho. La señora Gladys Wilkins llevaba la agencia de seguros de su marido. Tenía unos cuarenta y tantos años, era muy guapa e iba siempre muy bien vestida. Al verme, se detuvo en seco y me dijo:
-Pero bueno, Willie Traynor. Qué elegante va usted.
-Gracias.
-Me recuerda un poco a Mark Twain.
Reanudé mi camino, sintiéndome un poco mejor. Dos secretarias reaccionaron con retraso.
-Me encanta la pajarita -me gritó una de ellas.
La señora Clare Ruth Seagraves me obligó a detenerme y empezó a comentarme algo que yo había escrito meses atrás y ya no recordaba. Mientras hablaba, no conseguía apartar la mirada de mi traje, mi pajarita y mi sombrero, y ni siquiera le molestó el cigarro.
-Está usted muy guapo, señor Traynor -me dijo al final, un poco avergonzada de su sinceridad.
Aminoré el paso mientras rodeaba la plaza y llegué a la conclusión de que Mitlo tenía razón. Era un profesional, un editor, un personaje

importante en Clanton y, aunque no me sintiera muy importante, se imponía un cambio de imagen.
Sin embargo, tendríamos que buscar unos cigarros un poco más suaves.
Cuando terminé mi paseo alrededor de la plaza, estaba aturdido y tuve que sentarme.
El señor Mitlo me vendió otro traje azul de algodón a rayas y dos de color gris claro. A su juicio, mi vestuario no tenía que ser de tonos oscuros como el de los abogados y los banqueros, sino claros, frescos y un poco informales. Se entregó a la tarea de buscarme algunas pajaritas originales y unos tejidos adecuados para el otoño y el invierno.
En cuestión de un mes, Clanton se acostumbró a la presencia de un nuevo personaje en la plaza. Estaba empezando a llamar la atención, sobre todo en las filas del sexo contrario. Harry Rex se burló de mí, pero sus atuendos dejaban mucho que desear.
Las mujeres estaban encantadas.

22

A finales de septiembre se registraron dos defunciones importantes en sólo una semana. La primera fue la del señor Wilson Caudle. Murió solo en su casa, en el dormitorio donde se había encerrado desde el día en que había abandonado el *Times*. Fue un poco extraño que yo no hubiera hablado con él ni una sola vez en los seis meses que llevaba como propietario del periódico, pero había estado demasiado ocupado para preocuparme de eso. Estaba claro que no me interesaban los consejos de Lunar. Y lamentablemente, no conocía a nadie que lo hubiera visto o hubiese hablado con él en los últimos seis meses.
Murió un jueves y lo enterraron un sábado. El viernes me dirigí a la tienda del señor Mitlo y ambos mantuvimos una conversación acerca de la vestimenta apropiada para que alguien de mi categoría asistiese a un funeral. El insistió en que lo mejor era un traje negro. Tenía una pajarita que le iría de perlas. Era estrecha y a rayas negras y rojo oscuro, muy seria y respetuosa. Cuando me la puse con el traje, no tuve más remedio que reconocer que la imagen resultaba impresionante. Cogió un sombrero negro de fieltro de ala ancha perteneciente a su colección personal y me lo prestó con orgullo para el funeral. Comentaba a menudo que era una lástima que los norteamericanos ya no llevaran sombrero.
El toque final fue un reluciente bastón negro de madera. Cuando lo sacó, me lo quedé mirando en silencio.
-No necesito bastón -dije. Me parecía una solemne tontería.
-Es un bastón de paseo -me explicó, ofreciéndomelo.
-¿Y cuál es la diferencia?

Entonces me contó una historia sorprendente acerca de la influencia que habían ejercido los bastones de paseo en la evolución de la moderna moda masculina europea. Me habló de ello con auténtica pasión y, cuanto más se excitaba, tanto más cerrado se volvía su acento y tanto menos lo comprendía yo. Para que se callara de una vez, acepté el bastón.
Al día siguiente, cuando entré en la iglesia metodista para asistir al funeral de Lunar, las mujeres se me quedaron mirando.
Y algunos hombres también, casi todos ellos preguntándose qué estaba haciendo yo allí con un sombrero negro y un bastón. En un susurro lo bastante alto para que yo lo oyera, mi banquero Stan Atcavage dijo a mi espalda:
-Creo que va a cantar y a bailar para nosotros.
-Le han visto otra vez en la tienda de Mitlo -contestó alguien en voz baja.
Golpeé accidentalmente con el bastón el banco que tenía delante, y el ruido sobresaltó a los presentes. No sabía muy bien qué hacía uno con un bastón cuando asistía a un funeral. Me senté con el bastón entre las piernas y dejé el sombrero sobre mis rodillas. Tener la imagen apropiada exigía esfuerzo. Miré a mi alrededor y vi a Mitlo. Me estaba mirando con una radiante sonrisa en los labios.
Cuando el coro empezó a cantar *Amazing Grace*, la tristeza pareció embargar a todos los presentes. El reverendo Clinkscale enumeró a continuación los datos biográficos esenciales del señor Caudle: “Nacido en 1896, hijo único de nuestra amada señorita Emma Caudle, viudo y sin hijos, veterano de la Primera Guerra Mundial y, durante más de cincuenta años, director del semanario de nuestro condado. Allí convirtió las notas necrológicas en una forma de arte, por la cual Lunar siempre será recordado”.
El reverendo empezó a irse un poco por las ramas hasta que un solista rompió la monotonía. Era mi cuarto funeral desde que me había instalado en Clanton. Exceptuando el de mi madre, jamás había asistido a ninguno. En la pequeña ciudad, constituían un acontecimiento social y a menudo había oído perlas tales como: «Qué ceremonia tan bonita» o «Cuídate mucho, te veré en el funeral». Y mi preferida: «A ella le habría encantado.»
«Ella» era la difunta, naturalmente.
La gente interrumpía su trabajo y se ponía sus mejores galas de domingo. Si no asistías a los funerales, eras un tipo de lo más raro. Puesto que ya tenía un cupo más que suficiente de rarezas, decidí honrar debidamente a los muertos.

La segunda defunción se produjo la noche de aquel mismo día y, cuando me enteré, el lunes, regresé a mi apartamento por la pistola.
Malcom Vince había recibido dos disparos en la cabeza a la salida de una taberna de una zona muy apartada del condado de Tishomingo. En Tishomingo reinaba la ley seca, los locales ruidosos estaban prohibidos y por eso la taberna estaba escondida en el quinto pino.
No había ningún testigo del asesinato. Malcom había estado bebiendo cerveza y jugando al billar, se había comportado razonablemente bien, sin causar ningún problema. Dos conocidos declararon a la policía que Malcom se había marchado solo hacia las once de la noche tras pasarse unas tres horas en la taberna. Estaba de buen humor y no había bebido más de la cuenta. Los saludó a todos, salió y, a los pocos segundos, oyeron unos disparos. Estaban casi seguros de que no iba armado.
El tugurio se encontraba al final de un sendero sin asfaltar, y unos quinientos metros carretera arriba un centinela armado con una escopeta de caza vigilaba el paso. Teóricamente, su misión era alertar al propietario en caso de que se acercara la policía u otro elemento indeseado. Tishomingo se encontraba en la frontera del estado, donde siempre había habido encarnizadas peleas con algunos matones de Alabama. Los tabernuchos de mala muerte eran lugares ideales para saldar semejantes cuentas. El centinela oyó los disparos que acabaron con la vida de Malcom, pero estaba seguro de que ningún automóvil o furgoneta había huido del lugar de los hechos. Cualquier vehículo habría tenido que pasar por delante de donde él se encontraba.
Quienquiera que hubiese matado a Malcom había salido de los bosques a pie y lo había atacado. Hable con el sheriff del condado de Tishomingo. Opinaba que alguien había ido directamente por Malcom. No había sido en absoluto una reyerta común de taberna.
-¿Tiene alguna idea de quién puede ser el agresor del señor Vince? -pregunté esperando contra toda probabilidad que Malcom se hubiera ganado algunos enemigos a dos horas de carretera de allí.
-No tengo ninguna me contestó-. El chico llevaba poco tiempo aquí.
Me pasé dos días con la pistola en el bolsillo, pero después me volví a cansar. Si los Padgitt querían pillarme o hacer lo propio con alguno de los jurados, el juez Loopus, Ernie Gaddis o cualquier otra persona a la que consideraran culpable de que Danny estuviese en chirona, poco podríamos hacer por impedirlo.

Aquella semana el periódico estuvo dedicado al señor Wilson Caudle. Saqué unas viejas fotografías de los archivos y las publiqué todas en primera plana. Publicamos declaraciones, reportajes y gran número de anuncios pagados de condolencia de sus muchos amigos. Después eché mano de todo lo que había escrito acerca de él y lo reciclé hasta

convertirlo en la nota necrológica más larga de toda la historia del periódico.
Lunar se lo merecía.
No sabía muy bien qué hacer con la historia de Malcom Vince. No vivía en el condado de Ford y, por consiguiente, no era enteramente merecedor de una nota necrológica. Nuestras normas eran inflexibles a este respecto. Un destacado personaje nacido en el condado de Ford que se hubiera ido a vivir a otro sitio seguía siendo merecedor de una nota necrológica, pero evidentemente tenía que haber algo sobre lo que escribir. Uno que hubiera pasado por el condado y o bien no tuviera familia o no hubiese hecho ninguna aportación significativa tampoco cumplía los requisitos. Tal era el caso de Malcom Vince.
Si exageraba la historia, los Padgitt tendrían la satisfacción de intimidar todavía más al condado. Volverían a atemorizarnos. (De todos cuantos habían oído hablar del asesinato, nadie ponía en duda la autoría de los Padgitt.)
En caso de que optara por ignorar la historia, cedería al miedo y eludiría mi responsabilidad como periodista. Baggy pensaba que era un material de primera plana, pero no quedaba espacio cuando terminé de escribir nuestra despedida al señor Caudle. La publiqué en la parte superior de la tercera página con un titular que rezaba:

TESTIGO DEL CASO PADGITT ASESINADO
EN EL CONDADO DE TISHOMINGO.

Mi primera versión había sido:

MALCOM VINCE ASESINADO EN EL CONDADO DE TISHOMINGO;

pero Baggy consideraba que en el titular tenía que figurar el apellido de los Padgitt junto con el adjetivo «asesinado». El artículo tenía una extensión de trescientas palabras.

Me dirigí a Corinth por carretera para fisgonear un poco. Harry Rex me facilitó el nombre del abogado que iba a llevarle el divorcio a Malcom, un personaje del lugar llamado Pud Perryman. Su despacho estaba ubicado en Main Street, entre una barbería y el taller de una costurera china, y en cuanto abrí la puerta comprendí que el señor Perryman era el abogado menos próspero que jamás llegaría a conocer. El despacho apestaba a casos perdidos, clientes insatisfechos y minutas sin cobrar. La raída alfombra estaba cubierta de manchas. El mobiliario era una reliquia de los años cincuenta. Una rancia bruma de humo de cigarrillo

antiguo y reciente se cernía, en distintas capas, peligrosamente cerca de mi cabeza.
El propio señor Perryman no mostraba la menor señal de prosperidad. Rondaba los cuarenta y cinco años, tenía una barriga impresionante, iba muy descuidado y sin afeitar y tenía los ojos inyectados en sangre. Su última resaca aún dejaba sentir sus efectos. Para impresionarme, me aclaró que era especialista en divorcios y cuestiones patrimoniales. O bien no cobraba lo suficiente o bien atraía a clientes con muy pocas cosas que vender o por las que luchar.
Llevaba un mes sin ver a Malcom, explicó mientras buscaba una carpeta entre el montón de papeles que cubría su escritorio. La demanda de divorcio no se había presentado. Sus intentos de llegar a un acuerdo con el abogado de Lydia habían sido infructuosos.
-Se largó con viento fresco -dijo.
-¿Cómo ha dicho?
-Ella se ha ido. Hizo las maletas después del juicio y se echó a la carretera. Cogió el niño y desapareció.
La verdad era que no me importaba demasiado lo que le hubiera ocurrido a Lydia. Me interesaba mucho más la identidad de la persona que había disparado contra Malcom. Pud me expuso dos teorías muy vagas que después de unas cuantas preguntas esenciales se derrumbaron como un castillo de naipes. El hombre me recordaba un poco a Baggy, un sujeto que se pasaba la vida en los juzgados escuchando chismes, capaz de inventarse un rumor en caso de que no le contaran ninguno en cuestión de una hora.
Lydia no tenía novios, hermanos ni a nadie que pudiera disparar contra Malcom como consecuencia de un mal acuerdo de divorcio. Entre otras cosas, porque no había habido ningún divorcio. ¡La mala leche ni siquiera había empezado a dejar sentir sus efectos!
Me dio la impresión de que el señor Perryman prefería pasarse el día charlando y contando mentiras que ocupándose de su trabajo. Me pasé casi una hora en su despacho y, cuando finalmente conseguí marcharme, salí corriendo en busca de un poco de aire fresco.
Tardé media hora en llegar a Iuka, la sede del condado de Tishomingo, donde localicé al sheriff Spinner justo a tiempo para invitarle a comer. Mientras nos zampábamos un pollo asado a la parrilla en un abarrotado café, me puso al día sobre el asesinato. Había sido un golpe impecable por parte de alguien que conocía muy bien la zona. No habían descubierto nada..., ni huellas dactilares, ni casquillos de bala, nada. El arma había sido un Magnum del cuarenta y cuatro y los dos disparos le habían arrancado prácticamente la cabeza a Malcom. Para que me hiciera mejor una idea, desenfundó su revólver y me lo pasó.
-Esto es un cuarenta y cuatro -dijo.

Pesaba dos veces más que mi triste pistola. Se me pasó el poco apetito que tenía.
Habían hablado con todos los conocidos que consiguieron localizar. Malcom llevaba cuatro meses viviendo en la zona. No tenía antecedentes penales, ni detenciones, ni denuncias por peleas, partidas de dados, alteraciones del orden público o reyertas de borrachos. Iba a la taberna una vez a la semana y jugaba al billar, bebía cerveza y jamás armaba alboroto. Nunca tardaba más de sesenta días en pagar los préstamos o las facturas. Al parecer, no había ninguna actividad ilícita ni maridos celosos de por medio.

-No logro encontrar un motivo -concluyó el sheriff-. Es absurdo.
Le hablé de la declaración de Malcom en el juicio contra Padgitt y de la amenaza que Danny había proferido contra los miembros del jurado. Me escuchó con atención, pero apenas dijo nada. Tuve la clara impresión de que prefería quedarse en el condado de Tishomingo y no tener nada que ver con los Padgitt.
-Este podría ser el motivo -le dije al terminar.
-¿Una venganza?
-Pues claro. Es una gente despreciable.
-Si, he oído hablar de ellos. Supongo que tuvimos suerte de no formar parte de aquel jurado, ¿verdad?
Mientras regresaba a Clanton, me resultó imposible quitarme de la cabeza la expresión del sheriff al hacer el comentario. Lejos quedaba la jactancia de un bien armado representante de la ley. Spinner se alegraba de encontrarse a dos condados de distancia y de no tener nada que ver con los Padgitt.
Su investigación había terminado. Caso cerrado.

23

El único judío de Clanton era el señor Harvey Kohn, un pulcro hombrecito que llevaba varias décadas vendiendo zapatos y bolsos de señora. Su establecimiento estaba en la plaza, al lado del bufete de Sullivan, en un complejo de edificios adosados que había adquirido durante la Depresión. Era viudo y sus hijos habían huido de Clanton al terminar el instituto. Una vez al mes, el señor Kohn se trasladaba en automóvil a Tupelo, donde estaba la sinagoga más próxima.
El establecimiento Kohns Shoes apuntaba al sector más alto del mercado, lo que suponía un mérito considerable en una localidad pequeña como Clanton. Las pocas damas adineradas de la ciudad preferían ir de compras a Memphis, donde podían pagar precios más altos y comentarlo al volver a casa. Para conferir un mayor atractivo a

sus zapatos, el señor Kohn les ponía unos precios escandalosamente elevados y después los rebajaba haciendo grandes descuentos. De esta manera, las damas de la ciudad podían presumir del precio que les diera la gana cuando lucían sus compras más recientes.
El mismo regentaba la tienda. Abría muy pronto y cerraba muy tarde, y normalmente contaba con la ayuda de algún estudiante contratado a tiempo parcial. Dos años antes de mi llegada a Clanton, el señor Kohn contrató a un muchacho negro de dieciséis años llamado Sam Ruffin para que le desempaquetara los pedidos, atendiera a las cuentas, limpiara la tienda y contestara al teléfono. Sam resultó ser muy listo y trabajador. Era amable y educado, iba correctamente vestido y no tardó en recibir el encargo de quedarse en la tienda mientras el señor Kohn regresaba cada día a casa a las once cuarenta y cinco en punto para un rápido almuerzo y una larga siesta.
Un día, una señora llamada Iris Durant entró en la tienda hacia el mediodía y encontró a Sam completamente solo. Iris tenía cuarenta y un años y dos hijos adolescentes, uno de los cuales era compañero de curso de Sam en el instituto de Clanton. Era medianamente atractiva, le encantaba coquetear y llevar minifalda y solía elegir los modelos más extravagantes de la tienda. se probó unos doce modelos; no compró ninguno, pero se lo estuvo pensando un buen rato. Sam conocía su mercancía y fue muy cuidadoso con sus pies.
Iris volvió al día siguiente a la misma hora con una minifalda todavía más corta y un maquillaje todavía más llamativo. Descalza, sedujo a Sam en el escritorio del pequeño despacho del señor Kohn, justo detrás de la caja registradora. Así empezó una tórrida relación que cambiaría la vida de ambos.
Varias veces a la semana Iris iba a comprar zapatos. Sam encontró un lugar un poco más cómodo en un viejo sofá del piso de arriba. Cerraba la tienda un cuarto de hora, apagaba las luces y subía corriendo.
El marido de Iris era un sargento de la Patrulla de Tráfico de Misisipí. Alarmado por el número de zapatos del armario de su mujer, el hombre empezó a sospechar. Con Iris siempre se tenía que sospechar algo.
Contrató a Harry Rex para que investigara el asunto. Hasta un escolta de la sección infantil habría podido sorprender a los amantes. Iris entró tres días seguidos a la misma hora en la tienda de Kohn; tres días seguidos Sam se apresuró a cerrar la puerta del establecimiento, mirando en todas direcciones; tres días seguidos se apagaron las luces, etcétera. Al cuarto día, Harry Rex y Rafe se colaron en la trastienda. Oyeron ruidos arriba. Rafe irrumpió en el nido de amor y en cuestión de cinco segundos reunió pruebas suficientes para dejarlos a los dos metidos en un buen lío.

El señor Kohn despidió a Sam una hora después. Harry Rex presentó aquella misma tarde una demanda de divorcio. Iris ingresó posteriormente en el hospital con cortes, magulladuras y la nariz rota. Su marido le había propinado una paliza que la había dejado inconsciente. Al anochecer, tres agentes de uniforme del estado llamaron a la puerta de la casa de Sam en Lowtown y explicaron a sus padres que se le buscaba en relación con una vaga acusación de apropiación indebida en la tienda del señor Kohn. En caso de que fuera declarado culpable, podía ser condenado a veinte años de cárcel. También les dijeron, extraoficialmente, claro, que habían sorprendido a Sam acostándose con una mujer blanca, la esposa de otro hombre, y que habían puesto precio a su cabeza. Cinco mil dólares.

Iris abandonó la ciudad deshonrada, divorciada, sin sus hijos y con miedo a regresar.

Yo había oído contar distintas versiones de la historia de Sam.

Ya era un rumor muy antiguo cuando llegué a Clanton, pero resultaba tan escandaloso que seguía siendo el tema de muchas conversaciones. En el Sur, no era insólito que los blancos tuvieran amantes negras, pero el de Sam era el primer caso documentado en Clanton de una mujer blanca que cruzaba la frontera del color. Baggy me había contado la historia y Harry Rex me la había confirmado en buena medida.

La señorita Callie se negaba a hablar de ello. Sam era el menor de sus hijos y no podía regresar a casa. Había huido y desde hacía dos años vivía gracias a la ayuda de sus hermanos y hermanas.

Ahora se había puesto en contacto conmigo.

Fui al edificio de los juzgados y hurgué en los cajones de los viejos archivos. No encontré constancia de ninguna denuncia contra Sam Ruffin. Pregunté al sheriff Coley si tenía alguna orden pendiente. Eludió la pregunta y quiso saber por qué indagaba acerca de un caso tan antiguo. Le pregunté si Sam sería detenido en caso de que regresara. Una vez más, se negó a contestar directamente a mi pregunta.

-Tenga cuidado, señor Traynor -me advirtió sin darme más explicaciones.

Fui a ver a Harry Rex y le pregunté por el legendario precio que se había puesto a la cabeza de Sam. Me describió a su cliente, el sargento Durant, como un antiguo infante de Marina, tirador de precisión con cualquier tipo de arma de fuego, policía de profesión, un exaltado que se había sentido terriblemente humillado por la conducta de Iris y consideraba que la única salida honrosa consistía en liquidar al amante de ésta. Había pensado en la posibilidad de matarla a ella, pero no quería ir a parar a la cárcel. Se sentía más seguro matando al chico negro. Un jurado del condado de Ford se mostraría más comprensivo.

-Y quiere hacerlo personalmente -me explicó Harry Rex-. De esta manera, se ahorrará los cinco grandes.
Se lo pasó bomba comunicándome la mala noticia, aunque reconoció que llevaba más de un año y medio sin ver a su cliente y no sabía muy bien si el señor Durant había vuelto a casarse.

El jueves al mediodía nos sentamos en torno a la mesa, en el porche, y le dimos gracias al Señor por la deliciosa comida que estábamos a punto de disfrutar. Esau estaba trabajando.
Mientras el huerto maduraba a finales de verano, habíamos disfrutado de muchos almuerzos vegetarianos. Tomates rojos y amarillos, pepinos y cebollas encurtidos, judías verdes, habitas, guisantes, quimbombó, chayote, patatas hervidas, mazorcas de maíz y siempre pan de maíz caliente. Ahora que el tiempo había refrescado y las hojas cambiaban de color, la señorita Callie había empezado a preparar platos más sustanciosos: estofado de pato, estofado de cordero, guindillas, alubias rojas, arroz con salchichas de cerdo y la carne perdigada de siempre.
Aquel día había pollo y bolas de masa hervida. Yo comía despacio, tal como ella me había enseñado a hacer. Cuando iba por la mitad, le dije:
-Sam me ha llamado, señorita Callie.
Hizo una pausa, tragó saliva y me preguntó:
-¿Cómo está?
-Está bien. Quiere volver a casa por Navidad. Dice que todo el mundo volverá y que él también quiere hacerlo.
-¿Sabe dónde está?
-¿Lo sabe usted?
-No.
-Está en Memphis. Mañana tenemos previsto vernos allí.
-¿Por qué se reúne con Sam? -quiso saber. Al parecer, mi participación en aquel asunto le inspiraba profundos recelos.
-Quiere que lo ayude. Max y Bobby le hablaron de nuestra amistad. Dijo que me consideraba un blanco digno de confianza.
-Podría ser peligroso -señaló.
-¿Para quién?
-Para los dos.
El médico de la señorita Callie estaba preocupado por el peso de ésta. A veces ella también lo estaba, aunque no siempre. Cuando preparaba platos especialmente fuertes, como estofados y bolas de masa, comía raciones pequeñas y masticaba muy despacio. La noticia sobre Sam fue motivo suficiente para que dejara de comer. Dobló la servilleta y empezó a hablar.

Sam había abandonado Clanton en plena noche en un autocar de la compañía Greyhound con destino a Memphis. Una vez allí, llamó a Callie y Esau. Al día siguiente un amigo se desplazó hasta Memphis por carretera con un poco de dinero y ropa. En cuanto la historia de Iris se propagó por la ciudad, Callie y Esau llegaron al convencimiento de que la policía no tardaría en asesinar a su hijo pequeño. Los coches patrulla del Servicio de Vigilancia de Tráfico pasaban por delante de su casa a todas horas del día y de la noche. Recibían gran cantidad de llamadas telefónicas anónimas con toda clase de insultos y amenazas.

El señor Kohn presentó unos documentos al tribunal. Se celebró una vista sin la presencia de Sam. La señorita Callie jamás vio una denuncia oficial, aunque, en realidad, tampoco sabía muy bien lo que era eso.

Memphis estaba demasiado cerca, por lo que Sam se fue a Milwaukee, donde pasó unos cuantos meses oculto en casa de Bobby. Ya llevaba dos años pasando de la casa de un hermano a la de otro, siempre viajando de noche, temiendo que lo atraparan en cualquier momento. Los hermanos Ruffin llamaban a casa a menudo y escribían una vez a la semana, pero no se atrevían a mencionar a Sam, pues cabía la posibilidad de que alguien estuviera escuchando.

-Hizo mal liándose con una mujer como ésa -dijo la señorita Callie, tomando un sorbo de té. Yo le había estropeado la comida, pero disfrutaba la mía-. Era muy joven. No fue él quien la persiguió.

Al día siguiente me convertí en el intermediario entre Sam Ruffin y sus padres.

Nos reunimos en una cafetería de un centro comercial de la zona sur de Memphis. Desde cierta distancia, me vio esperarle durante treinta minutos antes de aparecer como llovido del cielo y sentarse delante de mí. Sus dos años de fugitivo le habían enseñado ciertos trucos.

Su rostro juvenil revelaba las huellas de una vida de fugitivo. No me sorprendieron su amabilidad, su extremada cortesía y su extraordinaria capacidad para expresarse con propiedad. Me agradeció que me hubiera mostrado dispuesto a intervenir y estudiar la posibilidad de ayudarle. También me dio las gracias por todos los detalles y las muestras de amistad que le había manifestado a su madre. Bobby, en Milwaukee, le había enseñado los artículos del *Times*. Hablamos de sus hermanos, de sus desplazamientos desde la Universidad de California en Los Ángeles a Duke y después a Toledo y, finalmente, a Grinnell, en Iowa. No podría seguir viviendo mucho tiempo de aquella manera. Estaba deseando encontrar una solución para el conflicto de su casa de forma que él pudiera reanudar una vida normal. Había terminado sus estudios de bachillerato en Milwaukee y tenía intención de matricularse más adelante en Derecho. Pero no lo podía hacer si seguía viviendo como un fugitivo.

-La presión es tremenda, ¿sabe? Siete hermanos y hermanas, y los siete doctorados.
Le describí mi infructuosa búsqueda de una denuncia, mis investigaciones cerca del sheriff Coles y mis conversaciones con Harry Rex a propósito del actual estado de ánimo del señor Durant. Sam me agradeció vivamente la información y mi disposición a ayudarle.
-No hay ninguna amenaza de detención -le aseguré-. Pero sí la hay de que te peguen un tiro.
-La verdad, prefiero que me detengan -dijo.
-Yo también.
-Es un hombre temible -comentó Sam, refiriéndose al señor Durant.
Después me contó una historia cuyos detalles no acabé de comprender muy bien. Al parecer, Iris vivía ahora en Memphis y Sam se mantenía en contacto con ella. le había contado cosas terribles acerca de su ex marido y sus dos hijos adolescentes y de las amenazas que le habían hecho. No era bien recibida en ningún lugar del condado de Ford. Era posible que su vida también corriera peligro. Los chicos le habían repetido varias veces que la odiaban y jamás querían volver a verla.
Era una mujer destrozada que vivía sumida en el remordimiento y atravesaba una profunda depresión.
-Y toda la culpa es mía -dijo Sam-. Me educaron de otra manera.
Nuestra reunión duró una hora y ambos prometimos volver a vernos dos semanas más tarde. Me entregó dos largas cartas que les había escrito a sus padres y nos despedimos. Se perdió entre una muchedumbre de compradores y no pude por menos que preguntarme dónde se podía ocultar un chico de dieciocho años. ¿Cómo viajaba, cómo se movía? ¿Cómo sobrevivía día a día? Porque Sam no era un chico de la calle de esos que habían aprendido a vivir gracias a su ingenio y a la fuerza de sus puños.

Le hablé a Harry Rex de nuestra reunión en Memphis. Mi principal objetivo era llegar a convencer de algún modo al señor Durant para que dejara en paz a Sam.
Puesto que ya vivía en la creencia de que mi nombre figuraba en una lista no demasiado favorable en algún lugar de Padgitt Island, no tenía el menor deseo de que se me incluyera en otra. Juré a Harry Rex que guardaría el secreto, convencido de que él me protegería en mi papel de intermediario.
Sam accedería a abandonar el condado de Ford, matricularse en una universidad del Norte y probablemente quedarse allí para toda la vida. El muchacho sólo quería ver a sus padres, poder visitar Clanton aunque fuese brevemente y vivir sin necesidad de mirar constantemente a sus espaldas.

A Harry Rex no le importaba y tampoco quería verse mezclado en el asunto. me prometió que transmitiría el mensaje al señor Durant, aunque no tenía demasiadas esperanzas de que fuera recibido favorablemente.
-Es un hijo de puta de mucho cuidado -me había dicho más de una vez.

24

A principios de diciembre regresé al condado de Tishomingo para reanudar mis contactos con el sheriff Spinner. No me sorprendió averiguar que en la investigación acerca del asesinato de Malcom Vince no había ningún avance. Spinner lo calificó más de una vez de un «golpe limpio» que no había dejado más que un cadáver y dos balas de origen prácticamente ilocalizable. Sus hombres habían hablado con todos los posibles amigos, conocidos y compañeros de trabajo y no habían encontrado a nadie que conociera algún motivo por el cual Malcom hubiera podido ser víctima de una muerte tan violenta.
Spinner también había hablado con el sheriff Mackey Don Coley y, como era de esperar, nuestro sheriff le había manifestado sus dudas acerca de que el asesinato tuviera algo que ver con el juicio contra Padgitt en el condado de Ford. Me pareció que ambos sheriffs no se llevaban demasiado bien y lancé un suspiro de alivio cuando Spinner me dijo:
-El viejo Coley ni siquiera sería capaz de atrapar a un peatón que cruzara imprudentemente Main Street.
Me reí de buena gana y añadí en tono esperanzado:
-Si, él y los Padgitt se conocen desde hace mucho tiempo.
Le comenté que había estado usted husmeando por aquí. Y él me dijo: «Este chico acabará mal.» Creo que es mejor que esté al corriente.
-Gracias -dije-. Coley y yo tenemos distintos puntos de vista.
-Faltan pocos meses para las elecciones.
-Pues sí. Coley tiene dos o tres adversarios.
-Basta con uno.
Una vez más me prometió llamar en caso de que surgiera alguna novedad, poro ambos sabíamos que tal cosa no iba a ocurrir. Dejé Iuka y me dirigí por carretera a Memphis.

El sargento Durant se alegró sobremanera de saber que sus amenazas seguían cerniéndose sobre la cabeza de Sam Ruffin. Harry Rex le comunicó finalmente la noticia de que el chico seguía en paradero desconocido, pero deseaba desesperadamente volver a casa para ver a su mamá.
Durant no se había vuelto a casar. Estaba muy solo y se sentía tremendamente dolido y avergonzado por la aventura de su mujer. Le

dijo a Harry Rex que su vida estaba destrozada y, lo peor de todo, que sus dos hijos eran objeto de burlas e insultos a causa de lo que había hecho su madre. Los chicos blancos de la escuela los provocaban a diario y los negros, sus nuevos compañeros de clase en el instituto de Clanton, los miraban con aire de suficiencia y les gastaban bromas.
Los muchachos eran expertos tiradores muy aficionados a la caza y, junto con su padre, habían jurado meterle a Sam Ruffin una bala en la cabeza a la primera ocasión. Sabían exactamente en qué calle de Lowtown vivían los Ruffin. Durant comentó la peregrinación anual que muchos negros del Norte hacían por Navidad.
-Si este chico vuelve a casa a escondidas, nosotros lo estaremos esperando -le prometió a Harry Rex.
Hizo también algunos sarcásticos comentarios acerca de mi persona y de mis conmovedores artículos sobre la señorita Callie y sus hijos mayores. Acertó al suponer que yo era el contacto de la familia con Sam.
-Será mejor que no metas las narices en este asunto -me advirtió Harry Rex tras su reunión con Durant-. Es un desalmado.
No me apetecía que hubiera alguien más soñando con mi dolorosa muerte.
Me reuní con Sam en un restaurante de carretera cerca de la frontera del estado, tras haberme adentrado unos kilómetros en el territorio de Tennessee. La señorita Callie le enviaba pasteles y empanadas, cartas y un poco de dinero en efectivo, en una caja de cartón que ocupaba todo el asiento del acompañante de mi pequeño Spitfire. Era la primera vez en dos años que conseguía establecer algún contacto con él. Sam trató de leer una de las cartas, pero se emocionó demasiado y la volvió a guardar en el sobre.
-Los echo mucho de menos -dijo, enjugándose unas gruesas lágrimas para evitar que las vieran los camioneros que comían en el establecimiento.
Era un chiquillo perdido y asustado.
Con brutal sinceridad, le conté los detalles de mi conversación con Harry Rex. En su ingenuidad, Sam había creído que su ofrecimiento de mantenerse alejado del condado de Ford pero que le permitieran visitar a sus padres de vez en cuando, resultaría aceptable para el señor Durant. Poco imaginaba el odio que había despertado. Sin embargo, parecía disfrutar con el peligro.
-Te matará, Sam -le advertí muy serio.
-Y se irá de rositas, ¿verdad?
-¿Eso a ti qué más te da? Estarás muerto de todos modos. La señorita Callie preferiría tenerte vivo en el Norte que muerto en el cementerio de Clanton.

Acordamos vernos de nuevo dos semanas más tarde. Estaba haciendo las compras navideñas y podría entregarme unos regalos para sus padres y su familia.
Nos despedimos y abandonamos el restaurante de carretera. Estaba a punto de subir a mi automóvil cuando decidí volver a entrar para utilizar el lavabo de caballeros. Se encontraba en la parte de atrás de una tienda de regalos bastante cursi, al lado de la cafetería. Miré a través de una ventana y vi a Sam subiendo sospechosamente a un automóvil conducido por una mujer blanca. Aparentaba unos cuarenta y tantos años. Iris, pensé. Algunos no aprenden nunca.

Los miembros del clan de los Ruffin empezaron a llegar tres días antes de Navidad. La señorita Callie se había pasado una semana cocinando. Me envió dos veces a la tienda de ultramarinos por provisiones de emergencia. Había sido rápidamente adoptado por la familia y se me habían otorgado todos los privilegios de rigor, el más importante de los cuales era el de comer siempre que quisiera y lo que me apeteciera.
La vida de los hijos que habían crecido en aquella casa se había edificado en torno a los padres, al mutuo afecto, a la Biblia y a la mesa de la cocina. Y durante las vacaciones siempre había una bandeja de algo recién preparado sobre la mesa y otras dos o tres en los fogones de la cocina o en el horno. El anuncio de «!Las tartas de pacanas ya están listas!» enviaba ondas de choque a toda la pequeña casa, más allá del porche e incluso a la calle. La familia se congregaba alrededor de la mesa donde Esau daba una vez más las gracias al Señor por su familia, la salud de que disfrutaban y por la comida que estaban a punto de compartir; después las tartas se cortaban en grandes trozos que se depositaban en platitos de postre y salían en todas direcciones.
El mismo ritual se seguía con las tartas de calabaza, las tartas de coco, los pasteles de fresa, y así sucesivamente. Y eso eran sólo los pequeños tentempiés que los ayudaban a resistir en los intervalos entre una comida y otra.
A diferencia de su madre, los hermanos Ruffin estaban más bien delgados. Y pronto averigüé por qué. Todos lamentaban no poder seguir comiendo de aquella manera. Donde ellos vivían, la comida era insípida y en buena parte congelada o industrial. Había muchas comidas de las llamadas étnicas que ellos simplemente no podían digerir. Y la gente comía muy deprisa. La lista de quejas era interminable.
Yo opinaba que todos ellos habían sido tan mimados por el arte culinario de la señorita Callie que ya nada de lo que comieran se podría comparar jamás con sus guisos.
Carlota, que era soltera y enseñaba urbanismo en la Universidad cíe California en Los Ángeles, resultaba especialmente divertida cuando

contaba historias acerca de las más recientes y absurdas tendencias culinarias que asolaban California. La última moda eran los platos de comida cruda... El almuerzo consistía en un plato de zanahorias crudas y apio crudo, todo regado con una infusión caliente.
Gloria, que enseñaba italiano en Duke, se consideraba la más afortunada, pues seguía viviendo en el Sur. Ella y Callie comparaban notas acerca de las distintas recetas de platos como pan de maíz, estofado de Brunswick a base de pollo y conejo con verduras, y hasta berzas rizadas. Las discusiones acababan degenerando en algo más serio cuando los hombres emitían su opinión, hacían comentarios e incluso llegaban al extremo de pelearse.
Después de una comida de tres horas de duración, Leon (Leonardo), que enseñaba biología en Purdue, me invitó a dar un paseo. Era el segundo de los hermanos y se daba unos ligeros aires académicos que los demás conseguían evitar. Llevaba barba, fumaba en pipa, vestía una chaqueta de tweed con gastadas coderas y utilizaba un vocabulario cuyo dominio exigía largas horas de práctica.
Circulamos sin rumbo por las calles de Clanton en su automóvil. Quería saber de Sam y yo se lo conté todo. En mi opinión, para lo que ésta pudiera servir, entrar en el condado de Ford sería demasiado peligroso para él.
También se interesó por el juicio de Danny Padgitt. Yo había enviado ejemplares del *Times* a todos los Ruffin. En uno de los artículos de Baggy se hablaba de la amenaza que había proferido Danny contra los miembros del jurado. En el reportaje se subrayaba la cita textual «Si me condenan, acabaré con todos y cada uno de ustedes.»
-¿Saldrá alguna vez de la cárcel? -preguntó Leon.
-Sí -contesté a regañadientes.
-¿Cuándo?
-Nadie lo sabe. Lo condenaron a cadena perpetua por asesinato y a cadena perpetua por violación. Diez años es lo mínimo para cada delito, pero me han dicho que en el sistema de libertad condicional en Misisipí ocurren cosas muy raras.
-¿O sea, que van a ser veinte años como mínimo?
Estoy seguro de que pensaba en la edad de su madre. Tenía cincuenta y nueve años.
-Nadie lo sabe con certeza. Cabe la posibilidad de que por buena conducta le reduzcan la pena al mínimo.
La información lo dejó tan perplejo como a mí. La verdad es que nadie que tuviera conocimiento del sistema judicial o del sistema penal había podido responder a mis preguntas acerca de la sentencia de Danny. La libertad condicional en Misisipí era un enorme y oscuro pozo, y yo temía acercarme demasiado a él.

Leon me dijo que había interrogado exhaustivamente a su madre acerca del veredicto. Y le había preguntado concretamente si había votado en favor de la cadena perpetua o bien de la pena de muerte. Su respuesta había sido que el jurado se había comprometido a mantener en secreto sus deliberaciones.
-¿Lo sabe usted? -me preguntó.
-No demasiado. La señorita Callie me había dado a entender con toda claridad que ella no se había mostrado de acuerdo con el veredicto, pero sin concretar nada. En las semanas que siguieron al veredicto hubo una avalancha de conjeturas. Casi todos los habituales de los juzgados se habían inclinado por la teoría de que tres o cuatro miembros del jurado se habían negado a votar en favor de la pena de muerte. La opinión general era que la señorita Callie no formaba parte de este grupo.
-¿Consiguieron los Padgitt establecer contacto con ellos? -preguntó.
Estábamos enfilando el largo y umbroso camino de entrada al instituto de Clanton.
-Ésta es la teoría más extendida -dije-. Pero, en realidad, nadie sabe nada. La última pena de muerte que se impuso a un acusado blanco en este condado se remonta a hace cuarenta años.
Leon detuvo el vehículo y contempló la impresionante puerta de roble del instituto.
-O sea que, finalmente, se ha integrado -dijo.
-En efecto.
-Jamás pensé que llegaría a verlo. Esbozó una ancha sonrisa de satisfacción-. Soñaba con asistir a esta escuela. Cuando yo era pequeño, mi padre trabajaba aquí como portero y yo venía los sábados. Recorría los largos pasillos y veía lo bonito que era todo. Comprendía por qué yo no era bien recibido aquí, aunque no lo aceptaba.
Poco podía añadir yo a sus palabras, por lo que me limité a escuchar. Parecía más triste que amargado.
Al final, nos fuimos de allí y volvimos a cruzar las vías del tren. De vuelta en Lowtown, me sorprendió la cantidad de preciosos automóviles con matrículas de otros estados aparcados en las calles. Las nutridas familias permanecían sentadas en los porches de las casas a pesar del gélido aire; los niños jugaban en los patios y en las calles. Llegaron otros vehículos, todos ellos con paquetes de colores vivos visibles a través de las ventanillas traseras.
-El hogar es donde está la madre -dijo Leon-. Y todo el mundo vuelve al hogar por Navidad.
Cuando nos detuvimos cerca de la casa de la señorita Callie, Leon me dio las gracias por haberme hecho amigo de su madre. -Habla constantemente de usted -observó.

-Es por la comida -dije, y los dos nos echamos a reír.
Al llegar a la verja de la entrada, unos nuevos efluvios escapaban de la casa. Leon se detuvo, husmeó el aire y dijo:
-Tarta de calabaza.
La voz de la experiencia.
En distintos momentos, cada uno de los siete profesores me agradeció mi amistad con la señorita Callie, quien había compartido su vida con muchas personas y tenía muchos amigos íntimos pero, a lo largo de más de ocho meses, había apreciado por encima de todo el tiempo pasado conmigo.
Los dejé a última hora de la tarde de la víspera de Navidad, cuando ya se estaban preparando para ir a la iglesia. Después, habría regalos y cantos. En la casa se alojaban más de veinte miembros de la familia Ruffin; no acertaba a imaginar dónde dormían, pero estaba seguro de que a ninguno le importaba.
A pesar de lo mucho que me apreciaban, en determinado momento experimenté la necesidad de dejarlos. Más tarde habría abrazos y lágrimas, cantos y relatos y, aunque me constaba que les habría encantado que yo participara en todo ello, comprendí que había momentos en que las familias necesitaban intimidad.
Pero ¿qué sabía yo de las familias?
Me dirigí a Memphis, donde el hogar de mi infancia llevaba diez años sin ver un adorno navideño. Mi padre y yo cenamos en un restaurante chino no lejos de la casa. Mientras me tragaba una pésima sopa Wonton de fideos con carne picada de cerdo, no pude por menos que pensar en el caos de la cocina de la señorita Callie con todos aquellos exquisitos platos que iban saliendo del horno.
Mi padre fingió mostrarse interesado por mi trabajo. Cada semana yo me tomaba la molestia de enviarle un ejemplar del periódico, pero, al cabo de unos cuantos minutos de conversación, comprendí que no había leído ni una sola palabra. Estaba preocupado por no sé qué siniestra relación entre la guerra del Sureste Asiático y el mercado de los bonos.
Comimos rápidamente y nos fuimos cada cual por su camino. Lamentablemente, a ninguno de los dos se nos había ocurrido la idea de intercambiarnos regalos.
El almuerzo de Navidad lo compartí con BeeBee, la cual, a diferencia de mi padre, se alegró mucho de verme. Invitó a tres de sus pequeñas amigas viudas de cabello azulado a una copa de jerez con jamón y los cinco procedimos a pillar una trompa de campeonato. Yo las deleité con historias del condado de Ford, algunas de ellas verídicas y otras embellecidas con toda clase de adornos. Gracias a mis relaciones con Baggy y Harry Rex, estaba aprendiendo el arte de la narración.

A las tres de la madrugada, ya estábamos todos roncando. A primera hora de la mañana siguiente, regresé corriendo a Clanton.

25

Un gélido día de finales de enero, se oyeron unos disparos en la plaza. Yo estaba sentado junto a mi escritorio, tecleando tranquilamente un artículo acerca del señor Lamar Farlowe y su reciente reunión en Chicago con su batallón de paracaidistas del ejército, cuando una bala destrozó el cristal de una ventana a menos de seis metros de mi cabeza. Una semana floja de noticias llegó así a un brusco final.

Mi bala fue la segunda o bien la tercera de una secuencia bastante rápida. Me arrojé al suelo mientras en mi cabeza se arremolinaban toda clase de pensamientos: ¿Dónde había metido mi pistola? ¿Estarían los Padgitt tomando por asalto la ciudad? ¿Acaso el sargento Durant y sus chicos iban por mí? Arrastrándome llegué hasta mi cartera de documentos mientras los disparos seguían rasgando el aire; parecían proceder de la acera opuesta, pero, en medio del pánico del momento, la verdad es que no podía asegurarlo. Sonaron mucho más fuerte después de que uno de ellos alcanzara mi despacho.

Vacié la cartera de documentos y entonces recordé que la pistola estaba en mi automóvil o en mi apartamento. Iba desarmado y me sentía un cobarde por no ser capaz de defenderme. Harry Rex y Rafe no me habían entrenado para eso.

Estaba tan aterrorizado que no podía ni moverme. De pronto recordé que Bigmouth Bass se encontraba en su despacho de abajo y, como todos los hombres de pelo en pecho de Clanton, tenía a mano todo un arsenal. En su escritorio tenía pistolas y en la pared colgaban dos rifles de caza por si tuviera que salir corriendo para matar un venado durante el almuerzo. Cualquiera que pretendiera atacarme, tropezaría primero con la dura resistencia de mis colaboradores. O eso esperaba yo por lo menos.

Hubo una paliza en el ataque y después se oyeron unos gritos de pánico y un alboroto en las calles. Eran casi las dos de la tarde, normalmente una hora de mucho ajetreo en el centro. Me arrastré a gatas hasta situarme debajo de mi escritorio, tal como me habían enseñado a hacer en los simulacros de tornado. Desde algún lugar de abajo oí gritar a Bigmouth:

-¡Que todo el mundo se quede en su despacho!

Ya casi me lo imaginaba agarrando un 30.06 y una caja de cartuchos. No acertaba a imaginar un lugar menos apropiado para que un chiflado empezara a pegar tiros. Alrededor de la plaza de Clanton había miles de armas al alcance de la mano. Todas las furgonetas llevaban dos rifles

en la rejilla de la ventanilla y una escopeta de caza debajo del asiento. ¡Y aquella gente estaba deseando apretar el gatillo!
Los de la plaza no tardarían en responder al fuego. Y entonces la guerra se pondría fea de verdad.
Poco después, se reanudaron los disparos. Llegué a la conclusión de que no sonaban más cerca mientras trataba de respirar con normalidad y analizar la situación desde mi escondrijo de debajo del escritorio. A medida que iban transcurriendo lentamente los segundos me di cuenta de que el ataque no estaba dirigido contra mí. Ocurría simplemente que yo era propietario de una ventana muy cercana. Se oyeron unas sirenas y después más disparos y más gritos. Pero ¿qué demonios estaba ocurriendo?
Sonó un teléfono en la planta baja y alguien se apresuró a contestar.
-¡Willie! ¿Estás bien? -gritó Bigmouth desde el pie de la escalera.
-¡Sí!
-¡Hay un francotirador en el tejado del edificio de los juzgados!
-¡Estupendo!
-¡Quédate agachado!
-¡No te preocupes!
Me relajé un poco y salí de mi escondite justo lo suficiente para descolgar mi teléfono. llamé a Wiley Meek a su casa, pero va estaba en camino. Después me arrastre hasta llegar a una de las puertaventanas y la abrí. Ello debió de llamar la atención de nuestro francotirador. Destrozó un cristal a algo más de un metro por encima de mi y los vidrios me cayeron encima como granizo. Me tumbé boca abajo y contuve el aliento durante lo que a mí me pareció una hora. El fuego era incesante. Quienquiera que fuera debía de estar muy enfadado por algún motivo.
Ocho disparos, cada uno de los cuales sonó más fuerte, ahora que yo estaba fuera. Una pausa de quince segundos mientras él volvía a cargar el arma y otros ocho disparos. Oí ruido de cristales rotos, de balas rebotando contra ladrillos, de balas traspasando postes de madera. En medio del fuego, las voces enmudecieron.
Cuando pude volver a moverme, volqué muy despacio una de las mecedoras y me arrastré hasta situarme detrás. La barandilla del balcón era de hierro forjado y con ella y la mecedora que tenía delante, estaba escondido y protegido. No sé muy bien por qué razón había experimentado el impulso de acercarme un poco más al francotirador, pero tenía veinticuatro años, era propietario del periódico y sabía que iba a escribir un largo artículo acerca de aquel dramático episodio. Necesitaba detalles.
Cuando finalmente atisbé por entre la mecedora y la barandilla, vi al francotirador El edificio de los juzgados tenía un extraño domo

aplanado, sobre el cual se levantaba una pequeña cúpula con cuatro ventanas abiertas. Allí había establecido él su nido y, cuando le vi por primera vez, estaba atisbando justo por encima del alféizar de una de las ventanas. Me pareció que tenia la cara negra y el pelo blanco, lo cual me estremeció de pies a cabeza. Nos enfrentábamos a un psicópata de primera.
El hombre volvía a cargar el arma. Cuando terminó, se incorporó ligeramente y empezó a disparar completamente al azar. Me pareció que no llevaba camisa, lo cual, dada la situación, se me antojó todavía más raro, pues la temperatura rondaba los cero grados y cabía la posibilidad de que nevara aquella tarde. Yo estaba muerto de frío, y eso que llevaba un buen traje de lana de Mitlo.
Su pecho era de color blanco a rayas negras, como el cuerpo de una cebra. Era un blanco que se había pintado parcialmente de negro.
Todo el tráfico había desaparecido. La guardia urbana había bloqueado las calles y había agentes corriendo agazapados por todas partes o protegidos tras sus vehículos. En los escaparates de las tiendas asomaba de vez en cuando un rostro para echar un rápido vistazo e inmediatamente volvía a desaparecer. Cesó el tiroteo y el francotirador se agachó y desapareció. Tres agentes del condado echaron a correr por una acera y entraron en el edificio de los juzgados. Transcurrieron unos largos minutos.
Wiley Meek subió a toda prisa la escalera de mi despacho y se situó de inmediato a mi lado. Respiraba tan afanosamente que yo pensé que había llegado corriendo desde su casa en el campo.
-¡Nos ha dado! -dijo en voz baja, como si el francotirador pudiera oírle.
Estaba examinando el cristal roto.
-Dos veces -dije yo, señalando con la cabeza los cristales.
-¿Dónde está? -preguntó mientras situaba en posición una cámara con mira telescópica.
-En la cúpula -contesté, señalándola-. Ten cuidado. Le dio a esta puertaventana cuando la abrí.
-¿Le has visto?
-Blanco, varón, pintado de negro.
-Ah, ya, un chalado.
-Agacha la cabeza.
Permanecimos varios minutos acurrucados. Vimos a otros agentes correteando sin ton ni son y dando la clara impresión de que estaban encantados de encontrarse allí, aunque no tuvieran ni idea de lo que había que hacer.
-¿Alguien ha sufrido algún daño? preguntó Wiley, temiendo de repente haberse perdido el espectáculo.
-¿Cómo quieres que lo sepa?

Después, más disparos, muy rápidos y alarmantes. Miramos a hurtadillas y lo vimos de hombros para arriba disparando como un loco. Wiley lo enfocó y empezó a captar imágenes a través de la mira telescópica.
Baggy y los chicos estaban en el bar del tercer piso del edificio de los juzgados, no directamente debajo de la cúpula, pero cerca de ella. De hecho, eran probablemente los seres humanos que más cerca se encontraban del francotirador cuando éste empezó a disparar. Cuando se reanudó el tiroteo por novena o décima vez, debieron de asustarse más de lo que ya estaban y, convencidos de que iban a ser asesinados, decidieron asumir el mando de la situación. Consiguieron abrir como pudieron la complicada ventana de su pequeño escondrijo. Vimos cómo arrojaban a través de ella un cable eléctrico que llegaba casi hasta abajo desde unos doce metros de altura. A continuación, apareció la pierna derecha de Baggy por encima del alféizar de ladrillo e inmediatamente su voluminoso cuerpo pasó a través de la abertura. Como era de esperar, Baggy había insistido en salir primero.
-Oh, Dios mío -exclamó Wiley con cierto regocijo mientras levantaba la cámara-. Están más borrachos que una cuba.
Agarrando el cable eléctrico con toda la fuerza que pudo, Baggy se soltó de la ventana e inició su descenso hacia la seguridad. No se comprendía muy bien cuál era su estrategia. Al parecer, el cable estaba tensado y sus inmóviles manos lo sujetaban justo por encima de su cabeza. Estaba claro que debía de quedar mucho cable en el bar y que la misión de sus compañeros era ir soltándolo poquito a poco.
A medida que sus manos se iban elevando por encima de su cabeza, los pantalones le iban quedando cada vez más cortos. Muy pronto los tuvo justo por debajo de las rodillas, dejando ver un buen trozo de pálida y blanca piel por encima de los calcetines negros arrugados alrededor de los tobillos. A Baggy le importaba un bledo su aspecto antes, durante o después del incidente del francotirador.
Cesó el tiroteo y Baggy se quedó un rato colgando a cosa de un metro por debajo de la ventana, girando lentamente y golpeándose contra la pared del edificio. Vimos a Major en el interior, sujetando fuertemente el cable. Lo malo era que sólo tenía una pierna y yo temía que no tardaran en fallarle las fuerzas. Vi a su espalda dos figuras, probablemente Wobble Tackett y Chick Elliot, el habitual grupito de las partidas de póquer.
Wiley soltó una risa reprimida que le sacudió todo el cuerpo.
Cada vez que se producía una pausa en los tiroteos, la ciudad respiraba y miraba a hurtadillas con la esperanza de que todo hubiera terminado. Y cada nueva descarga nos pegaba un susto más grande que el anterior.

Sonaron otros dos disparos. Baggy experimentó una sacudida como si hubiera sido alcanzado, a pesar de que no había manera de que el francotirador pudiera verle. El repentino carácter de la sacudida fue demasiado para la pierna de Major. Esta cedió, el cable se soltó y Baggy lanzó un grito mientras caía como un bloque de cemento sobre un montón de gruesas ramas de boj colocadas por la Asociación de Hijas de la Confederación. Las ramas de boj absorbieron el impacto del peso y, a la manera de un trampolín, se hundieron como un resorte y lanzaron a Baggy a la acera, donde éste aterrizó cual si fuera un melón y se convirtió en la única baja de todo el episodio. Oí risas a lo lejos.

Sin la menor compasión, Wiley captó todo el espectáculo. Las fotografías circularían con secreto durante muchos años por toda la ciudad de Clanton.

Baggy se pasó un buen rato sin moverse.

-Deja a este hijo de puta donde está ordenó un agente en la calle.

-Un borracho nunca se hace daño -dijo Wiley, conteniendo la respiración.

Al final, Baggy se incorporó. Lenta y dolorosamente se arrastró como un perro atropellado por un camión hasta las ramas de boj que le habían salvado la vida y allí se quedó, capeando el temporal.

Un vehículo de la policía estaba aparcado tres puertas más abajo del Tea Shoppe. El francotirador le disparó una ráfaga y, cuando estalló el depósito de gasolina, todos nos olvidarnos de Baggy. La crisis subió de tono cuando una espesa humareda empezó a escaparse de debajo del automóvil y vimos las llamas. Por lo visto al francotirador la cosa le hizo gracia, por lo que se pasó unos cuantos minutos disparando tan sólo contra automóviles. Yo estaba seguro de que mi Spitfire le resultaría irresistible, pero puede que le pareciera demasiado pequeño.

Sin embargo, el hombre se desanimó cuando, al final, empezaron a responder a sus disparos. Dos hombres del sheriff habían conseguido subir al tejado del edificio y, en cuanto abrieron fuego contra la cúpula, el francotirador se agachó y se vio perdido.

-¡Ya lo tengo! -le dijo uno de los agentes de la oficina del sheriff Coley que aguardaba abajo.

Esperamos unos veinte minutos; reinaba un profundo silencio.

Por debajo de las ramas de boj se veían los viejos zapatos de punta perforada y los calcetines negros de Baggy, pero el resto estaba escondido. De vez en cuando, Major, con una copa en la mano, se asomaba a la ventana y le gritaba algo a Baggy, el cual, que nosotros supiéramos, igual podía estar muerto.

Otros agentes entraron corriendo en el edificio de los juzgados. Nos relajarnos un poco y nos sentamos en las mecedoras sin apartar los ojos de la cúpula. Bigmouth, Margaret y Hardy se reunieron con nosotros en

el halcón. Habían contemplado el descenso de Baggy desde la ventana de la fachada de la planta baja. Sólo Margaret estaba preocupada por sus posibles lesiones.
El vehículo de la policía estuvo ardiendo hasta que llegaron finalmente los bomberos y lo apagaron. Se abrieron las puertas del edificio de los juzgados y salieron algunos funcionarios del condado y se pusieron a fumar como posesos. Los agentes de la Oficina del Sheriff consiguieron sacar a Baggy de debajo de las ramas de boj. Apenas podía caminar y se veía a las claras que sufría fuertes dolores. Lo ayudaron a subir a un coche patrulla y se lo llevaron.
Después vimos a un hombre del sheriff en la cúpula y la ciudad volvió a sentirse a salvo. Nosotros cinco nos dirigimos corriendo al edificio de los juzgados junto con todo el resto de los ciudadanos del centro de Clanton.
El tercer piso del edificio se selló. Como el tribunal no estaba celebrando ninguna sesión, el sheriff Coley pidió que nos reuniéramos en la sala de justicia, donde prometió facilitarnos una breve información. Mientras entrábamos en la sala, vi a Major, Chick Elliot y Wobble Tackett recorriendo el pasillo escoltados por un agente de la Oficina del Sheriff. Estaban visiblemente borrachos y se reían tanto que apenas se tenían en pie.
Wiley bajó para fisgonear un poco. Estaban a punto de evacuar un cuerpo del edificio de los juzgados y él quería sacarle una instantánea al francotirador. El cabello blanco, la cara negra, las rayas pintadas... quedaban muchas preguntas en el aire.

Estaba claro que los tiradores de precisión del sheriff habían fallado. El francotirador fue identificado como Hank Hooten, el abogado local que había actuado como ayudante del fiscal Ernie Caddis en la acusación contra Danny Padgitt. Estaba bajo arresto y no había sufrido ningún daño.
Cuando el sheriff Coley nos lo comunicó en la sala de justicia, todos le miramos perplejos y consternados. Teníamos los nervios de punta y aquello ya fue demasiado.
-Encontrarnos al señor Hooten en la escalerita que da acceso a la cúpula -dijo Coley, pero yo estaba tan aturdido que ni siquiera acerté a tomar notas-. No ha opuesto resistencia a la detención y ahora se encuentra bajo arresto.
-Qué vestía? -preguntó alguien.
-Nada.
-¿Nada?

-Absolutamente nada. Se había untado la cara y el pecho con algo que parecía betún para el calzado, pero, por lo demás, iba tan en pelotas como cuando llegó al mundo.
¿Qué clase de armas tenía? -pregunté yo.
-Encontramos dos rifles de gran potencia, pero eso es todo lo que puedo decir de momento.
-¿Ha dicho algo?
-Ni una sola palabra.
Wiley comentó que habían envuelto a Hank en unas sábanas y lo habían empujado al asiento de atrás de un coche patrulla. Le sacó unas cuantas fotografías, pero no era muy optimista.
-Había una docena de agentes a su alrededor -explicó.
Nos dirigimos al hospital para interesarnos por el estado de Baggy. Su mujer trabajaba en el turno de noche de la sala de urgencias. Alguien la llamó y la despertó y le pidió que acudiera al hospital. Cuando nos reunimos con ella, estaba de un humor de perros.
-Sólo un brazo roto dijo, visiblemente decepcionada por el hecho de que no fuera algo de mayor envergadura-. Unos cuantos rasguños y magulladuras-. ¿Qué ha hecho este imbécil?
Miré a Wiley y él me devolvió la mirada.
-¿Estaba borracho? -preguntó ella.
Baggy siempre estaba borracho.
-No lo sé -contesté-. Se cayó por una ventana del edificio de los juzgados.
-Vaya por Dios. Estaba borracho.
Le facilité una rápida versión de la huida de Baggy y trate de transmitirle la idea de que había protagonizado un acto de heroísmo en medio de todo aquel tiroteo.
-¿El tercer piso? -preguntó ella.
-Sí.
-O sea, que estaba jugando al póquer y bebiendo whisky y se tiró por la ventana del tercer piso.
-En resumen, sí -contestó Wiley, sin poder contenerse.
-No exactamente -intervine yo, pero ella ya se estaba alejando.
Baggy estaba roncando cuando por fin llegamos a su habitación. Los medicamentos mezclados con el whisky lo habían dejado en un estado prácticamente comatoso.
-Acabará deseando no haber despertado -murmuró Wiley.
Y tuvo razón. En los años sucesivos la leyenda de Baggy el Saltarín fue objeto de incesantes comentarios. Wobble Tackle juraba que el primero en soltar el cable había sido Chick Elliot, y Chick decía que la pierna buena de Major se había doblado primero y había provocado una reacción en cadena. La ciudad creyó de inmediato que, quienquiera que

hubiera soltado el cable primero, los tres idiotas que Baggy había dejado a su espalda en el bar del edificio de los juzgados lo habían dejado caer deliberadamente sobre las ramas de boj.
Dos días después Hank Hooten fue enviado al hospital psiquiátrico del estado de Whitfield, donde permanecería varios años internado. Al principio, fue acusado de intentar acabar con medio Clanton, pero con el tiempo, las acusaciones se retiraron. Al parecer, había dicho a Ernie Caddis que él no había disparado contra nadie en particular y que no había pretendido causar ningún daño, sino que simplemente estaba indignado porque la ciudad no había condenado a muerte a Danny.
Más tarde corrió la voz de que le habían diagnosticado una grave esquizofrenia.
«Como un cencerro», fue la conclusión a la que llegó la gente de la calle.
En toda la historia del condado de Ford, jamás una persona había perdido el juicio de una manera tan espectacular.

26

Un año después de haber comprado el periódico, le envié a BeeBee un cheque por valor de cincuenta y cinco mil dólares, el préstamo más un interés del diez por ciento. No me había comentado la cuestión del interés al entregarme el dinero y tampoco habíamos firmado ningún pagaré. Lo del diez por ciento era un poco elevado, pero es que yo confiaba en que eso la indujera a devolverme el cheque. Lo envié conteniendo la respiración, estuve controlando la correspondencia y, tal como ya esperaba, aproximadamente una semana después recibí una carta de Memphis.

Querido William:
Te adjunto el cheque que no esperaba y que no necesito en estos momentos. Si, por alguna improbable razón, precisara del dinero en el futuro, entonces ya discutiremos el asunto. Tu ofrecimiento de pago me hace sentir muy orgullosa de ti y de tu honradez. Lo que has logrado en un año es un motivo de gran orgullo para mí y me encanta contar a mis amigos tus hazañas y tu éxito como director y editor de un periódico.
Debo confesar que estaba preocupada por ti cuando regresaste a casa desde Syracuse. Me dio la impresión de que ibas a la deriva y te faltaba un objetivo y, además, llevabas el pelo demasiado largo. Me has demostrado que estaba equivocada y, por si fuera poco, te has cortado el pelo (un poquito). Además, te has convertido en todo un caballero con tu traje y tus buenos modales.

Tú eres lo único que tengo, William, y te quiero con todo mi corazón. Por favor; escríbeme más a menudo. Con todo mi cariño,
BeeBee
P.D.: ¿Es cierto que aquel pobre hombre se desnudó y empezó a disparar contra toda la ciudad? ¡Pero qué gente tan rara tenéis por aquí abajo!

El primer marido de BeeBee murió a causa de una pintoresca enfermedad en 1924. Después ella se volvió a casar con un comerciante de algodón divorciado y tuvieron una sola hija, mi pobre madre. El segundo marido, es decir, mi abuelo, murió en 1938, dejando a BeeBee forrada. Entonces ella ya no se casó más, y se había pasado los últimos treinta y tantos años a partir de aquel momento contando el dinero, jugando al bridge y viajando. En mi calidad de único nieto suyo, yo iba a heredar todos sus bienes, aunque ignoraba el alcance de su fortuna.
Si BeeBee quería recibir más cartas mías, las tendría.
Rompí alegremente el cheque, me dirigí al banco y le pedí a Stan Atcavage otro préstamo de cincuenta mil dólares. Hardy había encontrado una máquina offset de segunda mano en Atlanta y yo la compré por ciento ocho mil dólares. Prescindimos de nuestra vieja prensa tipográfica y entramos en el siglo XX. El *Times* adquirió un nuevo aspecto: impresión mucho más limpia, fotografías más nítidas, diseños más sofisticados. Nuestra tirada había alcanzado los seis mil ejemplares y la publicación registraba un ininterrumpido incremento de la rentabilidad. Las elecciones de 1971 habían contribuido ciertamente a ello.

Me sorprendió el número de personas que se presentaban como candidatos a cargos públicos en Misisipí. Cada condado estaba dividido en cinco distritos y cada distrito disponía de un delegado policial públicamente elegido que lucía una placa y llevaba un arma y cualquier uniforme que pudiera ponerse y, si podía permitírselo, cosa que siempre ocurría, se instalaba unas luces en el automóvil y tenía autoridad para detener a cualquiera en cualquier momento por cualquier delito imaginable. No era preciso el menor adiestramiento. Ni la menor instrucción. Ni la menor supervisión por parte del sheriff del condado o del jefe de la policía urbana, sólo la de los electores cada cuatro años. En teoría, era un funcionario encargado de hacer entrega de las citaciones judiciales, pero, una vez elegido, casi ningún delegado policial podía resistir la poderosa tentación de llevar una pistola al cinto y salir en busca de alguien a quien detener.

Cuantas más multas de tráfico imponía un delegado policial, tanto más dinero ganaba. Era un trabajo a tiempo parcial con un sueldo simbólico, pero al menos uno de los cinco de que disponía cada condado vivía sólo de eso. Y solía ser el que más problemas causaba.

Cada distrito contaba con un juez de paz elegido por votación pública, un funcionario judicial sin la menor preparación legal, por lo menos en 1971. Para ocupar el cargo no se requería ninguna formación especial ni experiencia alguna, sólo votos. El juez de paz juzgaba a todas las personas a las que detenía el delegado policial y las relaciones entre ambos solían ser sospechosamente cordiales. Los conductores de otros estados que fueran detenidos por un delegado policial en el condado de Ford solían ser objeto de trato arbitrario por parte del juez, de paz.

Cada condado disponía de cinco supervisores, cinco tiranuelos que ostentaban el verdadero poder. Asfaltaban las carreteras de sus partidarios, les arreglaban las alcantarillas, les regalaban grava. Por sus enemigos apenas movían un dedo. Todas las ordenanzas del condado las aprobaba la llamada Junta de Supervisores.

Cada condado disponía también de un sheriff elegido por votación pública, un recaudador de impuestos, un asesor tributario, un secretario del Tribunal de Equidad y un forense. Los condados rurales compartían un senador del estado y un representante del estado. Otros cargos vigentes en 1971 eran los de comisario de tráfico, comisario de servicios públicos, comisario de agricultura, tesorero del estado, auditor del estado, fiscal general, subgobernador y gobernador.

En mi opinión se trataba de un sistema ridículo y complicado hasta que los candidatos a todos estos cargos empezaron a contratar anuncios en el *Times*. Un delegado policial especialmente odiado del Cuarto Distrito (conocido también con el nombre de «el Cuarto de la Porra») tenía nada menos que once opositores a finales de enero. Casi todos aquellos pobres chicos llegaban a nuestra redacción con un «anuncio» que sus mujeres habían redactado a mano en una hoja de cuaderno. Yo los leía pacientemente, los corregía, los descifraba y, al mismo tiempo, los traducía. Después cobraba el dinero y publicaba los pequeños anuncios, casi todos los cuales empezaban con la frase «Después de varios meses de oraciones...» o bien «Muchas personas me han pedido que me presente...».

A finales de febrero, en el condado sólo se hablaba de las elecciones de agosto. El sheriff Coley tenía dos opositores y otros dos que amenazaban con presentarse. El plazo para la presentación de la candidatura expiraba en junio y Coley aún no había presentado la suya, lo cual dio a lugar a muchas conjeturas en el sentido de que tal vez no pensara presentarse.

Poca cosa bastaba para alimentar las conjeturas acerca de lo que fuera cuando se acercaban las elecciones locales.

La señorita Callie se aferraba a la anticuada creencia según la cual el hecho de comer en los restaurantes era un despilfarro de dinero y, por consiguiente, un pecado. Su lista de pecados en potencia era mucho más larga que la de la mayoría de la gente, y en concreto que la mía. Tardé casi seis meses en convencerla de que fuera un jueves a comer al Claudes. Le dije que, si pagaba yo, ella no malgastaría el dinero y no sería culpable de ninguna falta y, si yo cometía alguna, la verdad es que tampoco me importaría. Lo de comer fuera era ciertamente uno de los pecados más leves de mi repertorio.
No me preocupaba que me vieran en el centro de Clanton con una negra. Me importaba un bledo la opinión de la gente. No me importaba en absoluto ser el único rostro blanco en el Claudes. Lo que sí me importaba mucho y casi me había impedido sugerirle la idea al principio era el desafío de conseguir que la señorita Callie subiera y bajara de mi Triumph Spitfire. No era un vehículo diseñado para personas corpulentas como ella.
Ella y Esau eran propietarios de un viejo Buick en el que en su día viajaban con sus ocho hijos. Aunque a todo ello se añadieran otros cincuenta kilos, la señorita Callie podía subir y bajar del asiento delantero con toda comodidad.
Su volumen era cada vez más grande. Su hipertensión y su elevada tasa de colesterol eran un motivo de gran preocupación para sus hijos. Tenía sesenta años y estaba sana, pero el peligro acechaba a la vuelta de la esquina.
Salimos a la calle y ella echó un vistazo a mi automóvil. Corría el mes de marzo, soplaba viento y amenazaba lluvia, por lo que la capota estaba subida. Cerrado de aquella manera, el vehículo de dos plazas parecía todavía más pequeño.
-No estoy muy segura de que esto dé resultado -anunció.
Nos había llevado seis meses llegar hasta allí; ahora no íbamos a echarnos atrás. Abrí la portezuela del asiento del acompañante y ella se acercó con suma cautela.
-¿Alguna sugerencia? -dijo.
Sí, pruebe el método del trasero primero.
Al final dio resultado y, cuando yo puse en marcha el motor, ambos estábamos sentados hombro con hombro.
-Desde luego, los blancos llevan a veces unos automóviles muy raros -dijo, tan asustada como si estuviera a punto de viajar por primera vez en avión.

Accioné el embrague, los neumáticos empezaron a girar y salimos entre risas, lanzando grava en todas direcciones.
Aparqué delante de la redacción y la ayudé a bajar. La subida había sido mucho más fácil. Una vez dentro, la presenté a Margaret Wright y a Davey Bigmouth Bass y la acompañé en un recorrido por las instalaciones. Le llamó la atención la máquina offset porque ahora el periódico ofrecía mucho mejor aspecto.
-¿Quién se encarga de la lectura de las pruebas? -preguntó en voz baja.
-Usted -le contesté.
Cometíamos un promedio de tres errores por semana, según ella. Todos los jueves a la hora del almuerzo seguía entregándome la lista. Dimos un paseo por la plaza y, al final, llegamos al Claudes, el café negro situado al lado de City Cleaners. Claude llevaba muchos años en el negocio y servía la mejor comida de la ciudad. No necesitaba menús porque uno comía cualquier cosa que preparara. El miércoles había barbo y el viernes carne a la parrilla, pero los otros cuatro días no sabías lo que ibas a comer hasta que Claude te lo decía. Nos saludó con un sucio delantal anudado alrededor de la cintura y nos señaló una mesa junto a la ventana de la fachada. El local estaba medio vacío y ambos fuimos objeto de ciertas miradas de curiosidad.
Aunque pareciera extraño, la señorita Callie no conocía a Claude. Yo imaginaba que todos los negros de Clanton habrían tenido ocasión de conocerse alguna vez, pero la señorita Callie me explicó que no era así. Claude vivía en el campo y en Lowtown corría el terrible rumor de que no iba a la iglesia. Ella jamás había tenido mayor interés en conocerle. Años atrás ambos habían coincidido en un funeral, pero no los habían presentado.
Ahora yo los presenté y, en cuanto casó el nombre con el rostro, Claude dijo:
-La familia Ruffin. Todos médicos.
-Doctores -precisó la señorita Callie, corrigiéndolo.
Claude era rudo y destemplado, cobraba unos precios abusivos por la comida y no iba a la iglesia, motivo por el cual a la señorita Callie no le cayó muy bien. Él captó el mensaje, le importó un bledo y se fue a pegarle un grito a alguien de la parte de atrás. Una camarera nos sirvió té frío y pan de maíz, pero a la señorita Callie no le gustaron ninguna de las dos cosas. El té era muy flojo y casi no llevaba azúcar, según ella, y el pan de maíz no tenía suficiente sal y se había servido a temperatura ambiente, un pecado imperdonable.
-Esto es un restaurante, señorita Callie -le dije yo en voz baja-. ¿Por qué no se relaja?
-Lo estoy intentando.

-No, no es cierto. ¿Cómo podemos disfrutar de la comida si le encuentra peros a todo?
-Lleva usted una pajarita preciosa.
-Gracias.
La señorita Callie estaba más encantada que nadie con mi nuevo y elegante vestuario. A los negros les encantaba emperifollarse y se fijaban en la moda, me explicó ella. Me percaté de que seguía calificándose de negra.
Con posterioridad al movimiento en favor de tos derechos civiles y a las complicadas cuestiones que éste había planteado, resultaba un poco difícil saber exactamente cómo llamar a los negros. Los mayores y más serios como la señorita Callie preferían que los llamaran simplemente «negros». Un peldaño por debajo de ellos en la escala social estaban los «de color».
Aunque yo jamás había oído que la señorita Callie utilizara semejante expresión, no era insólito que los negros más acomodados llamaran niggers, “morenos”, a los pertenecientes a las clases más bajas.
Como yo no entendía ni torta ni de etiquetas ni de clases, prefería no rebasar la seguridad de la palabra «negros». Los que vivían al otro lado de las vías del tren tenían todo un diccionario para describir a los negros, pero casi ninguno de sus términos resultaba halagador.
En aquel momento, yo era el único no negro en Claudes, lo cual no me preocupaba en absoluto.
-¿Qué van a comer? -gritó Claude desde la barra.
Una pizarra anunciaba chile de Tejas -es decir, carne picada de vaca con chile-, pollo frito y chuletas de cerdo. La señorita Callie sabía que tanto el pollo como el cerdo serían de segunda, por lo que ambos pedimos chile.
Mientras esperábamos, la señorita Callie me facilitó un informe acerca de la situación del huerto. Las hortalizas de invierno crecían muy bien. Ella y Esau se disponían a preparar la cosecha del verano. El Almanaque del agricultor vaticinaba un verano de calor moderado con lluvias regulares -cada año vaticinaba lo mismo- y ella ya soñaba con el buen tiempo y las comidas en el porche, el lugar que les correspondía. Yo empecé con Alberto, el mayor, y media hora más tarde ella terminó con Sam, el más pequeño. Había vuelto a Milwaukee, vivía con Roberto, trabajaba y asistía a clases nocturnas. Todos los hijos y nietos estaban bien.
Quería hablar del «pobre señor Hank Hooten». Lo recordaba muy bien del juicio, a pesar de que él jamás había hablado con el jurado. Le comuniqué las últimas noticias. Ahora vivía en una habitación de paredes acolchadas, y allí permanecería durante algún tiempo.

El restaurante se llenó rápidamente. Claude pasó por nuestro lado sosteniendo varios platos y nos dijo:
-Si ya han terminado, es hora de irse.
Ella fingió ofenderse, pero Claude era famoso por su costumbre de pedir a sus clientes que se largaran en cuanto terminaban de comer. Los viernes, cuando muy pocos blancos se atrevían a entrar para saborear sus platos de carne a la parrilla y el local estaba abarrotado, él les imponía un plazo y les decía en voz alta:
-Tienen veinte minutos.
La señorita Callie fingió que la experiencia no le había gustado: la idea en sí, el restaurante, el sencillo mantel, la comida, Claude, los precios, la gente, todo. Pero sólo fingía. En realidad le había encantado que un joven blanco tan bien vestido la invitara a comer. Eso no le había ocurrido jamás a ninguna de sus amigas.
Mientras la ayudaba a bajar del automóvil, de vuelta en Lowtown, ella abrió el bolso y sacó un trocito de papel. Sólo dos errores aquella semana; curiosamente, ambos correspondían a la sección de anuncios clasificados de la que se encargaba Margaret.
La acompañé hasta la casa.
-No ha estado del todo mal, ¿verdad? -le pregunté.
-Me ha encantado. Gracias. ¿Vendrá el jueves que viene? Todas las semanas me hacía la misma pregunta.
Y la respuesta siempre era la misma.

27

A mediodía del Cuatro de Julio, la fiesta nacional, el termómetro marcaba treinta y ocho grados de temperatura y la humedad empeoraba la sensación de calor. Encabezaba el desfile el alcalde, a pesar de que aún no se había presentado como candidato a nada. Las elecciones estatales y locales se celebrarían en 1971. La carrera presidencial sería en 1972. Las elecciones judiciales estaban previstas para 1973 y las municipales para 1974. A los habitantes de Misisipí les gustaba votar, casi tanto como el fútbol.

Sentado en el asiento de atrás de un Corvette de 1962, el alcalde lanzaba caramelos a los niños que abarrotaban las aceras y la plaza. Lo seguían dos bandas de instituto, la de Clanton y la de Karaway, los Boy Scouts, miembros de la Orden de Nobles del Santuario Místico en motocicleta, un nuevo vehículo de los bomberos, una docena de carrozas, una cuadrilla armada a caballo, veteranos de todas las guerras del siglo, una colección de automóviles nuevos del concesionario de la Ford y tres tractores restaurados John Deere. Uno

de ellos lo conducía el señor Mo Teale, el jurado número ocho. La retaguardia estaba protegida por una serie completa de vehículos de la guardia urbana y la policía del condado, lustrados a la perfección.
Yo miraba el desfile desde el balcón del tercer piso del Security Bank. Stan Atcavage celebraba una fiesta anual allí arriba. Puesto que ahora le debía al banco una suma considerable, me habían invitado a beber limonada y contemplar los festejos.
Por una razón que nadie era capaz de recordar, los socios del Rotary Club eran los encargados de pronunciar los discursos. Habían aparcado un camión abierto al lado del centinela de la Confederación y lo habían adornado con pacas de heno y banderas rojas, blancas y azules. Cuando terminó el desfile, la muchedumbre se apretujó alrededor del camión y esperó con ansia. Una anticuada ejecución en la horca no hubiese atraído a un público más expectante.
El señor Mervin Beets, presidente del Rotary Club, se acercó al micrófono y saludó a los presentes. En todos los actos públicos de Clanton era preceptiva la oración y, con el nuevo espíritu de la integración racial, el señor Beets había invitado al reverendo Thurston Small, el pastor de la señorita Callie, para que abriera debidamente el acto. Según Stan, aquel año había muchos más negros en el centro de la ciudad.
Ante tanta gente, el reverendo Small no podía ser breve. Pidió al Señor que bendijera a todo el mundo y todas las cosas por lo menos un par de veces. Habían instalado altavoces en los postes que rodeaban los juzgados y su voz resonó por todo el centro de la ciudad.
El primer candidato que intervino fue Timmy Joe Bullock, un aterrorizado joven de la Cuarta Porra que quería ocupar el cargo de delegado policial. Subió al camión como si fuera una plancha de barco y, una vez situado detrás del micrófono, miró a la muchedumbre y estuvo a punto de desmayarse. Consiguió pronunciar su nombre y, después, metió la mano en el bolsillo para sacar su discurso. No sabía leer muy bien, pero durante diez largos minutos consiguió comentar el aumento de la criminalidad, el reciente juicio por asesinato y el episodio del francotirador. No le gustaban los asesinos y era especialmente contrario a los francotiradores. Trabajaría para protegernos de ambas cosas.
Los aplausos fueron muy tibios cuando terminó. Pero, por lo menos, había hecho acto de presencia. Había veintidós candidatos al puesto de delegado policial en los cinco distritos, pero sólo siete habían tenido el valor de enfrentarse con el público. Cuando terminamos finalmente con los delegados policiales y los jueces de paz, Woody Gates y los Country Boys interpretaron unas cuantas melodías típicas del Sur con banjos y guitarras y la gente agradeció el descanso.

En distintos puntos del jardín de los juzgados servían comida y refrescos. El Club de los Leones repartía rajas de sandía fría. Las señoras del Club de Jardinería vendían helados caseros. Los socios de la sección juvenil de la Cámara de Comercio asaban chuletas a la parrilla. La gente se arracimaba a la sombra de los viejos robles para protegerse del sol.
Mackey Don Coley se había incorporado a la carrera para el cargo de sheriff a finales de mayo. Tenía tres oponentes, el más popular de los cuales era un agente de la policía municipal de Clanton llamado T. R. Meredith. Cuando el señor Beets anunció que había llegado la hora de los candidatos al cargo de sheriff, los electores abandonaron la sombra y se acercaron al camión.
Freck Oswald se presentaba por cuarta vez. En las tres elecciones anteriores había terminado en último lugar; todo presagiaba que volvería a ocurrirle lo mismo, pero él parecía disfrutar de la situación. No le gustaba el presidente Nixon y criticó duramente su política exterior y, sobre todo, sus relaciones con China. La gente lo escuchaba, pero parecía un poco perpleja.
Tryce McNatt se presentaba por segunda vez. Empezó su discurso:
-La verdad es que me importa un carajo lo de China.
Tuvo su gracia, pero en realidad fue una estupidez. Soltar tacos en público, en presencia de las señoras, le costaría muchos votos. Tryce estaba furioso por la forma en que el sistema mimaba a los criminales. Era contrario a la construcción de una nueva cárcel en el condado de Ford... ¡eso sería despilfarrar el dinero de los contribuyentes! Quería sentencias duras y más prisiones, incluso cadenas de presos y trabajos forzados.
Yo no había oído hablar en absoluto de una nueva cárcel. Según Tryce, debido al asesinato Kassellaw y al alboroto causado por Hank Hooten los delitos violentos eran demasiado frecuentes en el condado de Ford: necesitábamos a un nuevo sheriff que persiguiera a los criminales en lugar de ser amigo. «¡Vamos a limpiar el condado!», era su lema. Y la muchedumbre estaba con él.
T. R. Meredith era un veterano de la aplicación de la ley y el orden con treinta años de trayectoria. Como orador dejaba mucho que desear, pero estaba relacionado con medio condado, según Stan. De eso Stan sabía mucho, porque él estaba relacionado con el otro medio.
-Meredith ganará por mil votos en la segunda vuelta -predijo. Sus palabras dieron lugar a una acalorada discusión entre los demás invitados.
Mackey Don habló en último lugar. Llevaba en el cargo de sheriff desde el año 1943 y sólo quería un mandato más.
-Hace veinte años que lo dice -comentó Stan.

Coley se fue por las ramas hablando de su experiencia y de su conocimiento del condado y de sus gentes. Cuando terminó, los aplausos fueron corteses pero no demasiado alentadores.
Dos caballeros se presentaban para el cargo de recaudador de impuestos, sin duda el puesto menos popular del condado. Mientras hablaban, la multitud se volvió a dispersar y se fue acercando a los puestos de helados y rajas de sandía. Bajé al despacho de Harry Rex, donde se estaba celebrando otra fiesta en la acera.
Los discursos se sucedieron a lo largo de toda la tarde. Corría el verano de 1971 y, para entonces, por lo menos cincuenta mil jóvenes norteamericanos habían muerto en Vietnam. Una reunión similar de personas en cualquier otro lugar del país se hubiese convertido en una virulenta concentración antibelicista. Los políticos, interrumpidos a gritos, se hubiesen visto obligados a abandonar la tarima. Se hubiesen quemado banderas y cartillas militares.
Pero aquel Cuatro de Julio Vietnam no se mencionó ni una sola vez.
Yo me lo había pasado en grande con las manifestaciones del campus y nuestras marchas por las calles, pero semejantes actividades eran inauditas en el Profundo Sur. El país estaba en guerra y, por consiguiente, los verdaderos patriotas tenían que manifestar su solidaridad. Estábamos impidiendo el avance del comunismo; los hippies, los radicales y los pacifistas del Norte y de California simplemente tenían miedo de combatir.
Me compré un vasito de helado de fresa de las señoras del Club de Jardinería y, mientras paseaba por los juzgados, oí un alboroto. Desde la ventana del bar del tercer piso, un bromista había descolgado una efigie de Baggy. El monigote de trapo colgaba con las manos por encima de la cabeza -exactamente igual que el Baggy de verdad- y un letrero sobre su pecho rezaba: TROMPA. Para que todo el mundo reconociera al blanco de la broma, de cada bolsillo de los pantalones asomaba una botella vacía de Jack Daniels.
Aquel día yo no había visto a Baggy, ni lo vería. Más tarde, éste afirmó no haberse enterado del incidente. Como era de esperar, Wiley consiguió tomar numerosas fotografías de la efigie.
-¡Ya está aquí Theo! -gritó alguien, y la muchedumbre volvió a animarse.
Theo Morton era nuestro senador de toda la vida. Su distrito incluía zonas de cuatro condados y, aunque él vivía en Baldwin, su mujer era de Clanton. Era propietario de dos residencias geriátricas y un cementerio, y tenía el mérito de haber sobrevivido a tres accidentes de avión. Ya no era piloto. Theo era un personaje de lo más pintoresco: rudo, sarcástico, gracioso y, por añadidura, completamente imprevisible. Su competidor era un joven que acababa de licenciarse en

Derecho y que, según se decía, se preparaba para el cargo de gobernador. Se llamaba Warren, y Warren cometió el error de atacar a Theo en lo referente a una sospechosa ley que se había «colado» en la última sesión y por la cual se establecía un incremento de los subsidios estatales para los pacientes de las residencias geriátricas.
Fue un ataque demoledor. De pie entre la muchedumbre, mientras Warren seguía lanzando su diatriba, pude ver por encima de su hombro izquierdo a «TROMPA» colgando de la ventana.
Theo empezó presentando a su mujer, Rex Ella, una Mabry de allí mismo, de Clanton. Habló de sus padres y de sus abuelos, de sus tías y de sus tíos hasta mencionar prácticamente a la mitad de los presentes. Clanton era su segundo hogar, su distrito, ellos eran su gente, los electores a los que él se esforzaba tanto en servir allí abajo, en Jackson. Su discurso era suave, fluido y espontáneo. Me encontraba ante un maestro de la oratoria política.
Era presidente del Comité de Autopistas en el Senado del estado, por lo que se pasó unos cuantos minutos presumiendo de todas las nuevas carreteras que había construido en el norte de Misisipí. Su comité se encargaba de tramitar cuatrocientas leyes distintas en cada legislatura. ¡Nada menos que cuatrocientas! Y él, en su calidad de presidente, era el responsable de la redacción de estas leyes. Eso era lo que hacían los senadores de los estados. Redactaban buenas leyes y cuidaban de que se derogaran las malas.
Su joven adversario acababa de terminarla carrera de Derecho, lo cual era un logro estimable. En cambio, él, Theo, no había tenido ocasión de ir a la universidad porque estaba combatiendo contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, estaba claro que su joven adversario había descuidado un poco sus estudios jurídicos. De lo contrario, habría superado el examen de ingreso en el Colegio de Abogados al primer intento.
-¡Lo suspendieron en el examen de ingreso, señoras y señores!
Eligiendo perfectamente el momento de su intervención, alguien situado justo a la espalda del joven Warren gritó:
-¡Eso es una cochina mentira!
La muchedumbre miró a Warren como si hubiera perdido el juicio.
Theo se volvió hacia el lugar de donde procedía la voz y dijo en tono de incredulidad:
-¿Una mentira?
Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado.
-¡Tengo la prueba aquí mismo! Tomó la hoja por un extremo y empezó a agitarlo en el aire. Sin leer ni una sola palabra de lo que allí estaba escrito, añadió-: ¿Cómo podemos confiar en que nos redacte las leyes un hombre que ni siquiera ha superado el examen de ingreso en el

Colegio de Abogados? El señor Warren y yo estamos en pie de igualdad... ninguno de los dos hemos superado ese examen de ingreso. Lo malo es que, a él, sus tres años de estudios en la Facultad de Derecho le han servido para suspenderlo.
Los partidarios de Theo empezaron a troncharse de risa. El joven Warren se mantuvo firme, pero estaba deseando que se lo tragara la tierra.
Theo siguió machacándolo.
-¡A lo mejor, si hubiera estudiado Derecho en Misisipí y no en Tennessee, entendería nuestras leyes!
Theo era famoso por sus carnicerías públicas. En cierta ocasión había humillado a un adversario que había abandonado la carrera eclesiástica a causa de ciertas sospechas. Sacándose una «declaración jurada» del bolsillo, Theo afirmó tener pruebas de que el «ex reverendo» mantenía una relación con la mujer de un diácono. La declaración jurada no llegó a ser leída.
El límite de diez minutos no significaba nada para Theo. Lo superó con toda una serie de promesas de bajar los impuestos, suprimir el despilfarro y hacer todo lo posible para conseguir que los asesinos fueran condenados más a menudo a la pena de muerte. Cuando finalmente terminó, dio las gracias a los presentes por sus veinte años de fiel respaldo. Nos recordó que en las últimas dos convocatorias electorales las buenas gentes del condado de Ford les habían dado a él y a Rex Ella casi el ochenta por ciento de sus votos.
Los aplausos fueron largos y entusiastas y, en determinado momento, Warren desapareció. Y yo también. Estaba harto de discursos y de política.

Cuatro semanas más tarde, hacia el anochecer del primer martes de agosto, una multitud parecida se congregó en torno al edificio de los juzgados para el recuento de votos. Había refrescado considerablemente; la temperatura era sólo de treinta y dos grados con una humedad del noventa y ocho por ciento.
Los últimos días de las elecciones habían sido el sueño de cualquier periodista: una pelea a puñetazo limpio entre dos candidatos a jueces de paz delante de una iglesia negra; dos juicios en cada uno de los cuales una parte acusó a la otra de difamación y calumnia y de repartir papeletas electorales falsas; un hombre fue detenido cuando escribía palabras malsonantes en uno de los carteles electorales de Theo (después de las elecciones se descubrió que lo había contratado uno de los secuaces de Theo para ensuciar los carteles del senador: «Un truco habitual», según Baggy). Se pidió al fiscal general del estado que investigara el elevado número de votos por correo. «Muy típico de las

elecciones», fue el resumen de Baggy. La situación llegó a su apogeo aquel martes cuando todo el condado se paralizó para votar y disfrutar del deporte de las elecciones rurales.
Los colegios cerraron a las seis y, una hora más tarde, la plaza ya estaba abarrotada de gente que vibraba por anticipado, procedente de todos los puntos del condado. Formaban pequeños grupos alrededor de su candidato e incluso utilizaban pancartas electorales para delimitar su territorio. Muchos llevaban comida y bebidas e incluso sillas plegables, como si se dispusieran a asistir a un partido de béisbol. Habían colocado dos enormes pizarras negras, una al lado de la otra, delante de la entrada principal de los juzgados, y allí se fueron anotando los resultados.
-Ya tenemos los resultados de Karaway Norte -anunció la secretaria, tan alto por el micrófono que su voz se hubiese podido oír a ocho kilómetros a la redonda.
El ambiente festivo adquirió de inmediato un sesgo más serio.
-Karaway Norte siempre es el primero -dijo Baggy.

Ya eran casi las ocho y media y casi había anochecido. Sentados en el balcón de mi despacho, esperábamos las noticias. Teníamos previsto retrasar veinticuatro horas la entrada en máquinas y publicar nuestro «Especial De Elecciones» el jueves. La secretaria tardó bastante en leer el total de las votaciones de cada candidato a los distintos cargos. Cuando iba por la mitad, anunció:
Y ahora, los resultados para el cargo de sheriff.
Varios miles de personas contuvieron la respiración.
-Mackey Don Coley, ochenta y cuatro. Tryce McNatt, veintiuno. T. R. Meredith, sesenta y dos, y Freck Oswald, once.
Unos ensordecedores vítores se elevaron en el extremo más alejado del césped del jardín donde se habían instalado los seguidores de Coley.
Coley siempre gana en Karaway -dijo Baggy-. Pero está derrotado.
-¿Que está derrotado? -pregunté yo.
Sólo se conocían los resultados de la primera de las veintiocho circunscripciones electorales y Baggy ya estaba vaticinando quiénes serían los ganadores.
-Sí. El hecho de que T. R. haya ganado tantos votos en un lugar donde carece de base demuestra que la gente ya está hasta el gorro de Mackey Don. Ya verás cuando tengamos los resultados de Clanton.
Los resultados fueron llegando en un lento goteo desde lugares de los que yo jamás había oído hablar: Pleasant Hill, Shady Grove, Klebie, Three Corners, Clover Hill, Green Alley, Possum Ridge, Massey Mill, Calico Ridge. Woody Gates y los Country Boys que, al parecer, siempre

estaban disponibles, amenizaron las pausas con un poco de música sureña.
Los Padgitt votaron en una pequeña circunscripción Llamada Dancing Creek. Cuando la secretaria anunció los resultados de allí (Coley obtuvo treinta y un votos y los otros tres candidatos ocho en total), se oyeron unos consoladores abucheos de la muchedumbre. A continuación se anunciaron los resultados de Clanton Este, la circunscripción más grande, en la que yo había votado. Coley obtuvo doscientos ochenta y cinco votos y Tryce cuarenta y siete, pero, cuando se anunció el total de seiscientos cuarenta y cuatro votos de T. R., la gente enloqueció de entusiasmo.
Baggy me agarró del brazo y juntos lo celebramos con el resto de la ciudad. Coley se estaba hundiendo sin necesidad de una segunda vuelta.
A medida que los perdedores iban enterándose de su derrota, ellos y sus seguidores recogían sus cosas para regresar a casa. Sobre las once ya había mucha menos gente. Pasada la medianoche salí a dar una vuelta por la plaza para captar los sonidos y las imágenes de aquella maravillosa tradición.
Me sentí muy orgulloso de la ciudad. Bajo los efectos de un brutal asesinato y de su desconcertante veredicto, los ciudadanos nos habíamos unido para defendernos y habíamos expresado claramente nuestra voluntad de no tolerar la corrupción. La enorme cantidad de votos contrarios a Coley era nuestra manera de golpear a los Padgitt. Por segunda vez en cien años, éstos no iban a ser los amos del sheriff.
T. R. Meredith obtuvo el sesenta y uno por ciento de los votos, una sorprendente y aplastante victoria. Theo obtuvo el ochenta y dos por ciento, una paliza descomunal. Hicimos una tirada de ocho mil ejemplares de nuestra «Edición de las elecciones» y los vendimos todos. Y yo me convertí en un firme partidario de las elecciones anuales. La más sublime expresión de la democracia.

28

Una semana antes del Día de Acción de Gracias de 1971, Clanton se estremeció con la noticia de que uno de sus hijos había resultado muerto en Vietnam. Pete Mooney, un sargento de diecinueve años, había sido capturado en una emboscada cerca de Hue, en el centro de Vietnam. Su cadáver había sido encontrado unas horas más tarde.
Yo no conocía a los Mooney, pero Margaret sí. Me llamó para comunicarme la noticia y dijo que necesitaba unos cuantos días de permiso. Su familia había vivido durante muchos años en la misma calle que los Mooney. Su hijo y Pete eran íntimos amigos desde la infancia.

Me pasé un buen rato buscando en los archivos y descubrí el artículo de 1966 acerca de Marvin Lee Walker, un muchacho negro que había sido la primera baja del condado en Vietnam. Eso había ocurrido antes de que el señor Caudle se preocupara por semejantes asuntos, por cuyo motivo la cobertura que dedicaba el *Times* a los hechos era vergonzosamente sucinta. Nada en primera plana. Un artículo de cien palabras en la tercera página, sin ninguna fotografía. Por aquel entonces, en Clanton nadie sabía dónde estaba Vietnam.

Un muchacho muy joven, que no podía asistir a las mejores escuelas, que probablemente no podía votar y, más que probablemente, temía beber en la fuente pública de los juzgados, había resultado muerto en un país que muy pocos habitantes de su ciudad natal hubiesen podido localizar en un mapa. Y su muerte había sido justa y apropiada. Había que luchar contra los comunistas dondequiera que estuvieran.

Margaret me facilitó discretamente los detalles que necesitaba para el reportaje. Pete había terminado el bachillerato en el instituto de Clanton en 1970. Había jugado en los equipos universitarios de fútbol y de béisbol y había sido galardonado tres años seguidos con el emblema de la letra inicial de cada uno de dichos equipos. Era un alumno distinguido que obtenía las máximas calificaciones. Pensaba trabajar dos años, ahorrar dinero y matricularse después en un centro universitario. Quiso la mala suerte que tuviera un número de reclutamiento alto y, en diciembre de 1970, recibió la orden de incorporación a filas.

Según Margaret, y eso era algo que yo no podía publicar, Pete se había mostrado muy reacio a presentarse para las sesiones de instrucción básica. Él y su padre se habían pasado varias semanas discutiendo a causa de la guerra. El hijo quería irse a Canadá y evitar todo aquel jaleo. Al padre le horrorizaba la posibilidad de que acusaran a su hijo de desertor. El nombre de la familia quedaría deshonrado, etcétera. Acusó a su hijo de ser un cobarde. El señor Mooney había combatido en Corea y no soportaba el movimiento antibelicista. La señora Mooney trató de mediar como pacificadora porque en el fondo, ella tampoco quería enviar a su hijo a una guerra tan impopular. Al final, Pete había cedido y ahora regresaría a casa en una caja.

El funeral se celebró en el templo de la Primera Iglesia Baptista, donde los Mooney llevaban muchos años desempeñando un papel muy activo. Pete había sido bautizado allí a la edad de once años y eso era un gran consuelo para su familia y sus amigos. Ahora estaba con el Señor, a pesar de que era demasiado joven para ser llamado al hogar celestial.

Me senté al lado de Margaret y de su marido. Fue mi primer y mi último funeral de un soldado de diecinueve años. Concentrando la mirada en el féretro, casi podía aislarme de los sollozos y de los ocasionales gemidos que me rodeaban. El entrenador de su equipo de fútbol del instituto

pronunció unas palabras de alabanza que sacó las lágrimas de todos los ojos de la iglesia, incluidos los míos.
Apenas podía ver la espalda del señor Mooney, sentado en el primer banco. Qué dolor tan indescriptible debía de estar sufriendo aquel pobre hombre.
Al cabo de una hora, abandonamos el templo para dirigirnos al cementerio de Clanton, donde Pete fue inhumado con la pompa y ceremonia militar correspondiente. Cuando el solitario corneta interpretó el toque de silencio, el grito desgarrador de la madre de Pete me estremeció de pies a cabeza. La mujer se abrazó al ataúd hasta que empezaron a bajarlo a la fosa. Al final, el padre se derrumbó y varios diáconos tuvieron que atenderlo.
Qué pérdida tan inútil, me repetía mientras recorría solo las calles, siguiendo más o menos la dirección de la redacción. Aquella noche, todavía solo, me maldije a mi mismo por haberme callado y ser tan cobarde. ¡Era el editor del periódico, maldita sea! Tanto si me consideraba con derecho a manifestar mi postura como si no, yo era el único de la ciudad. Si tenía alguna opinión acerca de algo, contaba con el poder necesario y estaba en condiciones de expresarla en un editorial.

La muerte de Pete Mooney venía precedida por la de más de cincuenta mil compatriotas, aunque los militares no llevaran la cuenta exacta.
En 1969 el presidente Nixon y su asesor de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, habían llegado a la conclusión de que la guerra de Vietnam no se podía ganar o, más bien, de que Estados Unidos ya no intentaría ganarla. Pero lo mantuvieron en secreto. No interrumpieron los alistamientos. En lugar de eso, utilizaron la cínica estrategia de seguir manifestando su confianza en unos resultados favorables.
Entre el momento en que se llegó a aquella conclusión y el final de la guerra en 1973, aproximadamente otros dieciocho mil hombres perdieron la vida; entre ellos, Pete Mooney.
Publiqué mi editorial en la segunda mitad de la primera plana, bajo una fotografía de gran tamaño de Pete vestido con su uniforme del Ejército. Decía lo siguiente:

La muerte de Pete Mooney debería inducirnos a plantearnos con indignación la pregunta: ¿Qué demonios estamos haciendo en Vietnam? Un estudiante aventajado, un deportista de primera, dirigente estudiantil y futuro dirigente de la comunidad, uno de nuestros mejores y más brillantes jóvenes abatido a la orilla de un río del que jamás hemos oído hablar en un país que nos interesa muy poco.

La razón oficial, una razón que se remonta a veinte años atrás, es la de que estamos combatiendo contra el comunismo. Si vemos que éste se extiende, en palabras del ex presidente Lyndon Johnson, tenemos que adoptar «todas las medidas necesarias para impedir ulteriores agresiones».
Corea, Vietnam. Ahora tenemos tropas en Laos y Camboya, por más que el presidente Nixon lo niegue. ¿Adónde iremos a continuación? ¿Acaso tenemos que enviar a nuestros hijos a cualquier lugar y a todos los lugares del mundo para entrometerse en las guerras civiles de los demás?
Vietnam se dividió en dos países cuando los franceses fueron derrotados allí en 1954. Vietnam del Norte es un país pobre gobernado por un comunista llamado Ho Chi Minh. Vietnam del Sur es un país pobre que había estado gobernado por un brutal dictador llamado Ngo Dinh Diem hasta que éste fue asesinado en un golpe de estado en 1963. Desde entonces el país ha estado gobernado por los militares.
Vietnam lleva en estado de guerra desde 1946, en que los franceses iniciaron su fatídico intento de excluir a los comunistas. Su fracaso fue estrepitoso y entonces nosotros nos apresuramos a intervenir para demostrar cómo se tiene que combatir en las guerras. Nuestro fracaso ha sido todavía más grande que el de los franceses, y eso que aún no hemos terminado.
Cuántos Petes Mooney más tendrán que morir para que nuestro Gobierno decida dejar que Vietnam siga su propio camino?
Y ¿a cuántos otros lugares del mundo enviaremos a nuestras tropas para combatir contra el comunismo?
¿Qué demonios estamos haciendo en Vietnam? Ahora mismo estamos enterrando a jóvenes soldados mientras los políticos que dirigen la guerra estudian la posibilidad de salir de allí.

La utilización de palabras fuertes me valdría unas cuantas reprimendas, pero me daba igual. Se necesitaba un lenguaje enérgico para iluminar a los ciegos patriotas del condado de Ford. Sin embargo, antes de que se iniciara el diluvio de cartas y llamadas, me hice amigo de alguien.
Al regresar de mi comida del jueves con la señorita Callie (estofado de cordero junto al fuego de la chimenea), Bubba Crockett me esperaba en mi despacho. Iba vestido con vaqueros, botas y una camisa de franela, y llevaba el cabello largo. Tras presentarse, me dio las gracias por el editorial. Necesitaba desahogarse revelándome ciertas cosas y, puesto que yo estaba más relleno que un pavo navideño, coloqué los pies sobre el escritorio y me pasé un buen rato escuchándole.
Se había criado en Clanton y allí había terminado sus estudios secundarios en 1966. Su padre era propietario del vivero situado a tres

kilómetros al sur de la ciudad; eran especialistas en jardinería ornamental. Cuando recibió el aviso de incorporación a filas en 1967, sólo pensó en irse corriendo a luchar contra los comunistas. Su unidad fue a parar al sur, justo a tiempo para la ofensiva del Tet. A los dos días de estar allí, ya había perdido a tres de sus mejores amigos.
El horror de los combates era indescifrable, aunque las descripciones de Bubba fueron más que suficientes para mí. Hombres abrasados pidiendo socorro a gritos, pisando restos de cuerpos, sacando a rastras los cadáveres del campo de batalla; horas sin dormir, sin comida ni municiones, viendo cómo el enemigo se acercaba a rastras en plena noche. Su batallón perdió a cien hombres en los primeros cinco días.
-Al cabo de una semana, comprendí que iba a morir me dijo con los ojos arrasados en lágrimas-. Llegado a ese punto, me convertí en un soldado muy bueno. Hay que llegar a ese punto para sobrevivir.
Lo hirieron dos veces, heridas leves que pudieron tratarse en los hospitales de campaña. Nada que le permitiera regresar a casa. Habló de la frustración de combatir en una guerra que el Gobierno no les permitía ganar.
-Nosotros éramos mejores soldados que el enemigo -dijo-, y nuestro equipo muy superior. Nuestros comandantes eran estupendos, pero los imbéciles de Washington no les permitían hacer la guerra.
Bubba conocía a la familia Mooney y le había suplicado a Pete que no se fuera. Había contemplado el entierro desde lejos y soltado maldiciones contra todos los que veía y contra muchos a los que no lograba ver.
-Estos idiotas de aquí siguen apoyando la guerra, ¿te imaginas? -dijo-. Más de cincuenta mil soldados muertos y ahora queremos marcharnos y esta gente discutirá contigo y te seguirá diciendo en las calles de Clanton que fue una gran causa.
-Contigo no discuten -dije.
-Es cierto. Ya le he dado una zurra a un par de ellos. ¿Tú juegas al póquer?
No jugaba, pero me habían contado historias muy pintorescas acerca de las partidas de póquer que se jugaban en la ciudad. Pensé que, a lo mejor, sería interesante.
-Un poco -contesté, con la idea de comprar un manual de juego o pedirle a Baggy que me enseñara.
-Las partidas son los jueves por la noche en un cobertizo del vivero. Varios tíos que combatimos allí abajo. Te lo pasarías bien.
-¿Esta noche?
-Si, sobre las ocho. Jugamos un poco, bebemos cerveza, fumamos unos cuantos porros, contamos historias de la guerra. A mis amigos les encantará conocerte.
-Allí estaré -dije, preguntándome dónde podía localizar a Baggy.

Aquella tarde deslizaron cuatro cartas por debajo de la puerta, todas ellas reprochándome mis críticas a la guerra. El señor E. L. Green, veterano de dos guerras y suscriptor del *Times* desde hacía mucho tiempo, aunque puede que esto último no tardara en cambiar, decía entre otras cosas:

Si no le paramos los pies al comunismo, se extenderá a todos los rincones del mundo. Un día lo tendremos a nuestra puerta y nuestros hijos y nietos nos preguntarán por qué no tuvimos el valor de pararle los pies antes de que se extendiera.

El hermano del señor Herbert Gillenwater había resultado muerto en el conflicto coreano. Y éste escribía lo siguiente:

Su muerte fue una tragedia con la cual sigo luchando a diario. Pero era un soldado, un héroe, un orgulloso norteamericano, y su muerte nos ayudó a pararles los pies a los norcoreanos y a sus aliados, los chinos rojos y los rusos. Cuando tengamos demasiado miedo para luchar, seremos conquistados.

El señor Felix Toliver, desde Shady Grove, apuntaba la posibilidad de que yo hubiera vivido demasiado tiempo en el Norte, donde la gente es notoriamente contraria al uso de las armas. Decía que los militares siempre habían sido dominados por valientes jóvenes del Sur y que, si yo no lo creía así, convendría que investigara un poco más. Había habido un número desproporcionado de bajas sureñas en Corea y Vietnam. Terminaba diciendo con cierta elocuencia:

Nuestra libertad se compró al terrible precio de las vidas de incontables y valerosos soldados; pero ¿qué habría ocurrido si hubiéramos tenido miedo de luchar? Hitler y los japoneses seguirían en el poder. Buena parte del mundo civilizado habría sido destruida. Estaríamos aislados y significaría nuestro final.

Pensaba publicar todas las cartas al director que recibiera, pero confiaba en que hubiese una o dos favorables a mi editorial. Las críticas no me preocupaban. Estaba firmemente convencido de mis razones. Y la piel se me estaba volviendo bastante dura, una cualidad estupenda para el director de un periódico.

Tras recibir unas rápidas lecciones de Baggy, perdí cien dólares jugando al póquer con Bubba y los chicos. Y éstos volvieron a invitarme.

Éramos cinco alrededor de la mesa, todos de veintitantos años. Tres habían combatido en Vietnam: Bubba, Darrell Radke, cuya familia era propietaria de la compañía de propano, y Cedric Young, un chico negro con una grave lesión en la pierna. El quinto jugador era el hermano mayor de Bubba, David, que había sido rechazado por su mala vista y que yo creo que estaba allí sólo por la marihuana.
Hablamos mucho de drogas. Ninguno de los tres veteranos había oído hablar de la marihuana o de cualquier otra cosa antes de su incorporación al Ejército. Se rieron de la posibilidad de que hubiese droga en las calles de Clanton en los años sesenta. En Vietnam, el consumo de estupefacientes estaba a la orden del día. Fumaban marihuana cuando se sentían aburridos o echaban de menos su casa, y la fumaban para calmar los nervios durante la batalla. Los hospitales de campaña atiborraban a los heridos de los más potentes analgésicos; Cedric se enganchó a la morfina a las dos semanas de haber resultado herido.
A instancias de todos ellos conté algunas historias relacionadas con las drogas de mis tiempos de universidad, pero no era rnás que un aficionado entre profesionales. No creo que exageraran. No me extrañaba que perdiéramos la guerra: todo el mundo estaba colocado.
Me expresaron su admiración por mi editorial y su amargura por el hecho de que los hubieran enviado allí abajo. Cada uno de los tres había quedado en cierto modo marcado; la cicatriz de Cedric era evidente. Las de Bubba y Darrel, más bien una cólera latente, una rabia a duras penas contenida y un deseo de atacar violentamente; pero ¿a quién?
Bien entrada la partida, empezaron a intercambiar horripilantes anécdotas del campo de batalla. Había oído decir que muchos soldados se negaban a hablar de sus experiencias bélicas. A aquellos tres no les importaba hacerlo. se trataba más bien de una especie de terapia.
Jugaban al póquer casi todos los jueves por la noche y yo era siempre bien recibido. Cuando me retiraba hacia la medianoche, ellos seguían bebiendo, dándole a los porros y hablando de Vietnam. A mí me había bastado un solo día para hartarme de la guerra.

29

A la semana siguiente, dediqué toda una página a la controversia sobre la guerra que yo mismo había creado. Estaba repleta de cartas al director, diecisiete en total, sólo dos de las cuales apoyaban, en parte, mis sentimientos antibelicistas. En ellas me llamaban comunista, liberal, traidor, aventurero del Norte y, lo peor de todo, cobarde por no haber vestido el uniforme. Todas iban orgullosamente firmadas, aquella semana no se había recibido ninguna anónima; sus autores eran unos

patriotas airados que me aborrecían y querían que el condado lo supiera.
Me daba igual. Había agitado un avispero y la ciudad discutía por lo menos acerca de la cuestión de la guerra. Casi todos los debates eran unilaterales, pero había conseguido despertar unos sentimientos muy fuertes.
La respuesta a las diecisiete cartas fue sorprendente. Un grupo de estudiantes de Instituto acudió en mi ayuda con un montón de cartas entregadas directamente en mano. Estaban apasionadamente en contra de la guerra, no tenían la menor intención de combatir en ella y, además, les parecía sospechoso que casi todas las cartas de la semana anterior fuesen de hombres demasiado mayores para incorporarse a las Fuerzas Armadas. «Es nuestra sangre, no la vuestra», era una de mis frases preferidas.
Muchos estudiantes atacaban directamente algunas de las cartas publicadas y las hacían trizas. Becky Jenkins se había sentido molesta por la afirmación del señor Robert Earl Huff en el sentido de que «nuestra nación se construyó con la sangre de nuestros soldados. Guerras, siempre tendremos».
Ella le contestaba: «Las guerras las tendremos mientras unos hombres ignorantes y codiciosos intenten imponer su voluntad a los demás.»
Kirk Wallace criticaba la un tanto exhaustiva descripción que hacía de mí la señora Manic Louise Ferguson. En su párrafo final, escribía: «Lamentablemente, la señora Ferguson no sabría reconocer a un comunista, un liberal, un traidor o un aventurero del Norte aunque lo tuviera delante de las narices. La vida allá en Possum Ridge la protege de semejantes elementos.»
A la semana siguiente, dediqué otra página a las treinta y una cartas de los estudiantes. También publiqué otras tres, recibidas con retraso, de partidarios de la guerra.
A través de las páginas del *Times* discutimos sobre la contienda hasta Navidad, en que todo el mundo decretó súbitamente una tregua y se dispuso a celebrar las fiestas.

El señor Max Hocutt murió el primero de año de 1972. Gilma llamó a la ventana de mi apartamento a primera hora de la mañana. Insistió hasta que al final consiguió que le abriera la puerta. Llevaba apenas cinco horas durmiendo y necesitaba todo un día, si no dos, de sueño reparador.
La seguí al interior de la vetusta mansión -era mi primera visita en muchos meses- y me sorprendió su deterioro. Pero había cosas más urgentes en que pensar. Nos acercamos a la escalera principal del

vestíbulo, donde Wilma se reunió con nosotros. Esta señaló con un arrugado y torcido dedo hacia arriba diciendo:
Está allí arriba. Primera puerta a la derecha. Ya hemos subido una vez esta mañana.
Subir la escalera una vez al día era su límite. Se acercaban a los ochenta años y no le iban muy a la zaga al señor Max.
Estaba tendido en una cama muy grande y cubierto con una sucia sábana blanca que le llegaba hasta el cuello. Su piel era del mismo color que la sábana. Permanecí un momento de pie a su lado para asegurarme de que no respiraba. Jamás me habían pedido que certificase la muerte de nadie, pero no había ninguna posibilidad de que se produjera una salvación milagrosa. El aspecto del señor Max era el de alguien que ya llevara un mes muerto.
Volví a bajar. Wilma y Gilma me esperaban al pie de la escalera, justo en el mismo lugar donde las había dejado. Me miraron como si pudiera ofrecerles un diagnóstico distinto.
-Me temo que está muerto -dije.
-Eso va lo sabemos -soltó Gilma.
-Díganos qué tenemos que hacer -exigió Wilma.
Era la primera vez que me encomendaban la tarea de ocuparme de un cadáver, pero el siguiente paso parecía bastante obvio.
-Bueno, creo que quizás habría que llamar al señor Magargel, el de la funeraria.
-Ya te lo he dicho -le dijo Wilma a Gilma.
Al ver que no se movían, me acerqué al teléfono y llamé al señor Magargel.
-Es el día de Año Nuevo -me dijo.
Estaba claro que mi llamada lo había despertado.
-Pero, aun así, él ha muerto -dije.
-¿Está seguro?
-Sí, lo estoy. Acabo de verlo.
-¿Dónde está?
-En la cama. Ha muerto serenamente.
-Pero es que a veces resulta que estos vejestorios duermen como troncos, ¿sabe?
Me aparté de las gemelas para que no me oyeran discutir sobre la posibilidad de que su hermano estuviera realmente muerto.
-No está durmiendo, señor Magargel. Está muerto.
-Me pasaré por ahí dentro de una hora.
-¿Tenemos que hacer algo? -pregunté.
-¿Como qué?
-No lo sé. Comunicarlo a la policía o algo por el estilo.
¿Es que lo han asesinado?

-No.
-Pues entonces, ¿por qué quiere llamar a la policía? -Disculpe la pregunta.
Wilma y Gilma me invitaron a tomar una taza de café instantáneo en la cocina. En la encimera había una caja de cereales de la marca Cream of Wheat y, a su lado, un gran cuenco listo para comer. Wilma o Gilma le había preparado el desayuno a su hermano y, al ver que éste no bajaba, ambas habían subido a comprobar qué ocurría.
El café era imbebible hasta que le eché azúcar. Las gemelas se sentaron al otro lado de la mesa y me observaron con curiosidad. Tenían los ojos enrojecidos, pero no lloraban.
No podemos vivir aquí -declaró Wilma con una determinación que era el fruto de muchos años de discusiones.
-Queremos que usted nos compre la propiedad -intervino Gilma.
En cuanto una de ellas terminaba una frase, la otra empezaba la siguiente.
-Se la vendemos...
-Por cien mil...
-Cobramos el dinero...
-Y nos vamos a Florida...
-¿A Florida?-pregunté.
-Tenemos a una prima allí...
-Vive en una especie de urbanización para jubilados...
-Es un sitio precioso...
-Y te cuidan de maravilla...
-Y Melberta está muy cerca.
-¿Melberta? Me la imaginaba en algún lugar de la casa, vagando en medio de las sombras. Me explicaron que la habían ingresado en una «residencia» hacía unos cuantos meses. La «residencia» estaba en algún lugar al norte de Tampa. Allí era donde ellas querían ir a pasar el resto de sus días. Su amada mansión excedía sus posibilidades de mantenimiento. Tenían problemas de cadera, rodillas, vista. Subían la escalera una vez al día -«veinticuatro peldaños», puntualizó Gilma- y se morían de miedo de caerse y matarse. No tenían suficiente dinero para acondicionar la casa, y el que tenían no querían malgastarlo en amas de llaves, jardineros y, ahora, un chofer.
-Queremos que usted también nos compre el Mercedes...
-No tenemos permiso de conducir, ¿sabe?
-Max siempre nos llevaba a todas partes...
De vez en cuando, por simple diversión, yo echaba un vistazo al cuentakilómetros del Mercedes de Max. Hacía un promedio de mil quinientos kilómetros al año. A diferencia de la casa, el vehículo estaba en perfectas condiciones.

La casa era de tres plantas, tenía seis dormitorios, un sótano, sala, una cocina, unas amplias y largas galerías que se estaban desmoronando y una buhardilla que, estaba seguro, debía de estar llena de tesoros familiares olvidados allí haría siglos. Serían necesarios varios meses sólo para limpiarla antes de que una empresa de reformas pudiera iniciar los trabajos. Cien mil dólares era un precio muy bajo para semejante mansión, pero no se vendían suficientes ejemplares del semanario para reformarla.
¿Y qué hacer con los animales? Gatos, pájaros, conejos, ardillas, peces de colores, aquello era un auténtico zoo.
Había estado buscando casa, pero, la verdad, me encontraba tan a gusto pagando cincuenta dólares mensuales que me resultaba difícil marcharme. Tenía veinticuatro años, era soltero y me lo pasaba en grande viendo acumularse los dólares en el banco. ¿Por qué correr el riesgo de arruinarme arrojando el dinero a aquel pozo sin fondo?
Dos días después del funeral, compré la casa.

Un frío y húmedo jueves de febrero me detuve delante de la residencia de los Ruffin en Lowtown. Esau me esperaba en el porche.
-¿Ha cambiado de vehículo? -me preguntó, mirando hacia la calle.
-No, sigo conservando el pequeño -contesté-. Este era del señor Hocutt.
-Creía que era de color negro.
Había muy pocos Mercedes en el condado de Ford y no era difícil tenerlos controlados a todos.
-Necesitaba una mano de pintura -contesté.
Ahora era de color rojo oscuro. Tenía que tapar los cuchillos que el señor Hocutt había mandado pintar en las portezuelas y, por consiguiente, aprovechando que estaba en el taller, decidí cambiarle el color.
Se empezó a correr la voz de que yo había estafado en cierto modo a las Hocutt en la compra del Mercedes. En realidad, había pagado un buen dinero por él: nueve mil quinientos dólares. La adquisición había sido aprobada por el juez Reuben V. Atlee, magistrado de asuntos administrativos del condado de Ford desde hacía mucho tiempo. También había autorizado mi adquisición de la casa por cien mil dólares, una suma aparentemente muy baja que ya no lo fue tanto cuando dos tasadores nombrados por el tribunal la valoraron en setenta y cinco mil y ochenta y cinco mil dólares respectivamente. Uno de ellos señaló que cualquier reforma de Hocutt House supondría «cuantiosos e imprevisibles gastos».
Harry Rex, mi abogado, se encargó de hacerme comprender el significado de aquel lenguaje.

Esau estaba muy abatido y, dentro de la casa, la atmósfera tampoco era muy agradable. Como siempre, se aspiraba en el aire el aroma de la salsa de alguna exquisita bestia que la señorita Callie estuviera guisando a fuego lento en el horno. Aquel día tocaba conejo.
Abracé a la señorita Callie y comprendí que algo terrible sucedía. Esau cogió un sobre y me dijo:
-Esto es una notificación de alistamiento. Para Sam.
Lo arrojó sobre la mesa para que yo lo viera y se marchó de la cocina.
Durante la comida apenas hablamos. Estaban abatidos, preocupados y tremendamente desconcertados. En algunos momentos Esau pensaba que lo mejor que podía hacer Sam era cumplir cualquier compromiso que su país le exigiera. La señorita Callie opinaba que ya había perdido a Sam una vez, y la idea de volver a perderlo le resultaba insoportable.
Aquella noche llamé a Sam y le comuniqué la mala noticia. Se encontraba en Toledo pasando unos días con Max. Hablamos por espacio de una hora y me mostré inflexible en mi convencimiento de que no tenía por qué ir a Vietnam. Por suerte, Max opinaba lo mismo.
En el transcurso de la semana siguiente, me pasé varias horas hablando por teléfono con Sam, Bobby, Al, Leon, Max y Mario, intercambiando puntos de vista acerca de lo que tenía que hacer Sam. Ni él ni ninguno de sus hermanos creían que aquella guerra fuera justa, pero Mario y Al consideraban que no estaba bien quebrantar la ley. Yo era con mucho la paloma más grande de todo el grupo, mientras que Bobby y Leon ocupaban un lugar intermedio. Sam era como una hoja agitada por el viento y cambiaba a diario de opinión. Era una decisión tremenda, pero, a medida que transcurrían los días, su necesidad de hablar conmigo parecía ir en aumento. El hecho de que ya llevara dos años huyendo de la justicia contribuyó en gran medida a su decisión.
Tras dos semanas de reflexión, Sam decidió pasar a la clandestinidad y apareció en Ontario. Una noche me llamó a cobro revertido y me pidió que les dijera a sus padres que estaba bien. A primera hora de la mañana siguiente, me dirigí a Lowtown y comuniqué a Esau y a la señorita Callie que su hijo menor había adoptado la decisión más sensata de su vida.
Para ellos, Canadá se encontraba a millones de kilómetros de distancia. No tantos como Vietnam, puntualicé.

30

El segundo contratista de obras cuyos servicios contraté para la reforma de Hocutt House fue el señor Lester Klump, de Shady Grove. Me lo había recomendado mucho Baggy que, como es natural, sabía exactamente cómo se restauraba una mansión. Stan Atcavage, el

director del banco, también me había recomendado al señor Klump y, puesto que Stan era el que me había concedido la hipoteca de cien mil dólares, le hice caso.
El primer contratista no se había presentado y, cuando le llamé al cabo de tres días de espera, su teléfono estaba desconectado. Mala señal.
El señor Klump y su hijo Lester Junior se pasaron varios días examinando la casa. El proyecto los aterrorizaba y sabían que las obras se convertirían en una tremenda pesadilla en caso de que alguien tuviera prisa, especialmente yo. Eran muy pausados y metódicos y hablaban aún más despacio que la mayoría de habitantes del condado de Ford, por lo que no tardé en comprender que todo lo hacían a cámara lenta. Probablemente cometí un error al explicarles que ya vivía en un apartamento muy cómodo en la misma propiedad, por lo que no me iba a quedar sin techo en caso de que ellos no se dieran prisa.
Tenían fama de serios y de terminar generalmente en el plazo previsto, lo cual los había situado en el punto más alto del sector de las reformas. Tras pasarnos varios días devanándonos los sesos, aprobamos un plan, según el cual ellos me cobrarían semanalmente la mano de obra y el material y yo añadiría un diez por ciento en concepto de «gastos generales», cosa que supuse que debían de ser los beneficios. Tuve que pasarme una semana soltando maldiciones para conseguir que Harry Rex redactase un contrato en el que se especificaran todos estos detalles. Al principio, él se negó a redactarlo y me llamó de todo.
Los Klump empezarían con la limpieza y la demolición de las partes ruinosas y después se encargarían del tejado y de las galerías. Cuando terminaran, nos sentaríamos para planificar la siguiente fase. El proyecto se inició en abril de 1972.
Cada día se presentaba por lo menos uno de los Klump con una cuadrilla de obreros. Se pasaron el primer mes eliminando todos los bichos y demás representantes de la fauna animal que llevaban varias décadas instalados en la propiedad.

A las pocas horas de la ceremonia de su graduación, un agente de la policía del estado dio el alto a un automóvil ocupado por varios estudiantes del Instituto. El vehículo estaba lleno de latas de cerveza, y el agente, un novato recién salido de la Academia, donde les habían advertido acerca de aquella posibilidad, captó un olor un poco raro. Al final, la droga había llegado al condado de Ford.
En el vehículo había marihuana. Los seis estudiantes fueron acusados de tenencia ilegal y de todos los delitos que los agentes pudieron endilgarles. La ciudad se escandalizó. ¿Cómo era posible que en su pequeña e inocente comunidad se hubieran infiltrado las drogas? ¿Cómo se podía impedir que tal cosa siguiera ocurriendo? Publiqué la

noticia sin cargar demasiado las tintas; no tenía sentido ensañarse con seis muchachos que habían cometido un error. Al parecer, el sheriff Meredith había declarado que su departamento actuaría con la mayor contundencia para «erradicar esta plaga» de nuestra comunidad. «Esto no es California», dijo.
Como era de esperar, todo el mundo se puso de repente a vigilar en busca de posibles narcotraficantes, a pesar de que nadie sabía muy bien qué pinta tenían.
Puesto que la policía se encontraba en estado de alerta y nada hubiera sido más del agrado de las autoridades que practicar otra redada antidroga, nuestra partida de póquer del jueves siguiente se trasladó a otro sitio, en lo más profundo de la campiña. Bubba Crockett y Darrell Radke vivían en una vieja y destartalada cabaña de madera en compañía de un veterano de nombre Ollie Hinds que no jugaba al póquer. La llamaban la Trinchera. Estaba escondida en una profunda hondonada cubierta de vegetación al final de un camino sin asfaltar ilocalizable incluso en pleno día.
Ollie Hinds sufría numerosos traumas posbélicos y probablemente también de bastantes probélicos. Era de Minnesota, había combatido con Bubba y, juntos, habían sobrevivido a horribles pesadillas. Le habían disparado y lo habían quemado, había sido capturado y, al final, tras lograr escapar, lo habían enviado a casa cuando un psiquiatra del Ejército determinó que necesitaba ayuda urgente. Al parecer, jamás se la habían prestado. Cuando me lo presentaron, iba desnudo de cintura para arriba, estaba cubierto de cicatrices y tatuajes y tenía los ojos vidriosos, lo cual, como no tardaría en averiguar, constituía su estado habitual.
Me alegré de que no jugara al póquer. Como perdiera un par de veces, igual sacaba un M16 y nivelaba la puntuación.
La redada antidroga y la reacción de la ciudad dieron lugar a infinidad de comentarios jocosos. La gente se comportaba como si los seis adolescentes fueran los primeros consumidores de droga y, desde su detención, el condado se había sumido en una profunda crisis. Con un poco de vigilancia y de lenguaje duro, la plaga de las drogas ilegales se podría desviar hacia otra parte de la región.
Nixon había minado el puerto de Haiphong y estaba bombardeando Hanoi a conciencia. Lo comenté para provocar una reacción, pero aquella noche nadie tenía demasiado interés en la guerra.
Darrell había oído decir que un chaval negro de Clanton había huido a Canadá tras ser llamado a filas. Me abstuve de hacer comentarios.
Un chico muy listo -comentó Bubba-. Muy listo, sí señor.
La conversación no tardó en centrarse de nuevo en la droga. En determinado momento, Bubba contempló su porro diciendo:

Qué bueno está, tíos. Esto no viene de los Padgitt.
Viene de Memphis -dijo Darrell-. Es mexicano.
Puesto que yo no tenía ni idea de las rutas locales de la distribución de droga, escuché atentamente unos segundos y, al ver que nadie añadía nada al respecto, dije:
-Pues yo creía que la producción de los Padgitt era de gran calidad.
Más les valdría seguir con la fabricación ilegal de licor -dijo Bubba.
-La suya no está mal -terció Darrell- cuando no tienes nada mejor a mano. Se hicieron ricos hace unos cuantos años. Empezaron a cultivar antes que nadie. Ahora ya tienen competencia.
-He oído que lo están dejando y que prefieren volver al whisky y al robo de automóviles -dijo Bubba.
-Por qué? -pregunté.
-Ahora hay mucha más vigilancia en el tema de la droga. A nivel estatal, federal y local. Helicópteros, equipos de vigilancia... No es como en México, donde a nadie le importa una mierda lo que cultives.
De pronto se oyó un tiroteo no lejos dcl lugar donde nos encontrábamos. Los demás no se inmutaron.
-Qué es eso? pregunté.
-Es Ollie -contestó Darrell-. Persiguiendo una zarigüeya. Se pone las gafas de visión nocturna, coge su M16 y sale en busca de alimañas y cosas por el estilo. Lo llama «caza de amarillos».
Por suerte, perdí tres manos seguidas y encontré un pretexto ideal para darles las buenas noches.

Después de numerosos aplazamientos, el Tribunal Supremo de Misisipí confirmó la condena de Danny Padgitt. Cuatro meses antes había decretado, por una mayoría de seis a tres, que la condena se mantendría. Lucien Wilbanks presentó entonces una petición para reabrir el caso, que fue aceptada a trámite. Harry Rex temió que hubiera problemas.
El recurso volvió a examinarse y, casi dos años después del juicio, el tribunal resolvió finalmente la cuestión. La condena fue confirmada por cinco votos a cuatro.
Los magistrados disidentes habían aceptado el clamoroso argumento de Lucien, según el cual, a Ernie Caddis se le había concedido demasiada libertad para maltratar a Danny Padgitt. Con las preguntas acerca de la presencia de los hijos de Rhoda en el dormitorio durante la violación, se había permitido que Ernie expusiese al jurado unos hechos altamente perjudiciales que no formaban parte de las pruebas.
Harry Rex leyó todos los resúmenes, me explicó los pormenores del recurso y expresó su temor de que el argumento de Wilbanks se considerara válido. En caso de que cinco magistrados así lo creyesen, el

caso volvería a ser enviado a Clanton y habría que celebrar un nuevo juicio. Por una parte, esto sería bueno para el periódico. Por otra, yo no quería que los Padgitt abandonaran de nuevo su isla y empezaran a provocar problemas en Clanton.
Finalmente, sólo cuatro magistrados se mostraron disconformes, y el caso se cerró. Publiqué la noticia en la primera plana del *Times* y confié en no volver a oír jamás el nombre de Danny Padgitt.

TERCERA PARTE

31

Cinco años y dos meses después de que pusieran por primera vez los pies en Hocutt House, Lester Klump padre y Lester Klump hijo dieron por finalizadas las obras de reforma de la mansión. La penosa experiencia había terminado y el resultado era espléndido.
Tras aceptar su lánguido ritmo de trabajo, me dispuse a esperar pacientemente y me dediqué con entusiasmo a la tarea de vender anuncios. Dos veces, a lo largo del último año del proyecto, hice un imprudente intento de vivir en la casa en medio de los escombros. No tenía ningún inconveniente en soportar el polvo, las emanaciones de la pintura, los pasillos bloqueados, la ocasional falta de electricidad y agua caliente ni pasarme sin calefacción ni aire acondicionado, pero no logré acostumbrarme al ruido de los martillos y las sierras de mano a primera hora de la mañana. No eran muy madrugadores, algo insólito en los contratistas de obras, según me dijeron, pero se ponían a trabajar en serio a las ocho y media de la mañana, y a mí me encantaba dormir hasta las diez. La cosa no dio resultado y, después de cada intento fallido de vivir en la casa grande, decidí cruzar de nuevo el sendero de grava y regresar al apartamento, donde el ambiente era un poco más tranquilo.
Sólo una vez en cinco años no pude pagar a tiempo a los Klump, pero me negué a pedir un préstamo para continuar el proyecto, a pesar de que Stan Atcavage se habría mostrado dispuesto a concedérmelo. Todos los viernes después del trabajo me sentaba con Lester padre, generalmente junto a una improvisada mesa de madera contrachapada en un pasillo y, mientras tomábamos una cerveza loa, calculábamos la mano de obra y el material de la semana, le añadíamos un diez por ciento y yo le firmaba un cheque. Después guardaba los comprobantes y, durante los dos primeros años, llevé la cuenta del coste total de las reformas. Sin embargo, al cabo de dos años dejé de añadir la suma semanal al total. No quería saber lo que me costaba.

Estaba sin un centavo, pero me daba igual. El pozo sin fondo se había sellado; había rozado el límite de la insolvencia, lo había sorteado y ya podía volver a ahorrar dinero.
Y tenía una obra preciosa que mostrar a cambio del tiempo, el esfuerzo y la inversión realizada. El doctor Miles Hocutt había construido la casa alrededor de 1900. Su estilo era típicamente victoriano, con dos tejados de gabletes en la parte anterior, un torreón de cuatro pisos y unas anchas galerías cubiertas a ambos lados de la casa. A lo largo de los años, los Hocutt habían pintado el edificio de azul y amarillo, y el señor Klump padre había descubierto incluso una zona pintada de rojo vivo bajo tres capas de pintura más reciente. Yo decidí jugar sobre seguro y opté por el blanco, el beige y algunos toques de marrón claro. El tejado era de cobre y el estilo victoriano de la fachada bastante sencillo, pero tenía por delante muchos años para mejoras.
En el interior, los suelos de madera de pino de la planta baja y los dos pisos de arriba se habían restaurado hasta devolverles su belleza original. Se habían derribado tabiques y ampliado habitaciones y pasillos. Al final, los Klump, obligados a echar abajo toda la cocina, construyeron otra desde el sótano hacia arriba. La chimenea del salón se había derrumbado debido a la presión de los implacables martillos neumáticos. Convertí la biblioteca en un estudio y derribé más tabiques para que, al entrar en el vestíbulo principal, se viera la cocina al otro lado del estudio. Añadí ventanas por todas partes, pues la casa se había construido inicialmente como una cueva.
El señor Klump reconoció que jamás había probado el champán, pero se lo bebió encantado mientras completábamos nuestra pequeña ceremonia en una de las galerías laterales. Le entregué lo que yo esperaba que fuera el último cheque, nos estrechamos la mano, posamos para una fotografía que nos hizo Wiley Meek y, finalmente, descorchamos la botella.
Muchas de las habitaciones estaban vacías; tardaría años en decorar debidamente la casa y necesitaría la ayuda de alguien con más conocimientos y mejor gusto que yo. Pero, a pesar de estar medio vacía, era espectacular. ¡Se imponía una fiesta de inauguración!
Le pedí prestados dos mil dólares a Stan y encargué que me trajeran vino y champán de Memphis. Encontré en Tupelo una empresa de cátering adecuada. (La única que había en Clanton estaba especializada en chuletas y barbo, y yo quería algo un poco más sofisticado.)
La lista oficial de trescientos invitados incluía a todas las personas de la ciudad que yo conocía y a algunas que no conocía. En la lista oficiosa figuraban todos aquellos que me habían oído decir: «Celebraremos una fiesta por todo lo alto cuando esté terminada.» Invité a BeeBee y a tres amigas suyas de Memphis. Invité también a mi padre, pero estaba

demasiado preocupado por la inflación y el mercado de bonos. Invité a la señorita Callie y a Esau, al reverendo Thurston Small, a Claude, a tres secretarios del edificio de los juzgados, a un segundo entrenador de baloncesto, a un cajero del banco y al abogado más reciente de la ciudad. Había un total de doce negros y habría invitado a más de haberlos conocido. Estaba firmemente decidido a celebrar la primera fiesta integrada de Clanton. Harry Rex se presentó con un buen surtido de whisky ilegal y una enorme bandeja de chitlins que a punto estuvieron de acabar con la fiesta. Bubba Crockett y la banda de la Trinchera llegaron colocadísimos y dispuestos a pasárselo en grande. El señor Mitlo era el único que llevaba esmoquin. Piston hizo su aparición, pero no tardaron en verlo salir por una puerta trasera con una bolsa llena a rebosar de tapas carísimas. Los Klump asistieron con codos sus trabajadores; para ellos fue un momento emocionante, y yo me encargué de que se les reconociera públicamente el mérito. Lucien Wilbanks llegó con retraso y enseguida se enzarzó en una acalorada discusión política con el senador Theo Morton, cuya esposa, Rex Ella, me dijo que mi fiesta era la más espectacular que había visto en Clanton en veinte años. Nuestro nuevo sheriff Tryce McNatt se dejó caer con varios de sus hombres. (T. R. Meredith había muerto de cáncer de colon el año anterior.) El juez Reuben V. Atlee, uno de mis preferidos, había conseguido reunir a su alrededor a un nutrido grupo de personas con sus pintorescas historias acerca del doctor Miles Hocutt. El reverendo Millard Stark, de la Primera Iglesia Baptista, se quedó tan sólo diez minutos y se retiró al percatarse de que se estaban sirviendo bebidas alcohólicas. Al reverendo Cargrove, de la Primera Iglesia Presbiteriana, lo vieron beber champán y pareció que la cosa le gustaba bastante. Baggy perdió el conocimiento en un dormitorio del piso de arriba, donde lo encontré a la tarde siguiente. Los gemelos Stuke, propietarios de la ferretería, se presentaron vestidos con unos monos a juego recién estrenados. Tenían setenta años, vivían juntos, jamás se habían casado y vestían a diario monos a juego. No se exigía ninguna vestimenta en particular. La invitación decía: «No se exige traje de etiqueta.»

En el césped del jardín se habían instalado dos carpas desde las cuales la gente se desperdigaba a veces por los alrededores. La fiesta empezó a la una del mediodía del sábado y se habría prolongado hasta pasada la medianoche si el vino y la comida hubieran durado hasta entonces. A las diez de la noche Woody Gates y los miembros de su banda ya estaban agotados, sólo quedaban unas cuantas cervezas calientes para beber y unas cuantas tortillas de maíz. Todo el mundo había visto y admirado la casa.

A última hora de la mañana siguiente preparé unos huevos revueltos para BeeBee y sus amigas. Nos sentamos en el porche, bebimos café y contemplamos el desastre que habíamos armado unas horas antes. Tardé una semana en limpiarlo todo.

A lo largo de los años que llevaba en Clanton había oído contar numerosas historias terroríficas acerca de las condiciones de los reclusos de la penitenciaría del estado en Parchman. Se levantaba en un vasto territorio apto para el cultivo de la zona del delta, la región agrícola más fértil del estado, a dos horas de carretera al oeste de Clanton. Las condiciones de vida eran espantosas: unos barracones donde los reclusos se apretujaban muertos de calor en verano y de frío en invierno, con una comida muy mala, sin apenas atención médica, en un régimen de esclavitud donde imperaba el sexo más brutal. Trabajos forzados, carceleros sádicos; la lista era tan penosa como interminable.
Cuando pensaba en Danny Padgitt, lo cual hacía muy a menudo, me consolaba la idea de que éste se encontraba en Parchman recibiendo el castigo que se merecía. Tenía suerte de que no lo hubieran atado a una silla dentro de una cámara de gas.
Mis suposiciones eran erróneas.
A finales de los sesenta, en un intento de aliviar las condiciones de hacinamiento de Parchman, el estado había construido dos prisiones satélite o «campamentos», tal como las llamaban. El propósito era colocar a mil reclusos no violentos en una situación de confinamiento más civilizada. Allí se les facilitaría una formación laboral e incluso podrían trabajar durante el día fuera de la prisión. Uno de dichos campamentos se levantaba cerca de la pequeña localidad de Broomfield, a tres horas por carretera al sur de Clanton.

El juez Loopus murió en 1972. Durante el juicio contra Padgitt, su taquígrafa había sido una sencilla joven llamada Darla Clabo. Pasó varios años trabajando a las órdenes de Loopus y, a la muerte de éste, abandonó la zona. Cuando entró en mi despacho, a última hora de una tarde del verano de 1977, comprendí que la había visto en alguna parte, en un pasado lejano.
Darla se presentó, e inmediatamente recordé de qué la conocía. A lo largo de cinco días consecutivos durante el juicio contra Padgitt había permanecido sentada junto al estrado del juez, al lado de la mesa de las pruebas, anotando todas y cada una de las palabras. Ahora vivía en Alabama y había hecho un viaje de cinco horas por carretera para decirme algo. Pero primero me hizo jurar que guardaría un secreto absoluto.

Su ciudad natal era Broomfield. Dos semanas antes había ido a ver a su madre cuando, a la hora del almuerzo, había visto un rostro conocido bajando por la acera. Era Danny Padgitt, paseando en compañía de un amigo. Se llevó tal sorpresa que tropezó con el bordillo de la acera y a punto estuvo de caer al suelo.

Ambos entraron en un restaurante y se sentaron a una mesa. Darla los vio por una ventana y decidió no entrar. Cabía la posibilidad de que Padgitt la reconociera, aunque no sabía muy bien por qué razón temía que eso ocurriese.

El hombre que lo acompañaba vestía el uniforme habitual en Broomfield: pantalones azul marino y una camisa blanca de manga corta con las palabras «Penal de Broomfield» en letras muy pequeñas sobre el bolsillo de la pechera. Calzaba unas botas vaqueras de color negro y no daba la impresión de ir armado. Me explicó que algunos de los guardias que vigilaban a los presos que trabajan durante el día fuera de la cárcel podían ir armados. Costaba un poco imaginar a un hombre blanco en Misisipí rechazando voluntariamente la posibilidad de ir armado pudiendo hacerlo, pero ella sospechaba que, a lo mejor, a Danny no le gustaba que su guardia personal llevara armas.

Danny vestía unos pantalones blancos de tejido vaquero y una camisa blanca, facilitada probablemente por el campamento. Ambos disfrutaron de un prolongado almuerzo y se comportaron en todo momento como si fueran buenos amigos. Desde su automóvil, Darla los vio abandonar el restaurante. Los siguió desde lejos mientras daban un tranquilo paseo a lo largo de varias manzanas, hasta que Danny entró en un edificio que albergaba la sede regional del Departamento de Carreteras de Misisipí. El guardia subió a un automóvil del campamento y se alejó.

A la mañana siguiente, la madre de Darla entró en el edificio con la excusa de presentar una queja por el deficiente estado de una carretera. Le informaron, con muy malos modos, de que no tenía ninguna posibilidad de hacerlo y, en medio de la subsiguiente discusión, consiguió echar un vistazo al joven que Darla tan cuidadosamente le había descrito. Sostenía en la mano una tablilla sujetapapeles y daba la impresión de ser un inútil burócrata más.

La madre de Darla tenía una amiga cuyo hijo trabajaba como administrativo en el campamento de Broomfield. Este confirmó que Danny Padgitt había sido trasladado allí en verano de 1974.

Al terminar su relato, Darla preguntó:

¿Va usted a revelarlo?

Yo estaba medio aturdido por la revelación, pero ya me imaginaba el artículo que escribiría.

Lo investigaré -contesté-. Depende de lo que averigüe.

Hágalo, por favor. Esto es indignante.
-Es increíble.
-El muy sinvergüenza tendría que estar en el corredor de la muerte.
-Estoy de acuerdo.
-Serví al juez Loopus en ocho juicios por asesinato y éste todavía no me lo he podido quitar de la cabeza.
-Yo tampoco.
Volvió a hacerme jurar que guardaría el secreto y me facilitó su dirección. Quería que le enviara un ejemplar del periódico cuando publicáramos el reportaje.

A las seis de la mañana siguiente, no tuve la menor dificultad en levantarme de un salto de la cama. Wiley y yo nos trasladamos a Broomfield por carretera. Dada la posibilidad de que tanto el Spitfire como el Mercedes llamaran la atención en una pequeña localidad de Misisipí, decidimos utilizar su furgoneta Ford. Localizamos fácilmente el campamento, situado a unos cinco kilómetros de la ciudad. Buscamos el edificio del Departamento de Carreteras. Hacia el mediodía, tomamos posiciones en la calle Mayor. Puesto que Padgitt nos reconocería sin la menor duda a los dos, nos enfrentábamos con el reto de tratar de ocultarnos en una transitada calle de una ciudad desconocida sin despertar sospechas con nuestra conducta. Wiley se sentó procurando agacharse todo lo posible en su furgoneta, con la cámara a punto. Yo me senté en un banco oculto detrás de un periódico.
El primer día no vimos ni rastro de él. Regresamos a Clanton y, a primera hora de la mañana siguiente, volvimos a Broomfield. A las once y media, un vehículo de la prisión se detuvo delante del edificio. El guardia entró, recogió a su preso y ambos se fueron a comer.
El 17 de julio de 1977, ocupaban nuestra primera plana cuatro fotografías de gran tamaño: una de Danny caminando por la acera y riéndose con el guardia; una de ambos entrando en el City Grill; una del edificio de oficinas y una de la verja del campamento de Broomfield. Mi titular exclamaba:

SE ACABÓ LA CÁRCEL PARA PADGITT - SE HA IDO DE CAMPAMENTO.

El artículo empezaba de la manera siguiente:

Cuatro años después de haber sido condenado por la brutal violación y el asesinato de Rhoda Kassellaw y de haber sido sentenciado a cumplir cadena perpetua en la penitenciaría del estado en Parchman, Danny Padgitt fue trasladado al nuevo campamento satélite del estado en Broomfield. Después de tres años de permanencia allí, disfruta de todas

las ventajas propias de un recluso muy bien relacionado: un trabajo de oficina en el Departamento de Carreteras del estado, su propio guardia personal y prolongadas comidas (hamburguesas con queso y batidos de leche) en los cafés locales, cuyos restantes clientes jamás han oído hablar de él o de sus delitos.

Procuré que el artículo resultara lo más malicioso y sesgado posible. Avasallé a la camarera del City Grill y conseguí que ésta me revelara que acababa de tomarse una hamburguesa con queso y patatas fritas, que comía allí tres veces a la semana y que siempre era él quien pagaba. Efectué una docena de llamadas telefónicas al Departamento de Carreteras hasta que encontré a un supervisor que sabía algo acerca de Padgitt. El supervisor se negó a responder a mis preguntas, de modo que en el artículo prácticamente lo describí como un criminal. Mis intentos de entrar en el campamento de Broomfield habían sido tan infructuosos como todo lo demás. Describía mis esfuerzos y manipulaba los hechos dando a entender que los burócratas de allí, sin excepción, estaban protegiendo a Padgitt. En Parchman nadie sabía nada, y el que sabía algo no quería hablar. Llamé al comisario de carreteras (un cargo públicamente elegido), al director de Parchman (por suerte, nombrado a dedo), al fiscal general, al vicegobernador y, finalmente, al propio gobernador. Naturalmente, todos estaban demasiado ocupados, por cuyo motivo opté por hablar con sus lameculos, y los presenté a todos como unos retrasados mentales.

El senador Theo Morton fingió escandalizarse y me prometió que llegaría hasta el fondo del asunto y volvería a telefonearme. A la hora de imprimir la edición, yo seguía esperando su llamada.

En Clanton hubo reacciones muy diversas. Muchos de los que me llamaron o me pararon por la calle estaban furiosos y querían que se hiciera algo. Creían sinceramente que, al ser sentenciado a cadena perpetua y conducido fuera de la sala esposado, Padgitt se iba a pasar el resto de sus días en el infierno de Parchman. Algunos se mostraban indiferentes y querían olvidarse de una vez de Padgitt. Ya era agua pasada.

Y algunos pusieron de manifiesto una desalentada y casi cínica falta de sorpresa. Pensaban que los Padgitt habían echado mano una vez más de sus malas artes, habían encontrado los bolsillos apropiados y tirado de los hilos precisos. Harry Rex formaba parte de este grupo.

-¿Por qué armas tanto alboroto, muchacho? Ya han comprado a los gobernadores otras veces.

La fotografía de Danny Padgitt paseando por la calle, tan libre como un pájaro, asustó considerablemente a la señorita Callie.

Anoche no pudo dormir -me dijo Esau en un susurro cuando aquel jueves acudí a comer a la casa-. Preferiría que no lo hubiera usted localizado.
Por suerte, los periódicos de Memphis y de Jackson se hicieron eco del reportaje y éste siguió su propia andadura. Se armó tal revuelo que los políticos no tuvieron más remedio que intervenir. El gobernador y el fiscal general, así como el senador Morton, no tardaron en disputarse el privilegio de encabezar el movimiento en favor del regreso del chico a Parchman.
Dos semanas después de la publicación de mi artículo, Danny Padgitt fue «devuelto» al penal del estado.
Al día siguiente, recibí dos llamadas telefónicas, una en el despacho y otra en casa cuando aún estaba durmiendo. Eran voces distintas, pero el mismo mensaje. Podía considerarme hombre muerto.
Lo comuniqué al FBI en Oxford y dos agentes acudieron a verme a Clanton. Le filtré la noticia a un reportero de Memphis y la ciudad no tardó en enterarse de que yo había sido amenazado y el FBI estaba investigando. Durante un mes, el sheriff McNatt mantuvo un coche patrulla delante de mi despacho las veinticuatro horas del día. Otro permanecía aparcado en el camino de entrada de casa por la noche.
Tras un paréntesis de siete años, volvía a llevar pistola.

32

No hubo un derramamiento de sangre inmediato. Las amenazas no se olvidaron, pero con el paso del tiempo se volvieron cada vez menos siniestras. Aunque no dejé en ningún momento de llevar el arma -siempre la tenía al alcance de la mano, perdí el interés por ella. No creía que los Padgitt corrieran el riesgo de ser objeto de la violenta reacción que se produciría en caso de que se cargaran al director del semanario. Aunque la ciudad no estuviera lo que se dice muy entusiasmada conmigo en comparación con alguien tan querido como el señor Caudle, el escándalo crearía más presión de la que los Padgitt estaban dispuestos a soportar.
De ahí que se mantuvieran apartados como jamás lo habían hecho. Tras la derrota de Mackey Don Coley en 1971, demostraron una vez más su habilidad para cambiar de táctica. Danny había sido el causante de que les prestaran una atención indeseada y estaban firmemente decididos a que algo así no volviera a ocurrir. De ahí que se atrincheraran en Padgitt Island. Incrementaron los dispositivos de seguridad en el temor de que el siguiente sheriff, T. R. Meredith, o su sucesor, Tryce McNatt, pudieran ir por ellos. Recolectaban sus cosechas y las sacaban

clandestinamente de la isla en aviones, embarcaciones, furgonetas y camiones aparentemente cargados de madera.
Con su típica astucia, los Padgitt intuyeron la posibilidad de que el negocio de la marihuana pudiera llegar a ser demasiado peligroso y empezaron a desviar el dinero hacia actividades legales. Compraron una empresa de construcción de carreteras y rápidamente la convirtieron en una acredidata candidata a la adjudicación de proyectos gubernamentales. Compraron una fábrica de asfalto, otra de hormigón y graveras en toda la zona norte del estado. La construcción de carreteras era un negocio notoriamente corrupto en Misisipí, y los Padgitt sabían cómo participar en aquel juego.
Yo vigilaba aquellas actividades lo más de cerca que podía. Todo ello antes de la aprobación de la ley de Libertad de Información y de las leves de libertad de reunión. Conocía los nombres de algunas empresas que los Padgitt habían comprado, pero era prácticamente imposible seguirles la pista. No podía publicar nada ni escribir ningún articulo porque, a primera vista, todo era legal.
Esperé sin saber exactamente el qué. Danny Padgitt regresaría algún día y, cuando lo hiciera, quizá se limitara a desaparecer en el interior de la isla y no volver a dejarse ver jamás. O puede que hiciera otra cosa.

Pocas eran las personas que no iban a la iglesia en Clanton. Los que lo hacían sabían exactamente quiénes no asistían y solían invitarlos a «ir a la iglesia con nosotros». La despedida «Nos veremos el domingo» era casi tan habitual como «Venid a vernos a casa».
Durante mis primeros años en la ciudad fui machacado con esa clase de invitaciones. En cuanto se supo que el propietario y director del *Times* no concurría a la iglesia, me convertí en el paria más famoso de la ciudad. Así pues, decidí hacer algo al respecto.
Cada semana Margaret y yo preparábamos nuestra página de religión, que incluía un extenso listado de iglesias ordenadas según los distintos credos, unos cuantos anuncios de las congregaciones más prósperas e información sobre reuniones de evangelistas, sencillas cenas de hermandad e incontables otras actividades.
A partir de aquella página y de la guía telefónica, elaboré una lista de todas las iglesias del condado de Ford. Sumaban ochenta y ocho, pero los datos podían cambiar, pues las congregaciones se dividían a menudo y se iban de un sitio para aparecer en otro. Mi propósito era visitarlas todas, algo que nunca había hecho y que me permitiría formar parte del grupo de los que iban al templo.
Los credos eran muy variados y de lo más desconcertantes. ¿Cómo era posible que los protestantes, todos los cuales afirmaban seguir los mismos principios básicos, estuvieran tan divididos? Estaban

esencialmente de acuerdo en que: (I) Jesucristo era el hijo unigénito de Dios; (2) éste había nacido de una virgen; (3) había vivido una existencia perfecta; (4) había sido perseguido por los judíos, prendido y crucificado por los romanos; (5) había resucitado al tercer día y había ascendido posteriormente al cielo, (6) y algunos creían -aunque en eso había muchas variaciones que había que seguir a Jesús en el bautismo y en la fe para poder ir al cielo.

No había católicos, episcopalianos ni mormones. El condado era mayoritariamente baptista, pero los baptistas estaban muy fragmentados. Los pentecostales ocupaban el segundo lugar, y era evidente que estaban tan peleados entre sí como los baptistas.

En 1974 había yo iniciado mi épica aventura de visitar todas las iglesias del condado de Ford. La primera de ellas había sido la del Evangelio Completo del Calvario, una pendenciera asamblea de pentecostales que se reunía junto a un camino de grava a tres kilómetros de la ciudad. Tal como estaba anunciado, el oficio empezaba a las diez y media. Encontré sitio en el último banco, lo más lejos que pude del celebrante. Los parroquianos me saludaron cordialmente y enseguida se corrió la voz acerca de la presencia de un visitante de buena fe. No reconocí a nadie. El predicador Bob vestía traje blanco, camisa azul marino y corbata blanca, con su espeso cabello negro enrollado y fuertemente aplastado en la base del cráneo. Cuando facilitaba las noticias de la comunidad, la gente empezó a chillar. Todo el mundo agitaba las manos y gritaba durante los solos. Cuando una hora más tarde finalmente empezó el sermón, yo ya deseaba largarme. La perorata duró cincuenta y cinco minutos y me dejó confuso y exhausto. El edificio se estremecía cuando la gente pateaba el suelo y las ventanas vibraban cuando los presentes se sentían invadidos por el espíritu y elevaban sus gritos al cielo. Bob «impuso las manos» a tres enfermos aquejados de vagas dolencias y éstos afirmaron haber sido sanados. En determinado momento, un diácono se levantó y, en una sorprendente exhibición, empezó a decir algo en una lengua que yo jamás había oído. Apretó los puños, cerró fuertemente los ojos y soltó una retahíla. No era una simulación; no estaba fingiendo. A los pocos minutos, una chica del coro se levantó y empezó a traducirlo todo al inglés. Era una visión que Dios estaba enviando a través del diácono.

Entre los presentes había algunos cuyos pecados no habían sido perdonados.

-¡Arrepentíos! -gritaba Bob, y la gente inclinaba la cabeza.

¿Y si el diácono estuviera hablando de mí? Miré alrededor y vi que la puerta estaba cerrada y vigilada por otros dos diáconos.

Al final, la cosa empezó a perder fuelle y, dos horas después de haberme sentado, salí disparado del edificio. Necesitaba un trago.

Escribí un breve y simpático artículo acerca de mi visita al Evangelio Completo del Calvario y lo publiqué en la página de religión. Comenté la cálida atmósfera que se respiraba en el templo, el precioso solo interpretado por la señorita Helen Hatcher, el vigoroso sermón del reverendo Bob, etcétera.
Huelga decir que la iniciativa tuvo una acogida muy favorable.
Por lo menos dos veces al mes iba a la iglesia. Me sentaba con la señorita Callie y Esau y escuchaba el sermón de dos horas y doce minutos del reverendo Thurston Small (cronometraba todos los sermones). El más corto lo pronunció el pastor Phil Bish, de la Iglesia Metodista Unida de Karawav: diecisiete minutos. Aquella iglesia se llevó también un premio por ser la más fría. La caldera se había roto, estábamos en enero y puede que ello contribuyera a abreviar el sermón. Me senté al lado de Margaret en la Primera Iglesia Baptista de Clanton y escuché al reverendo Millard Stark pronunciar su sermón anual acerca de los pecados del alcohol. Mal momento había elegido, pues aquella mañana yo tenía una resaca descomunal y Stark no me quitaba los ojos de encima.
Encontré el Tabernáculo de la Cosecha en el cuarto trasero de una abandonada estación de servicio de Beech Hill. Permanecí sentado en compañía de otras seis personas mientras un exaltado proclamador de desastres llamado Peter el Profeta se pasaba casi una hora pegándonos gritos. Mi columna de aquella semana fue muy breve.
La Iglesia de Cristo de Clanton carecía de instrumentos musicales. La prohibición se basaba en las Sagradas Escrituras, según me explicaron más tarde. Se cantó un bellísimo solo al cual dediqué buena parte de mi columna. El oficio carecía de la menor emoción. En contraste, acudí a la capilla de Mount Pisgah de Lowtown, cuyo púlpito estaba rodeado de tambores, guitarras, trompetas y amplificadores. A modo de ejercicio de precalentamiento para el sermón, los feligreses montaron una animada sesión de cantos y bailes. La señorita Callie se refería a Mount Pisgah calificándola de «iglesia inferior».
El número sesenta y cuatro de mi lista era la iglesia Independiente de Calico Ridge, situada en las colinas del noreste del condado. Según los archivos del *Times*, en 1965 un tal Randy Bovice había sido mordido dos veces por una serpiente de cascabel durante un oficio celebrado un sábado por la noche. Bovice sobrevivió y durante un tiempo se prescindió de las serpientes. Sin embargo, la leyenda perduró y, a medida que aumentaba la popularidad de mi columna «Notas Eclesiales», varias veces me preguntaron si tenía intención de visitar Calico Ridge.
-Tengo el propósito de visitar todas las iglesias -era mi respuesta habitual.

-Es que allí no les gustan los visitantes -me advirtió Baggy.
Había sido acogido tan cordialmente en todas las iglesias, grandes o pequeñas, urbanas o rurales, que no acertaba a imaginar que unos cristianos pudieran mostrarse groseros con un visitante.
Y en Calico Ridge no es que fueran groseros, pero tampoco se alegraron demasiado de verme. Quería ver las serpientes, pero desde la seguridad del último banco. Fui un domingo por la noche, sobre todo porque, según la leyenda, no «sacaban a las serpientes» en horario diurno. En vano busqué semejante prohibición en la Biblia.
No se veía ni rastro de las serpientes. Hubo algunos ataques y convulsiones bajo el púlpito mientras el predicador nos exhortaba a «¡adelantarnos y gemir y llorar por los pecados!». El coro cantó y tarareó al ritmo de una guitarra eléctrica y un tambor y la reunión adquirió el carácter espectral de una antigua danza tribal. Estaba deseando largarme, sobre todo porque no había serpientes.
Más tarde vislumbré fugazmente un rostro que ya había visto en otras ocasiones. Era un rostro muy distinto, pálido, enjuto, demacrado, rematado por una cabellera entrecana. No lograba identificarlo, pero me resultaba familiar. El hombre estaba sentado en el segundo banco, al otro lado del pequeño relicario, aparentemente ajeno al caos que reinaba a su alrededor. A veces parecía rezar, pero otras permanecía sentado cuando los demás se levantaban. Quienes lo rodeaban lo aceptaban e ignoraban al mismo tiempo.
En determinado momento, se volvió y me miró fijamente. ¡Era Hank Hooten, el ex abogado que la había emprendido a tiros con la ciudad en 1971! se lo habían llevado en camisa de fuerza a un manicomio y, unos años más tarde, había corrido el rumor de que lo habían soltado. Sin embargo, nadie lo había visto.
Me pasé los dos días siguientes tratando de localizarlo. Mis llamadas al hospital psiquiátrico del estado no me llevaron a ninguna parte; Hank tenía un hermano en Shady Grove, que se negó a hablar. Intenté averiguar algo en Calico Ridge, pero, como era de esperar, nadie quiso decirle ni una sola palabra a un forastero como yo.

33

Muchos de los que acudían diligentemente al templo los domingos por la mañana se mostraban mucho menos fieles los domingos por la noche. Durante mi recorrido por las iglesias, he oído a muchos predicadores invitar a sus seguidores a regresar unas cuantas horas después para cumplir debidamente la observancia del día de descanso. Jamás conté las cabezas, pero, por regla general, aproximadamente la mitad de ellos así lo hacía. Asistí a algunos oficios del sábado por la

noche en un intento de presenciar algún pintoresco ritual como, por ejemplo, la utilización de serpientes o la curación de enfermedades o, en alguna ocasión, un «cónclave eclesial» en el cual se sometía a juicio a algún hermano descarriado y éste era condenado por desear a la mujer de otro hermano. Aquella noche mi presencia les molestó y el hermano descarriado se vio momentáneamente libre de la condena.
Por regla general, limitaba mi estudio de las religiones comparadas a las horas diurnas.
Había algunos que celebraban otro tipo de rituales los domingos por la noche. Harry Rex ayudó a un mexicano llamado Pepe a alquilar un edificio e inaugurar un restaurante a una manzana de distancia de la plaza. El local de Pepe alcanzó un éxito aceptable durante los años setenta con una comida correcta que siempre tendía un poco al exceso de picante. Pepe no resistía la tentación de poner ají en sus platos; le importaba un comino abrasar la garganta de sus clientes extranjeros.
Los domingos, las bebidas alcohólicas estaban absolutamente prohibidas en el condado de Ford. No se vendían ni en las tiendas ni se servían en los restaurantes. Pepe tenía en la trastienda una mesa alargada y una puerta que se podía cerrar con llave. Permitía que Harry Rex y sus invitados la utilizaran y comieran y bebieran todo lo que quisieran. Sus margaritas eran especialmente apetitosos.
Disfrutábamos de muchas comidas con platos picantes llenos de colorido, todos ellos regados con margaritas muy fuertes. Solíamos ser unos doce, todos hombres, todos jóvenes y, aproximadamente la mitad, casados. Harry Rex nos amenazaba con quitarnos la vida en caso de que le habláramos a alguien del cuarto trasero de Pepe.
La policía municipal de Clanton practicó una vez una redada, pero de repente, Pepe no pudo articular ni una sola palabra en inglés. La puerta del cuarto trasero estaba cerrada y parcialmente oculta. Pepe apagó las luces y, por espacio de veinte minutos, aguardamos en la oscuridad sin dejar de beber mientras oíamos a los agentes tratar de comunicarse con Pepe. La verdad es que no sé por qué razón nos preocupábamos. El juez municipal era un abogado llamado Harold Finkley que, sentado al fondo de la mesa, ya iba por el cuarto o el quinto margarita.
Aquellas noches en el restaurante de Pepe eran a menudo tremendamente largas y ruidosas, y para cuando finalizaban, ninguno estaba en condiciones de sentarse al volante. Yo me iba a pie a mi despacho y me tumbaba a dormir en el sofá. Allí estaba, durmiendo la mona de tequila, cuando sonó el teléfono pasada la medianoche. Era un reportero amigo mío que trabajaba en el gran diario de Memphis.
-¿Vas a cubrir mañana la vista para la libertad condicional? -me preguntó.
-¿Mañana? -balbucí.

-Mañana, 18 de septiembre -dijo muy despacio.
Estaba razonablemente seguro de que el año era 1978.
-¿De qué vista de libertad condicional me hablas? -pregunté, tratando desesperadamente de despertarme y de coordinar un par de ideas.
-De la de Danny Padgitt. ¿Es que no te habías enterado?
-¡Pues no, maldita sea!
-Está fijada para las diez de la mañana en Parchman.
-¡Estás de guasa!
-No, hombre, no. Acabo de enterarme. Está claro que estas cosas no las anuncian.
Permanecí un buen rato sentado en la oscuridad, maldiciendo una vez más el atraso de un estado que gestionaba unos asuntos tan importantes de una manera tan ridícula. ¿Cómo era posible que se considerase tan siquiera la posibilidad de concesión de libertad condicional a Danny Padgitt? Habían transcurrido ocho años desde el asesinato y su condena: dos cadenas perpetuas de por lo menos diez años cada una. Eso implicaba un mínimo de veinte años de reclusión, en nuestra opinión.
Regresé a casa en mi automóvil sobre las tres de la mañana, dormí un sueño muy agitado durante un par de horas y después desperté a Harry Rex, con quien apenas se podía hablar de nada. Llevé unas empanadas de salchicha y café muy cargado para reunirme con él en su despacho, a eso de las siete. Ambos estábamos de muy mal humor y, mientras examinábamos sus textos jurídicos, soltamos palabras muy duras e incluso insultos, no el uno contra el otro sino contra el confuso e ineficaz sistema de libertad condicional aprobado por una legislatura de hacía treinta años. Las pautas estaban muy mal definidas y dejaban amplio espacio para que los políticos y sus beneficiarios hiciesen lo que les viniera en gana.
Puesto que casi todos los ciudadanos cumplidores de la ley no tenían el menor contacto con el sistema de libertad condicional, éste no constituía ninguna prioridad para la legislatura estatal, y, puesto que casi todos los reclusos del estado eran pobres o eran negros y no podían utilizar dicho sistema en su propio beneficio, resultaba fácil castigarlos con duras sentencias y mantenerlos encerrados. En cambio, para un recluso que tuviera unas cuantas conexiones y un poco de dinero, el sistema de libertad condicional constituía un maravilloso laberinto de leyes contradictorias que permitía a la junta encargada de concederla favorecer a quien quisiera.
En algún punto situado entre el sistema judicial, el sistema penal y el sistema de libertad condicional, las dos condenas consecutivas a cadena perpetua se habían convertido en dos condenas

«concurrentes». Es decir, estaban situadas no la una detrás de la otra sino la una al lado de la otra, trató de explicarme Harry Rex.
-Y eso, ¿para qué sirve?
-Se utiliza en casos en los que a un acusado se le imputan varios delitos. Las condenas consecutivas podrían suponerle ochenta años de reclusión, pero una sentencia justa suele ser de diez. Y entonces las condenas se cumplen paralelamente.
Meneé nuevamente la cabeza en gesto de reproche y eso lo irritó.
Al final, conseguí que el sheriff Tryce McNatt se pusiera al teléfono. Hablaba como si tuviese una resaca tan fuerte como la nuestra, a pesar de que era absolutamente abstemio. McNatt no sabía nada de la vista sobre la libertad condicional. le pregunté si pensaba asistir, pero su jornada ya estaba ocupada por muchas reuniones importantes.
Hubiera llamado al juez Loopus, pero éste ya llevaba seis años muerto. Ernie Caddis se había retirado y se había ido a pescar a las Smoky Mountains. Su sucesor, Kufus Buckley, vivía en el condado de Tyler y su número de teléfono no figuraba en la guía.
A las ocho en punto subí a mi automóvil con un bizcocho y una taza de café frío.

A una hora de carretera al oeste del condado de Ford el terreno se allanaba visiblemente y se iniciaba el Delta. Era una región rica por sus cultivos, pero pobre por las condiciones de vida de sus habitantes. Sin embargo, no estaba de humor para contemplar el panorama ni hacer comentarios de carácter social. Estaba demasiado nervioso por el hecho de presentarme por sorpresa a una vista clandestina sobre la concesión de un régimen de libertad condicional.
Y también me sentía nervioso por el hecho de estar a punto de poner los pies en Parchman, un infierno legendario.
Pasadas dos horas, vi unas vallas junto a unos campos de cultivo y, a continuación, una alambrada de púas. No tardó en aparecer un letrero de señalización y giré hacia la entrada principal. Comuniqué al guardia de la garita que era un reportero desplazado hasta allí para una vista de libertad condicional.
-Todo recto y a la izquierda, segundo edificio -me dijo amablemente mientras anotaba mi nombre.
Muy cerca de la carretera había una serie de edificios y una hilera de casas adosadas de madera que habrían encajado a la perfección en cualquier calle de los Arces de Misisipí. Opté por el edificio de Administración A y entré corriendo en busca de la primera secretaria que pudiera encontrar. La localicé y me envió al segundo piso del edificio de al lado. Eran aproximadamente las diez.

Había unas cuantas personas al final del pasillo, delante de una sala: un guardia de la prisión, un agente de la policía estatal y otro hombre con un traje muy arrugado.
-Vengo para una vista de libertad condicional -anuncié.
-Aquí dentro -me dijo el guardia, señalándome la puerta.
Abrí sin llamar, tal como hubiera hecho cualquier intrépido reportero y entré en la sala. Acababan de reunirse y mi presencia resultaba inesperada.
Había cinco miembros de la Junta de Libertad Condicional, sentados detrás de una mesa ligeramente elevada con las placas de sus nombres delante. Junto a otra mesa se sentaban los Padgitt: Danny, su padre, su madre, un tío y Lucien Wilbanks. Delante de ellos y detrás de otra mesa se sentaban varios secretarios y funcionarios de la junta y de la prisión.
Todos me miraron al verme aparecer de repente. Mis ojos se clavaron en los de Danny Padgitt y, por un instante, ambos conseguimos transmitirnos nuestro mutuo desprecio.
-¿Puedo ayudarle en algo? -me preguntó a regañadientes un voluminoso sujeto muy mal vestido situado en el centro de los miembros de la junta. Se llamaba Barrett Ray Jeter y era el presidente. Al igual que los otros cuatro, había sido nombrado a dedo por el gobernador en agradecimiento por su labor de captación de votos.
-He venido para la vista de Padgitt -dije.
¡Es un reportero! -exclamó Lucien desde el lugar donde se encontraba.
Por un instante temí que fueran a detenerme de inmediato y a encerrarme en la cárcel, condenado a cadena perpetua.
-¿Por cuenta de quién? -preguntó Jeter.
-Del *Ford County Times* -contesté.
-¿Su nombre?
-Willie Traynor.
Miré a Lucien con expresión de furia mientras él me observaba con el entrecejo fruncido.
-Ésta es una vista a puerta cerrada, señor Traynor -dijo Jeter.
El reglamento no aclaraba muy bien la cuestión de las vistas a puerta abierta o cerrada, por lo que tradicionalmente no se solía armar demasiado alboroto al respecto.
-¿Quién tiene derecho a asistir? -pregunté.
-La Junta de Libertad Condicional, el candidato a dicha libertad, su familia, sus testigos, su abogado y cualquier otro testigo que pueda presentar la otra parte.
La «otra parte» significaba la familia de la víctima que, en aquel ambiente, parecían los malos.
-¿Y qué me dice del sheriff de nuestro condado? -pregunté.
-También está invitado -contestó Jeter.

-A nuestro sheriff no se le ha notificado. He hablado con él hace tres horas. De hecho, en el condado de Ford nadie sabía nada acerca de esta vista hasta pasada la medianoche de ayer.
Mis palabras dieron lugar a que varios miembros de la junta se rascaran la cabeza. Los Padgitt se apretujaron alrededor de Lucien.
Por un proceso de eliminación, deduje rápidamente que para asistir al espectáculo tendría que convertirme en testigo. Dije con toda la fuerza y la claridad que pude:
-Bueno, puesto que aquí no hay nadie más del condado de Ford en representación de la otra parte, soy testigo.
-Usted no puede ser simultáneamente reportero y testigo -apuntó Jeter.
-¿Dónde está escrito eso en el Código de Misisipí? -pregunté, agitando en la mano los ejemplares de textos jurídicos que me había facilitado Harry Rex.
Jeter señaló con un movimiento de la cabeza a un joven vestido con traje oscuro, que dijo amablemente:
Soy el abogado de la Junta de Libertad Condicional. Puede declarar en esta vista, señor Traynor, pero no puede informar acerca de ella.
Tenía la intención de informar acerca de todos los detalles de la vista y protegerme después echando mano de la Primera Enmienda relativa a la libertad de expresión, asociación y prensa.
-Como quiera -dije-. Las normas las dictan ustedes. En menos de un minuto se habían trazado las fronteras; yo me encontraba a un lado y todos los demás al otro.
-Prosigamos -dijo Jeter mientras yo tomaba asiento junto a un puñado de espectadores.
El abogado de la Junta de Libertad Condicional presentó un informe. Expuso los pormenores esenciales de la sentencia de Padgitt y se cuidó muy bien de no utilizar los adjetivos «consecutivo» o «concurrente». Sobre la base de la conducta «ejemplar» del recluso, podía considerarse que éste se había hecho acreedor a los beneficios derivados de ella, un concepto muy vago que se había sacado de la manga el sistema de libertad condicional, y no los legisladores del estado. Si se restaba el tiempo que el recluso se había pasado en la prisión del condado a la espera del juicio en régimen de prisión preventiva, cumplía ya las condiciones para obtener la libertad condicional.
La encargada del caso de Danny soltó una parrafada sobre sus relaciones con el recluso, y terminó expresando la gratuita opinión según la cual éste «se sentía profundamente arrepentido», estaba «plenamente reinsertado» y ya no constituía la «menor amenaza para la sociedad», e incluso estaba preparado para convertirse en un «ciudadano plenamente productivo».

No pude por menos que preguntarme cuánto habría costado todo aquello. Y cuánto tiempo habrían tardado los Padgitt en encontrar los bolsillos apropiados.
Lucien fue el siguiente. Sin nadie -ni Gaddis, ni el sheriff McNatt, ni siquiera el pobre Hank Hooten- que pudiera contradecirlo o incluso desautorizarlo, efectuó un imaginario recuento de las circunstancias de los delitos y, en particular, de la declaración de una testigo de coartada «a toda prueba», Lydia Vince. Según su reconstruida versión del juicio, el jurado había estado a punto de emitir un veredicto de inocencia. Estuve tentado de arrojarle algún objeto y ponerme a vociferar. Puede que con eso hubiera conseguido que se comportara por lo menos con una cierta honradez.
Deseé gritarle: «¿Cómo es posible que esté tan arrepentido si es tan inocente?»
Lucien se quejó del proceso y de lo injusto que éste había sido. Se echó noblemente la culpa por no haber insistido lo suficiente en la necesidad de un cambio de tribunal a otra parte del estado donde la gente fuera más imparcial e ilustrada. Cuando finalmente se calló, me pareció que dos miembros de la junta se habían quedado dormidos.
La señora Padgitt declaró a continuación. Habló de las cartas que ella y su hijo se habían intercambiado en el transcurso de aquellos ocho largos años. A través de sus cartas lo había visto madurar, había visto el fortalecimiento de su fe y le había visto anhelar la libertad para poder servir mejor al prójimo. ¿Tal vez para poder servirle una mezcla más fuerte de droga? ¿O quizás un whisky de maíz más puro?
Puesto que se esperaban unas lágrimas, ella nos ofreció unas lágrimas. Todo formaba parte del espectáculo y no parecía ejercer demasiado efecto en la junta. De hecho, mientras contemplaba los rostros de sus miembros, tuve la impresión de que éstos ya hacía tiempo que habían tomado una decisión.
Danny intervino en último lugar y supo moverse con mucha habilidad entre la negación de sus delitos y la manifestación del profundo remordimiento que éstos le inspiraban.
-He aprendido de mis errores -dijo, como si la violación y el asesinato hubieran sido unos simples deslices que no hubiesen causado el menor daño a nadie-. Los he superado con creces.
En la cárcel había sido un auténtico torbellino de energía positiva: ofreciéndose voluntariamente a trabajar en la biblioteca, cantando en el coro, colaborando en el rodeo de Parchman, organizando grupos para ir a las escuelas y asustar a los niños para que se mantuvieran apartados del delito.

Dos miembros de la junta escuchaban. Uno seguía durmiendo. Los otros dos permanecían sentados como si estuvieran sumidos en una meditación trascendental, con el cerebro aparentemente muerto.
Danny no derramó ninguna lágrima, pero terminó con una apasionada súplica en favor de su puesta en libertad.
-¿Cuántos testigos hay en representación de la otra parte? -preguntó Jeter.
Me levanté, miré alrededor y, al no ver a nadie más del condado de Ford, contesté:
-Creo que sólo estoy yo.
-Adelante, señor Traynor.
No sabía qué decir y tampoco sabía qué era aceptable o impugnable en un foro como aquél. Pero, basándome en lo que acababa de oír, pensé que podía decir lo que me saliera de las narices. El gordinflón de Jeter sin duda me llamaría al orden en caso de que me atreviera a pisar territorio prohibido.
Miré a los miembros de la junta, hice todo lo posible por ignorar las dagas de los Padgitt y me lancé a una descripción extremadamente gráfica de la violación y el asesinato. Descargué cuanto conseguí recordar e hice especial hincapié en el hecho de que los dos niños hubieran presenciado en todo o en parte el ataque.
Esperaba constantemente que Lucien protestara, pero sólo hubo silencio en el bando contrario. Los previamente comatosos miembros de la junta se habían animado de golpe y me estudiaban detenidamente mientras asimilaban los espeluznantes detalles del asesinato. Describí las heridas. Pinté la desgarradora escena de la muerte de Rhoda en brazos del señor Deece mientras decía: “Ha sido Danny Padgitt. Ha sido Danny Padgitt…”
Llamé embustero a Lucien y me burlé del recuerdo que éste conservaba del juicio. El jurado había tardado menos de una hora en declarar culpable al acusado, expliqué. Y, con una memoria de la que hasta yo mismo me sorprendí, describí la penosa actuación de Danny en el banquillo de los testigos: sus mentiras para cubrir las mentiras; su absoluta falta de sinceridad.
-Deberían haberlo acusado de perjurio -añadí-. Y, cuando terminó su declaración, en lugar de regresar a su asiento, se acercó a la tribuna del jurado, agitó el dedo ante los rostros de sus miembros y dijo: “Si me declaran culpable, acabaré con todos y cada uno de ustedes.”
Un miembro de la junta, el señor Horace Adler, se incorporó de golpe en su asiento y preguntó impulsivamente:
-¿Es eso cierto?
-Consta en acta -me apresuré a responder antes de que Lucien tuviera ocasión de volver a mentir.

Este ya se estaba levantando muy despacio.
-¿Es eso cierto, señor Wilbanks? -insistió Adler.
-¿Amenazó al jurado? -preguntó otro miembro de la junta.
Tengo la transcripción -dije-. Tendré sumo gusto en enviársela.
-¿Es eso cierto? -preguntó Adler por tercera vez.
-Había trescientas personas en la sala -proseguí, mirando fijamente a Lucien y diciéndole con los ojos: «No lo hagas. No se te ocurra mentir.»
-Cállese, señor Traynor -dijo un miembro de la junta. -Consta en acta -repetí.
-¡Ya basta! -gritó Jeter.
Mientras se levantaba, Lucien trató de buscar una respuesta. Todo el mundo esperaba.
-No recuerdo todo lo que se dijo -dijo mientras yo soltaba un sonoro bufido-. Quizá mi cliente dijese algo en este sentido, pero fue un momento cargado de tensión y, en el ardor de la batalla..., sí, puede que dijera algo en este sentido. Pero, considerado en el contexto...
-¡Contexto, un cuerno! -grité, adelantándome un paso hacia Lucien como si estuviera a punto de soltarle un puñetazo. Un guardia se interpuso y me contuve-. ¡Consta en la transcripción del juicio! -añadí en tono airado-. ¿Cómo les permiten ustedes que mientan de esta manera tan descarada? ¿Acaso no quieren conocer la verdad?
-¿Alguna otra cosa, señor Traynor? -preguntó jeter.
-¡Sí! Espero que esta junta no se burle de nuestro sistema y conceda la libertad a este hombre después de ocho años. Tiene suerte de estar sentado aquí en lugar de estarlo en el corredor de la muerte, que es el lugar que le corresponde. Y espero que la próxima vez que celebren una vista sobre su libertad condicional, si es que hay una próxima vez, tengan a bien invitar a algunas de las buenas gentes del condado de Ford. A lo mejor, al sheriff; a lo mejor, al fiscal. ¿Y no se lo podrían comunicar a los miembros de la familia de la víctima? Tienen derecho a estar aquí para que ustedes puedan ver sus rostros cuando suelten a este asesino.
Me senté, echando chispas. Miré con rabia a Lucien Wilbanks y llegué a la conclusión de que lo odiaría con toda mi alma durante el resto de su vida o bien de la mía, dependiendo de quién la palmara primero. Jeter anunció un breve receso, y entonces pensé que necesitaban un poco de tiempo para reunirse en algún cuarto trasero a contar el dinero. Tal vez llamaran al señor Padgitt para pedirle un poco más de pasta para uno o dos miembros de la junta. Con la intención de irritar al abogado de ésta, me dediqué a llenar páginas de notas con vistas al artículo que se me había prohibido escribir.

Tuvimos que esperar treinta minutos para que volvieran a entrar en la sala, todos ellos con cara de sentirse culpables de algo. Jeter pidió una votación. Dos votaron a favor de la libertad condicional, dos en contra y uno se abstuvo.
-Esta vez se deniega la libertad condicional -anunció Jeter, y la señora Padgitt rompió a llorar y abrazó a Danny antes de que se lo llevaran.
Lucien y los Padgitt pasaron por delante de mí mientras abandonaban la sala. No les presté la menor atención y me limité a mirar al suelo, agotado, todavía bajo los efectos de la resaca y conmocionado por la negativa.
-A continuación, tenemos a Charles D. Bowie -anunció Jeter, y de inmediato se produjo un revuelo alrededor de las mesas mientras acompañaban al siguiente candidato. Oí algo acerca de un delito sexual, pero estaba demasiado cansado para que me interesara. Al final, abandoné la sala y bajé por el pasillo esperando hasta cierto punto que los Padgitt se enfrentaran conmigo, lo cual me habría parecido muy bien, pues prefería terminar de una vez por todas con aquel asunto.
Pero se habían dispersado y no vi ni rastro de ellos mientras dejaba el edificio y cruzaba en mi automóvil la entrada principal para regresar a Clanton.

34

La noticia de la vista sobre la libertad condicional se publicó en la primera plana de The Ford County *Times*. llené el artículo con todos los detalles que fui capaz de recordar y, en la quinta página, me desmandé con un artículo tremendamente crítico acerca del procedimiento en su conjunto. Envié un ejemplar a cada uno de los miembros de la junta y a su abogado. Dominado por la furia, envié también un ejemplar de cortesía a todos y cada uno de los legisladores del estado, el fiscal general, el subgobernador y el gobernador. Casi todos lo ignoraron, pero no así el abogado de la junta.
Este me escribió una larga carta en la que me manifestaba su profunda preocupación por mi «deliberada infracción de las normas de la Junta de Libertad Condicional». Estaba estudiando la posibilidad de celebrar una reunión con el fiscal general en la cual ambos «examinarían la gravedad de mis actos» y probablemente emprenderían una acción legal que conduciría a «consecuencias de muy largo alcance».
Mi abogado Harry Rex me había asegurado que la política de reuniones secretas de la Junta de Libertad Condicional era a todas luces inconstitucional y suponía una clara violación de la Primera Enmienda,

por lo que gustosamente me defendería ante un tribunal federal. A cambio de unos módicos honorarios, naturalmente.
Durante un mes intercambié acaloradas misivas con el abogado de la junta hasta que éste pareció perder el interés en demandarme.
Rafe, el principal picapleitos de Harry Rex, tenía un compinche llamado Buster, un corpulento vaquero de tórax poderoso que llevaba una pistola en cada bolsillo. Contraté a Buster por cien dólares semanales para que fingiese que era mi gorila personal. Se pasaba varias lloras al día montando guardia cerca del despacho o bien sentado en el camino de la entrada de mi casa o en una de las galerías, en cualquier lugar donde la gente pudiese verlo y pensase que Willie Traynor era lo bastante importante para llevar guardaespaldas. Como los Padgitt se acercaran a pegarme un tiro, por lo menos recibirían algo a cambio.

Tras pasarse varios años engordando e ignorando las advertencias de sus médicos, la señorita Callie dio finalmente su brazo a torcer y, después de una visita especialmente desagradable a su clínica, anunció a Esau que iba a ponerse a régimen: mil quinientas calorías diarias, excepto los jueves, loado fuera Dios. Transcurrió un mes sin que yo notara la menor pérdida de peso. Sin embargo, al día siguiente de la publicación del artículo sobre la vista de la libertad condicional en el *Times*, pareció haber adelgazado de repente veinticinco kilos.
Ya no freía los pollos, sino que los asaba. En lugar de mezclar las patatas con mantequilla y crema de leche y cubrirlas con salsa, las hervía. Todo seguía estando muy sabroso, pero mi organismo ya se había acostumbrado a su dosis semanal de grasa.
Después de la oración, le entregué dos cartas de Sam. Como siempre, las leyó de inmediato mientras me abalanzaba sobre la comida. Y, como siempre, sonrió, se rió y, finalmente, se enjugó una lágrima.
-Está muy bien -me dijo, y era verdad.
Con la típica tenacidad de los Ruffin, Sam había terminado su primer grado universitario en Económicas y estaba ahorrando dinero para matricularse en Derecho. Echaba mucho de menos su casa y estaba harto del mal tiempo. En resumidas cuentas, echaba de menos a su mamá. Y la comida de ésta.
El presidente Carter había concedido la amnistía a los desertores y Sam se debatía entre la decisión de quedarse en Canadá y la de regresar a casa. Muchos de sus amigos expatriados pensaban quedarse allí arriba y solicitar la nacionalidad canadiense, y él se dejaba influir mucho por ellos. Además, había de por medio una mujer, aunque eso no se lo había dicho a sus padres.

A veces empezábamos por los anuncios, pero a menudo lo hacíamos por las notas necrológicas e incluso los anuncios clasificados. Puesto que se lo leía todo, la señorita Callie sabía quién vendía una nueva camada de beagles y quién quería comprar una buena segadora mecánica de segunda mano. Y, puesto que leía palabra por palabra todas las semanas, también sabía cuánto tiempo llevaba en venta una determinada finca o una caravana. Conocía el precio y el valor de las cosas. Pasaba, por ejemplo, un automóvil por la calle durante la comida.
-¿Qué modelo es ése? -me preguntaba.
-Un Plymouth Duster del 71 -contestaba yo.
Dudaba un segundo y después decía:
-Si se halla en buen estado, ronda los dos mil quinientos dólares.
En cierta ocasión, Stan Atcavage necesitaba vender una pequeña embarcación de pesca de siete metros y medio de eslora que había restaurado. Llamé a la señorita Callie.
-Pues sí, un señor de Karaway buscaba una hace tres semanas.
Busqué en los clasificados atrasados y encontré el anuncio. Al día siguiente, Stan le vendió al hombre la embarcación.
Le encantaban los avisos judiciales, una de las secciones más lucrativas del periódico. Escrituras, ejecuciones de hipotecas, demandas de divorcio, cuestiones testamentarias, anuncios de quiebras, vistas de anexiones de bienes; la ley exigía que se publicaran en el periódico del condado docenas de anuncios legales. Nosotros los acaparábamos todos y cobrábamos unas tarifas muy elevadas.
-Veo que se está validando el testamento del señor Everett Wainwright -dijo.
-Recuerdo vagamente su nota necrológica -dije con la boca llena-. ¿Cuándo murió?
-Hace cinco o tal vez seis meses. La nota necrológica no fue gran cosa.
-Es que tengo que trabajar con el material que me facilita la familia. ¿Lo conocía?
-Fue durante muchos años el propietario de una tienda de ultramarinos cercana a las vías del tren.
Por el tono de su voz adiviné que el señor Everett Wainwright le importaba un bledo.
-¿Era bueno o malo?
-Tenía dos listas de precios, una para los blancos y otra, más cara, para los negros. Los productos nunca llevaban el precio marcado y él era el único cajero. Un cliente blanco le decía: «Oiga, señor Wainwright, ¿cuánto vale este bote de leche condensada?» Y él contestaba: «Treinta y ocho centavos.» Un minuto después yo le decía: «Perdone, señor Wainwright, pero ¿cuánto vale este bote de leche condensada?» Y él

contestaba: «Cincuenta y cuatro centavos.» Lo hacía sin inmutarse. Le daba igual.
Yo llevaba casi nueve años oyendo historias de los viejos tiempos. A veces pensaba que ya me las sabía todas de memoria, pero el repertorio de la señorita Callie era interminable.
-¿Y por qué compraba allí?
Era la única tienda donde podíamos comprar. El señor Monty Griffin tenía una mucho mejor detrás del viejo cine, pero, hasta hace veinte años, no podíamos entrar allí.
-¿Quién se lo impedía?
-El señor Monty Griffin. No le importaba que tuvieras dinero, no quería a ningún negro en su tienda.
-¿Y al señor Wainwright eso no le importaba?
-Vaya si le importaba. No nos quería, pero aceptaba nuestro dinero.
Me contó la historia de un chico negro que solía haraganear cerca de la tienda hasta que un día el señor Wainwright lo echó de allí a escobazos. En venganza, el chico se pasó mucho tiempo robando una o dos veces al año en la tienda sin que jamás lo atraparan. Robaba cigarrillos y caramelos y rompía todos los palos de las escobas.
-¿Es cierto que dejó todo el dinero a la Iglesia metodista? -me preguntó.
-Eso se rumorea.
-¿Cuánto?
-Unos cien mil dólares.
-La gente dice que con eso se quería pagar la entrada al cielo -dijo.
Hacía mucho tiempo que había dejado de sorprenderme la cantidad de chismes de los que la señorita Callie se enteraba desde el otro lado de las vías del tren. Muchas de sus amigas trabajaban como amas de llaves en casas de blancos, y las sirvientas siempre se enteran de todo.
Por segunda vez quiso centrar la conversación en el tema del más allá. La señorita Callie estaba muy preocupada por mi alma. Lamentaba el que no me hubiera convertido debidamente en cristiano; el que no hubiera «vuelto a nacer» o no me hubiera «salvado». Mi bautismo infantil, perdido en mi memoria, era absolutamente insuficiente en su opinión. Cuando una persona alcanzaba cierta edad, la «edad de la razón», para «salvarse» de la condenación eterna en el infierno era preciso que avanzara por el pasillo central de una iglesia (la más apropiada era tema de constantes debates) y hacer una pública profesión de fe en Jesucristo.
La señorita Callie soportaba una pesada carga por el hecho de que yo no lo hubiera hecho.
Tras visitar setenta y siete templos distintos, tenía que reconocer que la inmensa mayoría de habitantes del condado de Ford compartían sus creencias. Pero había ciertas variaciones. La Iglesia de Cristo era una

secta muy poderosa. Sus miembros se aferraban a la extraña idea de que ellos, y sólo ellos, estaban destinados al ciclo. En su opinión, todas las demás iglesias predicaban «doctrinas sectarias». Como muchas otras sectas, creían también que, una vez alcanzada la salvación, una persona podía condenarse por su mala conducta. Los baptistas, el credo más popular, se mantenían firmes en la creencia de que «una vez salvados, salvados para siempre».
Semejante creencia resultaba bastante consoladora para muchos baptistas descarriados que yo conocía en la ciudad.
Sin embargo, aún había esperanza para mí. A la señorita Callie le encantaba que fuera a la iglesia y asimilara el Evangelio. Estaba convencida, y rezaba constantemente por ello, de que un día el Señor se inclinaría hacia mi y me tocaría el corazón. Entonces optaría por seguirlo y ella y yo pasaríamos juntos toda la eternidad.
La señorita Callie vivía de veras para el día en que se fuera al «hogar de la gloria».
-El reverendo Small presidirá este domingo la Cena del Señor -me decía. Era su invitación semanal a acompañarla a la iglesia. El reverendo Small y sus largos sermones eran superiores a mis fuerzas.
-Gracias, pero este domingo también tengo que hacer una investigación -contestaba yo.
-Dios le bendiga. ¿Dónde?
-En la Primitiva Iglesia Baptista de Maranatha.
-Jamás he oído hablar de ella.
-Figura en la guía telefónica.
-¿Dónde está?
-Allá abajo, por Dumas, creo.
-¿Negra o blanca?
-No lo sé muy bien.

La número setenta y ocho de mi lista, la Primitiva iglesia Baptista de Maranatha, era una pequeña joya al pie de una colina y a la orilla de un arroyo, a la sombra de unos robles de por lo menos doscientos años. Se trataba de un pequeño edificio de madera pintada de blanco, estrecho y alargado, con un tejado de cinc muy inclinado y una torre roja tan alta que se perdía entre las copas de los robles. La puerta estaba abierta de par en par, invitando a entrar a todo el mundo. Una piedra angular tenía grabada la fecha de 1813.
Me senté en el último banco, mi lugar de costumbre, al lado de un caballero muy bien vestido tan vetusto como el templo. Aquella mañana conté otros cincuenta y seis feligreses. Las ventanas estaban abiertas y, en el exterior, una suave brisa agitaba las hojas de los árboles y suavizaba las asperezas de una mañana un tanto ajetreada. La gente

llevaba un siglo y medio reuniéndose allí, sentándose en los mismos bancos, contemplando a través de las mismas ventanas los mismos árboles y adorando al mismo Dios. El coro -integrado por ocho voces- entonó un dulce himno y me sentí transportado a otro siglo.

El pastor era un amable joven llamado J. B. Cooper. Había hablado con él un par de veces cuando iba de acá para allá tratando de reunir datos para las notas necrológicas. Una de las ventajas adicionales de mi recorrido por las iglesias del condado era la ocasión que ello me ofrecía de conocer a todos los ministros, lo cual contribuía sin duda a conferir más sabor a mis notas necrológicas.

El pastor Cooper echó un vistazo a su rebaño y observó que yo era el único visitante. Me llamó por mi nombre, me saludó y expresó en broma su esperanza de que hiciera un comentario favorable en el *Times*. Después de cuatro años de recorrido y de setenta y siete pintorescas y generosas «Notas Eclesiales», me habría sido imposible entrar en una iglesia sin que nadie reparara en mi presencia.

Jamás sabía qué esperar en aquellas iglesias rurales. Los sermones solían ser largos y pesados, y muchas veces me preguntaba cómo era posible que aquellas buenas gentes soportaran semana tras semana aquellas severas reprimendas. Muchos predicadores se mostraban casi sádicos en sus condenas de cualquier cosa que pudieran haber hecho sus feligreses durante la semana. Todo era pecado en el Misisipí rural, y no sólo faltar a los mandamientos. Había oído severas condenas de la televisión, el cine, las partidas de cartas, las revistas populares, el deporte, los uniformes de las animadoras de los equipos, la integración racial, las iglesias mixtas, Disney -porque su programa coincidía con las noches dominicales-, el baile, la bebida, las relaciones extramatrimoniales, todo, en general.

El pastor Cooper, en cambio, hablaba de paz. Su sermón de veintiocho minutos giró en torno a la tolerancia y el amor. El amor era el principal mensaje de Jesucristo. Lo único que Cristo quería de nosotros era que nos amáramos los unos a los otros. Para la llamada al altar entonamos tres estrofas de *Tal como soy*, pero nadie se acercó. Estaba claro que aquella gente había avanzado muchas veces por el pasillo.

Como siempre, al terminar me quedé unos minutos a conversar con el pastor. Le dije que el oficio me había gustado mucho, cosa que siempre decía tanto si era verdad como si no, y anoté los nombres de los componentes del coro para citarlos en mi columna. Los feligreses se mostraban sinceramente cordiales y amables, pero, a aquellas alturas de mi recorrido, querían charlar por los codos y comunicarme pequeños y valiosos detalles que tal vez acabaran en letra impresa. «Mi abuelo instaló el tejado de este edificio en 1902.» «El tornado del treinta y ocho

pasó directamente por encima de nosotros durante la ceremonia de renovación de la fe del verano.»
Mientras abandonaba el edificio, vi que empujaban a un hombre en una silla de ruedas por la rampa de los discapacitados. Era un rostro que había visto en otras ocasiones y me acerqué para saludarlo. Estaba claro que Lenny Fargarson, el lisiado, el jurado número siete u ocho, había empeorado. Durante el juicio de 1970 podía caminar, aunque el espectáculo no fuera precisamente agradable. Ahora iba en silla de ruedas. Su padre se presentó. Su madre se estaba despidiendo una vez más de un grupo de señoras.
-¿Tiene un minuto? -me preguntó Fargarson.
En Misisipí, semejante pregunta significaba en realidad: «Tenemos que hablar y puede que nos lleve un buen rato.» Me senté en un banco bajo uno de los robles. Su padre acercó la silla y nos dejó solos.
-Leo su periódico todas las semanas -dijo-. ¿Cree que Padgitt saldrá en libertad?
-Estoy seguro. Sólo es cuestión de cuándo. Puede solicitar una vez al año la libertad condicional.
-¿Volverá aquí, al condado de Ford?
Me encogí de hombros porque no tenía ni idea.
-Probablemente. Los Padgitt están muy apegados a su tierra.
Reflexionó en ello. Estaba tan demacrado y encorvado como un anciano. Si la memoria no me engañaba, debía de tener unos veinticinco años cuando se había celebrado el juicio. Éramos aproximadamente de la misma edad, aunque él parecía el doble de viejo. me habían contado la historia de su desgracia, una lesión en un aserradero.
-¿Tiene miedo? -le pregunté.
-Yo no tengo miedo de nada, señor Traynor -contestó sonriendo-. El Señor es mi pastor.
-En efecto -dije yo, recordando todavía el sermón.
Debido a su estado físico y a su silla de ruedas, no resultaba fácil interpretar a Lenny. Su fe era muy grande, pero, aun así, por un instante me pareció percibir en él una cierta inquietud.
En ese momento, la señora Fargarson se acercaba a nosotros.
-Estará usted allí cuando lo pongan en libertad? -preguntó Lenny.
-Me gustaría, pero no se muy bien cómo se hace eso.
-¿Me llamará cuando sepa que lo han soltado?
-Por supuesto que sí.

La señora Fargarson había preparado carne perdigada para el almuerzo del domingo y se negó en redondo a aceptar un no por respuesta. Me había entrado de repente un apetito canino y, como de costumbre, en

Hocutt House no había nada que resultara mínimamente apetecible. Mi habitual comida del domingo consistía en un bocadillo frío y una copa de vino en una de las galerías laterales de la casa, seguida de una larga siesta.
Lenny vivía con sus padres al borde de un camino de grava, a unos tres kilómetros de la iglesia. Su padre era cartero rural y su madre maestra de escuela. Su hermana mayor vivía en Tupelo. Mientras saboreábamos la carne asada con verduras y patatas y un té casi tan dulce como el de la señorita Callie, volvimos a recordar el juicio Kassellaw y la primera vista para la concesión de la libertad condicional a Danny Padgitt. Quizás a Lenny no le preocupara la posible liberación de Danny, pero, en cambio, sus padres estaban profundamente angustiados.

35

La gran noticia se recibió en Clanton en la primavera de 1978. ¡Bargain City estaba a punto de llegar! Como McDonalds y todos los negocios de comida rápida que lo habían seguido por todo el país, Bargain City era una cadena de ámbito nacional que estaba invadiendo rápidamente las pequeñas localidades del Sur. Casi toda la ciudad se alegró. Sin embargo, algunos de nosotros opinábamos que iba a ser el principio del fin.
La compañía se estaba expandiendo por el mundo con sus almacenes de descuentos, donde todo se vendía a precios muy bajos. Los almacenes eran limpios y espaciosos, con cafeterías, farmacias, bancos e incluso establecimientos de óptica y agencias de viajes. Una pequeña localidad sin unos almacenes Bargain City no era nada ni contaba para nada.
Eligieron un solar de veinticinco mil metros cuadrados de superficie en la calle Market a cosa de un kilómetro y medio de la plaza de Clanton. Algunos vecinos protestaron y el Ayuntamiento convocó una asamblea pública para debatir acerca de la conveniencia de conceder la autorización de construcción de los almacenes. Bargain City ya se había enfrentado otras veces a conflictos parecidos y solía utilizar una estrategia altamente eficaz.
La sala del Ayuntamiento estaba llena a rebosar de gente con pancartas rojiblancas de Bargain City:

BARGAIN CITY ES UN BUEN VECINO
QUEREMOS PUESTOS DE TRABAJO.

Ingenieros, arquitectos, abogados y contratistas de obras estaban allí con sus secretarias, sus mujeres y sus hijos. Su portavoz ofreció una imagen de color de rosa de desarrollo económico, ingresos derivados de los impuestos sobre las ventas, ciento cincuenta puestos de trabajo para la ciudad y los mejores productos a los precios más bajos.
La señora Dorothy Hockett habló en nombre de la oposición. Su propiedad estaba situada al lado del solar y no quería toda aquella invasión de ruidos y luces. El Ayuntamiento simuló mostrarse comprensivo, pero la decisión ya estaba tomada. Al ver que nadie más hablaba en contra de Bargain City, me levanté y me acerqué al estrado.
Creía que, para preservar el centro de Clanton, teníamos que proteger las tiendas y los establecimientos, los cafés y los despachos que rodeaban la plaza. En cuanto empezáramos a crecer, el proceso sería imparable. La ciudad se extendería en todas direcciones y cada una de ellas se llevaría su pequeña rebanada del viejo Clanton.
Casi todos los prometidos puestos de trabajo percibirían el salario mínimo. El incremento de los ingresos derivados de los impuestos sobre las ventas sería a expensas de los comerciantes que Bargain City expulsaría rápidamente del sector. Los habitantes del condado de Ford no se iban a despertar un día y a empezar a comprar de repente más bicicletas y frigoríficos por el simple hecho de que Bargain City tuviera un surtido tan espectacular.
Mencioné el caso de la ciudad de Titus, a una hora de carretera al sur de Clanton. Dos años antes Bargain City había inaugurado unos almacenes allí. Desde entonces, catorce tiendas y una cafetería habían cerrado. La calle principal estaba casi desierta.
Hablé de la ciudad de Marshall, allá en el delta. Tres años después de la inauguración de Bargain City, de los comercios familiares habían cerrado: dos farmacias, dos pequeños almacenes, una tienda de piensos, la ferretería, una boutique de moda, una tienda de regalos, una pequeña librería y dos bares. Yo había comido en el único bar que todavía quedaba y la camarera, que llevaba treinta años trabajando allí, me dijo que el negocio rendía la mitad que antes. La plaza de Marshall se parecía mucho a la de Clanton, sólo que casi todas las plazas de aparcamiento estaban vacías. Y se veía a muy poca gente paseando por las aceras.
Hablé de la ciudad de Tackerville, con la misma población que Clanton. Un año después de la inauguración de Bargain City, el Ayuntamientse se había visto obligado a gastar un millón doscientos mil dólares en mejoras viarias para absorber el tráifico de vehículos alrededor del complejo comercial.
Entregué al alcalde y a los concejales unas copias de un estudio llevado a cabo por un profesor de economía de la Universidad de Georgia, quien

había dedicado los últimos seis años a evaluar el impacto socioeconómico que la empresa había provocado en localidades de menos de diez mil habitantes. Los ingresos derivados del impuesto sobre las ventas eran aproximadamente los mismos; las ventas, sencillamente, se habían desplazado de los pequeños comercios a Bargain City. La tasa de empleo era aproximadamente la misma; los dependientes de los pequeños comercios del centro habían sido sustituidos por los de Bargain City. La empresa no había llevado a cabo ninguna inversión importante en la comunidad, a excepción del solar y el edificio. En realidad, ni siquiera ingresaba su dinero en los bancos locales. Todas las noches hacia la medianoche la recaudación del día se cablegrafiaba a su oficina central de Gainesville, Florida.

El estudio llegaba a la conclusión de que la expansión beneficiaba sin duda a los accionistas de Bargain City, pero resultaba económicamente devastadora para la mayor parte de pequeñas localidades. Y el verdadero daño era de carácter cultural. Con las tiendas cerradas y las aceras vacías, las próspera vida ciudadana de las calles principales y de las plazas donde se levantaban los edificios de los juzgados estaba desapareciendo rápidamente.

La petición en favor de Bargain City contaba con cuatrocientas ochenta firmas. Nuestra petición en contra sólo con doce. El Ayuntamiento votó por unanimidad, cinco votos sobre cinco en favor de la aprobación.

Publiqué un duro editorial y me pasé un mes recibiendo cartas de contenido muy desagradable. Por primera vez me habían llamado «fanático del medioambiente».

En un mes las apisonadoras arrasaron por completo veinticinco mil metros cuadrados. Los bordillos de las aceras y las cunetas ya estaban listos y la gran inauguración se anunciaba para el 1º. de diciembre, justo a tiempo para la Navidad. Con la partida presupuestaria ya aprobada, Bargain City se apresuró a construir sus almacenes. La dirección de la empresa era célebre por su astucia y su determinación.

Los almacenes y el estacionamiento ocupaban unos mil metros cuadrados. Las parcelas adyacentes fueron rápidamente vendidas a otras cadenas y la ciudad no tardó en autorizar una estación de servicio de dieciséis surtidores, tres restaurantes de comida rápida, una zapatería de saldos, una tienda de muebles de saldo y una enorme tienda de ultramarinos.

No pude negarme a aceptar la publicidad de Bargain City. Yo no necesitaba su dinero, pero puesto que el *Times* era el único periódico que cubría todo el ámbito del condado, no tuvieron más remedio que anunciarse en él. (En respuesta a un movimiento en contra de una división por zonas que impulsé en 1977, se había creado un

periodicucho derechista llamado Clanton Chronicle que seguía en la brecha, aunque con muchas dificultades.)
A mediados de noviembre me reuní con un representante de la empresa y, juntos, proyectamos toda una serie de anuncios considerablemente caros con vistas a la inauguración. Les cobré cuanto pude y no se quejaron.
El 1º. de diciembre, el alcalde, el senador Morton y otros altos dignatarios cortaron la cinta. Una ruidosa muchedumbre cruzó la entrada y empezó a comprar como si fueran hambrientos que habían encontrado comida de repente. Hubo retenciones de tráfico en las carreteras que conducían a la ciudad.
Me negué a informar del acontecimiento en la primera plana. Enterré un pequeño artículo en la séptima página, provocando con ello las iras del alcalde, del senador Morton y del resto de fuerzas mayores. Esperaban que la ceremonia de inauguración apareciera con todos los honores en la primera página.
La temporada navideña fue devastadora para los comerciantes del centro. Tres días después de Navidad, se produjo la primera baja: el viejo establecimiento de la Western Auto anunció su cierre. Llevaba cuarenta años ocupando el mismo edificio y se dedicaba a la venta de bicicletas, electrodomésticos y televisores. El señor Hollis Barr, el propietario, me dijo que un televisor en color marca Zenith le costaba cuatrocientos ochenta y ocho dólares y, después de varias rebajas, estaba intentando venderlo por quinientos diez dólares. El mismo modelo estaba a la venta en Bargain City por trescientos noventa y nueve dólares.
Naturalmente, el cierre de Western Auto se publicó en primera plana.
Lo siguió en enero el cierre de la farmacia Swains, situada al lado del Tea Shoppe y, a continuación, el de Maggies Gift, situado al lado del establecimiento de artículos para caballero del señor Mitlo. Traté cada cierre como si fuera una defunción y los artículos tenían todo el aire de notas necrológicas.
Me pasé una tarde entera en la ferretería de los gemelos Stuke. Era un precioso edificio antiguo con polvorientos suelos de madera, combados estantes que contenían miles de artículos y una estufa de leña en la parte trasera, el lugar destinado a discutir las cuestiones más serias cuando el negocio flojeaba. No podías encontrar cualquier cosa en la tienda y tampoco tenías por qué. La costumbre era pedirle a uno de los gemelos “este pequeño artilugio que se enrosca en la arandela del extremo de la varilla que encaja en el chisme que acciona la cadena del agua del water”. Uno de los Stuke desaparecía entre los montones de artículos organizados de cualquier manera y emergía a los pocos minutos con lo que fuera que se utilizara para accionar la cadena del

water. Semejante tipo de pregunta no se podía formular en Bargain City.
Nos sentamos junto a la estufa un frío día de invierno y escuchamos los desvaríos de un tal Cecil Clyde Poole, un comandante retirado del Ejército que, de haber estado al frente de la policía, habría atacado con la bomba atómica a todo el mundo menos a los canadienses. También habría atacado de la misma manera Bargain City y, empleando uno de los más duros y pintorescos lenguajes que yo jamás hubiera escuchado, se dedicó a soltar una sarta de maldiciones e insultos contra la empresa. Disponíamos de tiempo suficiente para hablar, pues apenas había clientes. Uno de los Stuke me dijo que su volumen de negocios se había reducido en un setenta por ciento.
Al mes siguiente cerraron las puertas del establecimiento que su padre había inaugurado en 1922. En primera plana publiqué una fotografía de 1938 en la que aparecía el mostrador. Publiqué también otro editorial, una especie de impertinente recordatorio del tipo «ya te lo dije», dirigido a quienquiera que todavía estuviera leyendo mis pequeñas invectivas.
-Predicas demasiado -me advertía una y otra vez Harry Rex-. Y nadie te hace caso.

El despacho de la parte delantera del *Times* casi siempre estaba desatendido. Había unas mesas con unos cuantos ejemplares de la última edición y un mostrador que Margaret utilizaba en ocasiones para ordenar los anuncios. El timbre de la entrada principal se pasaba el día sonando mientras la gente entraba y salía. Aproximadamente una vez a la semana un desconocido subía al piso de arriba, donde la puerta de mi despacho solía estar abierta. Por regla general, se trataba del pariente de algún difunto que quería discutir ciertos detalles sobre una inminente nota necrológica.
Una tarde de marzo de 1979 levanté la vista y vi a un caballero muy bien trajeado en la puerta de mi despacho. A diferencia de Harry Rex, cuya entrada empezaba en la calle y era escuchada por todos los presentes en el edificio, aquel hombre había subido la escalera en silencio.
Se llamaba Gary McGrew y era un asesor de Nashville especializado en periódicos de pequeñas localidades. Mientras yo preparaba café, me explicó que un cliente suyo que contaba con considerables apoyos financieros tenía la intención de comprar varios periódicos en Misisipí en 1979. Yo tenía siete mil suscriptores y no estaba endeudado, disponía de una máquina offset y, puesto que nos encargábamos de imprimir también seis semanarios más pequeños, aparte de nuestras propias

guías de compra, su cliente estaba muy interesado en adquirir *The Ford County Times*.
-¿Qué tan interesado?
-Extremadamente. Si se nos permitiese echar un vistazo a los libros, podríamos valorar su empresa.
En cuanto se hubo marchado hice unas cuantas llamadas telefónicas para comprobar su credibilidad. Era excelente, así que reuní mis libros de cuentas. Tres días después volvimos a vernos, esta vez de noche. No quería tener por allí ni a Wiley ni a Baggy ni a nadie. La noticia de que el *Times* iba a cambiar de manos provocaría tantos chismorreos que los bares abrirían a las tres de la mañana en lugar de a las cinco.
McGrew machacó las cifras como un experto analista. Yo esperé dominado por un extraño nerviosismo, como si el veredicto fuera a provocar un cambio drástico en mi vida.
-Obtiene usted unos beneficios de cien de los grandes libres de impuestos y cobra un sueldo de cincuenta de los grandes. La depreciación son otros veinte; no hay intereses porque no tiene deudas. Eso equivale a ciento setenta en cash, lo que multiplicado por seis... hace un millón veinte mil.
-¿ Y el edificio? -pregunté.
Miró alrededor como si el techo estuviera a punto de derrumbaree sobre nuestras cabezas.
-Estos edificios no se venden muy bien.
-Cien mil -dije.
-De acuerdo. Y cien mil por la máquina offset y el resto del equipo. El valor total ascendería a algo así como un millón doscientos mil.
-¿Es una oferta? -pregunté con ansia creciente.
-Podría serlo. Tengo que discutirlo con mi cliente.
No tenía la menor intención de vender el *Times*. Había entrado por casualidad en el negocio, tenido unas cuantas rachas de suerte, trabajado duro escribiendo artículos y notas necrológicas y vendiendo páginas de anuncios.
Ahora, nueve años más tarde, mi pequeña empresa valía más de un millón de dólares.
Era joven, seguía soltero aunque ya me estaba cansando de ello y de vivir solo en una mansión con tres gatos de los Hocutt que se negaban a morir. Había aceptado la realidad de que me resultaba imposible encontrar esposa en el condado de Ford. A todas las buenas se las llevaban nada más cumplir los veinte años y ya era demasiado viejo para competir con veinteañeros. Salía con muchas jóvenes divorciadas, casi todas las cuales se apresuraban a acostarse conmigo y despertar en mi espléndida casa soñando con gastarse todo el dinero que, según los rumores, yo ganaba. La única que me gustaba en serio y con la que

estuve saliendo esporádicamente durante un año tenía un inconveniente: tres hijos pequeños a su cargo.
Sin embargo, es curioso el efecto que puede ejercer en una persona un millón de dólares.
En mi caso, no conseguía quitarme la oferta de la cabeza. El trabajo me resultaba más aburrido. Me molestaban las ridículas notas necrológicas y la incesante presión de los plazos para el cierre de las ediciones. Por lo menos una vez al día me decía que ya no tendría que patear las calles para vender anuncios. Podría dejar de escribir editoriales. Y se acabarían las desagradables cartas al director que solía recibir.
Una semana más tarde le dije a Gary McGrew que el *Times* no estaba en venta. Me contestó que su cliente había decidido comprar tres periódicos antes de que finalizara el año, por lo que tendría tiempo para pensarlo.
Curiosamente, nuestras negociaciones jamás trascendieron.

36

Un jueves por la tarde de principios de mayo recibí una llamada telefónica del abogado de la Junta de Libertad Condicional. La siguiente vista de Padgitt tendría lugar el lunes de la semana siguiente.
Un momento muy oportuno para comunicarme la noticia -dije.
-Y eso ¿por qué? -preguntó.
El periódico sale el miércoles, lo que significa que no me dará tiempo a publicar nada antes de la vista.
-Nosotros no controlamos el funcionamiento de su periódico, señor Traynor -me dijo.
-No me lo creo -repliqué.
-Lo que usted crea no tiene importancia. La junta ha decidido no autorizarlo a asistir a la vista. La última vez quebrantó usted nuestras normas informando acerca de lo ocurrido.
-¿Se me prohibe asistir?
-Exactamente.
-Pues estaré allí de todos modos.
Colgué y llamé al sheriff McNatt. El también había sido informado de la celebración de la vista, pero no sabía si podría ir. Estaba buscando a un niño perdido de Wisconsin y era evidente que no tenía demasiado interés en mezclarse con los Padgitt.
El lunes nuestro fiscal de distrito, Rufus Buckley, tenía un juicio por atraco a mano armada en el condado de Van Buren. Prometió enviar una carta oponiéndose a la concesión de la libertad condicional, pero la carta jamás llegó. El juez del Tribunal Superior Omar Noose presidiría aquel juicio y, por consiguiente, tampoco estaría disponible. Empecé a

pensar que no habría nadie en condiciones de manifestarse en contra de la puesta en libertad de Padgitt.
En broma le pedí a Baggy que fuera él. Jadeó y rápidamente me soltó una impresionante lista de excusas. Fui a ver a Harry Rex para comunicarle la noticia. El lunes empezaría un desagradable juicio de divorcio en Tupelo; de lo contrario, quizá me hubiera acompañado a Parchman.
-A este chico van a soltarlo, Willie -me dijo.
-El año pasado lo impedimos -repliqué.
En cuanto empiezan las vistas para la concesión de la libertad condicional, es sólo cuestión de tiempo.
-Pero alguien tiene que oponerse.
-¿Por qué molestarse? Al final, acabará saliendo. ¿Por qué irritar a los Padgitt? No vas a encontrar a ningún voluntario.
En efecto, fue muy difícil encontrar voluntarios; todos en la ciudad preferían esconderse. Había imaginado a una enfurecida multitud llenando a rebosar la sala donde se iba a celebrar la vista para la concesión de la libertad condicional, gritando y reventando el acto.
Pero mi enfurecida multitud consistía en tres personas.
Wiley Meek accedió a acompañarme, aunque no tenía el menor interés en hablar. En caso de que de veras me impidieran la entrada a la sala, estaría presente y después me facilitaría todos los detalles. El sheriff McNatt nos sorprendió con su presencia.
Las medidas de seguridad eran muy estrictas en el vestíbulo de la sala donde se llevaría a cabo la vista. Al verme, el abogado de la junta se puso furioso. Intercambiamos unas palabras. Unos guardias de uniforme me rodearon. Me superaban en número y yo iba desarmado. Me escoltaron hasta el exterior del edificio y me condujeron hasta mi automóvil, vigilado por dos matones de cuello poderoso y coeficiente intelectual muy bajo.
Según Wiley, la vista fue como una seda. Lucien estaba presente en compañía de varios miembros de la familia Padgitt. El abogado de la junta leyó un informe del personal de la prisión que presentaba a Danny como a una especie de águila de los Boys Scouts.

El responsable de su caso apoyaba la puesta en libertad. Lucien soltó durante diez minutos las habituales memeces jurídicas. El padre de Danny habló en último lugar suplicó con emotivas palabras la puesta en libertad de su hijo. En casa su presencia era muy necesaria, pues su familia tenía intereses en el sector maderero, en los de la grava, el asfalto, el transporte por carretera, el de la construcción y el del transporte de mercancías.

El sheriff McNatt se levantó valerosamente en representación del pueblo del condado de Ford. Estaba nervioso y no tenía dotes de orador, pero supo describir muy bien el delito. Curiosamente, olvidó recordar a los miembros de la junta que un jurado elegido entre el mismo grupo de personas que lo habían elegido a él había sido amenazado por Danny Padgitt.
Por una votación de cuatro a uno, Danny Padgitt fue autorizado a abandonar la prisión en régimen de libertad condicional.

Clanton sufrió en silencio una decepción. Durante el juicio, la ciudad se había mostrado sedienta de sangre y auténticamente dolida por el hecho de que el jurado no hubiera dictado una sentencia de muerte. Pero habían transcurrido nueve años y, desde que se celebrara la vista para la concesión de la libertad condicional, todo el mundo se había resignado a que Danny Padgitt saliera algún día de la cárcel. Aunque nadie esperaba que ocurriera tan pronto, después de la vista todos estábamos curados de espantos.
Su puesta en libertad se vio favorecida por dos factores insólitos. En primer lugar Rhoda Kassellaw no tenía familia en la zona. Así pues, no había afligidos familiares que pudieran suscitar simpatía y exigir justicia. Tampoco había enfurecidos hermanos dispuestos a impedir que el caso se olvidara. En cuanto a sus hijos, se habían ido y ya nadie se acordaba de ellos. Rhoda había llevado una existencia solitaria y no había dejado a su espalda amigos que pudieran presentar una queja contra su asesino.
Además de eso los Padgitt vivían en otro mundo. Raras veces se los veía en público, no costaba creer que Danny regresaría a la isla y jamás volveríamos a verlo. ¿Qué más le daba al pueblo del condado de Ford que estuviera en la cárcel o en Padgitt Island? Si jamás lo veíamos, no recordaríamos sus crímenes. En los nueve años transcurridos desde la celebración del juicio, yo no había visto ni a un solo Padgitt en Clanton.

En mi duro editorial acerca de la puesta en libertad, escribí que “un asesino a sangre fría está una vez más entre nosotros”. Pero eso no era cierto, en realidad.
El artículo de primera plana y el editorial no dieron pie ni a una sola carta al director. La gente comentó su puesta en libertad, pero no demasiado ni con demasiada indignación.
Una semana después de que Padgitt abandonara la cárcel, Baggy entró una mañana a última hora en mi despacho y cerró la puerta, lo cual era siempre buena señal. Se habría enterado de algún rumor tan interesante que tenía que comunicármelo.

Los días normales yo llegaba a mi despacho sobre las once de la mañana. Y los días normales él empezaba a darle al whisky hacia el mediodía, por lo que solíamos disponer de una hora para hacer comentarios sobre los artículos y repasar los rumores.
Miró alrededor como si en las paredes hubiera dispositivos secretos de escucha y después me dijo:
-A los Padgitt les ha costado cien de los grandes obtener la libertad del chico.
La suma no me escandalizó, y tampoco el soborno en sí. Lo que me sorprendió fue que Baggy se hubiera enterado.
-¡No! -exclamé.
Eso siempre constituía un estímulo para que siguiera hablando.
-Lo que te digo -repuso en tono de suficiencia.
-¿Quién ha cobrado el dinero?
-Aquí está lo bueno. No te lo vas a creer.
-¿Quién?
-Te quedarás de piedra.
-¿Quién?
Inició lentamente el ritual de encender un cigarrillo. Al principio, yo me quedaba como en suspenso mientras él aplazaba el momento de comunicarme cualquier información trascendental que hubiera captado, pero la experiencia me había enseñado que eso sólo servía para prolongar la espera. Por consiguiente, seguí garabateando como si nada.
-Supongo que no debería sorprendernos -dijo, dando una calada y haciendo una pausa-. A mí, por lo menos, no me ha sorprendido en absoluto.
-¿Me lo vas a decir, sí o no?
-Theo.
-¿El senador Morton?
-El mismo.
Yo estaba auténticamente escandalizado y tenía que demostrárselo solo para que el relato no perdiera fuelle.
-¿Theo? -pregunté.
-Es el vicepresidente del Comité de Prisiones del Senado. Lleva en el cargo un montón de tiempo y sabe tirar de los hilos. Pid¡o cien de los grandes, los Padgitt se mostraron dispuestos a pagar, cerraron el trato y el chico sale en libertad. Así, sin más.
-Creía que Theo era insobornable -dije, con toda sinceridad.
-No seas tan ingenuo -dijo él, que siempre lo sabía todo.
-¿Dónde te has enterado?
-Eso no puedo decírtelo.

Cabía la posibilidad de que sus compañeros de póquer se hubieran inventado el rumor para ver con cuánta rapidez éste recorría la plaza antes de regresar de nuevo a ellos. Pero también era muy posible que Baggy hubiese averiguado algo. En realidad, no importaba. El dinero en efectivo no dejaba huellas.

Justo cuando ya había dejado de soñar con un temprano retiro que me permitiera cobrar el dinero, alejarme de allí, largarme a Europa y recorrer Australia con la mochila al hombro; justo cuando me había vuelto a acomodar a mi rutina de escribir artículos y notas necrológicas y vender anuncios a todos los comerciantes de la ciudad, el señor Gary McGrew apareció de nuevo en mi vida. Y lo hizo en compañía de su cliente.

Ray Noble era uno de los tres accionistas de una empresa propietaria de treinta semanarios en el Profundo Sur, y quería añadir uno más a su lista. Como mi compañero de estudios Nick Diener, pertenecía a una familia del sector periodístico y se conocía el paño. Tras jurarme que guardaría el secreto, me expuso su plan. Su empresa quería comprar el *Times* y los periódicos de los condados de Tyler y Van Buren. Venderían la maquinaria de los otros dos y lo imprimirían todo en Clanton porque nuestra prensa era mejor. Fusionarían la contabilidad y buena parte de las ventas de anuncios. Su oferta de un millón doscientos mil dólares correspondía a la máxima valoración, pero estaban dispuestos a llegar a un millón trescientos mil dólares. Contantes y sonantes.

-Una vez pagadas las plusvalías, le quedará un millón neto puntualizó Noble.

-Ya se hacer cálculos-dije yo como si cerrara tratos de aquel tipo todas las semanas.

Las palabras «millón neto» recorrieron todo mi cuerpo.

Insistieron un poco. Ya habían presentado sus ofertas a los otros dos periódicos, pero tuve la impresión de que las cosas no les estaban saliendo exactamente tal y como querían. El elemento clave era el *Times*. Nuestras instalaciones eran mejores y nuestra tirada ligeramente más alta.

Volví a rechazar la oferta y se fueron; los tres sabíamos que aquélla no iba a ser nuestra última conversación.

Once años después de huir del condado de Ford, Sam Ruffin había regresado más o menos de la misma manera: en un autocar en plena noche. Llevaba dos días en casa cuando me enteré. Llegué para mi comida del jueves y vi a Sam sentado en la mecedora del porche con una sonrisa tan amplia como la de su madre. La señorita Caine parecía diez años más joven y como tal se comportaba ahora que su hijo había

vuelto sano y salvo al hogar. Preparó un pollo frito y guisó todas las variedades de hortalizas de su huerto. Esau se unió a nosotros y lo celebramos durante tres horas.
Sam ya se había graduado en un centro universitario y quería matricularse en Derecho. Había estado a punto de casarse con una canadiense, pero todo se había ido al garete a causa de la fuerte oposición de la familia de ella. La señorita Callie suspiró de alivio al enterarse de la ruptura. Sam no había comentado el idilio en las cartas que le escribía a su madre.
Tenía previsto quedarse unos cuantos días en Clanton y salir de Lowtown sólo de noche. Le prometí que hablaría con Harry Rex y fisgonearía un poco por ahí para ver qué podía averiguar acerca del sargento Durant y sus hijos. A través de los avisos de los juzgados que publicábamos en el periódico me había enterado de que Durant había vuelto a casarse y se había divorciado.
Sam quería ver la ciudad, por lo que, a última hora de la tarde, me lo llevé a dar una vuelta en mi Spitfire. Oculto bajo una gorra de béisbol de los Tigers de Detroit contempló los lugares de mayor interés de la pequeña ciudad que él seguía llamando su casa. Le enseñé mi despacho, el lugar donde vivía, Bargain City y el extrarradio al oeste de la ciudad. Rodeamos el edificio de los juzgados, le conté la historia del francotirador y la dramática huida de Baggy. Buena parte de todo aquello él ya lo sabía por las cartas de la señorita Callie.
Cuando lo dejaba delante de casa de los Ruffin, me preguntó: ¿Es cierto que Padgitt ha salido de la cárcel?
-Nadie lo ha visto -contesté-, pero estoy seguro de que ha vuelto a casa.
-¿Se espera algún problema?
-Pues la verdad es que no.
-Yo tampoco lo espero. Pero no consigo convencer a mi madre.
-No ocurrirá nada, Sam.

37

Efectuaron el disparo que mató a Lenny Fargarson con un rifle de caza de 30.06. El asesino debía de encontrarse a casi doscientos metros de distancia del porche de la casa donde Lenny murió. Los bosques empezaban justo a continuación del césped que rodeaba la vivienda y era muy probable que quienquiera que hubiese apretado el gatillo se hubiera encaramado a un árbol y estuviese perfectamente protegido de la vista del pobre Lenny.
Nadie oyó el disparo. Lenny, sentado en el porche en su silla de ruedas, leía uno de los muchos libros que pedía prestados cada semana en la biblioteca de Clanton. Su padre repartía cartas. Su madre se había ido a

comprar a Bargain City. Lenny, con toda probabilidad, había muerto en el acto. La bala le había entrado por el lado derecho de la cabeza, justo por encima de la mandíbula, y había salido por encima de la oreja izquierda, produciendo un enorme orificio.
Cuando su madre lo encontró ya llevaba un buen rato muerto. Consiguió dominarse y se abstuvo de tocar el cuerpo o cualquier otra cosa que hubiera en el lugar de los hechos. Había sangre por todas partes, incluidos los peldaños de la entrada.
Wiley oyó el informe a través de la radio de la policía. Me llamó para comunicarme la estremecedora noticia.
-Ya ha empezado -dijo-. Fargarson, el chico lisiado, está muerto.
Wiley pasó por la redacción y nos trasladamos en su furgoneta al lugar del crimen. Ninguno de nosotros dijo una sola palabra, pero ambos pensábamos lo mismo.
Lenny seguía en el porche. El disparo lo había derribado de la silla de ruedas y vacía de lado con el rostro hacia la casa. El sheriff McNatt nos pidió que no tomáramos ninguna fotografía y obedecimos de buen grado. De todos modos, no las habríamos publicado.
Amigos y familiares estaban llegando a la casa y los agentes del sheriff los acompañaban hacia una puerta lateral. McNatt utilizó a sus hombres para proteger el cadáver que yacía en el porche; me aparté y traté de captar la terrible escena: unos agentes inclinados sobre el cuerpo de Lenny mientras quienes lo amaban trataban de verlo un momento antes de correr al interior de la casa para consolar a sus padres.
Cuando al final cargaron el cuerpo en una camilla y lo introdujeron en una ambulancia, el sheriff McNatt se acercó y se apoyó en la furgoneta junto a la que me encontraba.
-¿Está pensando lo mismo que yo? -me preguntó.
-Sí.
-¿Puede facilitarme la lista de los miembros del jurado? Aunque jamás habíamos publicado los nombres de los jurados, yo guardaba la información en una vieja carpeta.
-Por supuesto que sí -respondí.
-¿Cuánto tardará?
-Deme una hora. ¿Qué se propone?
-Tenemos que avisar a esa gente.
Mientras nos alejábamos, los hombres del sheriff empezaban a peinar los espesos bosques que rodeaban la casa de los Fargarson.

Llevé la lista al despacho de McNatt y ambos la examinamos. En 1977, yo había escrito la nota necrológica del jurado número cinco, el señor Fred Bilroy, un guardabosques retirado, fallecido repentinamente de neumonía. Que yo supiera, los otros diez seguían vivos.

McNatt entregó la lista a tres de sus agentes. Éstos se dispersaron para comunicar una noticia que nadie quería escuchar. Me ofrecí voluntario para decírselo a Callie Ruffin.
Estaba en el porche, viendo cómo Esau y Sam libraban una batalla sobre el tablero de ajedrez. Se mostraron encantados de verme, pero la atmósfera no tardó en cambiar.
-Tengo que darle una mala noticia, señorita Callie -dije en tono sombrío.
Me miraron expectantes.
-Lenny Fargarson -proseguí, el chico lisiado que estuvo en el jurado con usted, ha sido asesinado esta tarde.
Se cubrió la boca con la mano y se dejó caer en su mecedora. Sam la sostuvo y después le dio unas palmadas en el hombro. Le facilité una breve descripción de lo ocurrido.
-Era muy buen cristiano -dijo la señorita Caille- Rezamos juntos antes de iniciar las deliberaciones.
No lloraba, pero estaba al borde de las lágrimas. Esau fue en busca de una pastilla para la tensión. Él y Sam se sentaron junto a su mecedora mientras que yo permanecía en el columpio. Estábamos todos en el pequeño porche sin apenas decir nada. La señorita Callie se sumió en una prolongada y melancólica meditación.
Era una tibia noche primaveral iluminada por la media luna y en Lowtown reinaba una gran animación: niños en bicicleta, vecinos que conversaban a través de las vallas, y un disputado partido de baloncesto al final de la calle. Un grupo de chiquillos de unos diez años se enamoraron de mi Spitfire hasta que, al final, Sam los echó de allí. Era la segunda vez que yo visitaba el barrio después de anochecido.
-¿Está así todas las noches? -pregunté finalmente.
-Pues sí, cuando hace buen tiempo -contestó Sam, que se moría de ganas de hablar-. Era un lugar maravilloso para los niños. Todo el mundo conoce a todo el mundo. Cuando tenía nueve años, rompí el parabrisas de un automóvil con una pelota de béisbol. Di media vuelta y me fui corriendo a casa y, cuando llegué, mi madre me esperaba en el porche. Ya se había enterado. Tuve que regresar, confesar lo que había hecho y prometer que repararía el daño causado.
-Y lo hiciste -dijo Esau.
-Me costó seis meses de trabajo ahorrar ciento veinte dólares.
La señorita Callie estuvo casi a punto de esbozar una sonrisa al recordarlo, pero estaba demasiado preocupada por lo que le había ocurrido a Lenny Fargarson. Aunque llevaba nueve años sin verle, guardaba muy buenos recuerdos de él. Su muerte la había entristecido profundamente, pero también aterrorizado.
Esau preparó un té con limón muy dulce y, cuando volvió a salir de la casa, colocó muy despacio una escopeta de caza de dos cañones detrás

de la mecedora, al alcance de su mano pero lejos de la vista de su mujer.
A medida que pasaban las horas, el número de viandantes empezó a disminuir y los vecinos se marcharon a casa. Llegué a la conclusión de que, si la señorita Callie se quedaba en la suya, sería un blanco muy difícil: edificios al lado y en la acera de enfrente; a su alrededor, ni colinas ni torres ni solares.
No lo comenté, pero estoy seguro de que Sam y Esau pensaban lo mismo. Cuando la señorita Callie se disponía a irse a la cama les di las buenas noches a los tres y regresé a la cárcel. Estaba llena a rebosar de agentes del sheriff y se respiraba la carnavalesca atmósfera que sólo un buen asesinato provoca. No pude por menos que retroceder nueve años con el pensamiento, a la noche en que Danny Padgitt había sido detenido y llevado a rastras con la camisa ensangrentada.
Sólo no había habido modo de contactar con dos de los jurados. Ambos se habían mudado de casa y el sheriff McNatt estaba tratando de localizarlos. Preguntó por la señorita Callie y respondí que se encontraba bien. No le dije que Sam estaba en casa.
Cerró la puerta de su despacho dijo que tenía que pedirme un favor.
-¿Mañana podría usted ir a hablar con Lucien Wilbanks?
-¿Por qué yo?
Bueno, podría ir yo, pero personalmente no soporto a este hijo de puta y él opina lo mismo de mí.
-Todo el mundo aborrece a Lucien.
-Excepto...
-¿Excepto... Harry Rex?
-Harry Rex. ¿Por qué no van usted y Harry Rex a hablar con Lucien? A ver si puede actuar de intermediario con los Padgitt. Porque supongo que en algún momento tendré que hablar con Danny, ¿verdad?
-Me imagino que sí. Usted es el sheriff.
-Hablen con Lucien Wilbanks, eso es todo. Sondéenlo un poco. Si todo va bien, puede que yo hable con él. No es lo mismo que el sheriff se presente allí de buenas a primeras.
-Preferiría que me azotaran -dije, y no era una broma.
-Pero ¿lo hará?
-Lo consultaré con la almohada.

A Harry Rex tampoco le entusiasmaba la idea. ¿Por qué teníamos que mezclarnos en aquel asunto? Estuvimos comentándolo durante un desayuno temprano en la cafetería; era una comida un tanto insólita para nosotros, pero no nos queríamos perder la primera oleada de rumores que se extendería por el centro de la ciudad. Como era de esperar, el lugar estaba lleno a rebosar de inquietos expertos que

repetían toda clase de detalles y teorías sobre el asesinato de Fargarson. Estuvimos aguzando el oído más que hablando y nos fuimos sobre las ocho y media.
Dos puertas más abajo de la cafetería se levantaba el edificio Wilbanks. Mientras pasábamos por delante de él, le dije a Harry Rex: -Vamos a hacerlo.
Antes de la aparición de Lucien, la familia Wilbanks había sido un puntal de la sociedad, el comercio y el derecho de Clanton. En los años dorados del pasado siglo habían sido propietarios de tierras y bancos. Todos los varones de la familia habían estudiado Derecho, algunos de ellos en auténticas universidades de la Ivy League. Pero hacía muchos años que estaban en decadencia. Lucien era el único varón Wilbanks de cierto prestigio, pero había muchas posibilidades de que le retiraran la licencia y lo expulsaran del colegio de ahogados.
Ethel Twitty, su secretaria de siempre, nos recibió de muy malos modos, mirando casi con desprecio a Harry Rex, quien me dijo por lo bajo:
-Es la peor hija de puta de toda la ciudad.
Creo que ella lo oyó. Estaba claro que llevaban muchos años a la greña. Su jefe estaba en el despacho. ¿Qué queríamos?
-Queremos ver a Lucien -contestó Harry Rex-. ¿Por qué, si no, estaríamos aquí?
Lo llamó mientras nosotros esperábamos.
-¡Que no puedo pasarme aquí todo el día! -le soltó Harry Rex en determinado momento.
-Ya pueden pasar -nos dijo ella, más para deshacerse de nosotros que por otra cosa.
Subimos los peldaños. El despacho de Lucien era enorme, por lo menos de nueve por nueve metros, un techo de más de tres metros de altura y una hilera de puertaventanas que daban a la plaza. Estaba en el lado norte, directamente enfrente del *Times*, con el edificio de los juzgados en medio. Por suerte, yo no podía ver el balcón de Lucien desde la galería de mi despacho.
Nos recibió con indiferencia, como si hubiéramos interrumpido una larga y trascendente meditación. A pesar de lo temprano de la hora, su desordenado escritorio daba la impresión de pertenecer a un hombre que se hubiera pasado toda la noche trabajando. El largo cabello entrecano le cubría todo el cuello, lucía una anticuada perilla y sus cansados ojos inyectados en sangre eran los propios de un bebedor.
-¿Qué ocurre? -preguntó muy despacio.
Nos miramos con expresión de furia, procurando transmitirnos el mayor odio posible.
-Ayer se produjo un asesinato, Lucien -dijo Harry Rex-. Lenny Fargarson, aquel chico lisiado del jurado.

-Supongo que todo esto es confidencial -dijo Lucien, mirándome.
-Lo es -repuse-. Totalmente. El sheriff McNatt me ha pedido que pase por aquí a saludarle. Y yo he invitado a Harry Rex.
-¿O sea que estamos en plan de visitas sociales?
-Tal vez. Sencillamente queríamos charlar un poco acerca del asesinato -dije.
-Conozco los detalles.
¿Has hablado últimamente con Danny Padgitt? -preguntó Harry Rex.
-No he vuelto a verlo desde que le concedieron la libertad condicional.
-¿Está en el condado?
-Está en el estado, pero no sé exactamente dónde. Si cruzara la frontera del estado sin permiso, incumpliría los términos de la libertad condicional.
¿Por qué no le habrían concedido la libertad condicional en Wyoming, por ejemplo? Resultaba un poco extraño que le hubieran exigido que permaneciese cerca del lugar donde había cometido sus delitos. ¡Mejor librarse de él!
-El sheriff McNatt querría hablar con él -dije.
-¿De veras? ¿Y eso qué nos importa a usted y a mí? Dígale al sheriff que lo haga personalmente.
-No es tan sencillo, Lucien, y tú lo sabes -intervino Harry Rex.
-¿Dispone el sheriff de alguna prueba contra mi cliente? ¿Alguna evidencia? ¿Has oído hablar alguna vez de la necesidad de una causa razonable para el inicio de un procedimiento legal, Harry Rex? No es posible detener a los sospechosos de siempre, ¿sabes? Hace falta algo más que eso.
-Hubo una amenaza directa contra los miembros del jurado -apunté.
Hace nueve años.
-Pero fue una amenaza y todos la recordamos.
-Ahora, dos semanas después de la concesión de la libertad condicional, uno de los miembros del jurado está muerto.
-Eso no es suficiente, muchachos. Facilitadme algún otro detalle y puede que consulte con mi cliente. Ahora mismo no hay más que simples conjeturas. Montones de ellas, pero a esta ciudad siempre le han gustado los chismorreos.
-Tú no sabes dónde está, ¿verdad, Lucien? -preguntó Harry.
-Supongo que en la isla, con los demás.
Pronunció la palabra «demás» como si estuviera hablando de unas ratas.
-¿Qué ocurrirá si le pegan un tiro a otro jurado? -lo apremió Harry Rex.
Lucien arrojó un cuaderno de apuntes tamaño folio sobre su escritorio y apoyó los codos en éste.

-¿Y qué tendría que hacer yo, Harry Rex? ¿Llamar al chico y decirle: «Oye, Danny, estoy seguro de que no te estás cargando a tus jurados, pero, si por casualidad estuvieras haciéndolo, pórtate bien y deja de hacerlo»? ¿Crees que me haría caso? Esto no habría ocurrido si el muy idiota hubiera seguido mi consejo. Insistí en que no interviniera en su propia defensa. ¡Es un idiota, Harry Rex, estoy de acuerdo! Tú eres abogado y bien sabe Dios que has tenido clientes idiotas. No hay manera de controlarlos.
-¿Qué ocurrirá si le pegan un tiro a otro jurado? repitió Harry.
-Pues, en tal caso, supongo que morirá otro jurado.
Me puse en pie de un salto y me encaminé hacia la puerta. -Es usted un malnacido -mascullé.
-Ni una sola palabra en letra impresa -me advirtió a rm espalda.
-Váyase a la mierda le contesté a gritos, cerrando de un portazo.

A última hora de la tarde me llamó el señor Magargel, el de la funeraria, y me preguntó si podía acudir cuanto antes allí. Los señores Fargarson estaban eligiendo el ataúd y tomando las disposiciones finales. Tal como tantas veces había hecho, me reuní con ellos en la Sala C, la más pequeña que había. Raras veces se utilizaba.
Los acompañaba el pastor J. B. Cooper, de la Primitiva Iglesia Baptista de Maranatha, que era un auténtico santo. Siempre le consultaban antes de tomar una decision.
Por lo menos dos veces al año me reunía con alguna familia tras la trágica desaparición de un ser querido. Casi siempre se trataba de algún accidente de tráfico o alguna terrible lesión sufrida en alguna granja, algo inesperado. Los familiares estaban demasiado trastornados para pensar con claridad, demasiado dolidos para tomar decisiones. Los más fuertes se limitaban a pasar por la prueba como sonámbulos. Y los más débiles solían estar demasiado aturdidos para hacer otra cosa que no fuera llorar. La señora Fargarson era la más fuerte de los dos, pero la horrenda experiencia de encontrar a su hijo con la cabeza medio arrancada de un disparo la había dejado reducida a la condición de un fantasma trémulo. El señor Pargarson se limitaba a mirar al suelo.
El pastor Cooper trató de averiguar discretamente los detalles, muchos de los cuales ya conocía. Desde que se había lesionado en la columna, hacía quince años, Lenny soñaba con ir al cielo, donde su cuerpo sería restaurado y podría caminar de la mano de su Salvador. Hicimos algunos comentarios en este sentido y la señora Fargarson lo agradeció mucho. Me entregó una fotografía de Lenny, sentado al borde de un estanque con una caña de pescar. Prometí publicarla en la primera plana.

Tal como suelen hacer los afligidos padres de los difuntos, los Fargarson me dieron profusamente las gracias y me abrazaron con fuerza cuando traté de marcharme. Los deudos suelen abrazar a la gente de esta manera, sobre todo en los tanatorios.
Pasé por el restaurante de Pepe y compré varios platos mexicanos para llevar y después me dirigía Lowtown, donde encontré a Sam jugando al baloncesto, a la señorita Callie durmiendo dentro y a Esau vigilando la casa con su escopeta de caza. Al final, comimos en el porche, aunque ella se limitó a picar un poco de los platos extranjeros. No tenía apetito. Esau me dijo que apenas había comido en todo el día.
Yo llevaba mi tablero de backgammon y le enseñé el juego a Sam. Esau prefería el ajedrez. La señorita Callie estaba segura de que cualquier actividad que tuviera que ver con el lanzamiento de dados era decididamente pecaminosa, pero no tenía ánimos para echarnos un sermón. Permanecimos sentados varias horas hasta bien entrada la noche, contemplando los rituales de Lowtown. Las escuelas acababan de cerrar para las vacaciones estivales, los días eran más largos y calurosos.
Buster, mi sabueso a tiempo parcial, pasaba por delante de la casa en su automóvil cada media hora. Aminoraba la marcha al llegar a la altura de la casa de los Ruffin, yo le hacía una seña con la mano para indicarle que todo iba bien y entonces se alejaba y regresaba al camino de la entrada de Hocutt House. Un coche patrulla aparcó dos puertas más abajo de la casa de los Ruffin y se pasó un buen rato allí. El sheriff McNatt había contratado a tres agentes negros y a dos de ellos les había encomendado la misión de vigilar la casa.
Otros también vigilaban. Cuando la señorita Callie se fue a la cama, Esau me señaló en la acera de enfrente el porche a oscuras de la casa de los Braxton.
-Allí está Tullie -dijo-. Vigilándolo todo.
-Me dijo que se pasaría toda la noche en vela -dijo Sam.
Lowtown sería un lugar peligroso para iniciar un tiroteo.
Me fui pasadas las once y recorrí las desiertas calles de Clanton. La ciudad vibraba a causa de la tensa espera, pues lo que había empezado distaba mucho de haber terminado.

38

La señorita Callie insistió en asistir al funeral de Lenny Fargarson. Sam y Esau se opusieron enérgicamente, pero, como siempre, en cuanto ella tomaba una decisión se acababan las conversaciones. Se lo comenté al sheriff McNatt, quien resumió la situación diciendo:
-Es una mujer adulta.

No sabía de ningún otro jurado que tuviera previsto asistir, aunque no era fácil controlar esa clase de cosas.
También llamé al pastor Cooper para comunicárselo. Su respuesta fue:
-Será muy bienvenida en nuestra pequeña iglesia. Pero vengan temprano.

Con muy raras excepciones, en el condado de Ford los negros y los blancos nunca iban juntos a la iglesia. Todos creían firmemente en el mismo Dios, pero tenían modos muy distintos de adorarlo. Casi todos los blancos querían estar fuera de la iglesia a las doce y cinco del mediodía del domingo y sentarse a comer a las doce y media. A los negros no les importaba la hora en que terminara el oficio o la hora en que empezara. A lo largo de mi recorrido eclesial, había visitado veintisiete congregaciones negras y jamás había visto una bendición antes de la una y media de la tarde. Lo normal eran las tres. Algunos se pasaban todo el día allí, con una especie de pausa para la comida en la sala comunitaria, y después vuelta a la iglesia para otra tanda.
Semejante fanatismo habría podido matar a cualquier cristiano blanco.
Pero los funerales ya eran otra cosa. Cuando la señorita Callie, en compañía de Sam y Esau, entró en la Primitiva Iglesia Baptista de Maranatha, hubo unas cuantas miradas furtivas, pero nada más. Si hubieran acudido allí un domingo por la mañana para asistir al oficio habitual, la gente se lo habría tomado a mal.
Llegamos con cuarenta y cinco minutos de adelanto y el pequeño y precioso templo ya estaba casi lleno. A través de los altos ventanales vi que seguían llegando automóviles. Habían colgado un altavoz en uno de los añosos robles, y una gran multitud se congregó alrededor de la iglesia cuando ya no hubo sitio dentro. Cuando el coro empezó a cantar *La vieja y dura cruz*, las lágrimas rodaron por muchas mejillas. El consolador mensaje del pastor Cooper consistió en advertirnos serenamente que no nos preguntáramos por qué les ocurren desgracias a las buenas personas. Dios siempre lo gobierna todo y, aunque nosotros seamos demasiado pequeños para comprender su infinita sabiduría y majestad, algún día se nos revelará en toda su plenitud. Ahora Lenny estaba con él y allí era donde Lenny quería estar.
Lo enterraron detrás de la iglesia, en un pulcro y pequeño cementerio cercado por una valla de hierro forjado. La señorita Callie me tomó la mano y rezó con *fervor mientras bajaban el ataúd a la fosa. Un solista cantó Gracia* extraordinaria y después el pastor Cooper nos agradeció nuestra presencia. Sirvieron un ponche y unas galletas en la sala comunitaria de la parte trasera de la iglesia, y casi todos nos quedamos unos minutos para conversar o intercambiar unas últimas palabras con los señores Fargarson.

El sheriff McNatt me hizo señas de que quería hablar conmigo. Nos dirigimos a la parte delantera del templo para que nadie nos oyera. Iba de uniforme y llevaba su habitual mondadientes en la boca.
-¿Ha habido suerte con Wilbanks? -preguntó.
-No, sólo nos hemos visto una vez -contesté-. Harry Rex volvió ayer y no consiguió llegar a ninguna parte.
-Creo que hablaré con él -dijo.
-Hágalo si le apetece, pero no conseguirá nada.
El mondadientes se desplazó de un lado al otro de la boca, tal como hacía el cigarro de Harry Rex, que pasaba de una comisura a la otra sin que éste se comiera ni una sola palabra.
No tenemos nada más. Hemos peinado los bosques de los alrededores de la casa y no hemos encontrado ninguna huella ni rastro de nada. No lo va a publicar, ¿verdad?
-No.
Hay unos viejos senderos de transporte de troncos en los bosques que rodean la casa de los Fargarson. Los hemos examinado y el resultado ha sido el mismo.
-O sea que su única prueba es una sola bala.
-Eso y un cadáver.
-¿Alguien ha visto a Danny Padgitt?
-Todavía no. Mantengo dos vehículos en la 401, en el punto donde la carretera gira para internarse en la isla. No pueden verlo todo, pero por lo menos los Padgitt saben que estamos allí. Hay cien maneras de entrar y salir de la isla, pero únicamente los Padgitt las conocen todas.
Los Ruffin se estaban acercando lentamente a nosotros, conversando con uno de los agentes negros.
-Ella debe de ser la que está más segura -apuntó McNatt.
-¿Hay alguien que esté seguro?
-Ya lo averiguaremos. Volverá a intentarlo, Willie, ya lo verá. Estoy convencido.
-Yo también.

Ned Ray Zook era propietario de unas dos mil hectáreas en la zona oriental del condado. Cultivaba algodón y soja, y el volumen de sus negocios era lo bastante grande para reportarle unos más que respetables beneficios. Se decía que era uno de los pocos agricultores que se ganaban bien la vida con la tierra. Allí, en unos espesos bosques de su finca, dentro de un antiguo establo de ganado, había ido hacía nueve años con Harry Rex para presenciar mi primera y última pelea de gallos.

Durante las primeras horas de la mañana del 14 de junio, un desaprensivo entró en el enorme cobertizo de los aperos y herramientas de Zook y sacó casi todo el aceite de los motores de dos de sus grandes tractores. Llenó con él unos bidones que ocultó entre las herramientas, por lo que, cuando llegaron los trabajadores hacia las seis de la mañana para iniciar su jornada laboral, no vieron la menor señal de la mala jugada. Uno de los hombres comprobó el nivel de aceite, tal como era su obligación, y advirtió que había muy poco. Le pareció extraño, no dijo nada y añadió algo más de tres litros. El otro trabajador había comprobado el suyo la tarde anterior, tal como tenía por costumbre hacer. El segundo tractor se detuvo bruscamente una hora más tarde porque se le caló el motor. Su conductor recorrió a pie casi un kilómetro para regresar al cobertizo e informar al capataz de la avería.

Dos horas más tarde, un vehículo verde y amarillo del servicio técnico se acercó brincando por el camino del campo y se situó al lado del tractor averiado. Dos operarios bajaron muy despacio, inspeccionaron el ardiente sol y el cielo sin nubes y rodearon el tractor para echarle un vistazo inicial. Abrieron a regañadientes los paneles de su vehículo y empezaron a sacar herramientas y llaves inglesas. El sol los estaba asando y empezaron a sudar.

Para alegrarse un poco la tarea, encendieron la radio de su vehículo y subieron el volumen. La voz de Merle Haggard flotó por encima del campo de soja.

La música amortiguó el sonido de un lejano disparo de escopeta. Éste alcanzó a Mo Teale directamente en la parte superior de la espalda, le traspasó los pulmones y le abrió un boquete en el pecho. Red, el compañero de Teale, repitió una y otra vez que lo único que oyó fue un fuerte gruñido uno o dos segundos antes de que Mo cayera bajo el eje de dirección. Al principio, pensó que alguna pieza del tractor se había soltado de forma violenta y había causado una herida a su compañero. Red arrastró a éste hasta el vehículo y echó a correr, mucho más preocupado por Mo que por lo que hubiera podido causarle la herida. Una vez en el cobertizo, el capataz de la finca llamó a una ambulancia, pero ya era demasiado tarde. Mo Teale murió allí mismo, sobre el polvoriento suelo de hormigón. El «señor John Deere», lo habíamos llamado durante el juicio. Hacia el centro de la primera fila, lenguaje corporal negativo.

En el momento de su muerte llevaba un uniforme amarillo chillón parecido al que había llevado todos los días del juicio. Así vestido, el blanco había sido más fácil.

Lo vi de lejos, por la puerta abierta. El sheriff McNatt permitió que entráramos en el cobertizo, con la ya habitual prohibición de no tomar fotografías. Wiley había dejado sus cámaras en la furgoneta.
Wiley estaba oyendo una vez más la radio de la policía cuando se transmitió el informe: «¡Un tiroteo en la finca de Ned Ray Zook!» Wiley siempre andaba a la escucha y últimamente no era el único. Dado el profundo estado de inquietud que reinaba en el condado, todo el mundo escuchaba la radio de la policía, y cualquier posible tiroteo era motivo suficiente para subir a la furgoneta e ir a echar un vistazo.
McNatt no tardó en pedirnos que nos marcháramos. Sus hombres encontraron los bidones de aceite que el desaprensivo había sacado de los tractores y descubrieron una ventana que alguien había forzado para entrar en el cobertizo. Buscarían huellas dactilares, pero no darían con ninguna. Buscarían huellas en el suelo de grava, pero no las hallarían. Peinarían los bosques que rodeaban los campos de soja y no encontrarían ni rastro del asesino. En la tierra, al lado del tractor, encontraron el casquillo de 30.06 e inmediatamente lo compararon con el que había matado a Lenny Fargarson.

Permanecí en el despacho del sheriff hasta mucho después del anochecer. Como era de esperar, el lugar estaba lleno de agentes y delegados policiales que cotejaban datos y descubrían nuevos detalles. Los teléfonos sonaban sin cesar. Muchos ciudadanos, incapaces de dominar la curiosidad, se pasaban por allí a preguntar a quienquiera que quisiera escucharlos si había alguna novedad.
No la había. McNatt se atrincheró en su despacho, tratando de establecer lo que debía hacerse a continuación. Su prioridad era la protección de los ocho jurados supervivientes. Tres ya habían muerto: el señor Fred Bilroy (de neumonía) y ahora Lenny Fargarson y Mo Teale. Un jurado se había ido a vivir a Florida dos años después del juicio. En aquellos momentos, cada uno de los ocho restantes tenía un coche patrulla aparcado muy cerca de la puerta de su casa.
Me fui con la idea de regresar a la redacción para trabajar en el artículo sobre el asesinato de Mo Teale, pero las luces del despacho de Harry Rex me indujeron a desviarme de mi camino. Estaba en su sala de reuniones, hundido hasta el cuello en declaraciones y carpetas y toda clase de papelotes jurídicos cuya sola contcmplación siempre me provocaba dolor de cabeza. Sacamos dos cervezas del pequeño frigorífico de su despacho y salimos a dar una vuelta.
Al llegar a una zona obrera llamada Coventry, enfilamos una estrecha callejuela y pasamos por delante de una casa en cuyo patio anterior varios automóviles aparcados semejaban fichas caídas de dominó.
-Aquí vive Maxine Root -dijo Harry Rex-. Formaba parte del jurado.

Recordaba vagamente a la señora Root. Su casita de ladrillo rojo carecía de porche, por lo que sus vecinos permanecían sentados en sillas plegables alrededor del cobertizo de los automóviles. Había varios rifles a la vista. Todas las luces de la casa estaban encendidas. Un coche patrulla permanecía aparcado al lado del buzón de las cartas y los dos agentes que estaban apoyados en la cubierta del motor fumando cigarrillos nos estudiaron detenidamente al vernos pasar.
Harry Rex se detuvo y saludó a uno de los agentes:
-Buenas noches, Troy.
-Hola, Harry Rex -dijo Troy, acercándose a nosotros. Menuda fiestecita han organizado, ¿eh?
-Haría falta ser un imbécil para venir a armar jaleo aquí.
-Pasábamos por aquí -dijo Harry Rex.
-Pues mejor que os vayáis -dijo Troy-. Esta gente tiene los dedos muy rápidos.
-Cuídate.
Nos alejamos y rodeamos las cocheras que había al norte de la ciudad; detrás de ellas, una larga y sombría calle terminaba cerca del depósito de agua. A medio camino, estaba flanqueada por varios automóviles.
-¿Quién vive aquí? -pregunté.
-Earl Youry. Estaba sentado en la última fila, la más alejada del público.
Había varias personas agrupadas en el porche. Algunas estaban sentadas en los peldaños. Otras ocupaban varias sillas de jardín sobre la hierba. En medio de toda aquella gente, Earl Youry permanecía oculto y muy bien protegido por amigos y vecinos.

La señorita Callie estaba tan bien defendida como los demás. La calle, delante de su casa, estaba llena de vehículos y apenas se podía circular por ella. Grupos de hombres permanecían sentados en los automóviles, algunos fumando y otros empuñando rifles. En las casas contiguas y en la acera de enfrente, los porches y los patios se veían llenos de gente. Medio Lowtown se había reunido alli para que ella se sintiese segura. Se respiraba una atmósfera de fiesta, la sensación de estar viviendo un acontecimiento singular.
A causa de nuestros rostros blancos, Harry Rex y yo fuimos objeto de especial atención. No nos detuvimos hasta poder hablar con los hombres del sheriff y, en cuanto éstos aprobaron nuestra presencia, la gente se relajó. Aparcamos y nos acercamos a pie a la casa, donde Sam me recibió en los peldaños de la entrada. Harry Rex se había quedado fuera, charlando con los agentes.
La señorita Callie estaba dentro, en su dormitorio, leyendo la Biblia con una amiga suya de la iglesia. Varios diáconos permanecían en el porche en compañía de Sam y Esau, ansiosos de enterarse de más detalles

acerca del asesinato de Teale. Les facilité toda la información que pude, que no era mucha, en realidad.
Hacia la medianoche, la gente empezó a dispersarse muy lentamente. Sam y los hombres del sheriff habían organizado un turno rotatorio de vigilancia a lo largo de toda la noche, con guardias armados en el porche delantero y en la parte de atrás. No faltaban los voluntarios. La señorita Callie jamás hubiera imaginado que su agradable, pequeño y devoto hogar llegaría a convertirse en semejante fortaleza armada, pero, dadas las circunstancias, no podía quejarse.
Circulamos hasta Hocutt House, donde encontramos a Buster dormido en su automóvil, aparcado en el sendero de entrada. Sacamos un frasco de bourbon y nos sentamos en uno de los porches de la fachada, aplastando algún que otro mosquito mientras tratábamos de evaluar la situación.
-Tiene mucha paciencia -dijo Harry Rex-. Esperará unos días hasta que todos estos vecinos se empiecen a cansar de permanecer sentados en los porches y todo el mundo se relaje un poco. Los jurados no pueden pasarse mucho tiempo encerrados en casa. Esperará.
Un detalle estremecedor que no se había dado a conocer se refería a una llamada recibida en el concesionario de los tractores una semana antes. En la finca Anderson, situada al sur de la ciudad, un tractor se había averiado en circunstancias similares. Mo Teale, que era uno de los cuatro mecánicos principales, no había sido enviado a reparar aquella avería. La camisa amarilla de un compañero suyo había sido observada a través de la mira telescópica de un rifle de caza.
-Tiene paciencia y es meticuloso -convine yo.
Habían transcurrido once días entre los dos asesinatos y no se había dejado ninguna pista. En caso de que su autor fuera efectivamente Danny Padgitt, se observaba un fuerte contraste entre su primer asesinato -Rhoda Kassellaw- y los dos últimos. Había pasado de un brutal delito pasional a ejecuciones a sangre fría. Quizás eso fuera lo que le habían enseñado sus nueve años en la cárcel. Había tenido tiempo suficiente para recordar los rostros de las doce personas que lo habían enviado a prisión y planificar su venganza.
-No ha terminado -dijo Harry Rex.
Un asesinato podía considerarse un acto fortuito. Dos implicaban la existencia de una pauta. Un tercero enviaría un pequeño ejército de policías y civiles armados a Padgitt Island para librar una guerra sin cuartel.
-Esperará -añadió Harry Rex-. Incluso es posible que espere mucho tiempo.
-Estoy pensando en vender el periódico, Harry Rex -dije. Bebió un buen trago de bourbon y después me preguntó:

-¿Y por qué?
-Por dinero. Una empresa de Georgia me está haciendo una oferta en firme.
-¿Cuánto?
Mucho. Más de lo que jamás hubiese soñado. Podría pasarme mucho tiempo sin trabajar. O jamás volver a hacerlo.
La idea de no trabajar le llamó poderosamente la atención. Su programa diario consistía en diez horas de caos incesante bregando con casos de divorcio de clientes con los nervios a flor de piel. A menudo trabajaba de noche, cuando el despacho estaba más tranquilo y él podía pensar mejor. Vivía muy bien, pero se ganaba a pulso hasta el último centavo.
-¿Cuánto tiempo hace que tienes el periódico? -me preguntó.
-Nueve años.
-Cuesta un poco imaginar el periódico sin ti.
-A lo mejor, es por eso por lo que lo vendo. No quiero con vertirme en otro Wilson Caudle.
-¿Qué harás?
-Me tomaré un descanso, viajaré, veré el mundo, me buscaré una señora estupenda, me casaré con ella, la dejaré embarazada y tendré unos cuantos hijos. Esta casa es muy grande.
-¿O sea que no te irías de aquí?
-¿Adónde quieres que vaya? Ésta es mi casa.
Otro largo trago y después:
-No sé. Déjame consultarlo con la almohada.
Tras lo cual, abandonó el porche y se alejó en su automóvil.

39

Con tantos cadáveres amontonados, era inevitable que la historia suscitara más interés del que el *Times* podía dedicarle. A la mañana siguiente llegó a mi despacho un reportero de un semanario de Memphis a quien yo conocía y, veinte minutos después, se reunió con nosotros otro que trabajaba para el de Jackson. Ambos cubrían la zona norte de Misisipí, donde las noticias más destacadas solían ser la explosión de una fábrica o la denuncia contra el enésimo funcionario de un condado acusado de corrupción.
Les facilité los antecedentes de ambos asesinatos, les hablé de la libertad condicional de Padgitt y el temor que se había apoderado del condado. No nos hacíamos la competencia: ellos escribían para importantes diarios que apenas se solapaban. Casi todos mis suscriptores leían también los periódicos o bien de Memphis o bien de Jackson. El diario de Tupelo también era muy popular.

Y, la verdad, estaba empezando a perder el interés; no por la crisis de aquel momento sino por el semanario como vocación. El mundo estaba llamándome. Mientras permanecía sentado allí bebiendo café e intercambiado datos con aquellos dos veteranos, ambos mayores que yo y con unos sueldos anuales de unos cuarenta mil dólares, me parecía increíble que pudiera largarme de inmediato con un millón de dólares en el bolsillo. Me costaba concentrarme.

Al final, se fueron para enfocar el asunto cada cual desde su propio punto de vista. Minutos más tarde, me llamó Sam para decirme en tono apremiante:

-Tienes que venir.

Una heterogénea y pequeña unidad seguía vigilando el porche de los Ruffin. Sus cuatro miembros tenían los ojos enrojecidos por falta de sueño. Sam me abrió paso a través del vivaque y nos dirigimos a la cocina, donde la señorita Callie desvainaba judías, una tarea que siempre llevaba a cabo en el porche trasero. Me dedicó una cordial sonrisa y me dio su habitual abrazo de oso, pero se la veía muy trastornada.

-Por aquí -dijo.

Sam me hizo una seña con la cabeza y la seguirnos a su pequeño dormitorio.

Cerró la puerta como si unos intrusos estuvieran acechando y después desapareció en el interior de un estrecho armario. Esperamos un tanto cohibidos mientras ella hurgaba allí dentro.

Al final, salió con un viejo cuaderno de apuntes de espiral que, al parecer, guardaba muy bien escondido.

-Hay algo que no tiene sentido -dijo, sentándose en el borde de la cama.

Sam se acomodó a su lado y yo hice lo propio en una vieja mecedora. Empezó a pasar las páginas de sus notas manuscritas.

-Aquí está -dijo-. Prometimos solemnemente que jamás hablaríamos de lo que había ocurrido en la sala del jurado -explicó-, pero esto es demasiado importante para que me lo guarde. Cuando declaramos culpable al señor Padgitt, la votación fue muy rápida y por unanimidad. Pero, cuando llegamos a la cuestión de la pena de muerte, hubo ciertas reticencias. Yo no quería enviar a nadie a la muerte, por supuesto, pero había prometido que cumpliría la ley. La situación se hizo muy tensa, se pronunciaron palabras muy duras y hasta hubo ciertas acusaciones y amenazas. La experiencia no fue nada agradable. Cuando los frentes de batalla estuvieron claros, hubo tres personas contrarias a la pena de muerte, que no estaban dispuestas a cambiar de opinión.

Me mostró una página de su cuaderno de notas. Vi dos columnas escritas con su clara y precisa caligrafía; una de ellas incluía nueve nombres y la otra sólo tres: L. Fargarson, Mo Teale y Maxine Root. Clavé

los ojos en los nombres, pensando que, a lo mejor, estaba contemplando la lista del asesino.
-Cuándo escribió usted eso? -pregunté.
-Tomé notas durante el juicio -contestó.
-¿Por qué iba Danny Padgitt a querer matar a los jurados que se habían negado a sentenciarlo a la pena de muerte, a los que, de hecho, le habían salvado la vida?
-Está matando a los que no debe, ¿verdad? -preguntó Sam-. Quiero decir, que todo eso está muy mal, pero, si quieres vengarte, ¿por qué cargarte precisamente a las personas que intentaron salvarte?
-Tal como ya he dicho, no tiene ningún sentido -contestó la señorita Callie.
-Das por sentadas demasiadas cosas -dije dirigiéndome a Sam-. Das por sentado que sabe qué votó cada jurado. Que yo sepa, y eso que me pasé mucho tiempo fisgando por ahí, los jurados jamás le dijeron a nadie cómo se habían desarrollado las votaciones. El juicio no tardó en pasar al olvido como consecuencia de la orden de integración racial. Padgitt fue enviado a Parchman el mismo día en que lo declararon culpable. Lo más probable es que haya elegido primero a los más vulnerables, y resulta que éstos eran el señor Fargarson y el señor Teale.
-Eso es mucha casualidad -dijo Sam.
Reflexionamos en ello un buen rato. No estaba muy seguro de que fuera verosímil; en realidad, ya no estaba seguro de nada. De pronto se me ocurrió otra idea:
-Hay que tener en cuenta que los doce jurados votaron a favor de declararle culpable, y eso fue poco después de que él profiriera su amenaza.
-Supongo -dijo la señorita Callie no muy convencida. Estábamos tratando de comprender el sentido de algo totalmente incomprensible.
-En cualquier caso, tengo que facilitarle esta información al sheriff -dije.
Prometimos no decirlo jamás.
-Eso fue hace nueve años, madre -dijo Sam-. Nadie hubiera podido prever lo que ahora está ocurriendo.
-Es especialmente importante para Maxine Root -dije. ¿No crees que alguno de los otros jurados puede haber facilitado esta misma información? -me preguntó Sam.
-Es posible, pero eso fue hace mucho tiempo, y dudo que tomaran notas.
Se produjo un alboroto en la entrada principal. Bobby, Leon y Al acababan de llegar. Se habían reunido en St. Louis y se habían pasado toda la noche en la carretera. Tomamos café en torno a la mesa de la cocina y los puse al corriente de los últimos acontecimientos. La

señorita Callie cobró repentinamente vida y empezó a pensar en las comidas y a elaborar una lista de las hortalizas que Esau tendría que recolectar.

El sheriff McNatt había salido para visitar a cada uno de los jurados. Yo tenía que soltárselo a alguien y, por consiguiente, irrumpí en el despacho de Harry Rex y esperé pacientemente mientras él terminaba de tomar una declaración. Cuando estuvimos a solas, le hablé de la lista de la señorita Callie y de las discrepancias entre los jurados. Llevaba dos horas discutiendo y regateando con una habitación llena de abogados y, por consiguiente, su estado de ánimo era más bien pendenciero.
Como de costumbre, su teoría era distinta y mucho más cínica.
-Aquellos tres hubieran tenido que provocar una falta de unanimidad del jurado -dijo, tras efectuar un rápido análisis-. Por alguna razón, acabaron cediendo, tal vez porque pensaron que ya obraban correctamente evitando que fuera a la cámara de gas, pero, como es natural, Padgitt no opina lo mismo. Durante nueve años ha estado furioso porque sus tres paniaguados no se mantuvieron firmes hasta provocar el resultado de desacuerdo entre los jurados. Ha decidido cargárselos primero a ellos e ir después por los demás.
-Es imposible que Lenny Fargarson fuera un paniaguado de Danny Padgitt -dije.
-¿Sólo porque era lisiado?
-Sólo porque era un cristiano muy piadoso.
-Estaba sin trabajo, Willie. Antes podía trabajar, pero entonces ya sabía que su estado se agravaría con el paso de los años. A lo mejor, necesitaba dinero. Qué coño, todo el mundo necesita dinero. Y los Padgitt lo tienen a carretadas.
-No me convence.
-Es mucho más lógico que cualquiera de tus descabelladas teorías. ¿Qué estás insinuando..., que otro se está cargando a los jurados?
-Yo no he dicho eso.
-Mejor, porque estaba a punto de llamarte tonto del culo.
-Cosas peores me has llamado.
-Pero no esta mañana.
-¿Y según tu teoría, Mo Teale y Maxine Root también cobraron dinero de los Padgitt y después traicionaron a Danny en la cuestión del veredicto de culpabilidad y se echaron atrás en la cuestión de la pena de muerte, y ahora van a pagar porque por su culpa no hubo el desacuerdo que se esperaba? ¿Es eso lo que estás diciendo, Harry Rex?
-¡Ni más ni menos!

-¡Pues el tonto del culo eres tú, a ver si te enteras! ¿Por qué iba un hombre honrado y trabajador, de esos que aborrecen el crimen y van a la iglesia como Mo Teale, a aceptar dinero de los Padgitt?
-A lo mejor lo amenazaron.
-¡A lo mejor! ¡Y, a lo mejor, no!
-Bueno pues, ¿cuál es tu mejor teoría?
-Es Padgitt y, por pura casualidad, resulta que los primeros dos que ha elegido son por esas cosas de la vida dos de los tres que votaron en contra de la pena de muerte. El no sabe cómo fue la votación. Ya estaba en Parchman doce horas después del veredicto. Él ha elaborado su propia lista. Fargarson fue el primero porque era un blanco muy fácil. Teale fue el segundo porque Padgitt pudo elegir el escenario de su acción.
-¿Y quién será el tercero?
-No lo sé, pero esta gente no se va a pasar toda la vida encerrada en casa. Padgitt esperará el momento oportuno, dejará que se calmen los ánimos y volverá a forjar planes en secreto.
-Quizá cuenta con la complicidad de alguien, ¿sabes?
-Exactamente.
El teléfono de Harry Rex no había dejado de sonar ni un solo momento. Lo miró con rabia durante una pausa y después me dijo:
-Tengo trabajo que hacer.
-Creo que haré una visita al sheriff. Nos vemos luego. Ya había salido de su despacho cuando me llamó a gritos:
-Oye, Willie. Otra cosa.
Me volví hacia él.
-Véndelo, cobra el dinero y dedícate algún tiempo a pasarlo bien. Te lo has ganado.
-Gracias.
-Pero no te vayas de Clanton, ¿eh?
-No pienso hacerlo.

El señor Earl Youry se dedicaba a nivelar carreteras por cuenta del condado. Nivelaba carreteras rurales en lugares muy remotos, desde Possum Ridge hasta más allá de Shady Grove. Puesto que trabajaba solo, decidieron que se quedara unos cuantos días por la zona de las cocheras del condado, donde tenía muchos amigos, todos los cuales llevaban rifle en el vehículo y se mantenían en estado de máxima alerta. El sheriff McNatt se reunió con el señor Youry y su supervisor y juntos elaboraron un plan para proteger su seguridad.
El señor Youry llamó al sheriff y le dijo que tenía información importante. Reconoció que sus recuerdos eran un poco vagos, pero estaba seguro de que el chico lisiado y Mo Teale se habían mostrado

inflexibles en su negativa a imponer al acusado la pena de muerte. Recordó que hubo un tercer voto en este sentido, puede que fuera el de una de las mujeres, quizás el de la señora negra. Y le planteó a McNatt la misma pregunta:
-¿Por qué iba Danny Padgitt a querer matar a los jurados que se habían negado a condenarlo a muerte?
Cuando entré en el despacho del sheriff, éste acababa de hablar con el señor Youry y estaba todo lo perplejo que cabía esperar en semejantes circunstancias. Cerré la puerta y le revelé el contenido de mi conversación con la señorita Callie.
-He visto sus notas, sheriff -le dije-. El tercer voto fue el de Maxine Root.
Nos pasamos una hora repitiendo las mismas discusiones que yo había tenido con Sam y Harry Rex, y llegamos a la conclusión de que todo era absurdo. Él no creía que los Padgitt hubieran comprado o intimidado a Lenny o a Mo Teale; no estaba tan seguro a propósito de Maxine Root, pues ésta pertenecía a una familia más complicada. Estaba más o menos de acuerdo conmigo en que los dos primeros asesinatos habían sido una pura coincidencia y en que los Padgitt, con toda probabilidad, ignoraban cómo habían votado los jurados. Pero, curiosamente, me reveló que, aproximadamente un año después del veredicto, había averiguado que, en la cuestión de la pena de muerte, la votación había sido de nueve a tres y que Mo Teale se había mostrado casi violentamente contrario a semejante sentencia.
Sin embargo, hubimos de admitir, estando Lucien Wilbanks de por medio era muy posible que Padgitt conociera muchos más detalles que nosotros acerca de las deliberaciones. Todo era posible.
Y nada tenía sentido.
McNatt decidió llamar a Maxine Root. Ésta era contable de la fábrica de zapatos que había al norte de la ciudad y había insistido en ir al trabajo. McNatt había estado aquella mañana en la fábrica, hablando con su jefe y sus compañeros para cerciorarse de que todo el mundo se sintiera seguro. Dos de sus agentes montaban guardia en el exterior del edificio para prevenir cualquier problema, a la espera de acompañar a Maxine a casa al término de su jornada laboral.
Ambos se pasaron unos minutos hablando por teléfono como viejos amigos y después McNatt dijo:
-Oiga, Maxine, yo sé que usted, Mo Teale y el chico Fargarson fueron los únicos tres que votaron en contra de la imposición de la pena de muerte a Danny Padgitt... -Hizo una pausa cuando ella lo interrumpió-. Bueno, el cómo lo he averiguado no tiene importancia. Lo importante es que estoy preocupado y muy nervioso por su seguridad. Pero que muy nervioso.

La escuchó unos minutos. Mientras ella hablaba, él la interrumpía de vez en cuando con frases como: «Bueno, Maxine, no puedo presentarme allí y detener al chico sin más.»
Y: «Dígales a sus hermanos que guarden las armas en sus camiones.»
Y: «Estoy trabajando en ello, Maxine, y, cuando disponga de suficientes pruebas, pediré una orden de detención.»
Y: «Ya es demasiado tarde para condenarlo a la pena de muerte, Maxine. Usted hizo lo que creyó apropiado en aquel momento.» Maxine lloraba cuando terminó la conversación.
-Pobre mujer lijo McNatt-, está con los nervios destrozados.
-No me extraña -repuse-. Hasta yo me agacho al pasar por delante de las ventanas.

40

El funeral por Mo Teale se celebró en el templo metodista de Willow Row, el número treinta y seis de mi lista y uno de mis preferidos. Se encontraba justo en el límite urbano de Clanton, al sur de la plaza. Puesto que no conocía personalmente al señor Teale, no asistí a su funeral. Sin embargo, muchos de los que asistieron tampoco lo conocían.
De haber fallecido de un infarto a los cincuenta y un años, su muerte habría sido tan trágica y repentina que sus funerales habrían atraído a una multitud impresionante. Pero el hecho de haber sido abatido de un disparo a modo de venganza por parte de un asesino recién puesto en libertad era sencillamente demasiado para que los curiosos resistieran la tentación. Entre los presentes figuraban olvidados compañeros de instituto de los cuatro hijos adultos del señor Teale, viudas entrometidas que raras veces se perdían un buen funeral, reporteros de fuera de la ciudad y varios caballeros cuyo único contacto con Mo era el hecho de ser propietarios de tractores John Deere.
Me mantuve al margen y me puse a trabajar en su nota necrológica. Su hijo mayor había tenido la amabilidad de pasar por la redacción y facilitarme los detalles. Tenía treinta y tres años -Mo y su mujer habían empezado a tener familia a toda prisa- y se dedicaba a la venta de automóviles nuevos de la marca Ford, allá en Tupelo. Se pasó casi dos horas conmigo, suplicándome desesperadamente que le asegurara que Danny Padgitt estaba a punto de ser detenido y lapidado.
El entierro tuvo lugar en el cementerio de Clanton. El cortejo fúnebre no sólo cubría cuatro manzanas sino que rodeaba la plaza y bajaba por la avenida Jackson, justo al otro lado del *Times*. No se produjo ningún atasco de tráfico porque todo el mundo estaba en el entierro.

Utilizando a Harry Rex como intermediario, Lucien Wilbanks concertó una reunión con el sheriff McNatt. Lucien me mencionó específicamente y se negó específicamente a invitarme. No importaba; Harry Rex tomó notas y me lo contó todo, pero con la condición de que no publicara nada.

En el despacho de Lucien también estaba presente Rufus Buckley, el fiscal de distrito que había sucedido a Ernie Gaddis en 1975. A Buckley le encantaba que se hablara de él y, aunque se había mostrado reacio a intervenir en la cuestión de la libertad condicional de Padgitt, ahora deseaba ponerse al frente del populacho para lincharlo. Harry Rex despreciaba a Buckley y el sentimiento era mutuo. Lucien también lo aborrecía, pero Lucien aborrecía prácticamente a todo el mundo porque todo el mundo lo aborrecía a él. El sheriff McNatt no soportaba a Lucien, toleraba a Harry Rex y se veía obligado a trabajar codo con codo con Buckley, a pesar de que lo odiaba en privado.

Teniendo en cuenta tan conflictivos sentimientos, me alegré de que no me hubiesen invitado a la reunión.

Lucien empezó diciendo que había hablado con Danny Padgitt y también con su padre, Gill. Se habían reunido en algún lugar en las afueras de Clanton y lejos de la isla. Danny estaba bien y trabajaba a diario en las oficinas de la empresa de construcción de carreteras de su familia, oportunamente situada dentro de los seguros confines de Padgitt Island.

Como era de esperar, Danny negó su participación en los asesinatos de Lenny Fargarson y Mo Teale. Se mostró consternado por lo que estaba ocurriendo y furioso por el hecho de que se lo considerara unánimemente el principal sospechoso. Lucien subrayó que había sometido a Danny a un duro interrogatorio que llegó al extremo de irritarlo y que el chico no había mostrado en ningún momento el mínimo indicio de estar fingiendo.

Lenny Fargarson había muerto de un disparo la tarde del 23 de mayo. Danny estaba en su despacho y había cuatro personas que podían confirmarlo. La casa de los Fargarson se encontraba por lo menos a media hora de carretera de Padgitt Island y los cuatro testigos estaban seguros de que Danny se había pasado toda la tarde en su despacho o muy cerca de él.

-¿Cuántos de los testigos se apellidan Padgitt? -preguntó McNatt.

-Todavía no podemos dar nombres -contestó Lucien a la defensiva, como buen abogado que era.

Once días más tarde, el 3 de junio, Mo Teale había sido tiroteado aproximadamente hacia las nueve y cuarto de la mañana. En aquel preciso instante, Danny se encontraba al borde de una carretera recién asfaltada en el condado de Tippah, dando a firmar los documentos a

uno de los capataces de obras de los Padgitt. El capataz, junto con dos obreros, estaba dispuesto a declarar dónde se encontraba exactamente Danny en aquel momento. Las obras de la carretera estaban por lo menos a dos horas de distancia de la finca de Ned Ray Zook, en la zona oriental del condado de Ford.
Lucien aportó coartadas seguras para ambos asesinatos, pero su pequeño público se mostró muy escéptico. Era lógico que los Padgitt lo negaran todo. Y dada su capacidad de mentir, avasallar y sobornar con ingentes cantidades de dinero, podían encontrar testigos para cualquier cosa.
El sheriff McNatt manifestó su escepticismo. Le explicó a Lucien que las investigaciones seguían su curso y que, en caso de que descubriera una causa razonable y en el momento en que la descubriese, pediría una orden de detención y entraría en la isla. Había hablado varias veces con la policía del estado y, si eran necesarios cien agentes para hacer salir a Danny de su escondrijo, echaría mano de ellos.
Lucien dijo que nada de eso sería necesario. En caso de que se obtuviera una orden de detención, él mismo haría lo posible por entregar al chico.
-Y, como haya otro asesinato -dijo McNatt-, estallará una revolución. Mil lugareños cruzarán el puente y empezarán a disparar contra todos los Padgitt que encuentren a su paso.
Buckley dijo que él y el juez Omar Noose habían hablado un par de veces acerca de los asesinatos y que estaba razonablemente convencido de que Noose ya «estaba casi dispuesto» a dictar una orden de detención contra Danny Padgitt. Lucien lo atacó con un fuego cruzado de preguntas acerca de la causa razonable y las pruebas suficientes. Buckley replicó que la amenaza proferida por Padgitt durante el juicio era motivo más que suficiente para considerarlo sospechoso de los asesinatos.
La reunión se fue enconando a medida que ambos discutían cada vez más acaloradamente acerca de toda clase de argucias legales. Al final, el sheriff dio por terminada la reunión, señalando que va había oído suficiente, y abandonó el despacho de Lucien. Buckley lo siguió. Harry Rex se quedó un rato, charlando con Lucien en una atmósfera mucho más distendida.
Son unos embusteros que protegen a unos embusteros -rezongó Harry Rex, paseando una hora más tarde por mi despacho-. Lucien dice la verdad sólo cuando le conviene, lo cual, tanto para él como para sus clientes, no ocurre muy a menudo. Los Padgitt no saben realmente lo que es la verdad.
-¿Te acuerdas de Lydia Vince? pregunté.
-¿Quién?

-La puta aquella del juicio, la que Wilbanks hizo declarar bajo juramento. Dijo al jurado que Danny estaba en su cama cuando asesinaron a Rhoda. Los Padgitt la buscaron, compraron su declaración y se la pasaron a Lucien. Todos son un hatajo de ladrones embusteros.
-Más tarde le pegaron un tiro a su ex marido, ¿verdad?
-Poco después del juicio. Probablemente lo liquidó uno de los sicarios de los Padgitt. No hubo más pruebas que las balas. Ningún sospechoso. Nada. Lo de siempre.
-McNatt no se ha creído nada de lo que ha dicho Lucien. Y Buckley tampoco.
-¿Y tú?
-No. He visto llorar a Lucien ante un jurado. Puede ser muy convincente a veces, no muy a menudo, pero sí de vez en cuando. Tengo la impresión de que se ha esforzado demasiado en convencernos. Es Danny y cuenta con la ayuda de alguien.
-¿Así lo cree McNatt?
-Sí, pero no tiene pruebas. Una detención sería una pérdida de tiempo.
-Evitaría que anduviera suelto por ahí.
-Sólo por un tiempo. Sin pruebas no se le puede mantener indefinidamente en la cárcel. Tiene mucha paciencia. Lleva nueve años esperando.

Aunque los bromistas jamás fueron identificados y tuvieron el sentido común de llevarse el secreto a la tumba, en los meses siguientes corrieron muchas conjeturas en el sentido de que habían sido los dos hijos adolescentes de nuestro alcalde. Vieron a dos jóvenes huir corriendo del lugar de los hechos a tal velocidad que nadie consiguió atraparlos. Los hijos del alcalde tenían un largo y llamativo historial de ingeniosas y desvergonzadas gamberradas.
Al amparo de la oscuridad, atravesaron audazmente un tupido seto y se detuvieron a menos de quince metros de la esquina del porche de la fachada de la casa de Earl Youry. Allí observaron y escucharon los comentarios del numeroso grupo de amigos y vecinos acampados en el patio de la casa, protegiendo al señor Youry. Esperaron pacientemente el mejor momento para lanzar su ataque.
Pocos minutos después de las once, una larga ristra de ochenta y cuatro petardos Black Cat fue arrojada en la dirección aproximada del porche y, cuando éstos empezaron a estallar, Clanton estuvo casi a punto de lanzarse a una guerra sin cuartel. Los hombres gritaban, las mujeres chillaban, el señor Youry se arrojó al suelo y entró en la casa a gatas. Sus centinelas del patio se tiraron al suelo desde sus sillas de jardín, agarraron las armas y se agacharon entre la hierba mientras los Black Cat brincaban y estallaban por todas partes en un humeante paroxismo.

Los ochenta y cuatro petardos tardaron treinta segundos en estallar en su totalidad y, en el transcurso de este breve intervalo de tiempo, una docena de hombres fuertemente armados se ocultaron detrás de los árboles, apuntando con sus armas en todas direcciones, listos para disparar contra cualquier cosa que se moviera.
Un agente a tiempo parcial de la Oficina del Sheriff llamado Travis despertó bruscamente de su sueño sobre el capó de su coche patrulla. Cogió su Magnum del 44 y echó a correr medio agachado en la dirección aproximada de los Black Cat. Los vecinos armados se desperdigaron por todo el patio del señor Youry. Por alguna razón (ni Travis ni su supervisor dieron a conocer jamás una explicación oficial en caso de que efectivamente hubiera alguna), el agente efectuó un disparo al aire. Fue un disparo muy fuerte. Un disparo que se oyó muy por encima del estruendo de los petardos y que dio lugar a que otro dedo impaciente, que jamás reconoció haber apretado el gatillo, disparara con una escopeta de caza del calibre 12 contra los árboles. No cabe duda de que otros muchos habrían empezado a disparar y quién sabe cuántos habrían resultado muertos si el otro hombre del sheriff a tiempo parcial, un tal Jimmy, no hubiera gritado:
-¡No disparéis, idiotas!
En ese momento el fuego cesó de inmediato, pero a los Black Cat aún les quedaban unas cuantas descargas. Cuando estalló el último petardo, todos los civiles armados se acercaron a la zona de humeante hierba para echar un vistazo. Se corrió la voz de que eran sólo unos fuegos artificiales. El señor Earl Youry atisbó desde la puerta y, al final, volvió a salir.
Unas puertas más abajo, la señora Alice Wood oyó el ataque y, cuando estaba corriendo hacia la parte trasera de su casa para cerrar la puerta, dos chicos pasaron como una exhalación por delante de su puerta trasera, corriendo y riéndose como locos. Declararía más tarde que debían de tener unos quince años y eran de raza blanca.
A aproximadamente un kilómetro y medio de distancia, en Lowtown, acababa yo de bajar los peldaños del porche de la senorita Callie cuando oí las lejanas explosiones. Los componentes del último turno -Sam, Leon y dos diáconos- se levantaron de un salto con la mirada perdida en la distancia. El cuarenta y cuatro sonó como un obús. Esperamos un buen rato y, cuando todo se calmó, Leon dijo:
-Eso parecen petardos.
Sam entró silenciosamente en la casa para echar un vistazo a su madre.
-Está durmiendo -dijo al volver.
-Iré a ver qué ha sido -dije-, y, si se trata de algo importante, llamaré.
La calle del señor Youry estaba iluminada por las luces rojas y azules de una docena de vehículos de la policía. El tráfico era muy intenso porque

muchos curiosos trataban de acercarse al lugar de los hechos. Vi el automóvil de Buster aparcado en una zanja poco profunda y, cuando lo localicé unos minutos después, me contó la historia.
-Un par de muchachos.
Me hizo gracia, pero debo confesar que mi postura era claramente minoritaria.

41

En los nueve años que llevaba como dueño del *Times*, jamás lo había dejado por espacio de más de cuatro días. Se imprimía el martes, se publicaba el miércoles y todos los jueves de mi vida me enfrentaba con un impresionante plazo de entrega.
Uno de los motivos de su éxito era el hecho de que yo escribiera tantas cosas acerca de tantas personas en una ciudad en la que apenas ocurría nada. Cada edición constaba de treinta y seis páginas. Descontando las cinco de los anuncios clasificados, las tres de los avisos judiciales y unas cinco de anuncios, cada semana me enfrentaba con la tarea de llenar aproximadamente veintidós páginas con noticias locales.
Las notas necrológicas ocupaban por lo menos una página y yo me encargaba de escribirlas todas. Davey Bigmouth Bass ocupaba las dos páginas destinadas a acontecimientos deportivos, aunque a menudo tenía que echarle una mano con el resumen de un partido de fútbol escolar o algún artículo urgente sobre un memorable ataque contra la defensa del equipo contrario protagonizada por un muchacho de doce años. Margaret se encargaba de la página de religión, de la de bodas y de la de los anuncios clasificados. Baggy, cuya producción ya era nueve años antes bastante floja, por no decir algo peor, había sucumbido casi por completo a la bebida y sólo servía para un artículo semanal que, como es lógico, siempre quería que se publicara en primera plana. Los redactores de plantilla iban y venían con decepcionante regularidad. En general, solíamos tener uno o dos, pero a menudo nos causaban más problemas que otra cosa. Tenía que corregir las pruebas y editar hasta tal extremo sus trabajos que a menudo hubiera preferido escribirlos directamente yo mismo.
Por consiguiente, me dedicaba a escribir. Aunque había estudiado periodismo, jamás había manifestado demasiada tendencia a producir ingentes cantidades de palabras en breves períodos de tiempo. Sin embargo, nada más convertirme en propietario de un periódico y verme en la obligación de nadar o hundirme, descubrí en mí una sorprendente capacidad de pergeñar toda suerte de ampulosas y brillantes historias acerca de casi todo. Un accidente de tráfico medianamente grave y sin

víctimas aparecía en primera plana, con las entrecortadas declaraciones de los testigos directos y los conductores de las ambulancias. La pequeña ampliación de una fábrica parecía una aportación extraordinaria al producto interior bruto del país. Una venta benéfica de tartas de la Asociación de Damas Baptistas podía ocupar ochocientas palabras. Una detención relacionada con la droga sonaba como si los colombianos estuvieran llevando a cabo un avance incontrolado sobre los inocentes niños de Clanton. Una campaña de donación de sangre organizada por el Club Civitan transmitía la misma urgencia que una escasez en tiempo de guerra. El robo de tres furgonetas en una semana tenía todo el aire de ser obra del crimen organizado.

Escribía acerca de las gentes del condado de Ford. El de la señorita Callie había sido mi primer reportaje de interés humano, pero a lo largo de los años había tratado de publicar por lo menos uno al mes: un superviviente de la marcha de la muerte de Bataán, en la isla filipina de Luzón; el último veterano local de la Primera Guerra Mundial; un marinero que había estado en Pearl Harbor; un clérigo retirado que había dirigido una pequeña comunidad rural durante cuarenta y cinco años; un anciano misionero que había vivido treinta y un años en el Congo; una estudiante recién graduada que actuaba como bailarina en un musical de Broadway; una señora que había vivido en veintidós estados distintos; un hombre que había contraído matrimonio siete veces y deseaba dar consejos a los futuros recién casados; el señor Mitlo, nuestro emblemático inmigrante; un entrenador de baloncesto a punto de retirarse; la cocinera de comida rápida del Tea Shoppe que se había pasado la vida friendo huevos. Y así sucesivamente. Estos reportajes eran tremendamente populares.

Sin embargo, al cabo de nueve años la lista de personas interesantes del condado de Ford era cada vez más corta.

Y yo ya estaba cansado de escribir. Veinte páginas a la semana, cincuenta y dos semanas al año.

Todas las mañanas me despertaba pensando en un nuevo reportaje o en un nuevo enfoque de uno antiguo. Cada noticia, por nimia que fuera, cada acontecimiento insólito me servían de inspiración para escribir un relato con que llenar algún hueco del periódico. Escribía sobre perros, arcones antiguos, un legendario tornado, una casa habitada por fantasmas, la pérdida de un poni, un tesoro de la Guerra Civil, la leyenda del esclavo decapitado, una mofeta enferma de rabia. Y daba las noticias acostumbradas: procedimientos judiciales, elecciones, sucesos, nuevos negocios, quiebras de empresas, nuevos personajes de la ciudad. Pero ya estaba harto de escribir.

Y estaba harto de Clanton. Un poco a regañadientes, la ciudad había acabado por aceptarme, sobre todo cuando quedó claro que no

pensaba marcharme. Pero era una localidad muy pequeña y a veces me asfixiaba. Me pasaba tantos fines de semana en casa sin hacer otra cosa que leer y escribir que ya me había acostumbrado. Y eso me producía una gran frustración. Había tratado de entretenerme jugando al póquer por la noche con Bubba Crocket y la banda de la Trinchera y participando en las juergas culinarias rurales con Harrv Rex y compañía. Pero jamás había experimentado la sensación de encontrarme donde debía.

Clanton estaba cambiando y el sesgo que tomaba no me gustaba. Como casi todas las pequeñas localidades del Sur, crecía en todas direcciones, sin seguir ningún plan de desarrollo determinado. Bargain City iba viento en popa y las zonas circundantes atraían a todas las franquicias de comida rápida imaginables. El centro estaba en decadencia, aunque el edificio de los juzgados y la sede del Gobierno del condado siempre atraerían a la gente. Se necesitaban auténticos dirigentes políticos con visión de futuro, pero había muy pocos.

Por otra parte, sospechaba que la ciudad ya estaba harta de mí. A causa de mi enérgica oposición a la guerra de Vietnam, siempre me considerarían un liberal radical, y yo apenas me molestaba en mejorar mi mala fama. A medida que crecía el semanario y aumentaban los beneficios, mi piel se iba haciendo cada vez más dura y mis editoriales eran cada vez más críticos. Despotricaba contra las asambleas a puerta cerrada del Ayuntamiento y de la Junta de Supervisores del condado. Presentaba denuncias para tener acceso a los archivos públicos. Me había pasado un año criticando la práctica ausencia de división por zonas y gestión del uso de la tierra en el condado y, cuando Bargain City se presentó en la ciudad, hablé demasiado. Puse en solfa la legislación relativa a las campañas de financiación destinadas a permitir que los ricos eligieran a sus preferidos. Y, cuando pusieron en libertad a Danny Padgitt, lancé un furibundo ataque contra el sistema de libertad condicional.

A lo largo de la década de los setenta me había comportado como un orador callejero, y aunque ello se traducía en lecturas interesantes y en un incremento de las ventas del periódico, hizo que me convirtiera en una especie de bicho raro. Me consideraban un agitador político que, encima, disponía de un púlpito. No creo que jamás me comportara como un matón, o por lo menos procuraba no hacerlo. Pero, mirando hacia atrás, tenía que reconocer que a veces iniciaba una polémica o una lucha contra algo no por convicción sino por puro aburrimiento.

Con los años, deseaba convertirme en un ciudadano normal. Siempre sería un forastero, pero eso ya no me preocupaba. Quería ir y venir, vivir en Clanton cuando me apeteciera y ausentarme durante largos períodos de tiempo cuando empezara a aburrirme. Es curioso hasta qué

extremo la perspectiva del dinero puede cambiar el futuro de una persona.
Me consumía el sueño de irme de allí, de tomarme un año sabático en algún lugar donde jamás hubiera estado, de ver mundo.

Mi siguiente reunión con Gary McGrew tuvo lugar en un restaurante de Tupelo. El hombre me había visitado varias veces en mi despacho. Una visita más y el personal empezaría a murmurar. Durante la comida, echamos un nuevo vistazo a mis libros, hablamos de los planes de su cliente, negociamos este punto y el otro. En caso de que vendiera, quería que el nuevo propietario aceptara los nuevos contratos por cinco años de Davey Bigmouth Bass, Hardy y Margaret. Baggy no tardaría en retirarse, si antes no moría de cirrosis. Wiley siempre había trabajado a tiempo parcial y su interés por perseguir ternas para sus fotografías estaba menguando. Era el único empleado a quien le había hablado de las negociaciones y él me había aconsejado que tomara el dinero y corriera.
El cliente de McGrew quería que yo me quedara por lo menos un año con un sueldo muy alto para adiestrar al nuevo editor. Con eso no estaba de acuerdo. Si me iba, me iba. No quería tener un jefe ni ser el centro del revuelo que produciría el que hubiese vendido el periódico del condado a una gran empresa de otro estado.
Su oferta era de un millón trescientos mil dólares. Un asesor de Knoxville cuyos servicios yo había contratado había valorado el *Times* en un millón trescientos cincuenta mil dólares.
En confianza le diré que hemos comprado los periódicos de los condados de Tyler y Van Buren -me dijo McGrew casi al final de nuestra larguísima comida-. Las cosas están empezando a encajar.
Era casi totalmente sincero. El propietario del periódico del condado de Tyler había aceptado la oferta, en principio, pero aún no se habían firmado los documentos.
-Sin embargo hay una novedad -añadió-. El periódico del condado de Polk podría estar a la venta. Y, la verdad, estamos sondeándolo por si usted no se decidiera. Es bastante más barato.
-Ah, más presión -dije.
El Polk County Herald tenía cuatro mil lectores y una gestión pésima. Lo veía semana a semana.
-No trato de presionarle. Sencillamente estoy poniéndolo todo sobre la mesa.
-La verdad es que yo quiero un millón y medio de dólares -dije.
Eso supera el límite, Willie.
-Es un precio un poco alto, pero enseguida lo amortizarán. Puede que tarden un poco más, pero piense en de aquí a diez años.

-No sé si podremos llegar a esa cifra.
-Tendrán que hacerlo si quieren el periódico.
Se había producido una cierta sensación de apremio. McGrew me insinuó la existencia de un plazo y, al final, me dijo:
Llevamos varios meses de negociaciones y mi cliente ya desea llegar a una conclusión. Quiere cerrar el trato el día 1º. del mes que viene, de lo contrario, se irá a otra parte.
La táctica no me preocupaba. Yo también estaba harto de hablar. O vendía o no vendía. Ya era hora de tomar una decisión.
-Faltan veintitrés días -En efecto.
-Me parece muy bien.

Llegaron los largos días estivales, y el calor y la humedad iniciaron su estancia anual de tres meses. Seguía con mis visitas de costumbre: a las iglesias de mi lista, a los campos de béisbol, al torneo local de golf, a la recolección de sandías. Pero Clanton estaba esperando, y de lo único de lo que todos hablábamos era de la espera.
Inevitablemente, el dogal que rodeaba el cuello de cada uno de los jurados restantes se había aflojado en cierto modo. Como es natural, se habían cansado de permanecer prisioneros en casa, de alterar sus hábitos de toda la vida, de tener a ejércitos de vecinos vigilando su domicilio por la noche.
La paciencia del asesino resultaba desconcertante. Contaba con la ventaja del tiempo y sabía que sus víctimas se cansarían de tanta protección. Sabía que bajarían la guardia, que cometerían un error. Y nosotros también lo sabíamos.
Tras faltar tres domingos consecutivos, por primera vez en su vida, la señorita Callie insistió en ir a la iglesia. Escoltada por Sam, Esau y Leon, entró en el templo un domingo por la mañana y adoró al Señor como si llevara un año ausente. Sus hermanos y hermanas la abrazaron y rezaron fervorosamente por ella. El reverendo Small modificó inmediatamente su sermón y habló de la protección de Dios a sus fieles. Sam dijo que se había pasado tres horas hablando.
Tres días después, la señorita Callie se deslizó al asiento trasero de mi Mercedes. Con Esau a su lado y Sam sentado en el asiento del copiloto, abandonamos a toda prisa Clanton seguidos por un agente del sheriff. Este se detuvo al llegar a la frontera del condado y una hora después ya estábamos en Memphis. Se había inaugurado un nuevo y maravilloso centro comercial al este de la ciudad y la señorita Callie soñaba con verlo. ¡Más de cien tiendas bajo un solo techo! También por primera vez en su vida supo a qué sabía una pizza; vio una pista de patinaje sobre hielo, a dos hombres tomados de la mano y una familia mixta. Lo único que le pareció bien de todo aquello fue la pista de hielo.

Tras soportar durante toda una hora la atroz manera de conducir de Sam, encontramos finalmente el cementerio de la zona sur de Memphis. Sirviéndonos de un plano de la garita de vigilancia, localizamos el sepulcro de Nicola Rossetti DeJarnette. La señorita Callie depositó un ramo de flores que había llevado desde casa sobre la tumba y, cuando comprendimos que deseaba permanecer un rato a solas allí, nos fuimos y la dejamos tranquila.
En honor de Nicola, la señorita Callie deseaba comer platos italianos. Yo había reservado mesa en Grisantis, un emblemático restaurante de Memphis, y allí disfrutamos de una larga y exquisita comida a base de lasaña y raviolis rellenos de queso de cabra. Consiguió superar sus prejuicios contra los alimentos comprados y, para salvarla del pecado, insistí en pagar.
No nos apetecía dejar Memphis. Durante unas cuantas horas habíamos huido del temor a lo desconocido y de la inquietud de la espera. Nos daba la sensación de que Clanton se encontraba a mil quinientos kilómetros de distancia y todavía nos parecía demasiado cerca. Mientras regresábamos, bien entrada la noche, noté que conducía cada vez más despacio.
Aunque no lo comentábamos y nuestra conversación era cada vez más apagada a medida que nos acercábamos a casa, había un asesino suelto en el condado de Ford. El nombre de la señorita Callie figuraba en su lista. De no haber sido por los dos cadáveres, habría sido imposible creerlo.
Según Baggy, y yo lo comprobé en los archivos del *Times*, no había quedado a lo largo del siglo ningún asesinato sin resolver. Casi todas las muertes se habían debido a actos impulsivos, con testigos que habían visto el arma humeante. Las detenciones, los juicios y las condenas habían sido muy rápidos. Ahora teníamos por ahí a un asesino muy listo y muy pausado, y todo el mundo sabía quiénes eran sus previstas víctimas. En una comunidad tan piadosa y tan observante de la ley, semejante situación era inconcebible.
Bobby, Al, Max y Leon habían insistido varias veces en que la señorita Callie se fuera a vivir a casa de alguno de ellos durante aproximadamente un mes. Sam y yo, e incluso Esau, nos habíamos unido a la insistente petición, pero ella no quería dar su brazo a torcer. Estaba en estrecho contacto con Dios y él la protegería.
En nueve años, la única vez que perdí los estribos con la señorita Callie, y la única vez que ella me reprendió, fue en el transcurso de una discusión sobre la conveniencia de que se fuera a pasar un mes con Bobby en Milwakee.
-Estas grandes ciudades son peligrosas -dijo.

-En estos momentos, ninguna es tan peligrosa como Clanton -le repliqué.
Más tarde, cuando le levanté la voz, me dijo que no le gustaba mi falta de respeto y rápidamente me callé.
En cuanto cruzamos la frontera del condado de Ford, bien entrada la noche, empecé a mirar por el espejo retrovisor. Era una tontería y no lo era. En Lowtown, el hogar de los Ruffin estaba vigilado por un agente del sheriff sentado en un vehículo aparcado en la calle y por un amigo de Esau en el porche.
-Ha sido una noche muy tranquila dijo el amigo. En otras palabras: no le habían pegado un tiro a nadie.
Sam y yo nos pasamos una hora jugando al ajedrez en el porche mientras ella se iba a dormir.
La espera continuaba.

42

Mil novecientos setenta y nueve fue un año de elecciones locales en Misisipí, las terceras en las que yo participaba como ciudadano inscrito en el censo electoral. En su campaña, el sheriff no tuvo rival. Algo inaudito. Corrieron rumores de que los Padgitt habían comprado a un nuevo candidato, pero, después del escándalo de la libertad condicional, prefirieron no hacerlo. El adversario del senador Theo Morton me entregó un anuncio en el que se proclamaba a gritos lo siguiente:

¿POR QUÉ CONSIGUIÓ EL SENADOR MORTON LA LIBERTAD CONDICIONAL PARA DANNY PADGITT? ¡POR DINERO! ¡SOLO POR ESO!

me apetecía mucho publicarlo, pero no tenía tiempo ni fuerzas para enfrentarme a un juicio por difamación.
En la Cuarta Porra se había desatado una carrera por el cargo de delegado policial con trece candidatos en liza, pero, dejando esto aparte, las carreras electorales eran bastante letárgicas. El condado sólo pensaba en los asesinatos de Fargarson y Teale y, por encima de todo, en quién iba a ser el siguiente. El sheriff McNatt y los investigadores de la policía del estado y de la sección criminal del laboratorio del estado ya habían agotado todas las claves y pistas posibles. Lo único que podíamos hacer era esperar.
A medida que se acercaba la fiesta nacional del Cuatro de Julio, se observaba entre la gente una considerable indiferencia por las celebraciones anuales. A pesar de que casi todo el mundo se sentía seguro, una oscura y siniestra nube se cernía sobre el condado.

Curiosamente, persistían los rumores según los cuales algo iba a ocurrir cuando todos nos congregáramos alrededor del edificio de los juzgados el día 4. Sin embargo, los rumores jamás habían sido tan creativos ni se habían extendido con tanta rapidez como los que circularon en junio.

El 25 de junio, en un elegante bufete jurídico de Tupelo, firmé un montón de documentos por los cuales cedía la propiedad del *Times* a una empresa del sector mediático, propiedad en parte del señor Ray Noble, de Atlanta. El señor Noble me entregó un cheque por valor de un millón y medio de dólares, y yo, presa de una cierta inquietud, bajé rápidamente a la calle y fui a ver ami más reciente amigo, Stu Holland, que me esperaba en su espacioso despacho del Merchants Bank. En Clanton, la noticia de un depósito semejante se habría filtrado en un santiamén, por lo que preferí enterrar el dinero en el banco de Stu y regresar a casa.

Fue el viaje de una hora por carretera más largo de mi vida. Me sentía invadido por una inefable sensación de alborozo, pues había cobrado la suma máxima. Había conseguido sacarle a un forradísimo y honrado comprador una importante cantidad de dólares en el mejor momento para la venta; un comprador, por cierto, que no tenía previsto introducir grandes cambios en mi periódico. La aventura me estaba llamando y ahora disponía de los medios necesarios para responder a la llamada.

Sin embargo, fue también un viaje un poco triste, porque estaba dejando atrás una parte muy significativa y satisfactoria de mi vida. El periódico y yo habíamos crecido y madurado juntos; yo como adulto y él como una próspera empresa. Se había convertido en lo que cualquier semanario de una localidad pequeña debería ser: un ágil observador de la actualidad, un archivero de la historia, un ocasional comentarista de cuestiones políticas y sociales. En cuanto a mí, era un joven que había conseguido, con ciega tenacidad, construir algo de la nada. Supongo que hubiese tenido que sentir el peso de la responsabilidad de mi edad, pero la verdad es que lo único que deseaba era encontrar una playa. Y, después, una chica.

Cuando regresé a Clanton, entré en el despacho de Margaret, cerré la puerta y le comuniqué la noticia de la venta. Rompió a llorar y mis ojos no tardaron en humedecerse también. Su inquebrantable lealtad siempre me había sorprendido y, al igual que la señorita Callie, se preocupaba demasiado por mi alma y con el tiempo había llegado a quererme de verdad. Le expliqué que los nuevos propietarios eran unas personas extraordinarias que no tenían previsto introducir ningún cambio trascendental y habían aceptado su nuevo contrato de cinco años con un aumento de sueldo. Eso la hizo llorar todavía más.

Hardy no lloró. Pero ocurría que él llevaba casi treinta años imprimiendo el *Times*. Era un sujeto malhumorado y pendenciero, bebía más de la cuenta, como casi todos los periodistas, y, en caso de que a los nuevos propietarios no les gustara, se largaría sin más y se iría a pescar. De todos modos, agradeció el nuevo contrato.
Lo mismo hizo Davey Bigmouth Bass. La noticia lo dejó anonadado, pero la idea de ganar más dinero lo animó considerablemente.
Baggy estaba de vacaciones en algún lugar del oeste con su hermano, no con su mujer. El señor Ray Noble se había mostrado reacio a contratar por cinco años más los perezosos servicios de reportero de Baggy y yo no podía en conciencia incluirle en el nuevo trato. Baggy era independiente.
Teníamos otros cinco empleados, a cada uno de los cuales les comuniqué personalmente la noticia. La tarea me llevó toda una tarde y, cuando finalmente terminé, me sentía agotado. Me reuní con Harry Rex en el cuarto trasero del restaurante de Pepe y lo celebramos con unos margaritas.
Estaba deseando abandonar la ciudad e irme a algún sitio, pero sería imposible hasta que no cesaran los asesinatos.

Los profesores Ruffin se pasaron buena parte del mes de junio yendo y viniendo de Clanton. Eludieron compromisos y olvidaron vacaciones, haciendo todo lo posible para que por lo menos dos o tres de ellos estuvieran siempre con la señorita Callie. Sam raras veces abandonaba la casa. Se quedó en Lowtown para proteger a su madre, pero también para pasar lo más inadvertido posible. El sargento Durant seguía todavía por allí a pesar de que se había vuelto a casar y de que sus dos traidores hijos habían abandonado la zona.
Sam se pasaba muchas horas en el porche, leyendo o jugando al ajedrez con Esau o quienquiera que se hubiera dejado caer por allí para ejercer un rato labores de vigilancia. Jugó mucho conmigo al backgammon hasta que, al final, asimiló la estrategia del juego y entonces insistió en que nos apostáramos un dólar por partida. No tardé en acumular una deuda de cincuenta dólares. Aquella desvergonzada entrega al juego fue un secreto muy bien guardado en el porche de la señorita Callic.
Convocamos precipitadamente una reunión para la semana anterior al Cuatro de Julio. Puesto que mi casa disponía de cinco dormitorios vacíos y sufría una dolorosa ausencia de actividad humana, insistí en que la llenaran los Ruffin. La familia había crecido considerablemente desde que yo la conociera en 1970. Todos estaban casados menos Sam, y había veintiún nietos. En total, treinta y cinco Ruffin, sin contar a Sam,

Callie y Esau, y treinta y cuatro de ellos se desplazaron a Clanton. La mujer de Leon tenía a su padre enfermo en Chicago.
Veintitrés de los treinta y cuatro se instalaron en Hocutt House unos cuantos días. Fueron llegando por tandas desde distintos lugares del país, casi todos del Norte, a cualquier hora del día, y cada nueva llegada era acogida con gran ceremonia. Cuando llegó Carlota con su marido y sus dos hijitos a las tres de la madrugada desde Los Ángeles, se encendieron todas las luces de la casa, y Bonnie, la mujer de Bobby, empezó a freír hojuelas.
Bonnie se había puesto al frente de la cocina y tres veces al día me enviaba a la tienda de ultramarinos con una lista de las cosas que necesitaba con urgencia. Yo compraba toneladas de helados y los chiquillos no tardaron en aprender que se los iría a buscar a cualquier hora que quisieran.
Puesto que las galerías de mi casa eran muy largas y anchas y raras veces se utilizaban, los Ruffin no tardaron en gravitar hacia ellas. Sam se presentaba con la señorita Callie y Esau a última hora de la tarde para hacer una prolongada visita. La señorita Callie ansiaba desesperadamente salir de Lowtown. Su acogedora casita se había convertido en una cárcel.
En distintos momentos oí a los hijos hablar con gran preocupación sobre su madre. Su inquietud no se debía tanto a la obvia amenaza de que le pegaran un tiro como a su salud. A lo largo de los años había conseguido adelgazar unos treinta kilos, dependiendo de a quién correspondiera la versión que uno oyese. Últimamente había vuelto a engordar y su tensión arterial preocupaba a los médicos. El estrés se estaba cobrando su tributo. Esau dijo que dormía muy mal y que a veces echaba la culpa a los medicamentos. Ya no se mostraba tan activa como antes, sonreía mucho menos y había perdido buena parte de su energía.
Todo se atribuía al «desastre de Padgitt». En cuanto lo atraparan y cesaran los asesinatos, la señorita Callie volvería a recuperarse.
Ésta era la opinión optimista, la que compartían casi todos sus hijos.
El 2 de julio, un lunes, Bonnie y compañía prepararon una comida ligera a base de ensaladas y pizzas. Todos los Ruffin disponibles estaban presentes. Comimos en una galería lateral bajo unos lentos y prácticamente inútiles ventiladores de mimbre. No obstante, soplaba una ligera brisa y, con una temperatura de unos treinta y dos grados, disfrutamos de una larga e indolente comida.
Aún no había encontrado el momento oportuno para comunicarle a la señorita Callie que me marchaba del periódico. Sabía que se llevaría un disgusto y sufriría una gran decepción, pero no veía ninguna razón para que no pudiéramos seguir con nuestras comidas del jueves. Quizá

resultase incluso más divertido contar los errores tipográficos y ortográficos cometidos por otros.
En nueve años sólo nos habíamos perdido siete comidas, todas a causa de alguna indisposición o a la necesidad de ir al dentista.
La distendida charla que siguió a la comida quedó bruscamente interrumpida. Oímos unas sirenas en la distancia, en algún lugar de la otra punta de la ciudad.

La caja medía treinta centímetros cuadrados, tenía quince centímetros de profundidad y era de color blanco con barras rojas y blancas. Se trataba de un paquete regalo de la Bolan Farm de Hazelhurst, Misisipí, enviado a la señora Maxine Root de parte de su hermana de Concord, California. Un regalo del Día de la Independencia de auténticas pacanas americanas. Llegó por correo, el cartero lo depositó hacia el mediodía en el buzón de Maxine Root, alguien lo metió en casa pasando por delante del único centinela que montaba guardia, sentado bajo un árbol del patio anterior de la vivienda, y lo llevó a la cocina, donde Maxine lo vio por primera vez.
Había transcurrido casi un mes desde que el sheriff McNatt la interrogara acerca de su voto como jurado. Después de reconocer a regañadientes que no se había mostrado a favor de la imposición de la pena de muerte a Danny Padgitt, recordó que los dos jurados que estaban de acuerdo con ella habían sido Lenny Eargarson y Mo Teale. Puesto que ahora ambos habían muerto, McNatt le había comunicado la grave noticia de que posiblemente ella fuera la siguiente víctima.
Después del juicio, Maxine se había pasado años luchando contra el veredicto. La ciudad estaba muy dolida y ella intuía su hostilidad. Por suerte, los jurados habían mantenido en secreto el sentido de sus votos y tanto ella como Lenny y Mo se habían librado de ulteriores denuestos. Con el tranquilizador paso del tiempo, había logrado distanciarse de aquellas desastrosas consecuencias.
Ahora todo el mundo sabía lo que había votado. Ahora un loco le pisaba los talones. Estaba de baja de su trabajo como contable. Tenía los nervios destrozados; no podía dormir; estaba harta de permanecer escondida en su propia casa; harta de tener el patio lleno de vecinos que se reunían todas las noches como para celebrar algún acontecimiento social; harta de agacharse al pasar por delante de las ventanas. Tomaba tantas clases de pastillas que se neutralizaban entre sí hasta el extremo de que nada le hacía efecto.
Vio la caja de pacanas y se echó a llorar. Alguien la quería allí fuera. Su amada hermana Jane pensaba en ella. Oh, cuánto le habría gustado estar con Jane en California en aquel preciso instante.

Maxine fue a abrir el paquete, pero, de pronto, se le ocurrió una idea. Se acercó el teléfono y marcó el número de Jane. Llevaban una semana sin hablarse.
Jane estaba en el trabajo y se alegró mucho de oírla. Charlaron de esto y de aquello y después comentaron la horrible situación que estaba viviendo Clanton.
-Eres un cielo por haberme enviado las pacanas -dijo Maxine.
-¿Qué pacanas? -preguntó Jane.
Una pausa.
-La caja de regalo de Bolan Pecans de aquí, de Hazelhurst. Una muy grande de kilo y medio.
Otra pausa.
-No he sido yo, hermanita. Tiene que haber sido otra persona.
Momentos después Maxine colgó el teléfono y examinó la caja. Una etiqueta adhesiva en la parte anterior decía: Regalo de Jane Parham. Estaba claro que ella no conocía a ninguna otra Jane Parham.
La tomó en sus manos con mucho cuidado. Le pareció que pesaba mucho para ser una lata de kilo y medio de pacanas.
Travis, el agente a tiempo parcial de la Oficina del Sheriff, pasaba casualmente por allí y decidió entrar. Lo acompañaba un tal Teddy Ray, un muchacho de cara granujienta que vestía un uniforme demasiado grande para él y llevaba un revólver de reglamento que jamás había disparado. Maxine los hizo pasar a la cocina, sobre cuya encimera descansaba apaciblemente la caja roja, blanca y azul. El solitario centinela del exterior también decidió acercarse y, durante aproximadamente un largo minuto, los cuatro permanecieron allí, contemplando el paquete. Maxine repitió al pie de la letra su conversación con Jane.
Con sumo cuidado, Travis cogió la caja y la sacudió ligeramente.
-Pesa mucho para tratarse de una lata de pacanas -observó. Miró a Teddy Ray, que había palidecido, y al vecino del rifle, que parecía a punto de agacharse ante el menor peligro.
-Creen que es una bomba? -preguntó el vecino.
-Oh, Dios mío -murmuró Maxine, a punto de desmayarse.
-Podría ser -contestó Travis, contemplando horrorizado lo que sostenía en la mano.
-Sáquenla fuera -dijo Maxine.
-¿No tendríamos que llamar al sheriff? -consiguió preguntar Teddy Ray.
-Supongo que sí -respondió Travis.
-¿Y si lleva un temporizador? -preguntó el vecino.
Travis vaciló un instante y después, con la voz propia de alguien que carece de la más mínima experiencia, dijo:
-Sé lo que tengo que hacer.

Salieron por la puerta de la cocina a una estrecha galería que discurría a lo largo de la parte posterior de la casa. Travis depositó cuidadosamente la caja justo en el mismo borde, a unos ochenta centímetros del suelo. Al verle extraer el Magnum del 44, Maxine le preguntó:
-¿Qué va usted a hacer?
-Vamos a ver si es una bomba -contestó Travis.
Teddy Ray y el vecino abandonaron corriendo la galería y se tendieron sobre la hierba, a una distancia segura de unos quince metros.
-¿Va a disparar contra mis pacanas? -preguntó Maxine,
-¿Se le ocurre una idea mejor? -replicó Travis.
-Creo que no.
Con buena parte del cuerpo en el interior de la cocina, Travis sacó su musculoso brazo derecho y su cabeza un tanto voluminosa, y apuntó. Maxine se encontraba agachada justo a su espalda, atisbando desde detrás de su cintura.
El primer disparo fue a parar fuera de la galería, pero dejó a Maxine sin respiración.
-Buen disparo -gritó Teddy Ray mientras él y el vecino soltaban una rápida carcajada.
Travis apuntó y volvió a disparar.
La explosión arrancó por entero la galería, abrió un enorme boquete en la pared trasera de la cocina y envió metralla hasta una distancia de casi cien metros. Teddy Ray y el vecino fueron alcanzados por fragmentos metálicos en el pecho y las piernas. El brazo derecho de Travis y la mano que empuñaba el arma quedaron destrozados. Maxine fue alcanzada dos veces en la cabeza: un trozo de cristal le arrancó el lóbulo de la oreja derecha y un pequeño clavo le penetró en la mandíbula del mismo lado.
Todos perdieron momentáneamente el conocimiento, atontados por una bomba que contenía un kilo y medio de explosivo plástico y clavos, trozos de vidrio y cojinetes de bolas.

Mientras las sirenas ululaban por toda la ciudad, me acerqué al teléfono y llamé a Wiley Meek. Estaba a punto de telefonearme.
-Han tratado de hacer saltar por los aires a Maxine Root -me dijo.
Informé a los Ruffin de que se había producido un accidente y los dejé en la galería. Cuando me acerqué al sector donde vivían los Root, las principales calles ya habían sido bloqueadas y el tráfico estaba siendo desviado. Fui a toda prisa al hospital y localicé a un joven médico conocido mío. Me dijo que había cuatro heridos, ninguno de los cuales parecía correr grave peligro.

Aquella tarde el juez Omar Noose presidía un juicio en Clanton. De hecho, más tarde declaró haber oído la explosión. Rufus Buckley y el sheriff McNatt se reunieron con él en su despacho durante más de una hora, pero el contenido de la conversación jamás se divulgó. Mientras esperábamos en la sala, Harry Rex y casi todos los abogados presentes tuvieron la certeza de que estaban discutiendo la manera de dictar una orden de detención contra Danny Padgitt, a pesar de que prácticamente no disponían de pruebas de que éste hubiera cometido algún delito.
Sin embargo, algo había que hacer. A alguien había que detener. El sheriff tenía la obligación de proteger a la población; tenía que tomar alguna medida, aunque no fuera enteramente adecuada.
Nos informaron de que Travis y Teddy Ray habían sido trasladados a uno de los hospitales de Memphis para ser intervenidos. Maxine y su vecino estaban en el quirófano en aquellos momentos. Los médicos opinaban una vez más que ninguna vida corría peligro. Pero era posible que Travis perdiese el brazo derecho.
¿Cuántas personas en el condado de Ford sabían fabricar paquetesbomba? ¿Quién tenía acceso a explosivos? ¿Quién tenía un motivo? Mientras nosotros discutíamos semejantes cuestiones en la sala, no cabe duda de que en el despacho del juez debían de estar formulándose las mismas preguntas. Noose, Buckley y McNatt eran funcionarios electos. Las buenas gentes del condado de Ford necesitaban su protección. Puesto que no había más sospechoso que Danny Padgitt, el juez Noose decidió dictar una orden de detención.
Lucien fue debidamente informado y recibió la noticia sin protestar. En aquel momento, ni siquiera el abogado de Padgitt habría podido oponerse a la estrategia de detenerlo para tramitar su proceso. Siempre cabía la posibilidad de que más tarde lo soltaran.
Minutos después de las cinco de la tarde un convoy de vehículos de la policía abandonó Clanton a toda velocidad camino de Padgitt Island. Harry Rex se había procurado un escáner policial (había unos cuantos nuevos en la ciudad) y ambos nos sentamos en su despacho a tomar cerveza mientras el aparato graznaba con furia incontenible. Iba a ser la detención más espectacular de la historia de nuestro condado y muchos de nosotros deseábamos estar presentes. ¿Bloquearían los Padgitt la carretera e impedirían la detención? ¿Se produciría algún tiroteo? ¿Una pequeña guerra?

A través de las conversaciones pudimos seguir buena parte de lo que estaba ocurriendo. En la carretera 42, McNatt y sus hombres se habían reunido con diez «unidades» de la Patrulla de Tráfico del estado. Supusimos que una «unidad» significaba sencillamente un vehículo, pero, dicho de aquella manera, sonaba más importante. Todos juntos se

dirigieron a la carretera 401, enfilaron luego la del condado, que conducía a la isla, y, al llegar al puente donde todo el mundo esperaba una dramática confrontación, se encontraron a Danny Padgitt sentado en el interior de un automóvil con su abogado.
Las voces a través del escaner eran rápidas y apremiantes:
«¡Está con su abogado!»
«¿Wilbanks?»
«Sí.»
«Vamos a pegarles un tiro a los dos.»
«Ahora bajan del vehículo.»
«Wilbanks está levantando las manos. ¡Será cabrón!» «Es Danny Padgitt, vaya si lo es. Con las manos arriba.» «Me encantaría borrarle esa sonrisa de la cara.»
«Lo están esposando.»
-¡Mierda! -gritó Harry Rex desde el otro lado de su escritorio-. Me habría gustado que hubiera algún tiroteo. Como en los viejos tiempos.

Llegamos a la cárcel una hora más tarde, cuando el desfile de luces rojas y azules estaba acercándose. El sheriff McNatt había tenido la prudencia de meter a Padgitt en el coche patrulla de un agente de la policía del estado; de otro modo, quizá sus hombres le hubieran pegado una paliza durante el trayecto. Dos de sus compañeros estaban siendo intervenidos en Memphis y tenían los nervios a flor de piel.
Una muchedumbre se había congregado frente a la cárcel. Padgitt fue objeto de insultos y maldiciones mientras era empujado al interior del edificio. Después el sheriff ordenó en tono airado a los exaltados que se fueran a casa.
El hecho de verlo esposado produjo una gran sensación de alivio. Y la noticia de su detención fue como un bálsamo para todo el condado. La pesada nube se había disipado. Aquella noche Clanton cobró nuevamente vida.
Cuando regresé a Hocutt House después de anochecido, el clan de los Ruffin estaba de muy buen humor. La señorita Callie se encontraba más relajada de lo que yo la había visto en mucho tiempo. Permanecimos un buen rato sentados en la galería, contando historias, riendo, escuchando a Aretha Franklin y las Temptations e incluso oyendo de vez en cuando el estallido de unos fuegos artificiales.

43

Sin que nadie lo supiera, Lucien Wilbanks y el juez Noose cerraron un trato en el transcurso de las turbulentas horas que precedieron a la detención. El juez estaba preocupado por lo que pudiera ocurrir en caso

de que Danny Padgitt optara por retirarse a la seguridad de la isla o, peor todavía, por resistirse a la detención mediante el uso de la fuerza. El condado era un barril de pólvora a la espera de una cerilla. Los agentes del orden estaban sedientos de sangre a causa de lo ocurrido a sus compañeros Teddy Ray y Travis, cuya estupidez de pistolero estaba siendo momentáneamente pasada por alto mientras se recuperaba de sus heridas. Por su parte, Maxine Root pertenecía a una conocida familia de rudos leñadores, un extenso y pendenciero clan que se pasaba el año cazando, vivía de sus tierras y no dejaba ningún agravio sin respuesta.

Lucien valoró la situación. Accedió a entregar a su cliente con una condición: quería que se celebrara de inmediato una vista para la concesión de una fianza. Tenía por lo menos a una docena de testigos dispuestos a facilitar coartadas seguras para Danny y quería que los ciudadanos de Clanton oyeran sus declaraciones. Creía sinceramente que había otra persona detrás de los asesinatos y era importante convencer a la ciudad.

A Lucien, por su parte, le faltaba sólo un mes para que le retiraran la licencia y lo expulsaran del Colegio de Abogados a causa de un lío sin relación con el caso de Padgitt. Por consiguiente, éste sabía que el final estaba cerca y que la vista para la concesión de la fianza sería su última actuación.

Noose accedió a la celebración de la vista y la fijó para las diez de la mañana del día siguiente, 4 de julio. En una escena que recordaba mucho la de hacía nueve años, Danny Padgitt volvió a llenar el edificio de los juzgados del condado de Ford. Era un público hostil, ansioso de echarle un buen vistazo y deseoso de que lo ahorcaran en el acto. La familia de Maxine Root se presentó muy temprano y se sentó cerca de la primera fila. Eran unos enfurecidos barbudos de ancho tórax, vestidos con monos de trabajo. Hasta a mí me daban miedo, y eso que estábamos en el mismo bando. Se nos informó de que Maxine estaba descansando y pensaban darle el alta en cuestión de pocos días.

Los Ruffin tenían muy pocas cosas que hacer aquella mañana, por lo que decidieron no perderse el espectáculo del juzgado. La propia señorita Callie insistió en llegar temprano para tener un buen sitio. Se alegraba de volver a visitar el centro de la ciudad. Se había puesto su vestido del domingo y le encantaba permanecer sentada entre tanta gente, rodeada por su familia.

Las noticias del hospital de Memphis eran un poco confusas. A Teddy Ray lo habían cosido y se estaba recuperando. Travis había pasado una noche intranquila y los médicos estaban preocupados, pues no sabían si conseguirían salvarle el brazo. Un nutrido grupo de sus compañeros se

hallaba presente en la sala, a la espera de tener una nueva oportunidad de ver de cerca al artífice de la bomba.
Vi a los señores Fargarson sentados en la parte trasera, a dos filas de la última, y ni siquiera pude empezar a imaginar lo que estarían pensando. No había ningún Padgitt en la sala; habían tenido la prudencia de no presentarse. La aparición de uno solo de ellos habría provocado un alboroto. Harry Rex me dijo en voz baja que estaban reunidos todos juntos a puerta cerrada en la sala de deliberaciones del jurado. Jamás los vimos.
Rufus Buckley apareció rodeado de su séquito en representación del estado de Misisipí. Una de las ventajas de haber vendido el *Times* era que ya no me vería obligado a hablar con él. Era arrogante y engreído y todo lo que hacía estaba destinado a auparlo al cargo de gobernador.
Mientras esperaba y observaba cómo se iba llenando la sala, pensé que era la última vez que cubriría un acontecimiento semejante para mi semanario. No me entristecí en absoluto. Mentalmente ya me había ido, mentalmente ya me había gastado parte del dinero. Y ahora que habían detenido a Danny, deseaba más que nunca largarme de Clanton e irme a ver mundo.
Habría un juicio al cabo de unos meses. Otro circo en torno a Danny Padgitt, aunque dudaba mucho que se celebrara en el condado de Ford. Me importaba un bledo. El reportaje lo escribiría otro.
A las diez de la mañana todos los asientos estaban ocupados y una hilera de personas se hallaba de pie contra la pared. Quince minutos después se produjo un revuelo detrás del estrado del juez, se abrió una puerta y apareció Lucien Wilbanks. Todo tenía un poco el aire de un acontecimiento deportivo; él era un jugador y todos nosotros queríamos abuchearlo. Dos alguaciles lo siguieron rápidamente y uno de ellos levantó la voz para pedir:
-¡En pie, por favor!
El juez Noose avanzó envuelto en su negra toga y se acomodó en su trono.
-Siéntense, por favor -dijo, inclinándose hacia el micrófono.
Estudió al público y pareció sorprenderse de que fuéramos tantos. Asintió con la cabeza, se abrió una puerta lateral y apareció Danny Padgitt escoltado por tres agentes del sheriff, esposado de pies y manos y vestido con el mono anaranjado de la cárcel que ya había lucido en otras ocasiones. Tardaron unos cuantos minutos en librarle de sus distintas ataduras y, cuando finalmente estuvo libre, se inclinó hacia delante y le dijo algo en voz baja a Lucien.
-Esto es una vista para la concesión de una fianza –anunció Noose mientras la sala permanecía inmóvil y en silencio-. No hay ninguna

razón para que no se pueda celebrar de manera razonable y con brevedad.
Iba a ser mucho más breve de lo que nadie hubiera imaginado.
Un cañón estalló en algún lugar por encima de nosotros y, por una décima de segundo, pensé que habían abierto fuego contra todos los allí reunidos. Algo restalló bruscamente rasgando la pesada atmósfera de la sala y, a pesar del nerviosismo y la inquietud que dominaba la ciudad, todos nos quedamos congelados en una horrible instantánea de incredulidad. Después Danny Padgitt emitió una especie de gruñido en una reacción retardada y se desató un infierno. Las mujeres gritaban. Los hombres gritaban. Alguien chilló:
-¡Todos al suelo!
Y entonces la mitad de los presentes se agacharon e incluso algunos se arrojaron al suelo.
-¡Le han disparado! -gritó alguien.
Agaché la cabeza, pero sólo unos centímetros, porque no quería perderme nada. Todos los agentes del sheriff extrajeron sus revólveres de reglamento y miraron en distintas direcciones en busca de alguien contra quien disparar. Apuntaban arriba y abajo, hacia delante y hacia atrás, aquí y allá.
A pesar de que nos pasamos años discutiendo al respecto, el segundo disparo tardó menos de tres segundos en seguir al primero. Alcanzó a Danny en las costillas, pero ya no hubiera sido necesario. El primero le había traspasado la cabeza. El segundo disparo llamó la atención de un hombre del sheriff que se encontraba en la parte delantera de la sala. Yo me había agachado todavía más, pero le vi apuntando hacia la galería de arriba.
Se abrió la puerta de doble hoja de la sala y se produjo una estampida. En medio de la histeria que siguió, permanecí sentado en mi asiento, tratando de asimilar cuanto ocurría. Recuerdo haber visto a Lucien Wilbanks inclinado sobre su cliente, y a Rufus Buckley arrastrándose a gatas por delante de la tribuna del jurado en un intento de escapar, y jamás olvidaré al juez Noose, sentado tranquilamente en el estrado con las gafas de lectura apoyadas en la punta de la nariz, contemplando el caos como si fuera algo que ocurriese todas las semanas.
Cada segundo pareció durar un minuto.
Los disparos que alcanzaron a Danny se efectuaron a través del techo, por encima de la galería. Y, a pesar de que ésta se encontraba llena de gente, nadie vio el rifle descender unos centímetros por encima de sus cabezas. Al igual que el resto de los presentes, estaban deseando echar un primer vistazo a Danny Padgitt.
El condado había remendado y reformado la sala varias veces a lo largo de los años, siempre que se podían sacar unos cuantos dólares

sobrantes de las arcas. A finales de los años sesenta, en un intento de mejorar la iluminación, se había colocado un falso techo.
El francotirador encontró el lugar ideal en un espacio para las tuberías de la calefacción, justo encima de uno de los paneles del falso techo. Allí, en el oscuro y reducido espacio, esperó pacientemente, contemplando la sala de abajo por una rendija de unos quince centímetros que él mismo había abierto, levantando ligeramente uno de los paneles manchados de agua.
Cuando me pareció que el tiroteo ya había terminado, me acerqué un poco más a la barandilla. Los agentes del orden pedían a gritos que todo el mundo abandonara la sala. Empujaban a la gente y gritaban toda clase de instrucciones contradictorias. Danny se encontraba debajo de la mesa, atendido por Lucien y varios agentes del sheriff. Podía verle los pies y observé que no se movían. Al cabo de un par de minutos la confusión empezó a disminuir. De repente, se oyeron más disparos; por suerte, ahora en el exterior del edificio. Miré a través de una de las ventanas de la sala y vi cómo la gente corría hacia las tiendas que rodeaban la plaza. Un anciano señalaba hacia arriba, más o menos a un lugar situado por encima de mi cabeza, hacia algo de la parte superior del edificio de los juzgados.
El sheriff McNatt acababa de descubrir el hueco de las tuberías cuando oyó los disparos por encima de su cabeza. Subió en compañía de dos agentes los peldaños que daban acceso al piso de arriba y después empezó a ascender muy despacio por la estrecha escalera de caracol del domo. La trampilla de la cúpula estaba cerrada a cal y canto, pero justo por encima de ella podían oír las rápidas pisadas del francotirador. Y el ruido de los casquillos al caer al suelo.
Su único blanco era el bufete jurídico de Lucien Wilbanks y, más concretamente, las ventanas del piso de arriba. Con gran parsimonia, las estaba volando una a una. Ethel Twitty permanecía agachada debajo de su escritorio, chillando y llorando al mismo tiempo.
Al final, abandoné la sala y bajé corriendo a la planta principal donde la gente esperaba sin saber qué hacer. El jefe de la policía le estaba diciendo a todo el mundo que se quedara dentro. Entre las ráfagas de disparos, se oían voces apresuradas y nerviosas. Cuando se inició el tiroteo, nos miramos los unos a los otros preguntándonos cuánto iba a durar aquello.
Me reuní con la familia Ruffin. La señorita Callie se había desmayado cuando el primer disparo sacudió la sala. Max y Bobby estaban sosteniéndola a la espera de poder acompañarla a casa.

Tras haber mantenido la ciudad como rehén durante una hora, el francotirador se quedó sin municiones. Se había guardado la última bala

para sí y, cuando apretó el gatillo, se desplomó pesadamente sobre la pequeña trampilla del suelo de la cúpula. El sheriff McNatt esperó unos minutos y después consiguió empujar la trampilla hacia arriba y abrirla. El cuerpo de Hank Hooten apareció, nuevamente desnudo. Y tan muerto como un animal recién despanzurrado en la carretera.
Un agente bajó corriendo por la escalera y anunció a gritos: -¡Todo ha terminado! ¡Ha muerto! ¡Es Hank Hooten!
Las caras de perplejidad resultaban casi cómicas. ¿Hank Hooten?
Todo el mundo pronunció el nombre sin que le saliera la voz. ¿Hank Hooten?
-Aquel abogado que perdió la chaveta.
Pensaba que lo habían encerrado.
-¿No estaba en Whitfield?
-Yo creía que había muerto.
-¿Quién es Hank Hooten? -me preguntó Carlota, pero me sentía demasiado aturdido para contestar.
Nos dispersamos fuera bajo la sombra de los árboles y nos quedamos un rato por allí, sin saber si quedarnos por si se producía algún otro acontecimiento increíble o regresar a casa y tratar de asimilar el que acabábamos de vivir.
El clan de los Ruffin se retiró rápidamente; la señorita Callie no se encontraba muy bien.
Al final, la ambulancia que llevaba a Danny Padgitt se apartó del edificio de los juzgados y se alejó con toda parsimonia. La retirada de Hank Hooten fue algo más complicada, pero, al final y con un poco de paciencia, consiguieron ir bajando el cadáver y lo sacaron del edificio de los juzgados cubierto de pies a cabeza con una sábana blanca.
Me dirigí a pie a la redacción, donde Margaret y Wiley me esperaban tomando café recién hecho. Estábamos demasiado desconcertados para entablar una conversación coherente. Toda la ciudad había quedado sin habla.
Al final, conseguí efectuar unas cuantas llamadas, localicé a quien estaba buscando y, hacia el mediodía, abandoné mi despacho. Mientras rodeaba la plaza en mi automóvil, vi al señor Dex Pratt, el propietario de la vidriería local que insertaba un anuncio semanal en el *Times*, en el balcón de Lucien, sacando las puertaventanas y colocándoles cristales nuevos.
Estaba seguro de que, para entonces, Lucien ya debía de estar en su casa, dándole a la botella en el porche, desde el cual podía contemplar la cúpula del edificio de los juzgados.

Whitfield se encontraba a tres horas por carretera, hacia el sur. No estaba seguro de si conseguiría llegar tan lejos, porque en cualquier

momento era capaz de girar a la derecha, dirigirme al oeste, cruzar el río en Greenville o Vicksburg y estar en algún lugar del interior de Tejas al anochecer. O de girar a la izquierda, hacia el este, y disfrutar de una agradable y muy tardía cena en algún lugar próximo a Atlanta.
Menuda locura. ¿Cómo era posible que una pequeña ciudad tan simpática como aquélla hubiera acabado en semejante pesadilla?
Quería largarme de allí.
Ya estaba cerca de Jackson cuando salí de mi trance.

El hospital psiquiátrico del estado se encontraba a treinta kilómetros al este de Jackson, junto a una carretera interestatal. Conseguí cruzar la barrera de la garita de vigilancia utilizando el nombre de un médico que había localizado buscando por ahí, con algunas llamadas telefónicas.
El doctor Vero estaba muy ocupado y tuve que pasar una hora leyendo revistas en la antesala de su despacho. Cuando le comuniqué a la chica del mostrador mi intención de no irme de allí y seguirlo hasta su casa de ser necesario, el hombre se las arregló para dedicarme un poco de tiempo.
Vero llevaba el cabello largo y lucía una barbita entrecana. Su acento era claramente de la parte alta del medio oeste. Dos diplomas de la pared señalaban su trayectoria en las universidades Northwestern y Johns Hopkins, aunque, a la mortecina luz de su despacho atestado de trastos no logré leer la letra pequeña.
Le informé de lo ocurrido aquella mañana en Clanton. Tras escuchar mi relato, dijo:
-No puedo hablar del señor Hooten. Tal como le he explicado por teléfono, aquí respetamos la confidencialidad entre médico y paciente.
-Respetaban. Ahora ya no es necesario.
-Pues sigue en vigor, señor Traynor, y me temo que no podré hablar con usted de este paciente.
Llevaba con Harry Rex el tiempo suficiente para saber que nunca hay que aceptar un no por respuesta. Me lancé a un largo y pormenorizado relato del caso Padgitt, desde el juicio a la libertad condicional, el último mes y la tensión vivida en Clanton. Le conté que una noche había visto a Hank Hooten en la Iglesia Independiente de Calico Ridge y añadí que, en el transcurso de los últimos años de su vida, no parecía que nadie supiera nada acerca de él.
Mi argumento era el de que la ciudad necesitaba saber cuál había sido la causa de su estallido. ¿Hasta qué extremo estaba enfermo? ¿Por qué le habían dado el alta? Eran muchas las preguntas sin respuesta y, antes de que pudiéramos dejar atrás aquel trágico episodio, necesitábamos saber la verdad.

De pronto me di cuenta de que le estaba suplicando que me facilitara información.
-¿Cuánto de todo ello va a publicar? -quiso saber, ablandándose un poco.
-Publicaré lo que usted me diga que publique. Y, si hay algo que supera los límites, me lo advierte y en paz.
-Vamos a dar un paseo.
Sentados en un banco de hormigón de un patio pequeño y resguardado, tomamos café en vasos de papel.
-Esto es lo que usted puede publicar -dijo Vero. El señor Hooten ingresó aquí en enero de 1971. Le diagnosticaron esquizofrenia, quedó internado, se le sometió a tratamiento y se le dio el alta en octubre de 1976.
-¿Quién le diagnosticó la enfermedad? pregunté.
-Ahora vamos a hablar confidencialmente, ¿de acuerdo?
-De acuerdo.
-Esto tiene que ser muy confidencial, señor Traynor. Tiene que darme usted su palabra.
Dejé a un lado el cuaderno de notas y dije:
-Juro sobre la Biblia que esto no será publicado.
Vaciló un buen rato, tomó varios sorbos de café y, por un instante, temí que se negara a hablar y me invitara a marcharme. Después se relajó un poco y dijo:
-Yo traté al señor Hooten al principio. Su familia tenía un historial de esquizofrenia. Su madre y posiblemente su abuela la padecieron. A menudo la genética desempeña un papel en esta enfermedad. Estuvo un período internado durante sus estudios en un centro universitario y lo más extraordinario es que consiguió terminar la carrera de Derecho. Después de su segundo divorcio, se trasladó a Clanton, a mediados de los años sesenta, buscando un lugar donde iniciar una nueva vida. Hubo otro divorcio. Le encantaban las mujeres, pero no le duraban las relaciones. Estaba muy enamorado de Rhoda Kassellaw y aseguraba que le había pedido varias veces que se casara con él. Estoy seguro de que aquella joven no las debía de tener todas consigo. Su asesinato fue muy traumático. Y cuando el jurado se negó a condenar a muerte a su asesino, yo diría que perdió un poco la chaveta.
-Gracias por utilizar términos profanos -dije.
Recordé el diagnóstico que circulaba por la ciudad: «Más loco que un cencerro.»
Oía voces y una de las principales era la de la señorita Kassellaw. Los hijos de ésta también le hablaban, suplicándole que la protegiera, que la salvara. Le describían el horror de ver violar y asesinar a su madre en su propia cama y lo culpaban de no haberla salvado. Su asesino, el

señor Padgitt, también lo atormentaba, burlándose de él desde la cárcel. Muchas veces vi por circuito cerrado cómo el señor Hooten lanzaba gritos contra Danny Padgitt desde su habitación de aquí.
-¿Hablaba de los miembros del jurado?
Por supuesto que sí, constantemente. Sabía que tres de ellos (el señor Pargarson, el señor Teale y la señora Root) se habían negado a condenarlo a muerte. Pronunciaba sus nombres a gritos en plena noche.
-Es crioso. Los miembros del jurado prometieron solemnemente no hablar jamás de sus deliberaciones. No supimos cómo habían votado hasta hace un mes.
-Bueno, es que él era el ayudante del fiscal.
-Sí, en efecto. -Recordaba claramente a Hank Hooten sentado al lado de Ernie Gaddis durante el juicio, sin decir jamás ni una sola palabra, mirando alrededor con cara de aburrimiento y absoluta indiferencia-. -¿Manifestó alguna vez el deseo de vengarse?
Vero bebió un sorbo de café mientras decidía entre si responder o no.
-Sí -dijo por fin-. Los odiaba con toda su alma. Deseaba su muerte, además de la de Padgitt.
-Pues entonces, ¿por qué le dieron el alta?
-No puedo hablarle de su alta, señor Traynor. Yo no estaba aquí en aquellos momentos y el hospital podría tener cierta parte de responsabilidad en lo ocurrido.
-¿No estaba usted aquí?
-Pasé dos años en Chicago como profesor. Cuando regresé, hace dieciocho meses, el señor Hooten ya no estaba.
-Pero usted revisó su historia clínica.
-Sí, y en mi ausencia su estado había mejorado considerablemente. Los médicos encontraron una mezcla adecuada de medicamentos antipsicóticos y sus síntomas disminuyeron de forma apreciable. Lo enviaron a un programa de terapia de grupo en Tupelo y, a partir de allí, desapareció, por así decirlo, de nuestra zona de influencia. Huelga añadir, señor Traynor, que el tratamiento de los enfermos mentales no es una prioridad en este estado, como tampoco lo es en muchos otros. Carecemos de personal y de fondos adecuados.
-¿Usted le hubiera dado el alta?
-No puedo responder a esa pregunta. Y ahora, señor Traynor, creo que ya he dicho suficiente.
Le agradecí el tiempo que me había dedicado y su sinceridad y le prometí, una vez más, proteger sus confidencias. Me pidió un ejemplar de cualquier cosa que publicara.

Me detuve a comerme una hamburguesa con queso en un local de comida rápida de Jackson. Desde un teléfono público llamé a la

redacción, preguntándome si me habría perdido más tiroteos. Margaret pareció soltar un suspiro de alivio al oír mi voz.
-Tienes que regresar a casa enseguida, Willie -dijo.
-¿Por qué?
-Callie Ruffin ha sufrido un ataque de apoplejía. Está en el hospital.
-¿Es grave?
-Me temo que sí.

44

Una emisión de bonos del condado había permitido llevar a cabo unas amplias reformas en nuestro hospital. En un extremo de la planta baja había una moderna aunque un tanto oscura capilla en la que una vez bahía permanecido sentado al lado de Margaret y de su familia en ocasión de la muerte de su madre. Allí encontré a los Ruffin, los ocho hijos, los veintiún nietos y todos los cónyuges, excepto la mujer de Leon. Allí estaba también el reverendo Thurston Small junto con una nutrida representación de su iglesia. Esau estaba arriba, en la unidad de cuidados intensivos, esperando en el exterior de la habitación de la señorita Callie.
Sam me dijo que se había despertado de una siesta con un fuerte dolor en el brazo izquierdo, seguido de un entumecimiento de la pierna del mismo lado, tras lo cual empezó a murmurar palabras inconexas. Una ambulancia la trasladó a toda prisa al hospital. El médico estaba seguro de que inicialmente había sido un ictus cerebral que a su vez había provocado un leve ataque cardíaco. La estaban medicando y controlando intensamente. El último informe del médico correspondía a las ocho de la tarde; su estado se calificaba de «grave, pero estable».
No se permitían las visitas, por lo que lo único que se podía hacer era esperar, rezar y saludar a los amigos que iban y venían. Tras pasarme una hora en la capilla, sentí que me moría de sueño. Max, el tercer hijo en orden de nacimiento, pero el líder indiscutible de todos ellos, organizó un programa para aquella noche. Por lo menos dos hijos de la señorita Callie permanecerían en todo momento en el hospital.
Volvimos a hablar con el médico sobre las once de la noche y pareció que éste se mostraba razonablemente optimista acerca de su estado. Estaba «dormida», según su expresión, pero, respondiendo a las preguntas, reconoció que la habían sedado para prevenir otro ataque.
-Vávanse a casa a descansar dijo-. Mañana quizá será un día muy largo.
Dejamos a Mario y Gloria en la capilla y nos dirigimos en masa a Hocutt House, donde comimos helado en una de las galerías laterales. Sam había acompañado a Esau a la casa de Lowtown. Me alegré de que el resto de la familia prefiriera quedarse en mi casa.

De los trece adultos presentes, sólo Leon y Sterling, el marido de Carlota, quisieron beber vino. Abrí una botella y entre los tres repartimos el helado.
Todo el mundo estaba agotado, especialmente los niños. El día había empezado con una expedición al edificio de los juzgados para echar un vistazo al hombre que había mantenido aterrorizada a la comunidad. Pero parecía que hubiera transcurrido una semana. Hacia medianoche, Al reunió a la familia en mi estudio para rezar. Una «oración en cadena», la llamó él, en la cual cada adulto y cada niño daba las gracias por algo y pedía a Dios que protegiera a la señorita Callie. Sentado allí en el sofa, tomando la mano de Bonnie y de la mujer de Mario, sentí la presencia del Señor. Sabía que a mi querida amiga, su madre y abuela, no le podía ocurrir nada malo.
Dos horas más tarde, tumbado en mi cama completamente despierto, seguía oyendo la seca detonación del disparo del rifle en la sala, el ruido sordo de la bala al alcanzar a Danny y el pánico que se había desencadenado a continuación. Evoqué las palabras del doctor Vero y me pregunté en qué clase de infierno habría vivido el pobre Hank Hooten durante los últimos años. ¿Por qué habían vuelto a soltarlo en la sociedad? Y me preocupé por la senorita Callie, a pesar de que la situación parecía controlada y ella estaba en buenas manos.
Al final, conseguí dormir un par de horas, al cabo de las cuales bajé y encontré a Mario y a Leon tomando café, sentados a la mesa de la cocina. Mario había dejado el hospital hacía una hora; no se había producido ningún cambio. Ya estaban preparando el severo plan de adelgazamiento que la familia impondría a la señorita Callie cuando ésta regresara a casa. También le impondrían un programa de ejercicios que incluiría largos paseos diarios por Lowtown. Chequeos periódicos, vitaminas y alimentos sin grasa.
Hablaban muy en serio acerca de su nuevo régimen alimenticio, aunque todo el mundo sabía que la señorita Callie haría lo que le diera la gana.

Unas horas más tarde, di comienzo a la tarea de guardar en cajas todos los trastos y pertenencias que había acumulado en nuevo años y vaciar mi despacho. La nueva directora era una simpática dama de Meridian, Misisipí, que quería ocupar su puesto aquel mismo fin de semana. Margaret se ofreció a echarme una mano, pero yo deseaba ir despacio y evocar recuerdos mientras vaciaba los cajones y las carpetas. Era un momento muy personal y prefería estar solo.
Al final, saqué los libros del señor Caudle de las polvorientas estanterías que ocupaban desde mucho antes de mi llegada. Quería guardarlos en

algún lugar de mi casa, por si alguna vez se presentaba algún pariente suyo y hacía preguntas.
Experimentaba una mezcla de emociones conflictivas. Todo lo que tocaba me hacía recordar un reportaje, un viaje a lo más profundo del condado en busca de alguna pista, entrevista o testigo o de alguien que pudiera ser lo bastante interesante para ofrecer su semblanza. Cuanto antes terminara de llenar las cajas, antes abandonaría el edificio y tomaría un avión.

Bobby Ruffin llamó a las nueve y media. La señorita Callie estaba despierta e incorporada, bebiendo un poco de té, y se le permitían visitas de pocos minutos. Me dirigí a toda prisa al hospital. Sam se reunió conmigo en el vestíbulo y me acompañó a través de todo un laberinto de habitaciones y cubículos hasta llegar a la UCI.
-No le hable de nada de lo ocurrido ayer, ¿de acuerdo? -me dijo Sam mientras entrábamos.
-Por supuesto que no.
-De nada que pueda alterarla. No permiten entrar ni siquiera a los nietos; temen que se le desboque el corazón. Aquí está todo muy tranquilo.
Permanecía en una especie de duermevela. Yo esperaba ver el brillo de sus ojos y su radiante sonrisa, pero la señorita Callie estaba casi inconsciente. Sin embargo, me reconoció, nos abrazamos y le di unas palmadas en la mano derecha. En la izquierda llevaba un gota a gota. Esau y Gloria se encontraban en la habitación.
Habría querido permanecer unos minutos a solas con ella para comunicarle finalmente la venta del periódico, pero no estaba en condiciones de recibir semejante noticia. Llevaba casi dos horas despierta y estaba claro que necesitaba dormir un poco. Tal vez al cabo de uno o dos días pudiéramos mantener una animada charla al respecto.
Al cabo de quince minutos, se presentó el médico y nos invitó a marcharnos. Nos fuimos, regresamos, y la vigilia se prolongó a lo largo de todo el Cuatro de Julio, aunque ya no nos permitieron volver a entrar en la UCI.

El alcalde decidió cancelar los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Ya habíamos oído bastantes explosiones y soportado suficiente pólvora. Dado el nerviosismo que todavía reinaba en la ciudad, no se produjo ninguna protesta organizada. Las bandas desfilaron por las calles, el desfile se celebró como siempre y los discursos políticos fueron los mismos de siempre, aunque con menos candidatos. Llamó poderosamente la atención la ausencia del senador Theo Morton. Hubo

helado, limonada, barbacoas, algodón de azúcar... la comida y los tentempiés de siempre en el jardín del edificio de los juzgados.
Pero la ciudad estaba un poco apagada. O quizá sólo fuera vo. Tal vez estaba tan harto de aquel lugar que ya nada era de mi agrado. Pero tenía un remedio.
Después de los discursos, abandoné la plaza y regresé al hospital efectuando un pequeño desvío que ya empezaba a resultar aburrido. Hablé con Fuzzy, que se encargaba de barrer el estacionamiento del hospital, y con Ralph, que limpiaba los cristales del vestíbulo. Pasé por el bar, le pedí otra limonada a Hazel, y hablé después con la señora Esther Ellen Trussel, la encargada del mostrador de información en representación de las Pink Ladies, el cuerpo auxiliar del hospital. En la sala de espera del segundo piso encontré a Bobby con la mujer de Al; miraban la televisión como dos zombis. Acababa de abrir una revista cuando entró Sam corriendo.
-¡Acaba de sufrir otro ataque al corazón! -exclamó.
Los tres nos levantamos de un salto como si tuviéramos algún sitio al que ir.
-¡Ha ocurrido así sin más! ¡El equipo de urgencia está atendiéndola!
-Voy a llamar a casa dije, acercándome al teléfono público del pasillo.
Contestó Max, y quince minutos después los Ruffin empezaron a entrar en la capilla.
Los médicos tardaron lo que pareció una eternidad en facilitarnos información. Ya eran casi las ocho de la mañana cuando el medico que la atendía entró en la capilla. Cuesta un poco adivinar los pensamientos de los médicos, pero la severa expresión de sus ojos y su entrecejo fruncido transmitían un mensaje inconfundible. Mientras él les describía la «significativa parada cardíaca», los ocho hijos de la señorita Callie se empezaron a desinflar en grupo. Estaba con respiración asistida, ya no podía respirar por su cuenta.
En cuestión de una hora, la capilla se llenó de amigos. El reverendo Thurston Small dirigió un grupo de plegaria ininterrumpida cerca del altar y la gente no paraba de entrar y salir. El pobre Esau permanecía sentado en el último banco con los hombros encorvados, totalmente exhausto. Sus nietos lo rodeaban, todos en respetuoso silencio.
Nos pasamos horas esperando. Y, aunque tratábamos de sonreír y de mostrarnos optimistas, se respiraba en el ambiente una sensación de duelo. Era como si el funeral ya hubiera empezado.
Margaret pasó por el hospital y ambos conversamos un momento en el vestíbulo. Más tarde, los esposos Fargarson me localizaron y pudieron hablar con Esau. Los acompañé a la capilla, donde fueron cordialmente recibidos por los Ruffin, que les manifestaron su condolencia por la pérdida de su hijo.

A. medianoche va estábamos medio atontados y habíamos perdido la noción del tiempo. Los minutos transcurrían muy lentamente y yo miraba el reloj de pared y me preguntaba adónde había ido a parar la última hora. Habría deseado marcharme aunque sólo fuera para dar un paseo y respirar un poco de aire fresco. Pero el médico nos había aconsejado que nos quedáramos.
El horror de aquella dura prueba se hizo presente con toda su dureza cuando el médico nos congregó a su alrededor y dijo que tenía que hablar «un último momento con la familia».
Hubo jadeos, seguidos de lágrimas. Jamás olvidaré haberle oído decir a Sam en voz alta: «¿Un último momento?.,
-O sea, ¿que todo ha terminado? -preguntó Gloria, aterrorizada.
Asustados y perplejos, salimos de la capilla siguiendo al médico, bajamos por el pasillo y subimos un tramo de escalera, todos con los lentos andares propios de alguien que camina hacia su propia ejecución. Las enfermeras nos acompañaron a través del laberinto de la UCI, transmitiéndonos con sus rostros aquello que más temíamos.
Mientras la familia entraba en la reducida estancia, el médico me rozó el brazo diciendo:
-Eso tendría que ser sólo para la familia.
-De acuerdo -dije, deteniéndome.
-No pasa nada -terció Sam-. Es uno de los nuestros.
Nos reunimos en torno a la señorita Callie y sus aparatos, casi todos los cuales habían sido desconectados. Los dos nietos más pequeños fueron ubicados al pie de la cama. Esau era el que más cerca se encontraba de ella, dándole unas suaves palmadas en las mejillas. La señorita Callie mantenía los ojos cerrados y parecía no respirar.
Se la veía muy en paz. Su esposo y sus hijos la acariciaban y lloraban desconsolados. Yo me encontraba en un rincón, detrás del marido de Gloria y la mujer de Al, y la verdad es que no podía creer ni dónde estaba ni lo que estaba haciendo.
Cuando Max consiguió dominar sus emociones, tocó el brazo de la señorita Callie y nos dijo:
-Vamos a rezar. -Todos inclinamos la cabeza y cesaron los sollozos, por lo menos, de momento-. *Señor, que no se haga nuestra voluntad sino la tuya. Te encomendamos el espíritu de esta fiel hija de Dios. Prepara ahora un lugar para ella en tu celestial reino. Amén.*
El amanecer me sorprendió sentado en el balcón de mi despacho. Quería estar solo, llorar un buen rato en privado. Los llantos de mi casa eran más de lo yo podía resistir.
Puesto que había soñado con viajar por el mundo, tenía la recurrente visión de mi regreso a Clanton con regalos para la señorita Callie. Le llevaría un jarrón de plata de Inglaterra, lienzos de lino de la Italia que

ella jamás vería, perfumes de París, chocolate de Bélgica, una tetera de Egipto, un pequeño brillante de las minas de Suráfrica. se los ofrecería en el porche antes de la comida y después hablaríamos de los lugares de donde procedían. Le enviaría postales de cada etapa de mis viajes. Examinaríamos detenidamente mis fotografías. A través de mí, ella vería el mundo. Siempre estaría allí, esperando ansiosamente mi regreso, muriéndose de ganas de ver lo que le había llevado. Llenaría su casa de pequeños objetos y tendría cosas que nadie, ni negro ni blanco, jamás había tenido en Clanton.

Me dolía la pérdida de mi querida amiga. Su repentina desaparición era muy cruel, tal como suele serlo. La profundidad de mi dolor era tan inmensa que en aquel momento no me sentía capaz de recuperarme.

Mientras la ciudad iba despertando lentamente a mis pies, entré de nuevo en mi despacho, aparté de mi camino unas cuantas cajas me senté. Cogí la pluma y me pasé un buen rato contemplando la hoja en blanco de mi cuaderno. Al final, y haciendo un angustioso esfuerzo, empecé a escribir mi última nota necrológica.

NOTA DEL AUTOR

Muy pocas leyes siguen siendo las mismas. En cuanto entran en vigor, lo más probable es que se examinen, modifiquen, se les introduzcan enmiendas y, a menudo, se deroguen en su totalidad. Estos constantes y chapuceros remiendos por parte de los jueces y los legisladores suelen ser buenos. Las malas leyes se desbrozan. Las flojas se mejoran. Las buenas se afinan.

Me he tomado una considerable libertad con algunas de las leyes vigentes en el estado de Misisipí en la década de los setenta. Las he utilizado indebidamente para llevar adelante mi relato. Lo hago a menudo y jamás me siento culpable, puesto que siempre puedo contradecirme en esta página.

Si ustedes detectan estos errores, por favor no me escriban una carta. Reconozco mis errores. Son deliberados.

Gracias a Grady Tollison y a Ed Perry, de Oxford, Misisipí, por sus recuerdos de las viejas leyes y los antiguos procedimientos. Y a Don Whitten y el señor Jessie Phillips del Oxford Eagle. Y a Gary Greene, por sus consejos técnicos.